



Tu piel en
mi piel

Alazne González

Tu piel
en
mi piel

Alazne González

Copyright © Alazne González 2019

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-16-70-46419-4

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas) o acontecimientos, es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

A mis chicas Alazne, Juani e Iru, impulsoras principales que me apremiaban exigiendo leer más, sin su empuje nunca me hubiese atrevido a compartir mi trabajo.

A mi amor, compañero incondicional Cristhoffer Garcia que ha colaborado en las correcciones, leyendo y releendo la historia un sinfín de veces hasta casi conocerla mejor que yo.

Y por supuesto a todos vosotros, aquellos que ahora mismo leéis estas letras y que espero conseguir llegar a vuestro corazón emocionándoos de todas las formas posibles. Riendo, llorando e incluso enfadándoos con esta especial pareja que da sentido a la preciosa frase...

TU PIEL EN MI PIEL.

The piel on mi piel





CAPÍTULO 1

—¡No te atrevas a moverte! ¡Mantén las manos en alto, las piernas separadas y no se te ocurra hacer tonterías!

La noche había dejado de ser tranquila, las luces azules parpadeantes de las tres patrullas de policía iluminaban por completo la solitaria calle. El estruendoso ruido de las sirenas hizo que parte de los vecinos despertase de su profundo sueño y se asomasen a las ventanas producto de la curiosidad; aquello no era normal, esa siempre fue una calle muy segura y no entendían que era lo que estaba sucediendo.

—Voy a cachearte, no tendrás nada con lo que puedas pincharme, ¿verdad? Mira que se te puede caer el pelo.

—No tengo nada.

—¿Seguro? Mira que...

—Que sí, joder, ¿quieres meterme mano ya de una puta vez? ¡Mariquita de mierda!

Un fuerte estruendo sonó al chocar su cabeza contra la persiana que tenía justo delante, un pequeño hilo de sangre comenzó a salir de su nariz mientras la respiración se le aceleraba por momentos. Tenía que tranquilizarse, si se dejaba llevar, las cosas iban a empeorar mucho para él y sobre todo para el pequeño policía que le estaba tocando las pelotas.

—Mira, niñato de mierda, vamos a llevar las cosas por buen camino.

El agente le agarraba con fuerza la cabeza contra la oxidada persiana mientras le separaba un poco más las piernas empujándolas sin miramiento con su pie.

—¿Qué pasa chiquitín, no llegas? ¿Quieres que me arrodille para ti?

Su cabeza volvió a colisionar contra la persiana y esta vez fue incapaz de controlarse. Girándose ágilmente, aprovechó los quince centímetros de altura que le sacaba al impertinente policía, le cogió del cuello y lo estampó contra la misma persiana que él ya había probado.

—Deja de tocarme los cojones...

Una lluvia de golpes comenzó a caer por todo su cuerpo, los compañeros del diminuto policía decidieron intervenir cuando vieron que este ya no era capaz de hacerse con la situación y haciendo un buen uso de sus porras lograron retenerle.

—¡Mierda! ¡Joder! No tenéis derecho —gritaba cubriendo su cabeza e intentando parar los golpes—. Esto es un abuso.

—¿Estás seguro, niñato? Has agredido a un policía, te aseguro que te va a caer un gran paquete.

—Solo estaba defendiéndome.

—Sí, pero eso tendrás que demostrarlo.

El nuevo policía bastante más corpulento que el anterior, le cogió del pecho haciéndole incorporarse y volviéndolo a poner contra la persiana.

—A ver, intentémoslo de nuevo. ¿Tienes algo con lo que nos podamos pinchar al cachearte?

—No.

—Buen chico, ¿Ves como no es tan difícil?

Las manos del policía comenzaron a descender por todo su cuerpo comprobando que decía la verdad y no tenía nada, su respiración se aceleró y los puños se cerraron con fuerza dejando sus nudillos completamente blancos por la presión. Hacía muchos años que no le gustaba que le tocasen, era superior a él.

—¿Juan, has leído sus derechos al detenido? —preguntó el policía más alto, al que ya había probado el sabor de la persiana.

—No, no me ha dado tiempo. —carraspeó el pequeño policía todavía un poco pálido y agarrándose la garganta con manos temblorosas.

—Está bien. Tiene derecho a permanecer callado, todo lo que diga puede ser utilizado en contra suya. Tiene derecho a un abogado, si no puede pagarlo se le asignará uno de oficio. ¿Ha entendido lo que le he dicho?

—Sí.

—¿Qué dices? No te he oído —le increpó el policía empotrándolo un poco más contra la persiana.

—¡Que sí joder, te he oído! —No podía creer lo que le estaba pasando, él no había hecho nada y los malditos policías se estaban cebando.

—Está bien, ya podéis meterle en el coche.

Dos oficiales le cogieron por los brazos y se dirigieron con él al coche más cercano, le ayudaron a entrar y montando cada cual en su coche abandonaron la calle, volviendo a dejarla en su habitual tranquilidad. Los vecinos dieron las últimas miradas sorprendidos antes de volver a cerrar sus ventanas, seguían sin entender que es lo que había ocurrido con aquel muchacho.

La comisaría estaba en completo silencio, cuando llegaron, ya eran las dos cuarenta y cinco de la madrugada, por suerte a esas horas no solía haber mucho ajetreo. Según atravesaron la puerta principal un policía ya entradito en años en cuya identificación se podía leer Josu Samaniego, les saludó con un simple movimiento de cabeza, los dos agentes que le custodiaban hicieron lo mismo mientras pasaban de largo y le empujaban haciéndole entrar en la Cámara Gesell, que se encontraba en segunda puerta de la derecha.

—Siéntate —ordenó el policía tratando de amedrentarle.

La pequeña habitación estaba muy bien iluminada, era exactamente igual a las que nos describen en los libros o nos enseñan en las películas. Unas frías paredes pintadas de blanco, una mesa, dos sillas y el famoso espejo en el que siempre hay alguien observando desde el otro lado.

—¿Puedo fumar?

—Sabes de sobra que no, así que no empieces a tocar las narices. Tenemos que hacer tu ficha y el informe de la detención, cuanto mejor te portes antes terminaremos con toda esta parafernalia y nos podremos ir a casa. Así que aquí tienes, rellénalo con tus datos y a ser posible rapidito.

—¿Y podré irme?

—Sí claro... te hemos traído aquí porque no podíamos vivir sin saber tu nombre. ¡No te jode...! Pues no te quedan años ni nada encerrado.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada.

—Sí, eso es lo que decís siempre. Y, por eso llevabas esa navaja de quince centímetros en el bolsillo, justo el mismo día que encuentran su cadáver... ¡Anda chaval, que esto ya lo hemos oído antes!

Sus ojos se abrieron desorbitados, era lo que le faltaba. Toda la semana intentando quitarse de encima al desgraciado de Saúl para no meterse en problemas y ahora le salían con esto.

—Yo que tú iría llamando a un abogado, te va a hacer falta.

—No puedo pagarlo —dijo apretando los puños, avergonzado por tener que reconocerlo.

—Pues mañana por la mañana se te asignará uno de oficio.

Veinte minutos después con el papeleo cumplimentado en su totalidad, le encerraron en un solitario calabozo. Un catre, un inodoro y una destartada manta eran toda su compañía. No durmió en lo que quedaba de noche.



CAPÍTULO 2

No recordaba una noche tan larga como esa en sus veintisiete años, había pasado por muchas cosas en su desgraciada vida, estaba acostumbrado a estar solo, pero nunca había estado encerrado y esta situación le estaba sobrepasando.

Pasando las manos continuamente por su cara, no llegaba a entender que es lo que había ocurrido. En un principio no tenía muy claro el motivo de la detención, pero descubrir que estaba acusado de asesinato lo estaba superando por completo. ¿Quién iba a cuidar ahora de su niña? ¿Quién iba a asegurarse de que el desgraciado de Saúl no se arrimara a ella? Esto no podía ser, tenía que salir de allí de la forma que fuese y encontrarla.

No sabía qué hora era, ya que le habían quitado todas sus pertenencias, pero se empezaba a notar el ajetreo por la comisaría, así que suponía que debían de ser cerca de las ocho. La puerta de la pequeña celda se abrió y tras ella apareció un joven policía con una bandeja en la mano.

—Toma, imagino que tendrás hambre. —Extendió la mano ofreciéndole un pobre desayuno.

—Necesito hacer una llamada.

—Lo siento, pero tendrás que esperar a que llegue tu abogado.

—¡Pero no puedo esperar! Es muy importante que haga esa llamada.

—A lo largo de la mañana llegará tu abogado y podrás hacerla. Mientras tanto desayuna.

—¡Mierda!

De un manotazo tiró el contenido de la bandeja.

Esta situación no podía ser. Necesitaba hablar con Ane, tenía que decirle lo que había pasado y convencerla de ir a casa de su tío. Si se sentía abandonada, volvería a las andadas y eso, era lo peor que le podía pasar.

—Tú mismo chaval, acabas de quedarte sin desayuno.

—¡Pero es que tengo que llamar! —De la misma rabia, pateó la bandeja quedándose sin un desayuno que en realidad le importaba una mierda.

—Recoge lo que has tirado. —Sin decir nada más, ni tan siquiera volver a mirarle, el oficial cerró la puerta tras de sí.

La impotencia fue lo que le hizo dar un fuerte puñetazo a la pared. Esta no se resintió, pero su mano enseguida comenzó a hincharse y a notar las fuertes palpitaciones del dolor. No importaba, lo más importante para él era Ane y debía decirle que no la había abandonado, que siempre estaría con ella.

La desesperación llegaba a sus límites, el cuerpo le temblaba de impotencia y sus pies no dejaban de pasear por el pequeño cuartucho en el que se encontraba. El tiempo pasaba y su maldito abogado no daba señales de vida. Si pudiera le cogería del cuello y explicaría unas cuantas cosas, que no tuviese dinero no significaba que hicieran lo que les diese la gana con él.

La puerta se abrió apareciendo por ella el mismo policía que le había traído el desayuno. Miró la bandeja que aún seguía en el suelo y con una negación de cabeza se dirigió a él.

—Acompáñame, tu abogado está cogiendo el informe.

—¡Ya era hora!

Volviéndole a meter en la misma habitación de la noche anterior, le indicaron que se sentase y esperase tranquilamente a su abogado. Cerraron la puerta dejándole de nuevo solo y sin saber cuánto tiempo tardaría su maldito abogado. Si algo tenía claro es que en cuanto le tuviese delante le dejaría muy claro que con él no se jugaba.

Veinte minutos después la puerta volvió a abrirse.

—Hola buenos días.

—¿Buenos días? —gritó como un energúmeno sin dignarse a mirar a la cara de la persona que le había saludado—. ¿Pero tú qué te has creído? ¿Qué puedes presentarte aquí a la hora que te dé la gana con un simple buenos días? Yo no tendré un puto duro, pero merezco un poco de respeto, llevo horas esperándote. Necesito hacer una llamada. —Y justo fue en ese momento en el que decidió levantar la cabeza y mirar a la cara de la dueña de la voz que le había dado los buenos días.

Unos temerosos y grandes ojos del color de la miel le miraban incrédulos.

Ella no se lo podía creer, llevaba media hora de los nervios. Solo hacía ese tiempo que la habían llamado para darle su primer caso, por fin se iba a estrenar como abogada y para dar buena imagen en diez minutos se había presentado en la comisaría.

¿Por qué le gritaba de esa manera? De acuerdo que en la comisaría había perdido el tiempo de un lado para otro, era novata y no tenía muy claros los primeros trámites, pero tampoco creía que fuese para tanto. La joven abogada cogió aire e intentó ser lo más profesional posible a pesar de los nervios.

—Lo siento, pero solo hace media hora que me han llamado, y si cuentas que llevo veinte minutos en

comisaría... No creo que tengas derecho a gritarme como lo estás haciendo.

Sus ojos no se podían creer lo que estaban viendo. Era pequeña, no estaba seguro de que llegase al metro sesenta y cinco, aunque intentase disimularlo con esos zapatos tan sexis de tacón alto. Perfectamente proporcionada, cadera redondeada y unos pequeños pero firmes pechos, ocultos por la ajustada camisa de su elegante traje. Las pocas pecas que adornaban su preciosa cara combinaban a la perfección con el rojizo cabello que tenía recogido en un despeinado moño.

“¡Dios! ¡Es perfecta!”, pensó sin poder quitarle la vista de encima.

—¿Y quién se supone que eres tú?

—Pues quien voy a ser, tu abogada. —Intentando no temblar extendió su pequeña mano, pero muy a su pesar, no pudo evitar los escalofríos—. Alaia Etxebarria, encantada, si no te importa lo primero que tenemos que hacer es asegurarnos que todos los datos son correctos. —Sin pensárselo dos veces, agarró la silla y se sentó en frente de él. Sacó los documentos del maletín y se dispuso a leerlos en voz alta—. Si hay algo que no sea correcto me paras.

Nombre: Erlantz López Casado

Fecha de nacimiento: 16 de mayo de 1987

—Para, para, para...

—¿Está mal la fecha?

—No, lo que está mal eres tú...

—¿Perdona? —Alaia no podía creer lo que estaba oyendo.

—No, no perdono —dijo en un histérico grito—. Tú no puedes ser mi abogada. ¿Pero te has visto? Si eres una cría... No tienes experiencia, yo tengo que salir de aquí y tú... —Sus ojos no podían apartarse de ella, era tan bonita, pero eso no le haría salir de allí, tenía que deshacerse de ella—. Quiero otro abogado.

—Pero yo... ni siquiera me has dado la oportunidad —le increpó con los ojos encendidos de rabia.

—¡He dicho que quiero otro abogado!

Frustrado fue a ponerse de pie apoyando las manos en la mesa, sin recordar el fuerte puñetazo que le había arreado hacía un rato a la pared. Un dolor agudo le atravesó la mano y no pudo evitar el fuerte quejido que salió de su garganta.

—¿Estás bien?

Las manos de Alaia agarraron de forma instintiva la de Erlantz, un fuerte cosquilleo atravesó el cuerpo de los dos cortando sus respectivas respiraciones. Sus ojos se encontraron y la piel de Alaia se fue tornando cada vez más roja.

—Sí —Y muy despacio fue separando la mano sin poder apartar los ojos de los de ella—. Vete, te he dicho que quiero otro abogado.



CAPÍTULO 3

Alaia no se podía creer lo que le estaba pasando. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Ni siquiera le había dado una mínima oportunidad. Vale, estaba de acuerdo que la defensa de una persona no era un juego de niños, y menos cuando es una acusación de asesinato. Pero ella era buena, la mejor de su promoción y lo único que necesitaba era poder demostrarlo. Pero bueno, lo que tenía claro era que no pensaba suplicar, él se lo perdía.

—Está bien, tú mismo.

Orgullosa y sin mirarle a la cara se puso de pie y recogió todos los papeles que había sacado de su maletín. Estaba completamente indignada, aunque no pensaba darle la satisfacción de que él lo notase. Se giró de la forma más digna que le fue posible y sin despedirse caminó lo más erguida que su cuerpo le permitió, cogió el pomo de la puerta dispuesta a salir.

Pero ¿A quién iba a engañar? Estaba segura de que su sustituto tardaría horas y su corazón no le permitía dejarle allí tirado sin un poco de ayuda. No sabía qué, pero había visto algo en sus ojos que le decía que era buena persona. Soltó de una manera brusca el aire que no sabía que estaba reteniendo y se giró hacia él.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? Supongo que el sustituto tardará un rato en llegar.

—Sí, necesito hacer una llamada —contestó tan avergonzado que no fue capaz de mirarla a la cara.

—Ok, ahora vengo. —No tardó ni tres minutos en regresar con el tan ansiado teléfono en sus manos—. Toma, tienes cinco minutos. No está permitido hacer llamadas fuera del país y por supuesto no puedes amenazar ni coaccionar a nadie con esta llamada. Mientras tanto iré arreglando el papeleo y pediré que te miren esa mano.

—Gracias.

Los largos dedos de Erlantz rozaron suavemente la mano de Alaia al coger el teléfono, tenía la necesidad de comprobar si el cosquilleo que había sentido antes al tocarse había sido una casualidad

o era algo más intenso. La sensación fue indescriptible, la electricidad comenzó en la yema de sus dedos y continuó subiendo por el brazo hasta acumularse en el pecho, acelerando el ritmo de su corazón. Alzó la mirada y vio el rubor de Alaia, descubriendo que a ella le había sucedido lo mismo.

Ella no dijo nada, solo dio media vuelta y salió de la fría sala. Tuvo que apoyarse en la primera pared que encontró tras cerrar la puerta, no estaba segura de lo que acababa de pasar, pero sus piernas temblaban como la gelatina. Nunca había sentido nada igual, tampoco es que hubiese tocado a muchos hombres ya que los veinticinco años que tenía los había dedicado a centrarse en los estudios y a ignorar por completo al sexo masculino. Pero es que el simple roce de sus dedos la había cortado hasta la respiración. Erlantz tenía algo especial.

Le había dicho que no la quería a su lado como abogada, pero sus preciosos ojos azules no se apartaron de su cuerpo ni por un momento y estaba segura de que al coger el teléfono la había tocado a propósito.

“Bueno, qué más da... cuando termine el papeleo no lo volveré a ver”, pensó.

—Necesitamos solicitar un nuevo abogado —le dijo a la mujer que estaba sentada tras la mesa y que era la encargada de todos estos trámites.

—¿Has tenido algún problema con el detenido?

—No, lo que pasa es que quiere a alguien con más experiencia.

—¡No me lo puedo creer! Encima se creen con el derecho a exigir. Pues que no se crea que esto va a ser rápido, si quiere otro abogado la cosa va a ir bien lenta. Pues los que no están de baja, están con otros casos y sino de vacaciones.

—Hasta donde yo sé, tiene todo el derecho del mundo a poder elegir abogado. Y, con respecto a la tardanza creo que deberían informarle, no es justo que tenga que esperar tanto.

—Pues díselo tú.

—Yo no puedo, pensaría que lo hago para quedarme con el caso. Así que si no le importa cuando haya firmado los papeles se lo informa. Gracias. Ah, por cierto, el detenido necesita que le miren la muñeca derecha ya que no sé por qué motivo está herido.

Agarró los papeles que necesitaba y salió del despacho de la estúpida secretaria decidida a terminar con todo aquello. Inspirando hondo de nuevo, entró en la sala de interrogatorios en la que había dejado a Erlantz haciendo la llanada.

—Toma, necesito que firmes esto. Es una solicitud de cambio de abogado. ¿Has conseguido hacer la llamada? —Erlantz no la estaba haciendo ni caso, su mirada estaba perdida, intentando atravesar los muros de esa comisaría y apretaba tan fuerte el teléfono entre sus manos que sus nudillos estaban blancos.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Erlantz seguía sin contestar, completamente ido, en su rostro se veía dolor. Alaia, aunque sabía que no debía decidió acercarse. No le gustaba la expresión de su cara, era evidente que por alguna razón

estaba sufriendo. Con mucho tiento, apoyó la mano en su hombro intentando no asustarle.

—¡No me toques! —gritó agarrando con fuerza la mano de Alaia y alejándola de su cuerpo.

La cara de Alaia palideció por momentos, su reacción había sido desmedida. Solo quería saber si estaba bien y él se había portado como un grandísimo energúmeno.

—¡Mierda! —dijo dando un golpe en la mesa—. Alaia... yo... —Se levantó de la silla dirigiéndose hacia ella con intención de disculparse, pero los ojos de miedo que le miraban desde el otro lado de la mesa y ver como retrocedía alejándose de él, le partieron el alma—. Lo siento, no pretendía asustarte. Lo que pasa es que normalmente no me gusta que me toquen los desconocidos. ¿Te he hecho daño?

Ya no era capaz de mirarla a la cara, se sentía tan avergonzado.

—No te preocupes, la culpa ha sido mía. —Sus ojos paseaban por la habitación tratando de no cruzarse con su mirada—. Lo siento, no debí de romper las reglas. Firma esto y me iré.

Le tendió de nuevo los papeles y le acercó un bolígrafo, una vez que estuvo todo firmado, recogió el teléfono y se dispuso a salir. Pero no podía dejarle así, algo le pasaba.

—¿Estás bien?

—No. Lo siento... necesito que me hagas un favor... —Levantó la cabeza buscando los preciosos ojos de Alaia, pero ella retiró la mirada y asintió con la cabeza animándole a continuar—. Necesito que localices a una persona y le expliques donde estoy. Dile que llame a Manu, que se vaya con él hasta que yo salga. Si me dejas un papel, te apunto los teléfonos y la dirección. Se llama Ane. Por favor, dile que no la olvido.

Una pequeña punzada de dolor se instaló en la boca del estómago de Alaia, ¿Qué le estaba pasando? ¿Eran celos? No podía ser, tan solo hacía poco más de una hora que lo conocía. No podían ser celos.

—De acuerdo, cuando sepa algo te aviso. —Cogió el papel y salió sin mirar atrás.

Después de estudiar la lesión de su muñeca y hacerle un vendaje, lo acompañaron de nuevo a la pequeña celda en la que había pasado la noche. Erlantz se encontraba nervioso, lo cierto era que no sabía lo que le pasaba, pero no podía quitarse a Alaia de la cabeza. Ella se había portado tan bien con él y había sido un completo gilipollas. Ciertamente, necesitaba un abogado con más experiencia, pero se lo podía haber dicho de otra manera. Y luego asustarla así, gritarle de esa forma, cuando ella solo se estaba preocupando por él.

“Mierda, tengo que pedirle perdón otra vez”, pensó Erlantz soltando un suspiro.

Alaia salió de la comisaría sin tener muy claro que debía hacer a continuación, se suponía que ya no debía tener ningún tipo de contacto con la vida de Erlantz, pero no podía dejarle tirado, estaba casi segura de que cometían un error con él. Pero lo que más llamaba su atención era que acababa de separarse de él y sin saber por qué ya estaba deseando verle.

De acuerdo, buscaría a esa chica, Ane, aunque fuera lo último que le apetecía. Sacó el móvil y marcó

el primero de los teléfonos: 695 563...

—El teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura...

Esta fue la única respuesta que obtuvo, en el otro teléfono tampoco contestaron. Resoplando al sentirse incapaz de dejar las cosas así, decidió acercarse a la dirección que ponía en el papel. Treinta y cinco minutos después, se encontraba apretando el timbre de una vieja casa del centro de Bilbao, donde tampoco obtuvo respuesta.

No se atrevió a hablar con él para darle la noticia, Alaia sentía que le había fallado, así que decidió dejar el mensaje en la comisaría para que se lo dijeran.



CAPÍTULO 4

Alaia

Llevo toda la mañana dando vueltas sin saber qué hacer, no puedo quitarme a Erlantz de la cabeza. Sé que he sido un poco cobarde al no atreverme a decirle directamente que no he encontrado a su adorada Ane, pero es que he odiado decepcionarle.

Por mucho que me joda —la verdad es que no entiendo el motivo— se ve que es alguien muy importante para él y aunque no se lo he dicho, pienso continuar buscándola.

Después de pasear un buen rato por este antiguo barrio y tomarme un café vigilando el portal desde la cafetería de enfrente, decido intentarlo preguntando a los vecinos. Ya no puedo seguir aquí perdiendo el tiempo esperando sin saber a quién, así que acercándome de nuevo al portal, llamo al piso de al lado.

—¿Quién llama?

—Hola buenos días, necesitaba saber si ha visto últimamente a Ane.

—No sé de quién me habla...

—Pues de su vecina de enfrente.

—No sé, déjeme en paz. Yo no quiero saber nada... No moleste más.

Cuelga el telefonillo y me deja con la palabra en la boca. “Que señora más rara” pienso. Así que decido llamar al piso que está justo debajo del de Ane a ver si es un poco más amable y por casualidad la ha oído.

—¿Sí? —Con esa simple palabra, me doy cuenta de que la voz de esta mujer es mucho más amable y menos estridente.

—Hola buenos días, perdone, pero necesitaría saber si sabe algo de su vecina de arriba.

—¿De quién, de Ane? ¿Le ha pasado algo?

—¿La conoce?

—¿A quién, a Ane? Pues claro.

—¿Le importa que suba un momento a hablar con usted? —Cruzo los dedos para que no se cierre y quiera hablar conmigo.

—Ummm... Está bien, te abro.

Un segundo después me encuentro subiendo las escaleras hasta el tercer piso, donde una señora de mediana edad está esperándome con la puerta a medio abrir y el cejo fruncido debido a la incertidumbre.

—Hola, buenos días soy Alaia —digo extendiendo la mano para saludarla—. Gracias por atenderme. Perdone, pero es que estoy buscando a Ane y no la localizo en ningún lado. ¿Sabe dónde podría encontrarla?

Lo piensa un momento y niega con la cabeza para decir:

—Pues no, la verdad es que desde ayer no se oye ningún ruido en el piso de arriba. Me extraña que no hayan estado ni ella ni Erlantz.

Un mazazo golpea fuertemente mi pecho, la verdad es que no esperaba que viviesen juntos. Bueno, por lo menos ya sé porque se preocupa tanto por ella, está claro que es su novia. Lo que no tengo muy claro es porqué tengo este nudo en el estómago y me sienta tan mal que sean algo más que amigos. Inspiro tan profundo como el nudo que se ha creado en mi pecho lo permite, intentando centrarme de nuevo en lo que de verdad importa y sigo indagando:

—¿Y sabe dónde podría encontrarla? La he llamado por teléfono y no contesta. Estoy un poco preocupada.

—Pues no tengo ni idea, ella siempre ha sido muy reservada, pero lo que me parece más extraño es que ni Erlantz esté. Él siempre viene a dormir. Bueno, lo único que puedo hacer si tú quieres, es que cuando aparezca alguno de ellos les digo que te llamen.

Lo pienso un momento, pero sé que Ane no lo hará ya que no sabe quién soy:

—¿Le importaría llamarme usted? A cualquier hora, no me importa. En cuanto oiga cualquier ruido en el piso de arriba me llama.

—¿Pero ha pasado algo? —se ve la preocupación en sus ojos.

—No, no se preocupe. Solo necesito hablar con ella.

—Bien no te preocupes, te avisaré.

Saco una tarjeta del bolso y se la entrego recordándole que no importa la hora que sea, lo importante es que no dude en avisarme. Le agradezco su ayuda y me marcho. En cuanto salgo a la calle vuelvo a

llamar a los dos teléfonos que Erlantz me ha dado, pero siguen sin respuesta. Ya no sé qué más puedo hacer. ¿Dónde coño se ha metido esta tía?

Decido que ya es hora de irme a casa. Son casi las dos y media, tengo que arreglar algunos papeles y descongelar las albóndigas que trajo mi madre el otro día. Si ella supiera que solo como en condiciones cuando me llena la nevera de sus deliciosos tupers.

Después de comer opto por descansar un poco, los nervios me han agotado y necesito relajarme. Me tumbo en el sofá y cierro los ojos, pero por mucho que lo intento es imposible dormir.

Su mirada acariciándome la piel se va colando en mis pensamientos, sus largos dedos tocando delicadamente los míos y acelerándome el pulso, nunca había sentido nada igual. Según voy recordando su perfecto cuerpo noto como se van humedeciendo mis pequeñas braguitas y siento la necesidad de acariciarme. ¿Qué está pasándome? No entiendo nada, pero de repente mi mano traicionera decide ir por su cuenta y acariciando el ansioso clítoris me hace gemir. Imagino que es su mano la que roza los pliegues ya húmedos de anticipación, la que juega con el pequeño y excitado botón, introduciéndose poco a poco en mí, haciéndome perder la razón. Vislumbro su deliciosa boca acompañando a los dedos y los gruesos labios rozando mi piel. Poco después, me retuerzo en el sofá producto de un delicioso orgasmo, ya no puedo dormir; necesito una ducha fría, luego volveré a llamar a Ane.

Erlantz

¡No aguanto más! No hago más que darle vueltas a la cabeza y estoy que me subo por las paredes. La mierda de abogado no termina de aparecer y ya serán más de las cinco puesto que hace horas que uno de los policías vino a traerme algo de comer y dijo que había llamado Alaia para decirme que no había encontrado a Ane. Mierda, tenían que haberme pasado el teléfono, necesito que me diga dónde ha buscado y si ha conseguido hablar con alguien, pero sobre todo disculparme con ella.

Me he comportado como un auténtico capullo mientras ella lo único que ha hecho ha sido portarse bien conmigo y no juzgarme. Pero bueno, ya está hecho y no volveré a verla. Ahora lo importante es que aparezca alguien de una vez diciéndome que por fin tengo abogado y que me saque de aquí para poder solucionarlo todo.

Doy mil vueltas por la pequeña celda intentando relajarme, pero es imposible, la imagen de Ane aparece continuamente en mi cabeza y hasta que no localice a mi niña y sepa que está lejos de las garras de Saúl no voy a poder conseguirlo. Dos vueltas más, tres, cuatro y por fin se abre la maldita puerta.

—Acompáñame, tienes visita.

—Visita, ¿pero no es mi abogado?

—No, todavía no te han asignado ninguno. Están teniendo algún problema.

—¡Pues, vaya puta mierda de justicia! —me pongo a gritar como un energúmeno—. No creo que esto sea legal, llevo aquí un montón de horas y no me han aclarado nada. —sigo caminando y gritando a la vez, esto es una injusticia y van a tener que escucharme.

—¡Cállate y entra! —dice según abre la puerta.

—¡No me pienso callar! Estoy más que har... —me quedo con la boca abierta al encontrarme con sus preciosos ojos de color miel, no puedo creerme que esté aquí.

—Hola —dice sonrojada, no sé qué le pasa, pero con ese rubor en sus mejillas está preciosa.

Cierran la puerta tras de mí y ella se aleja para dejarme pasar a la silla en la que debo sentarme. La noto tensarse al pasar por su lado y mi estómago se contrae al pensar que me tiene miedo.

—Lo siento... No pretendía asustarte... —La miro de nuevo a la cara buscando sus ojos, pero ella no se atreve. Su mirada está fija en la horrible mesa de este cuartucho y su respiración es un poco irregular. Me siento lo peor—. Mierda Alaia, me he portado como un imbécil. No tenía que haberte gritado, ni agarrar tu mano asustándote. Lo siento, sé que no es excusa, pero es que estoy aquí acusado de matar todavía no sé a quién, No consiguen un puto abogado y sigo sin saber dónde está Ane. Necesito encontrarla.

Me derrumbo, no puedo más y dejo caer la cabeza enterrándola entre las manos. Noto el calor de las suyas sobre las mías, acariciándolas suavemente con sus pulgares y siento de nuevo la electricidad que recorre mi cuerpo al contacto con su piel.

—Lo siento, la he buscado y he llamado por teléfono un ciento de veces, hasta he hablado con vuestra vecina del tercero, ha dicho que llamará si la oye, pero no la encuentro —Levanto la cabeza y ahora sus preciosos ojos si me miran, pero con tristeza—. He venido para ver si puedes darme más datos, el número del tal Manu por si está con él; los sitios que frecuenta y si es posible también necesitaré una foto. Sería más fácil si supiese a quien busco.

—Gracias, eres un cielo. Yo me he portado fatal y tu...

Acaricio su cara perdiéndome en sus labios mientras ella continua hablando. Me apetece probarlos, acariciarlos con la punta de la lengua y descubrir a que saben. Los rozo suavemente con el pulgar y la noto estremecerse, agarra mi mano y la separa de su cara.

—Erlantz, ¿no estás haciéndome caso!

—Lo siento —me disculpo, aunque en realidad no lo siento, es tan bonita.

—Te decía que si quieres todavía estoy dispuesta a ser tu abogada, piénsalo.

No respondo, me ha sorprendido por completo dejándome en blanco. Nunca había conocido a nadie con un corazón tan grande, si es que encima de bonita es un pequeño ángel. Pero sin darme cuenta

ella toma mi silencio por respuesta y sale de la sala.

—Alaia... —grito mientras intento abrir la puerta.



CAPÍTULO 5

Alaia

No entiendo por qué es tan cabezón, ¿No se da cuenta que pasará todo el día y seguirá sin abogado? Estoy segura de poder ayudarle, lo que no sé es como convencerle para que me deje hacerlo, esto es frustrante.

—¡Joder, Dios! ¿Pero cómo puede ser tan cabezón? Si es que le cogería de... uffff... Me voy a callar porque si no... —grito tras pegar un portazo a la puerta de la oficina—. ¿Habéis localizado ya algún abogado para el cabezota que está detenido?

—Hola, buenas tardes a ti también —dice la oficinista con cara de sargento descompuesto, demostrando lo estúpida y amargada que es.

—Lo siento, tienes razón, pero es que me saca de mis casillas.

—La culpa es tuya, no entiendo qué narices haces tú aquí. ¿No dijo que no te quería de abogada? Pues entonces es que no tiene mucha prisa. Total, para lo que va a hacer en la calle, mejor está encerrado.

“Pero bueno, ¿está tía es así de tonta siempre o es que se lo hace? A otra que había que darle un par de tortas”, pienso mordiéndome la lengua.

—Pues igual estoy intentando ayudar a alguien que según la ley es inocente hasta que se demuestre lo contrario o... ¿Es que tú ya les juzgas directamente? No tienes ni idea de quién es, no sabes nada de su vida, pero para ti ya es culpable —Mi mirada hacia ella es dura, muy dura, pero es que no aguanto a la gente tan prepotente, que no es capaz de dar una oportunidad a alguien solo por su clase social y seguro que ni le ha visto—. ¿Le has encontrado abogado o no?

—No, la cosa está complicada. Estamos en unas fechas muy... —No le da tiempo de terminar la frase porque los gritos del pasillo llaman nuestra atención—. ¿Pero qué narices pasa? —dice la oficinista mientras abre la puerta para enterarse.

—Suéltame y vete a buscarla, joder...

—¡He dicho que te calles! Y entra en la puta celda.

Mis ojos no pueden creer lo que están viendo, uno de los policías retuerce fuertemente la muñeca lesionada de Erlantz mientras intenta meterlo a la fuerza en una de las celdas. Esto parece tercermundista, la una juzgando antes de tiempo y el otro ejerciendo abuso de poder.

—¡Suelte ahora mismo a mi cliente!

Todo el mundo se queda callado y mirándome con ojos desconcertados, hasta yo misma me he quedado flipada. ¿Por qué narices he dicho eso? Sé de sobra que no soy su abogada, pero creo que todo esto es tan aberrante que lo he hecho sin pensar.

—¿Qué? —responde el policía con la cara desencajada.

—Pues eso, suelte a mi cliente y vuelva a acompañarlo a la sala de interrogatorios. En cinco minutos estaré con él. —De una forma muy digna, doy media vuelta dirigiéndome de nuevo a la oficina de la bruja. No estoy segura, pero ¿me ha parecido ver una media sonrisa en los labios de Erlantz? Mierda, mierda... ¿Qué estoy haciendo?—. Dame por favor los papeles de Erlantz López Casado —le pido con autoridad a la oficinista.

—¡No sabes lo que estás haciendo! —La bruja cruza los brazos a modo chulesco y mirándome desafiante.

—No te he pedido consejo, solo dame los malditos papeles.

Erlantz

Soy incapaz de detener la sonrisa que sale de mis labios, simplemente me encanta. Verla salir como un miura a defenderme y poner a este gilipollas en su sitio, tengo que reconocer que ha sido de lo más excitante. De hecho, tengo que recolocarme los pantalones porque mi entrepierna ha reaccionado al instante.

Hacía mucho tiempo que no reaccionaba así, llevo tanto tiempo ocupándome de Ane que no he tenido ojos para otra mujer. Tampoco es que me haya importado mucho ya que es la niña de mis ojos, pero Alaia... ¡Me muero por probar sus labios!

—¡Venga, pasa! —dice el policía al abrir de nuevo la puerta de la sala de interrogatorios. Está mosqueado, que Alaia le haya parado los pies no le ha gustado nada, así que se queda en la puerta con los brazos cruzados y una cara muy larga esperando por ella, quien no tarda en llegar.

—Señorita...

—Etxebarria, Alaia Etxebarria.

—Señorita Etxebarria, la próxima vez... —el oficial alza sus cejas en un gesto que me hace sonreír y ella le interrumpe de una forma abrupta.

—Sí, la próxima vez que se acerque a mi cliente y le trate como acaba de hacer, le aseguro que se va a encontrar con un problema. Ahora si no le importa, tengo que hablar con mi cliente —Y sin pensárselo dos veces va y le cierra la puerta en las narices. Todos los objetos de la sala, incluido mi propio cuerpo le hacen la ola. Bueno, la verdad es que esto solo ocurre en mi mente.

Apoya su espigada espalda en la puerta y cierra los ojos, sus piernas tiemblan como la gelatina y veo como necesita sujetarse para no caer. Me apresuro a agarrar su pequeño cuerpo con la única intención de ayudarla, pero al arrimarme su olor invade mis sentidos y no puedo resistir la tentación de acercarla todavía más.

—¿Estás bien? —susurro muy cerca del lóbulo de su oreja y observo como el vello de los brazos se le va erizando. Un escalofrío recorre su cuerpo e intenta separarse, pero me resisto a dejar de tocarla aferrándome a ella—. Espera, te ayudo a sentarte.

—No hace falta gracias. Lo siento, han sido los nervios. —Se separa y mi cuerpo protesta por la ausencia de su roce, nunca había tenido la necesidad de estar tan cerca de alguien. No puede ser posible esté pasándome esto a mí, debe de ser el cansancio—. Ya sé que no quieres que sea tu abogada, pero... no he podido evitarlo. ¡Mira cómo te estaba tratando! Lo siento, pero ha sido lo único que se me ha ocurrido para detenerlo. Déjame ayudarte hasta que aparezca otro abogado con más experiencia. Puedo sacarte bajo fianza y así podrás buscar a Ane. Erlantz, yo sé que...

—Alaia...

—Pero es que no saben cuándo...

—¡Alaia!

—¡Qué! —grita ofuscada al ver que no la dejo terminar.

—Hazlo, sácame de aquí...

—¡¡¡Sí!!!!

Pega un salto de alegría y en un impulso rodea mi cuello con sus brazos, sin darme cuenta sujeto su cintura entre los míos y le aprieto contra mí cuerpo. La sensación es maravillosa, lo único que falta es probar sus deliciosos labios. Mis ojos se clavan en ellos, no puedo evitarlo.



CAPÍTULO 6

Alaia

—¡¡¡Sí!!!

Grito loca de contenta, por fin ha dado su brazo a torcer y puedo sacarle de aquí. Sin pensarlo dos veces me lanzo a sus brazos y le rodeo el cuello con los míos, pero al notarle abrazar mi cintura, soy consciente de lo que he hecho. Intento alejarme disimuladamente porque soy consciente de que esta situación no es muy ética, pero noto como sus fuertes brazos van acercándose todavía más a él.

No puedo permitirlo, y cometo el error de posar mis manos en sus brazos para imponer una mínima distancia. Los perfectos y duros músculos que se esconden bajo las largas mangas de su camiseta me hacen perder el aliento, nunca había sentido algo así. Dios mío... este tío está como una piedra.

Alzo la mirada dispuesta a terminar con esta situación, pero me encuentro con sus preciosos ojos azules anhelando mi boca y sin darme cuenta muerdo el labio inferior. No sé qué está pasándome, pero tengo que pararlo ya.

—Me alegro de que lo hayas recapacitado, ahora tenemos mucho que hacer —le digo intentando romper el momento.

Muy a mi pesar consigo separarme de su cuerpo, no puedo permitir que esta situación vuelva a repetirse. Es mi cliente, y hasta ahí es donde va a llegar nuestra relación. Así que comienzo a sacar toda la documentación del maletín, con un poco de suerte mañana lo tengo en la calle.

—Bien, siéntate. Cuanto antes arreglemos esto, antes podrás ir a buscar a Ane —le señalo sonrojada. Con una sonrisa radiante casi hipnótica, se sienta en la silla que hay al otro lado de la mesa. Cruza sus largas piernas y me mira muy atento, haciendo que necesite unos largos segundos para poder continuar—. Lo primero que necesito es que confirmes que todos tus datos están bien, y después asegurarnos de ciertas cosas. Imagino ya que yo estoy aquí, que te leyeron tus derechos en el momento de la detención, ¿verdad?

—Sí, a su manera, pero sí.

—¿Qué pasó? —Soy incapaz de apartar los ojos de los suyos.

—Nada, eso no importa ahora.

—Está bien, el informe dice que tras encontrar el cadáver de Saúl Vélez Lodosa...

—¿Qué? ¿Estás diciendo que el muerto es Saúl?

—Pero a ver... ¿No te han leído el informe? ¿No te han dicho por qué estás detenido?

—Lo único que me han dicho es que por asesinato, no dieron más explicaciones

Muerdo el interior del labio intentando controlar el mal humor que me provoca esta situación.

—¿Le conocías?

—¿A Saúl? Sí, claro.

El gesto de su cara me hace saber que no era alguien al que tuviese mucho aprecio, dato que tengo que valorar.

—El informe señala lo siguiente:

“Unos testigos llamaron a la policía, declararon que vieron a un hombre alto y corpulento que vestía vaqueros azules y camiseta negra de manga larga discutir de una forma muy acalorada y luego asestar varias puñaladas a la víctima. Tras una exhaustiva búsqueda los agentes localizan al acusado Erlantz López Casado quien coincide por completo con la descripción realizada por los testigos y tras cachearle, localizan en su poder una navaja de quince centímetros que coincide con el arma del homicidio”.

“Los policías declaran que el acusado se resistió al registro y agredió a uno de los agentes golpeándolo contra la persiana del establecimiento donde procedieron a la detención”.

Sus manos tiemblan sobre la mesa, levanto la mirada del informe y me encuentro con una cara completamente pálida y la mirada perdida. Creo que en este momento es cuando se está dando cuenta de que esto no es un juego, está acusado de asesinato y hay muchas pruebas en su contra.

—Erlantz, ¿Estás bien?

No me oye, está ido por completo. Sujeto sus manos temblorosas entre las mías y la mirada le cobra vida. Me observa con ojos tristes mientras una pequeña lágrima resbala por su mejilla.

—Yo... no... —Se derrumba y dice angustiada—. ¡Alaia, tenemos que encontrar a Ane!

Mierda, ya estoy harta de tanta Ane. Podía preocuparse un poquito más de él mismo ya que ella no lo hace. Lleva casi veinticuatro horas aquí metido y a ella le da igual. No le ha llamado, no contesta el teléfono ni aparece por su casa. Es una egoísta y él no hace más que pensar en ella.

—No Erlantz, ahora lo más importante es sacarte a ti de aquí. Luego ya la busca...

—¡No lo entiendes! —grita sujetándome por los hombros—. Ella cree que está enamorada de Saúl,

pero ella... es... Saúl solo... ¡Joder Alaia, seguro que ella estaba con él!

No sé qué decir. ¿Cómo puede estar tan enamorado de ella sabiendo que estaba con otro mientras vive con él? Cada vez estoy más enfadada y no sé cómo disimularlo. Le veo levantarse de la silla y pasear de un lado al otro de la pequeña sala, me acerco y acaricio su brazo intentando tranquilizarlo, pero vuelve a agarrarme con fuerza de los hombros.

—¡Tienes que encontrarla! ¡Tienes que sacarme de aquí! —Se derrumba por completo y cae de rodillas sollozando como un niño—. Ayúdame, por favor... Yo... Si le pasa algo yo me muero.

Siento un profundo dolor en el pecho. Esto es surrealista, le acabo de conocer y ya estoy celosa. Me arrodillo junto a él e intento consolarle dejándole llorar entre mis brazos y acariciando su pelo dorado.

—Erlantz, seguiré llamándola si eso es lo que quieres, pero hasta mañana no podré sacarte. Tengo que ir al juzgado y conseguir una audiencia para que te dejen salir bajo fianza. Venga, ven. Necesito tu declaración jurada para poder irme.

Erlantz

Alaia se ha ido a moverlo todo para intentar sacarme de aquí, y no puedo dejar de darle vueltas a toda esta mierda de situación.

¡Saúl muerto, no me lo puedo creer! Tantos años deseándolo y cuando por fin sucede, tiene que seguir jodiéndome la vida. No me hubiese importado haber sido yo quien le quitara del medio. Pero sinceramente, no tengo ni idea de quién ha podido hacerme este favor y a la vez esta putada.

Y Ane ¿Dónde se ha metido? Espero que no estuviese cerca de él. Si lo ha visto estoy seguro de que me necesitará. Pero ¿Y si también cree que he sido yo? Ohhh... ¡Mierda, Ane! ¿Dónde estás?

La celda se me hace pequeña y los nervios van a acabar conmigo, no sé si Alaia volverá a pasar por aquí para darme alguna noticia, pero la verdad es necesito que venga. No sé por qué, pero su sola presencia me tranquiliza, es como un bálsamo.

—Buenas... —La cabeza del viejo Josu, el agente que estaba en la puerta cuando llegué la noche anterior aparece por la puerta de la celda—. Joven, tienes una llamada de tu abogada.

—Gracias —le digo mientras estiro la mano cogiendo el teléfono que me ofrece—. Alaia...

—Hola Erlantz. Mañana a las nueve tenemos la vista con el juez, hemos tenido suerte, ya que el que nos ha tocado no es demasiado duro. —Su voz me relaja, aunque no sea como tenerla aquí—.

Ya sé que es complicado, pero intenta descansar. Ha sido un día muy duro y mañana también lo puede ser.

—¿Por qué? ¿Has descubierto algo? ¿La has encontrado?

—No, lo siento. Dime dónde puedo ir a buscarla y lo haré.

—¿No vas a venir? —Sé que la voz suplicante delata mi ansiedad, pero no me importa.

—No tenía intención, estoy cansada y necesito prepararlo todo para mañana. ¿Necesitas algo?

—No, solo... —El silencio se hace entre nosotros. Es un silencio cómodo, en el que solo con saber que está al otro lado del teléfono es más que suficiente. —Alaia...

—¿Qué? —responde con voz susurrante.

—Gracias —Ella suspira profundamente antes de contestar.

—Buenas noches, Erlantz.

—Buenas noches, Alaia.

Al colgar el teléfono siento como si me faltase el aire. Ane me necesita y soy consciente de que no le he dicho a Alaia donde puede encontrarse. Tengo la sensación de haberla fallado, pero no puedo hacerle esto a Alaia. Es demasiado peligroso para que se presente sola allí, si le pasase algo por mi culpa no podría perdonármelo nunca.

No he conseguido cenar, estoy demasiado nervioso para poder tolerar algo de comida. Me tumbo en la dura cama de la celda e intento descansar un poco, pero es imposible. Los verdes ojos de Ane aparecen en mi cabeza cada vez que cierro los míos; están tristes y con solo un pequeño gesto me reprochan que no esté a su lado. Le prometí que nunca la dejaría y esa mirada dice que no entiende por qué no he cumplido mi palabra.

Incomodo, doy mil vueltas en la cama. Necesito pensar en otra cosa, y sin poder evitarlo sustituyo los tristes ojos verdes de Ane por unos divinos del color de la miel. Sonrío al recordar las veces que la he pillado paseando su mirada por mi cuerpo. Sé que le ha gustado lo que ha visto, y me alegro. Porque cada vez que entra por esa puerta, mi ritmo cardíaco se acelera y ya no puedo dejar de mirarla. Me gustaría haber probado esos labios que tan cerca he tenido, haber bajado lentamente por su largo cuello hasta enterrarme en sus perfectos pechos y deleitarme endureciendo sus tiernos pezones hasta hacerla jadear de placer.

¡Necesito volver a tenerla entre mis brazos!



CAPÍTULO 7

Alaia

No he dormido en toda la noche, estoy súper nerviosa y cerrar los ojos ha sido del todo imposible. Ayer cuando llegué a casa, preparé todo el papeleo que necesito entregar hoy en el juzgado y lo estuve revisando cada cinco minutos, comprobando una y otra vez que no faltase nada. Estoy segura de que el juez se va a portar con nosotros. Bueno, más bien necesito que se porte con nosotros ya que a cada minuto que pasa me pongo más nerviosa. ¡Por Dios! Es que ¿A quién se le ha ocurrido entregarle un caso de asesinato a una niña sin una gota de experiencia?

Pobre Erlantz, solo espero ser lo suficientemente buena como para sacarlo de este lío. No sé por qué, pero hay algo en él que me dice que es inocente y no quisiera fallarle. Esos preciosos ojos azules no pueden estar engañándome; esa preocupación y amor hacia Ane que veo en ellos no pueden ser de un asesino, sobre todo, mi corazón no puede palpar de esta manera por un delincuente.

Tras salir de la ducha, rebusco sacando todas las prendas que tengo en el armario y después de volverme loca, decido ponerme el traje más elegante que encuentro. Es un traje gris marengo de chaqueta y pantalón, que combinado con la camisa blanca de seda —regalo de cumpleaños de mi hermana— me hace parecer una mujer un poco más madura. Recojo mi pelo en un sobrio moño y con un pequeño toque de maquillaje echo último vistazo al espejo. ¡Bien, me gusta lo que veo!

Decido que lo mejor será acompañar a Erlantz desde la comisaría, poniéndome de disculpa que lo hago para que no se ponga más nervioso, aunque si tengo que ser sincera, la verdad es que quiero verle. Necesito sentirle cerca y ver que está bien.

Entro decidida en el edificio, tenemos el tiempo justo de una pequeña reunión y quiero aprovechar para revisar por última vez todos los papeles y asegurarme de que se encuentra bien.

—Buenos días —le digo con una radiante sonrisa—. ¿Preparado para salir de aquí?

—Buenos días, Alaia.

—¿Qué te pasa? No has dormido nada ¿Verdad?

Me acerco a él y alargo el brazo con toda la intención de acariciar su rostro, pero segundos antes de tocarlo caigo en la cuenta de lo que estoy haciendo, así que cierro lo más rápido que puedo la mano y retrocedo. No puedo, si lo toco me volveré loca por seguir haciéndolo y ayer prometí que seguiría siendo simplemente un cliente, mi primer cliente.

Mi reacción le ha dolido. Veo como sus ojos se entristecen más de lo que ya estaban y se gira dándome la espalda mientras aprieta fuerte los puños y tensa los músculos de su espalda.

—No mucho, no he podido dejar de pensar en Ane.

—No te preocupes —respondo casi sin aliento por culpa de los celos—. Pronto podrás salir de aquí e ir a buscarla.

Meto de nuevo todos los documentos en el maletín del que no soy capaz de levantar la mirada, por miedo a que caigan las lágrimas que estoy intentando retener. Eso ha sido un golpe bajo y estoy segura de que lo ha hecho a propósito, no hacían falta tantos detalles. ¡Sé a la perfección el motivo por el que no ha podido dormir, no hace falta que me lo restriegue de esta manera! Estoy más que harta de la maldita Ane.

Erlantz

¡Joder! Toda la puta noche soñando con ella, pensando en su pequeño cuerpo y en lo cerca que estuve ayer de probar esos delicados labios que están volviéndome loco y lo primero que hace hoy es alejarse de mí. Ha sido como darme un puñetazo en el estómago, deseaba tocarla, acariciar su dulce piel con olor a hierba fresca y probar sus gruesos y apetitosos labios.

La verdad es que, aunque duele, no la culpo. ¿Quién soy yo para ella? Realmente no soy más que un maldito delincuente del que se ha tenido que hacer cargo, ya que no tiene ni para pagarse un puto abogado. Soy un asesino que pasa el día lloriqueando porque necesita saber que la niña de sus ojos está bien. Para ella no soy nada y no me extraña.

<No mucho, no he podido dejar de pensar en Ane> —mi respuesta me retumba en la cabeza.

¡Mierda! ¿Por qué le he contestado eso? Soy consciente de que le he hecho daño, y lo peor es que lo he hecho a propósito. Sabía que no le gustaría y aun así lo he hecho ¿Por qué? Si lo único que quiero es tenerla entre mis brazos.

Su voz es triste al darme la espuesta que merezco y sé que no ha sido capaz de mirarme mientras lo decía. Yo tampoco la miro, si lo hago no podré contenerme y la verdad es que prefiero respetar sus deseos. Está claro que no jugamos en la misma liga, por más que quisiera volver a rozar su piel y notar como su cuerpo entero se estremece bajo mis manos, sé perfectamente que ella nunca estaría

con alguien como yo.

—Vamos, tenemos el tiempo justo.

Según salimos de la sala, dos agentes nos esperan en la puerta. El más alto, que es justo al que Alaia le echó el pequeño rapapolvos por no tratarme con demasiado cariño, coloca las esposas en mis muñecas y me da pequeños empujoncitos para dirigirme hacia la puerta de salida.

—¿Es necesario? —pregunta Alaia con tono severo.

—Por mi parte sí. Está acusado de asesinato y ha demostrado ser agresivo, yo no correría el riesgo

—Pues yo sí, así que suéltelo.

Su seguridad me hace sonreír.

—Muy bien, como quiera. Firme aquí.

—¿Qué es esto?

—Es una declaración de como usted se hace responsable del acusado.

—De acuerdo, sin problema.

Coge el papel y lo firma sin pestañear.

—¿Está segura? Mire que no le conoce de nada, usted es novata y...

—¡He dicho que lo suelte!

Su voz es firme, no duda ni un momento de lo que quiere y lo exige. Por muy novata que sea, sabe perfectamente lo que hace, y verla tan segura de sí misma está volviéndome loco. ¡No sé si podré seguir cumpliendo su deseo de no tocarnos durante mucho tiempo!

Nos dirigimos al coche de policía que nos llevará al juzgado, me sorprende ver que Alaia se viene con nosotros, abre la puerta trasera y segura de sí misma se sienta a mi lado. No me mira, intenta demostrar que está enfadada conmigo.

—Alaia...

Sigue sin mirarme.

—Cuando estemos con el juez, solo hablarás si te pregunta, se supone que no tiene que hacerlo, pero nunca se sabe.

Su voz es fría y distante.

¡Mierda, le ha dolido más de lo que yo pensaba! No puedo permitir que este así conmigo. Deslizo despacio la mano por el asiento del coche hasta conseguir rozarle levemente los dedos, agarro su mano y siento como todo el cuerpo se le estremece. La sensación es fantástica ¡No quiero volver a soltarla nunca más!

Gira su cara y con ojos asustadizos busca en el retrovisor la mirada del policía que conduce, tiene

miedo de que nos vean y noto como poco a poco su preciosa piel se va sonrosando, hace un pequeño intento de retirarla.

—Señorita, ¿Se encuentra bien?

No la suelto. Estoy seguro de que por el retrovisor no alcanza a ver nuestras manos, así que la aprieto suavemente y la acaricio con el pulgar. Me mira y carraspea.

—Sí, gracias.

Sé que me estoy sobrepasando, que esto es surrealista pues no hace ni veinticuatro horas que la conozco. Lo más importante para mí, es salir y poder encontrar a mi niña, pero no sé como explicarlo, es como un imán, una necesidad de sentirla que me supera.

El trayecto al juzgado es un poco largo, pero ella no suelta mi mano hasta que el coche se detiene y nos tenemos que bajar. Sus dedos se alejan de los míos dejando en ellos un pequeño cosquilleo según los va apartando.

No tardan demasiado en llamarnos, el juez escucha atentamente todo lo que Alaia muy segura de sí misma le dice y gracias a Dios, yo no tengo que hablar. La vista dura unos tres cuartos de hora en los que la verdad es que no he entendido la mitad de los términos que han utilizado, pero no me importa ya que el resultado final ha sido una amplia sonrisa de Alaia cuando el juez ha puesto una fianza de ocho mil euros.

Me quedo con la boca abierta, ella está muy contenta, por lo que veo el resultado es bueno y no debe de ser una fianza demasiado alta, pero yo no puedo permitirme esta cantidad. Alaia no se da cuenta de ello hasta que ve mi rostro serio.

—¿Qué te pasa? El juez se ha portado de maravilla con nosotros.

—¡Alaia, yo no tengo ese dinero! Es demasiado para mí —la espeto haciendo que su gesto cambie y sintiéndome mal conmigo mismo.

—¡Tienes que tener a alguien que te pueda ayudar! Si encontrásemos a Ane a lo mejor ella.

—No Alaia, ella tampoco lo tiene.

—¿Y el tal Manu?

—No.

—¿No tienes a alguien que puedas pedir un crédito por ti?

—No.

—Mierda, joder. Alguien tiene que haber, piensa un poco.

Su voz se eleva tratando de presionarme, pero el agente que nos ha traído se acerca a nosotros interrumpiéndonos y nos dice que nos tenemos que ir. En un incómodo silencio nos dirigimos al coche, cada uno centrado en sus pensamientos.

No sé cómo lo voy a hacer, pero necesito ese dinero. Es necesario que salga de esta maldita celda y

saber dónde se ha metido Ane. Tengo que estar fuera de esta mierda y poder hablar con Alaia de lo que me está pasando, de la necesidad que tengo de sentirla cerca, de probar sus labios.

—Cuanto antes tengamos el dinero, antes podrás salir, piensa por favor.

Termina la frase y se baja del coche. Hemos llegado a la comisaría y el agente me traslada de nuevo a la sala de interrogatorios mientras Alaia rellena unos papeles en la oficina. Tiene razón, pero es que lamentablemente no tengo a nadie que pueda conseguirme tal cantidad de dinero. Por más vueltas que le doy no encuentro una solución. Lo único que tengo es mi vieja casa y no puedo dejar a Ane sin un techo donde dormir, lo prometí y pienso cumplirlo por encima de todas las cosas.

La puerta de la sala se abre sacándome de mis pensamientos, una preciosa y sonriente Alaia aparece tras ella.

—Vamos, estás libre. —Sus ojos brillan de emoción dejándome perplejo.

—¿Qué?

—¡Que nos podemos ir, estás libre!

Sonríe y me parece la sonrisa más bonita del mundo.

—¿Pero cómo? ¡Yo no tengo el dinero!

—No te preocupes, he tirado de unos contactos y lo he conseguido.

No puedo creer lo que ha hecho, sus ojillos de circunstancia me miran con felicidad esperando una respuesta, una reacción. Sin pensarlo dos veces avanzo hacia ella y la estrecho entre mis brazos, esta vez no hay vuelta atrás.

Poco a poco acerco mi boca a la suya, necesito sentir su roce, su aliento en mi piel y descubrir por fin su delicioso sabor. Lentamente rozo su labio inferior con la lengua haciendo que todo mi cuerpo reaccione y que de su garganta nazca un pequeño jadeo que me eriza la piel. Su cuerpo tiembla y mi ávida lengua invade su boca saboreándola por completo y haciéndome perder la cabeza. ¡Es como estar en el cielo!

—Tenemos que salir de aquí —dice casi sin aliento cuando consigue separar sus labios de mi boca.

—Lo sé. Tengo que encontrar a Ane.

Dicen que la cara es el espejo del alma, y la verdad es que no hay más que mirar a Alaia para descubrir todos los sentimientos que pasan en esos momentos por su cuerpo, por su alma.

Alaia

Sabía a la perfección que Ane no podía desaparecer de la noche a la mañana, no soy tonta y asumo

que Erlantz está locamente enamorado de ella ya que desde que lo detuvieron lo único de lo que se ha preocupado es por encontrarla y saber cómo está. Pero esto...

No puede besarme, rozar mi boca con sus temblorosos labios de sabor a miel, acariciarme el paladar con la punta de su deliciosa lengua y rodearme con su duro cuerpo, haciendo que el corazón me revolotee como una mariposa recién salida de su larva, para luego casi sin haber separado nuestros excitados cuerpos echarme un jarro de agua fría de esta manera. ¿No podía haber esperado un poco? ¿Cómo puede ser tan...? Prefiero no darle un adjetivo porque en este momento, no encuentro una palabra tan horrible que pueda definirlo.

Con una enorme sensación de dolor en el pecho, le doy la espalda ocultando mis sentimientos, agarro el pomo de la puerta y la abro para alejarme de él.

—Mañana a las nueve estaré en tu casa —le digo sin ser capaz de mirarle a la cara—. Tenemos que ir preparando tu defensa mientras aparece tu abogado definitivo.

—¿Qué?

—Se puntual por favor. Aunque no la hayas encontrado. —Sin pensarlo más, salgo de la habitación con el corazón encogido y cerrando la puerta tras de mí.

Erlantz

No soy capaz de moverme, por un momento el tiempo se paraliza sin entender lo que ha sucedido. ¿Por qué ha dicho eso? Yo no quiero otro abogado, la quiero a ella. Necesito su fuerza y su seguridad, estoy convencido de que si hay alguien que pueda sacarme de este embrollo esa es Alaia. Confío en ella y sé sin ningún tipo de duda que ella confía en mí. Pero sobre todo lo que necesito es tenerla a mi lado el mayor tiempo posible, ella hace que me sienta seguro, consigue relajarme y ha logrado hacerme creer que la vida merece la pena solo por la simple razón de poder tenerla cerca. No sé por qué, pero ella es especial.

¿Pero por qué se ha ido así? No entiendo nada, lo único que tengo claro es que no pienso dejarla escapar. Ha salido prácticamente corriendo de esta sala y en cuanto mi cuerpo reacciona, intento alcanzarla mientras le doy mil vueltas a la cabeza para descubrir lo que ha pasado.

Trato de recordar los últimos minutos y la veo diciéndome que puedo irme, sus labios temblorosos, su lengua, su sabor. Recuerdo cómo se ha separado de mi boca diciéndome que nos teníamos que ir, y también mi estúpida respuesta... “¡Mierda! ¿Cómo coño se puede ser tan imbécil? Tengo que encontrarla”

Tardo unos diez minutos en conseguir salir de la maldita comisaría, los agentes me han hecho rellenar un sinfín de papeles para recoger mis pertenencias y cuando consigo llegar a la calle no hay ni rastro de ella. Maldiciendo me alejo decidido a encontrar a Ane ya que en esos momentos es lo más importante, mañana hablaré con Alaia e intentaré explicarme.



CAPÍTULO 8

—¿Has visto a Ane? —Asalto al cliente más fiel del tugurio donde ella pasaba las horas.

—¿A quién?

—¡Mira Alberto no me jodas! —Le agarró por el pecho y le empujó contra la pared—. Llevo dos días sin saber nada de ella y sé que han asesinado a Saúl ¿La has visto o no?

Sus ojos irradian odio, nunca me ha gustado tratar con esta gentuza, pero en estos momentos no me queda otra, es la única manera de encontrarla.

—¡Yo no sé nada tío! ¡No quiero problemas!

—Eso es exactamente lo que vas a tener como no me digas lo que sabes —Mis manos suben decididas hasta el cuello de Alberto, no puedo vacilar, si este idiota nota mis nervios nunca me dirá dónde está Ane.

Los dedos se van tensando poco a poco, apretando cada vez más el delgado cuello, ya empiezo a notar el pulso acelerado de este desgraciado en las yemas. Estoy pasándome y lo sé, si alguien me ve y llama a la policía esta vez no habrá dios que pueda sacarme de una puta celda. Aprieto un poco más y los ojos de Alberto se llenan de pánico.

—Mira tío, ya estoy acusado de matar al cerdo de Saúl, así que tú mismo, me da igual uno que dos.

—No, no, para... Te lo diré... te diré lo que quieras.

—¿Qué sabes de Ane?

—Ayer... no, antes de ayer... no, no... fue... ¡Mierda tío afloja un poco, así no puedo concentrarme!

—¡Ya, Alberto! ¡Estoy empezando a perder la paciencia!

—Está bien, está bien... te lo cuento... yo no he visto nada, pero el otro día se armó un gran revuelo.

Alguien vino gritando y diciendo que por fin te habías cargado a Saúl.

—¿Quién? —Aprieto más los dedos.

—¡No sé! Tío, te lo juro. Yo... Acababa de meterme un tiro... No me acuerdo... Solo sé que decía que habías sido tú y que Ane lo había visto todo. Luego, ayer vimos a Ane, estaba llorando y le acompañaba el tío este nuevo... ¿Cómo se llama? Sí, joder... —Chasquea sus dedos intentando recordar el nombre.

—¿Y dónde están?

—No sé, no han vuelto a pasar. Ella estaba jodida. ¿Sabes tío?

—¿Dónde vive el nuevo? ¿Por dónde se mueve?

—No sé, yo solo le he visto un par de veces tío, yo no me fijo. Voy a lo mío y paso de la peña.

—¡Ya me estoy hartando de tanto no lo sé! —Le vuelvo a empujar con fuerza contra la pared, no puedo creer que vaya a marcharme de aquí sin encontrarla. Estoy desesperado.

Del bolsillo trasero saco un pequeño bolígrafo y sin ningún tipo de delicadeza remango las largas mangas de la roída camiseta de Alberto. Le estiro el brazo y apunto en números bien grandes mi teléfono.

—No lo pierdas —le ordeno—. Búscalos, pregunta a quién quieras y en cuanto sepas algo me llamas. Procura que sea pronto o vendré a por ti.

—Sí, sí tío... te lo juro, yo te llamo.

Le suelto y doy media vuelta, no sé por dónde, pero tengo que seguir buscándola. No pienso consentir que Ane vuelva a pasar otra noche fuera de casa. Así que me dirijo a todos los locales que suele frecuentar y en todos recibo la misma respuesta.

—No, desde que mataron a Saúl no ha vuelto a venir.

No entiendo dónde se han podido meter, llevo todo el día buscándolos, pero parece que se los ha tragado la tierra. No es normal que nadie sepa donde vive el supuesto nuevo amigo de Ane y mucho menos que nadie los haya visto en dos días.

Son más de las diez y media de la noche y estoy completamente agotado, sin comer ni dormir en condiciones desde hace más de veinticuatro horas decido que ya es hora de retirarme. No le serviré de nada a Ane si enfermo.

Me dirijo a mi vieja casa, rebusco en la más que vacía nevera y después de cenar un triste bocadillo de chorizo que consigo hacer con el pan de molde caducado que encuentro en el mueble de la sala, me acurruco en el sofá para intentar dormir un poco antes de que llegue Alaia.

Justo en el momento que consigo cerrar los ojos el timbre de la puerta suena de una manera

insistente, la primera intención es no hacerle ni caso, pero luego soy consciente de que puede ser Ane o alguna noticia de ella. Así que me levanto antes de que se marche quien quiera que sea y al mirar por la mirilla descubro los preocupados ojos de María, la vecina de abajo. Es un cielo, desde que murió mi madre siempre se ha preocupado por nosotros y nos mimó todo lo que puede. Abro la puerta y le sonrío lo mejor que puedo. “Estoy agotado”

—Hola María, buenas noches.

—Hola cariño, ¿Estás bien? Me teníais muy preocupada.

—Sí, gracias, no te preocupes. Pasa si quieres —Abro más la puerta para cederle el paso y que se acomode en la sala, no tengo muchas ganas de compañía, pero como ella siempre se porta de maravilla no quiero hacerle un feo.

—No, gracias cariño, tienes cara de cansado y no quiero molestarte. Solo he subido para decirte que ha venido una chica preguntando por Ane. Dijo que en cuanto apareciérais alguno de los dos la llamase, ¿Qué quieres que haga?

—¿Era una pelirroja pequeña? —pregunto casi convencido de saber de quién se trata.

—Sí, mira tengo su tarjeta. —Me enseña una pequeña tarjeta de color crema en la que aparece su nombre en elegantes letras negras.

—No te preocupes, María, es mi abogada y ya sabe que estoy aquí —Me mira con cara de susto, no entiende porqué necesito un abogado, pero es tan prudente que no se atreve a preguntar y sinceramente estoy tan cansado que lo agradezco—. Gracias por todo, María.

Le doy un pequeño abrazo y un beso en la mejilla despidiéndome hasta mañana, comienza a bajar las escaleras, pero de pronto se para y vuelve a dirigirse a mí con esa mirada que siempre nos dedica desde que ocurrió lo de nuestros padres.

—¿No sabes dónde está verdad?

Un simple gesto de cabeza sirve para contestarla. María se entristece aún más, me consta que quiere mucho a Ane. Cierro la puerta y me tiro de nuevo en el sofá. Necesito descansar.

Su olor a hierba recién cortada invade todos mis sentidos, no sé cómo explicarlo, pero soy capaz de saber que está cerca de mí sin la necesidad de verla, simplemente por su delicioso olor.

Me giro, su pequeño y perfecto cuerpo aparece ante mis ojos. ¡Dios, es tan bonita que se me corta la respiración! Mis dedos, ansiosos por tocarla, por descubrir el aterciopelado tacto de su piel se curvan alrededor del cuello y noto como poco a poco todo su vello se va erizando. Y es justo en el momento en el que mis labios rozan el suave lóbulo de su oreja, cuando el casi imperceptible jadeo que sale por su boca me hace perder el control.

La atrapo contra la pared y deslizo las manos por su cuerpo entreteniéndome sin duda en esos pequeños y duros pezones que muero por probar, mi boca desciende por su cuello saboreando cada pedacito de piel y haciéndola temblar de anticipación mientras sus manos se enredan en mi pelo. No pierdo el tiempo en desabrochar los botones de la única prenda que cubre su cuerpo, simplemente los arranco y mi ansiosa boca va cubriendo de besos la piel que va quedando al descubierto. Su clavícula, el pequeño canalillo que forma sus perfectos pechos, los rosados pezones de diosa griega en los que necesito entretenerme más de la cuenta mordisqueándolos de una manera tortuosa, haciéndola gritar de placer.

—¡Sí, preciosa! Así es justo como te quería tener.

Continúo descendiendo y me arrodillo ante la imagen más deliciosa del mundo, un precioso y minúsculo tanga de encaje negro que hago desaparecer entre mis manos partiéndolo en dos mientras Alaia, pronuncia mi nombre tan excitada como yo. Inhalo profundo, rozando su delicado clítoris y por fin me decido a probarla. ¡¡¡Ummnn...!!! Mi lengua haciendo un esfuerzo sobrehumano, roza de una forma muy delicada los rosados labios y me deleito con su sabor, es dulce y salada a la vez. Imposible describir un sabor tan adictivo como el de ella. Con los dientes doy un pequeño tirón a su excitado clítoris y comienza a retorcerse girando las caderas y apretándose más a mi boca.

Despacio, muy despacio voy introduciendo un dedo en esa perfecta cueva que está volviéndome loco. Comienzo a notar lo apretada que está. El segundo dedo la hace gritar de placer al rozar con él ese punto maravilloso que le hace deshacerse por dentro y entonces me doy cuenta de que estoy tan cerca de llegar como ella. Es increíble, solo de oírla jadear estoy a punto de correrme en los pantalones como un adolescente.

No puedo evitar acelerar el ritmo de mis dedos, de mi boca. Necesito verla correrse para mí y sobre todo lo que de verdad necesito es introducirme en ella y sentirla completamente mía.

Oigo un sonido extraño a lo lejos, no quiero hacerle caso, quiero seguir disfrutando del cuerpo de mi diosa, pero insiste tanto que al final me doy por vencido. Perezoso voy abriendo los ojos y me doy cuenta de que estoy tirado en el sofá, empapado en sudor y con un dolor horroroso en la entrepierna. ¡Mierda, el timbre de la puerta me ha sacado del mejor sueño de toda mi vida!

Alaia

No entiendo como he podido llegar a ser tan imbécil y creer que me besaba porque podía sentir algo por mí. Joder, descubrir que solo ha sido un impulso ha dolido más que cualquier otra cosa, así que salgo pitando de la sala de interrogatorios sin mirarle a la cara y voy a encerrarme al baño de mujeres antes de que él pueda ver mis lágrimas. No quiero seguir haciendo el ridículo y esta situación se me está yendo de las manos.

Me duele el pecho y siento la respiración cada vez más acelerada, apoyo la espalda en la fría pared del baño y poco a poco voy dejando caer el cuerpo hasta que termino sentada en el suelo y con las

piernas rodeadas por mis temblorosos brazos. “Creo que está dándome un ataque de ansiedad.”

Intento controlar la respiración sujetándome pecho, inspiro profundo y espiro despacio como he visto que hacen en las películas, y un par de minutos después noto como cada vez va entrando más cantidad de oxígeno en mis pulmones. Me relajo un poco y consigo levantarme y acercarme al lavabo. Me lavo la cara y arreglo el desastre de maquillaje que ha quedado con la llorera. Decidida, cojo el pomo de la puerta y según voy a salir me encuentro con la ancha espalda y el perfecto culo de Erlantz. ¡Mierda! No puedo salir de aquí hasta que termine de recoger sus pertenencias, no quiero volver a enfrentarme a él. “Hasta mañana por lo menos.”

Vuelvo a encerrarme en el baño asegurándome de no salir hasta que se haya ido, y cuando por fin salgo, me dirijo a casa sin mirar atrás.

El día pasa tranquilo y lo dedico a preparar los papeles para mañana, todavía no hemos hablado nada sobre su coartada y eso es algo que tenemos que dejar bien atado. Necesito saber con exactitud dónde estaba y con quién, quiero testigos que certifiquen ese testimonio y espero que sean de fiar. También quiero que me aclare porqué llevaba esa navaja. Lo anoto todo para que mañana, no se me olvide nada, son cosas muy importantes para el juicio que no podemos pasar por alto.

Termino rendida tumbada en el sofá, el día ha sido muy estresante y decido acabarlo relajada con una buena copa de vino tinto en la mano y escuchando un poco de música, pero lo único que consigo es que cada vez que Malú abre la boca, mi cabeza se llena de sensuales imágenes del perfecto cuerpo de Erlantz.



CAPÍTULO 9

Suena el despertador y despierto con un horrible dolor en el cuello. ¡Mierda!, eso me pasa por estar toda la noche en el sofá. Hacía mucho que no lo hacía, pero el día de ayer fue tan duro que caí rendida. Me ducho con agua bien caliente para ver si se quita un poco y después de desayunar un zumo y una tostada estoy lista para ir a casa de Erlantz. Decido ir con ropa informal ya que tan sólo es una reunión en su casa y no creo que dure demasiado, llevo puestos los vaqueros de cintura baja que tanto me gustan y tras rebuscar en la balda he decidido llevar una camiseta azul de gasa semitransparente que únicamente se ata al cuello. Un poco de raya en los ojos, el rímel y lista.

A las nueve menos cinco estoy tocando insistente a su timbre, espero que haya cumplido y esté en casa. Vuelvo a insistir y por fin una extraña voz sale del portero automático.

—¿Sí? —Carraspea un poco—. ¿Quién llama?

—¿Erlantz? —contesto un poco extrañada, pues no creo haberme confundido de piso.

—Sí, sube...

Inspiro intentando tranquilizarme y comienzo a subir las escaleras, no tengo muchas ganas de enfrentarme a él, pero me he convencido a mí misma de que lo de ayer no puede volver a ocurrir. Solo es un cliente y de ahí no va a pasar.

—Buenos días —le digo mientras mis ojos se pasean por su perfecto pecho desnudo. Solo lleva un oscuro vaquero desabrochado y sus pies descalzos me resultan tan eróticos que el estómago da un pequeño vuelco al notar como se me humedece el tanga.

—Lo siento, me he dormido. ¿Llevas mucho tiempo tocando al timbre?

—No, un par de minutos. ¿Puedo pasar? —le respondo un tanto tosca.

—Sí, perdona. ¿Un café?

—No gracias, cuanto antes empecemos antes podré irme. —Suspira y sus ojos se centran en los míos, alarga su mano intentando sujetarme el brazo, pero consigo separarme antes de que me toque. “Tengo que ser fuerte o con el simple roce de sus dedos caería rendida a sus pies”—. Si no te importa preferiría que te vistieses.

No, en realidad lo que preferiría sería poder tocar esos pedazo de músculos que está mostrando, elegiría pasar mi ávida lengua por sus perfectas abdominales y disfrutar de su delicioso sabor, escogería poder hundir los dedos en su despeinado cabello y tirar de él hasta conseguir pegar su boca a la mía volviéndome loca por completo. Pero no puedo... Simplemente es mi cliente, mi primer cliente.

—Sí claro, perdona. Siéntate. —Señala el salón mientras él se va por el pequeño pasillo y se introduce en la segunda puerta de la derecha.

El piso se ve que es viejito, con una decoración sencilla, es muy luminoso, está perfectamente limpio y recogido. En el antiguo mueble lo único que veo, es una gran cantidad de libros, una tele muy anticuada y un viejo porta retratos con una foto en la que Erlantz está agarrando muy fuerte a una preciosa chica mientras le da un beso en la mejilla. Le oigo entrar en el salón y me giro hacia él.

—¿Es ella? —le pregunto con el marco entre mis manos.

—Sí.

—Es muy guapa.

—Gracias

—¿La has encontrado?

—No —Su voz es triste.

Quiero consolarlo, sin ser consciente de mis actos doy un paso hacia él, pero en cuanto me doy cuenta giro y dejo el marco donde estaba. No soporto ver esos preciosos ojos tan tristes, no sé lo que me pasa con este chico, pero estoy segura de que esto va a ser muy duro.

—Lo siento —Asiente y desaparece en lo que imagino será la cocina, un minuto después aparece con un botellín de agua en la mano.

—Cuando quieras.

Nos sentamos en una pequeña mesa de madera, saco todos los documentos y empiezo con el pequeño interrogatorio.

—Necesito que seas completamente sincero conmigo, cualquier cosa que te venga a la cabeza, por tonta que te pueda parecer, necesito que me la digas. Cuanto mejor preparadas le dejemos las cosas a tu definitivo abogado más rápido será todo el proceso.

—Alaia, yo no quiero otro abogado. Te quiero a ti —Coge mi mano y la piel se me eriza. “No por favor...” Me levanto y aparto lo más rápido que puedo, la sensación que provoca el roce de su piel en la mía es indescriptible.

—Te recuerdo que fuiste tú el que pidió cambio de abogado por mi falta de experiencia.

—Ya, pero estaba equivocado, has demostrado que eres buena y que tienes agallas para enfrentarte a lo que sea. Y lo más importante es que has confiado en mí sin tan siquiera preguntarme si fui yo.

Esto último lo dice justo detrás de mí, con un pequeño susurro y casi rozando sus labios en mi oído. Sus manos me sujetan y el corazón se acelera de tal manera, que yo creo que hasta el propio Erlantz puede oír los latidos. Con los dedos acaricia mis hombros desnudos y la electricidad creada por su piel sobre la mía, hace que todas las terminaciones nerviosas se concentren en un mismo sitio. Inspiro, necesito concentrarme para separar mi cuerpo del suyo, pero el mío que es un traicionero, decide no moverse y disfrutar de sus caricias que poco a poco van descendiendo por todo el largo de los brazos y terminan con sus manos rodeándome la cintura bajo la fina camiseta de gasa.

—Erlantz, por favor...

—No preciosa, no pienso permitir que te me vuelvas a escapar como ayer.

Me gira despacio y haciendo arder cada pedazo de piel que roza con sus dedos, me pega por completo a su cuerpo. Mis piernas tiemblan, por alguna extraña razón que no comprendo creo que se han convertido en gelatina obligándome a agarrarme a sus fuertes brazos. ¡Dios, ahora sí que estoy perdida!

—No tienes idea de la noche que he pasado —susurra mientras sus ojos se clavan en mi boca—. Soñando con volver a probarte, deslizado mi lengua por esos deliciosos labios que están volviéndome loco. Lo siento... —Lo dice acercándose cada vez un poco más, hasta el límite de rozar nuestros labios— Pero no lo puedo evitar.

Y termina lamiendo mis labios, buscando un pequeño hueco por donde introducirse en mi boca y derrumbar la poca determinación que me quedaba para no volver a caer en sus brazos, rodeo su cuello con los míos y nos unimos en un desesperado baile de lenguas. Creo que nunca he sentido nada igual y la verdad es que no sé qué significa.

—¡Ohh!!! Dios preciosa... me moría por sentirte así... yo, soy un bocazas. Siento lo de ayer.

Mi cuerpo se tensa, han sido las palabras perfectas para volver a levantar los pequeños muros. La imagen de Ane aparece en mi cabeza, y ahora que ya conozco su cara se hace más difícil entender como es capaz de hacer esto. Igual, simplemente es que no es tan buena persona como yo había creído. Intento separarme, pero no lo permite.

—Erlantz, suéltame por favor.

—No preciosa, esta vez lo vamos a hablar cara a cara.

—No hay nada de qué hablar, soy tu abogada y esto no puede volver a ocurrir.

—¿El qué? ¿Esto? —Y el muy imbécil vuelve a comerme la boca, la pequeña sonrisa con la que lo hace me crisca los nervios.

—¡Sí, eso! —le digo pegándole un empujón con el que no consigo moverle ni un milímetro—. Una relación abogado-cliente no es ética, y a demás, tú tienes novia y yo no soy segundo plato de nadie.

Una fuerte carcajada sale de su garganta dejándome descolocada por completo. ¡A mí no me hace ni puta gracia! Vale que he podido meter la pata al decir lo de la relación abogado-cliente, seguro que lo que él quiere es tan solo un rollete rápido, pero de ahí a que se ría de mí... Hago toda la fuerza que puedo con los brazos y por fin soy capaz de soltarme de su agarre, separándome lo más lejos que puedo y le apunto firme con el dedo índice.

—¡No te atrevas a volver a tocarme! Si lo intentas te juro que...

No me da tiempo a terminar para cuando tiene de nuevo su deliciosa boca junto a la mía, su mano izquierda rodea mi cintura y con la derecha colocada en mi nuca, impide que me separe de su nuevo asalto. Ummnn... Si no estuviese enfadada, estaría la gloria.

Sus dedos acarician mi nuca tan delicadamente que creo que voy a derretirme de un momento a otro. Quiero resistirme, separarme de él y repetirle que esto no puede ser, pero me siento tan bien entre sus brazos. Su delicada lengua roza mis labios haciéndome notar unas fuertes palpitaciones en el centro de mi sexo, muerdo su labio inferior intentando ocultar el jadeo que quiere salirme de la garganta y noto como las piernas me tiemblan haciendo que empiecen a fallar las rodillas, agarro más fuerte su cuello para evitar una vergonzosa caída y vuelvo a perderme en el dulce sabor de su boca.

—Nunca, nunca serás un segundo plato —logra decirme en el minúsculo segundo que conseguimos separar nuestras bocas para poder respirar.

Sus manos tiemblan al ir descendiendo poco a poco por mi cuello mientras con los dientes va dando pequeños mordisquitos en la barbilla, la mandíbula y por fin comienza a descender con su boca por el pequeño recorrido que han realizado sus manos hasta mi clavícula.

—Erlantz, yo no...

—Shhhh, calla preciosa.

Y vuelve a besarme casi desesperado mientras sus dedos se enredan en el bajo de la camiseta y comienzan a subirla tan despacio que me desespero. Se deshace por completo de ella tirándola de cualquier manera sobre el sofá y esta vez, es mi piel desnuda lo que acaricia con sus enormes dedos haciendo que los pezones se endurezcan de deseo. Mi respiración se acelera, los dedos se enredan en su rubio pelo apretándolo más contra mi excitado cuerpo y el sujetador desaparece como por arte de magia. Justo cuando su ávida lengua comienza a deleitarse con mi duro pezón, acariciándolo despacio, rozándolo tan suave que la respiración se corta, suena el timbre de la puerta. Erlantz no le hace caso y sigue con su deliciosa tortura, pero cinco segundos después vuelve a sonar mucho más insistente haciendo que su boca se separe de mi cuerpo.

—¡Mierda! Lo siento preciosa, pero tengo que contestar. Puede ser... importante.

No lo dice, pero sé perfectamente que está deseando que sea ella. Una pequeña lágrima desciende por mi mejilla mientras voy colocándome el sujetador. Esto me pasa por imbécil. Termino poniéndome la camiseta y en ese momento noto el calor de su cuerpo en mi espalda.

—¡Tenemos que irnos!

—No te preocupes, yo ya me iba —consigo decir sin perder la poca dignidad que me queda.

—¿Cómo que ya te ibas? —Sus ojos se clavan en los míos y descubre lo poco que falta para que las lágrimas desborden de nuevo. Rodeándome la cara con sus manos, acerca despacio sus labios a los míos. Intento separarme, pero no me deja—. Lo siento, pero es importante, acaban de decirme dónde puede estar Ane...

—No te preocupes, vete. —Comienzo a recoger todas mis cosas sin poder mirarle a la cara.

—No —Me agarra del brazo volviéndome a poner frente a él—. No te vayas, ven conmigo. Por favor...

Su mano temblorosa aparta el pelo de mi cara y acaricia el pómulos derecho con las yemas de sus dedos, haciendo que mis ojos se cierren.

—¿Por qué? Lo siento, pero no puedo...

—Por favor, ayúdame. Si voy solo podría meterme en problemas —¡Mierda! No quiero ir, no quiero estar delante cuando la coja entre sus brazos, no quiero ver como besa sus labios cuando todavía tiene el sabor reciente de los míos—. Por favor... —susurra pegando otra vez nuestros labios.

Suspiro con los ojos cerrados, le doy vueltas y más vueltas porque la verdad es que no tengo ninguna gana de enfrentarme a la cara de la mujer que hemos estado a punto de engañar, pero tampoco quiero que Erlantz se meta en problemas. Su libertad pende de un hilo y no se la puede jugar.

—Vale, iré. Pero n...

—Gracias... —Me besa de nuevo sin dejarme terminar de hablar.

Cogiéndome de la mano salimos a toda prisa de la casa, cruzamos un par de calles y nos metemos directamente en una vieja lonja en la que detrás de la rueda de un destartado coche saca unas llaves y del maletero un par de cascos de moto.

—¿En moto?

—Sí, ven corre. —Vuelve a tirar de mi mano, y unos metros más abajo nos encontramos con una impresionante Harley. Es preciosa, de un reluciente granate y con todos los cromados perfectos y brillantes.

—Erlantz, es preciosa...

—Sí, lo sé. Venga monta.

Antes de subirme en la moto, coloca uno de los cascos que ha sacado del viejo coche en mi cabeza, preocupándose por mi seguridad. En todo el proceso no es capaz de apartar sus preciosos ojos azules de los míos. Yo, muerta de vergüenza intento bajar la cabeza para que no pueda ver el rubor que siento en las mejillas, pero con su dedo índice alza mi barbilla y roza los labios con su lengua provocando un pequeño escalofrío por todo mi cuerpo.

—Agárrate fuerte a mí —dice sujetándome las manos y colocándolas alrededor de su cintura.

Estoy nerviosa, nunca he montado en moto.



CAPÍTULO 10

Erlantz

En estos momentos, estoy viviendo una de las sensaciones más maravillosas de mi vida, hacía muchos años que no me sentía como lo hago ahora mismo y que no sonreía con tanta facilidad, a pesar de todos los problemas que tengo. Pero sentir como sus brazos rodean con fuerza mi cintura, su pecho amoldándose a mi espalda y su respiración agitada erizándome piel, es algo que me devuelve a la vida. Y sobre todo es aún más especial si esto sucede encima de mi preciada Harley.

Sé que la he dicho una pequeña mentirijilla, pero es que no me he podido resistir al ver sus ojos de miedo y entender que nunca había montado en moto. No tiene por qué agarrarse a mi cintura, con el respaldo y la cinta del asiento que hay entre nosotros es más que suficiente, pero no podía perder la oportunidad de sentirla tan pegada a mí.

Acelero y ella se aprieta más con su pequeño cuerpo, quisiera poder disfrutar más de estas sensaciones, poder perdernos por las largas carreteras y deleitarnos de los preciosos paisajes que esta tierra maravillosa nos ofrece. Los verdes montes, las preciosas playas de fina arena en las que poder hacerle el amor mil y una vez. Pero no, la realidad me invade y destruye todos los sueños recordándome quien soy y a donde me dirijo.

Aparco la moto en un viejo y sucio callejón del barrio de Noruega, uno de los peores lugares de Bilbao. El funesto olor a heces y pis hace que Alaia sienta varias arcadas. Yo estoy más que acostumbrado a tener que buscar a Ane por estos horribles sitios y ya no me afectan de esa manera, pero a ella es normal que le pase. No quiero que esté aquí, siento que la estoy metiendo en problemas y si algo la pasase no podría perdonármelo en la vida. Pero es que, egoístamente no podía arriesgarme a que se fuera, necesito que vea de una vez por todas lo que hay y que comprenda lo que es Ane para mí.

Salimos y busco en el GPS del teléfono la dirección que me ha dado el desgraciado de Alberto, se

supone que ha encontrado en este antro al tipo nuevo con el que se fue Ane y aunque no estoy muy seguro de que todavía esté con él, tengo que intentarlo para poder llevarla a casa lo antes posible.

—Es aquí a la vuelta, pero... lo siento Alaia, me he arrepentido. No quiero que entres.

—¿Perdona?

A pesar de los nervios que estoy pasando, no puedo evitar sonreír. Me encanta cuando pone ese tonito de "tú no sabes con quien estás hablando". Acaricio su rostro. Se está empezando a convertir en un maravilloso vicio que hace que me sienta mejor.

—Alaia, es peligroso...

—¡Si tú vas, yo voy!

—Alaia, no creo que...

—¿Perdona, pero si he venido hasta aquí ha sido para evitar que te metas en problemas y no creo que pueda hacerlo si no voy contigo, así que vamos!

—Pero es me...

—¡He dicho que voy y punto! —Su gesto chulesco me hace sonreír y siento que tengo que ceder porque si no estoy seguro de que seríamos capaces de seguir discutiendo toda la mañana sin llegar a ningún acuerdo, y tengo que encontrar a Ane.

—Está bien, pero no hables. Cuanto más desapercibida pases mejor.

—De acuerdo, vamos.

Beso sus labios y la abrazo fuerte contra mi pecho. Estoy nervioso, mejor dicho, estoy muerto de miedo ya que no sé lo que nos vamos a encontrar y no me perdonaría nunca ponerla en peligro. Cruzamos y nos introducimos en el portal que se supone están viviendo.

Es un portal viejo en el que en todos sus pisos están llenos de ocupas, Alberto ha dicho que el nuevo amigo de Ane, un tal Joseba, vive en una habitación del segundo piso. Poco a poco vamos subiendo las mugrientas escaleras y cada vez me arrepiento más de haber traído a Alaia. Los techos son muy altos y sus oscuras manchas de humedad son la única decoración que nos vamos encontrando por el camino, huele a rancio y las viejas escaleras de madera están tan apolilladas que tengo miedo de que se deshagan bajo nuestros pies. No entiendo cómo pueden vivir en estas condiciones.

—¿Estás bien preciosa?

—Sí, no te preocupes por mí. Si Ane está aquí tenemos que sacarla...

Su voz es triste, creo que acaba de darse cuenta de cuál es el verdadero problema. Su mano aprieta con fuerza la mía en un intento de darme ánimos, según vamos pasando por las distintas habitaciones de la segunda planta sin encontrar a mi niña, las esperanzas nos van abandonando. Pregunto por ellos, pero nadie parece conocerse en esta mierda de edificio y empiezo a perder la paciencia hasta que, por fin, en la última de las habitaciones y medio dormida en una piojosa cama encuentro a Ane.

Mi corazón se acelera, suelto la mano de Alaia y corro hacia ella, no me atrevo a tocar su delicado

cuerpo semidesnudo y una lágrima de impotencia cae por mi rostro...

—¡Dios! Mi niña... Se te ve tan frágil. ¡Prometí protegerte y no lo he cumplido! Te dije que nunca te abandonaría y no he podido encontrarte en tres días. Te he fallado mi niña, te he fallado... no sé quién es el desgraciado que te ha hecho esto, pero te prometo mi amor que esta vez no te fallaré... ¡Lo voy a matar!

Las lágrimas no dejan de descender por mi rostro, acaricio su cara, pero no reacciona. Sé de sobra que no está dormida, no es la primera vez que la veo así. Su cuerpo está tibio y la lividez de su piel comienza a asustarme más de lo que ya estoy, compruebo su respiración, es tan débil que dudo si esta vez lo conseguiremos.

—Alaia, necesito que llames a una ambulancia, está peor de lo que pensaba... —le digo con la voz entre cortada por los sollozos.

—Creo que eso no va a ser posible.

Me giro bruscamente al oír la desagradable voz que me ha contestado y el alma se me parte en dos con la imagen que tengo ante mí.

Sus preciosos ojos de color miel me miran asustados mientras las lágrimas comienzan a inundar su bonita cara de ángel. No puedo apartar la mirada de esa apestosa mano que tapa su boca, ni de la brillante navaja que poco a poco va apretando su cuello haciendo que de él comience a resbalar una pequeña gota de sangre.

Alaia

No puedo dejar de apretar y acariciar su mano con mi pulgar, es la única manera que encuentro en estos momentos de darle todo mi apoyo y por su cara de desesperación sé que lo necesita.

Sinceramente, nunca he sido muy remilgada, pero ver las condiciones en las que se encuentra este edificio me ha revuelto bastante el estómago. Las manchas negras de humedad, las cucarachas corriendo por los pasillos y el horrible olor proveniente de lo que se supone es el único baño de la casa, es algo que no me esperaba. Descubrir el tipo de gente que habita este sitio me ha aclarado alguna cosa sobre Ane y ahora entiendo la preocupación con la que lleva Erlantz varios días al no poder localizarla.

Noto como su cuerpo se va tensando según vamos recorriendo las distintas habitaciones y no tenemos ni rastro de ella, Erlantz sin soltar mi mano se acerca a varios tipos preguntando por un tal Joseba, pero en este sitio está claro que es más seguro no saber nada de nadie, así que siempre consigue la misma respuesta negativa. Continuamos caminando desanimados por el resultado, pero en la última de las mugrientas habitaciones de la casa noto como su cuerpo se tensa aún más si cabe, suelta mi mano y sale corriendo hacia una joven que se encuentra semiinconsciente tirada en un sucio colchón.

Se me parte el alma al comprender lo duro que tiene que ser estar tan enamorado de una persona que está acabando con su vida de esta manera. Le veo como acaricia con cariño su cara y mis lágrimas comienzan a caer al escucharle sollozar sobre su cuerpo inmóvil.

—¡Dios! Mi niña... se te ve tan frágil. ¡Prometí protegerte y no lo he cumplido! Te dije que nunca te abandonaría y no he podido encontrarte en tres días. Te he fallado mi niña, te he fallado... no sé quién es el desgraciado que te ha hecho esto, pero te prometo mi amor que esta vez no te fallaré... ¡Lo voy a matar!

Cierro los ojos, no puedo verle sufrir de esta manera. Pero justo en ese instante una asquerosa mano con olor a rancio tapa mi boca y provocándome unas fuertes nauseas me aprieta contra su duro cuerpo, mientras que con la otra mano sujeta una afilada navaja que apoya contra mi garganta y noto como una fina gota de sangre va descendiendo poco a poco por mi cuello. ¡Juro que en mi vida he estado más aterrada!

—Alaia necesito que llames a una ambulancia, está peor de lo que pensaba... —pide Erlantz sin ser consciente de lo que está pasando.

—Creo que eso no va a ser posible —le dice con una voz muy desagradable el hombre que me tiene amordazada.

Erlantz se gira bruscamente y veo como sus puños se cierran al darse cuenta de la situación en la que nos encontramos. Busca mi mirada y yo no puedo ocultar el miedo que estoy sintiendo en estos momentos, estoy paralizada y no puedo evitar que las lágrimas inunden mi cara.

—¡Suéltala!

—¿Qué la suelte? Si estoy encantado de que hayas sido tú mismo el que me ha traído a tu otra putita.

—¿Qué estás diciendo? —contesta desconcertado—. No sé quién eres, pero no tienes ni puta idea.

—¿No sabes quién soy? Con todo lo que he hecho por ti, y ni tan siquiera eres capaz de reconocerme, que decepción.

Veo como Erlantz deja a Ane delicadamente sobre el piojoso colchón, poco a poco se incorpora e intenta acercarse a nosotros.

—No, ni lo intentes.

Su mano temblorosa aprieta más sobre mi cuello haciéndome un corte del que empieza a salir la sangre de una forma más fluida y escandalosa. Erlantz se detiene sin saber que hacer y yo no puedo dejar de sollozar. Quiero hacerme la fuerte pero las piernas empiezan a temblarme y las rodillas se convierten en gelatina.

—¡Mírame nena! Mírame Alaia por favor...

Noto como mi vista comienza a emborronarse, pero al escuchar a Erlantz pedirme que le mire, hago un esfuerzo y empiezo a fijar la mirada en él. Al principio me cuesta centrarla, pero poco a poco voy distinguiendo su perfecta figura y veo su preciosa sonrisa.

—Bien preciosa, necesito que respires profundamente. ¿Estás mejor?

Asiento porque soy incapaz de pronunciar palabra, pero escuchar la estridente risa de este mal nacido me hace volver a temblar.

—Precioso chicos, aplaudiría pero tengo las manos ocupadas, habéis conseguido emocionarme. He estado a punto de echarme a llorar, pero... —Vuelve a reírse erizando mi piel—. ¡Qué asco, mira que sois merengosos!

—¿Qué quieres? Deja que se vaya, ella no tiene nada que ver con nosotros.

—¡No! ¡Ella pagará igual que Ane por tener lo que es mío!

La verdad es que no entiendo nada, no sé de qué está hablando y por la cara que pone Erlantz, veo que él tampoco lo sabe. ¿Qué tengo algo suyo al igual que Ane? ¡Pero si ni siquiera le conozco! Ni a él ni a ella. Es la primera vez que los veo y es completamente imposible que tenga nada suyo. Intento girar la cabeza para ver si puedo distinguir su cara, pero lo único que consigo ver es la extraña mirada que dirige a Erlantz. No sé, pero hay algo raro en ella, una rara mezcla entre odio, rencor y ¿devoción?

—Mira tío, Alaia y Ane no se conocen de nada, es imposible que las dos tengan algo tuyo. Estás completamente equivocado, así que ¿por qué no lo olvidamos todo? Sueltas a Alaia y nos dejas marchar con Ane antes de que sea demasiado tarde. Te prometo que lo olvidaremos todo.

Los ojos de Erlantz se desvían hacia Ane, está muy pálida y su respiración es todavía más débil que cuando hemos llegado. Acerca dos dedos a su cuello intentando tomarle el pulso y sus ojos se cierran desesperados. Creo que está muy mal y no nos queda mucho tiempo si queremos salvarla. Muevo la cabeza intentando liberarme de la asquerosa mano de este tío, quiero hablar, tengo que intentarlo.

—¡¡¡Mmmnnnnm!!! ¡¡¡Mnnmnuuumnn!!! —Es todo lo que consigo que salga de mi garganta por culpa de su asquerosa y mugrienta mano.

—¿Tienes algo que decir putita? —Asiento levemente con la cabeza ya que sigue con su navaja en mi cuello.

—¡No la vuelvas a llamar así o te juro que...!

—¡Que! ¿Me estás amenazando? —dice apretando de nuevo su afilada navaja.

No puedo reprimir un pequeño grito de dolor, y los asustados ojos de Erlantz se clavan en los míos demostrándome que está tan asustado como yo.

—No, no, lo siento. No le hagas daño por favor.

—Dime putita, ¿Qué es lo que querías decirme?

Suelta mi boca liberándome por fin de una de sus apestosas manos. Tengo que pensar con agilidad pues creo que solo tendremos una oportunidad de librarnos de este loco. Debo conseguir entretenerle y despistarle para que Erlantz le pueda retener ya que es bastante más grande que él, así que comienzo a hablar sin saber que decir.

—Yo... No estoy segura, pero creo saber a qué te refieres... —¡Mierda, mierda, no se me ocurre otra cosa y tengo que conseguir despistarle, espero no equivocarme con esto!

Su cuerpo se tensa y noto como aprieta un poco más la maldita navaja en el cuello, su respiración se agita y siento que he metido la pata. Mis ojos aún más asustados se vuelven a centrar en Erlantz pidiéndole ayuda, este cierra con más fuerza los puños, la impotencia que siente se refleja en su dura mirada. Sé que tiene miedo de lo que pueda pasarme.

—Tú... cállate puta, tú no tienes ni idea. ¡Cómo vas a saber nada si ni tan siquiera me conoces!

Completamente descentrado empuja mi cuerpo dándome un fuerte golpe contra la mugrienta pared, sus manos agitan mis hombros con fuerza y veo como su mirada llena de odio hacia mí y sus ojos enrojecidos me dicen que sí es verdad, que tengo razón en lo que he visto.

Erlantz aprovecha el momento de desconcierto acercándose rápidamente a nosotros e intentando reducirle lo antes posible, su puño aterriza en el fornido cuerpo de Joseba haciéndole encogerse de dolor. Puñetazos, gritos, empujones, dolor... Un terrible e intenso dolor anticipado de una aguda punzada en mi vientre me obliga a retorcerme e ir dejándome caer poco a poco. No sé lo que pasa, no estoy segura, solo sé que el enorme y repentino cansancio que siento me obliga a cerrar los ojos ante la atormentada mirada de Erlantz.



CAPÍTULO 11

Erlantz

La piel se me encrespa al ver como sus sucias manos amenazan a mi chica, quiero matarlo, arrancarle el pellejo a tiras. Pero estoy atado de pies y manos, cada vez que me muevo la mano aprieta más la navaja en su delicado cuello y lo que al principio era una pequeña gota de sangre ahora... no sé qué hacer, Ane está en muy malas condiciones y necesita que la llevemos ya a un hospital, la impotencia me supera. Intento negociar con él, intento que suelte a mi preciosa abogada, pero no. Él insiste en que tiene que pagar igual que Ane.

Los ojos de Alaia me miran asustados, mueve su cabeza e intenta decir algo, pero esa mugrienta mano se lo impide.

—¿Tienes algo que decir putita?

Lo mato, juro que en cuanto pueda arrimarme a él le arranco la lengua y se la hago tragar como se le vuelva a ocurrir llamarla puta. Por fin decide soltarle la boca para que pueda hablar, tiene los labios hinchados de la presión que este hijo de puta ha estado ejerciendo sobre ellos. Veo como se mueven y van tomando su color cereza natural que me vuelve loco, pero no la oigo. No sé qué es lo que le está diciendo, aunque ha debido de dolerle porque se pone tenso y aprieta más la navaja en su cuello, la zarandea, la empuja contra la pared dándome la espalda y ofreciéndome la oportunidad de partirle en dos.

Con el primer puñetazo noto el crujir de sus costillas, nunca había tenido esta horrible sensación, pero no importa. Lo único que quiero es deshacerme de él y sacar a mis chicas de este apestoso agujero. Su puño aterriza en mi cara haciéndome volver a la realidad, le empujo, me roza con la navaja haciéndome un pequeño corte superficial en el brazo. Llego a coger sus pelos y le obligo a bajar su cabeza al tiempo que subo mi rodilla consiguiendo partirle la nariz. Con el brazo estirado se gira bruscamente buscando mis costillas y con un pequeño salto acertado hacia atrás logro esquivarle

y darle el último golpe con el que por fin le dejo inconsciente.

Respiro aliviado, por fin se ha terminado la pesadilla. Me giro hacia Alaia, quiero abrazarla, darle toda la seguridad que soy capaz en estos momentos. Pero mi cuerpo se vuelve a paralizar por completo con la imagen que tengo ante mis ojos, ¡No por favor...! También ella no...

“¡Reacciona imbécil!” Grita mi subconsciente, pegándome una fuerte patada en el culo para que haga algo por Alaia, pero es que su rostro tan pálido y su vientre cubierto de sangre me han bloqueado por completo.

Consigo reaccionar y quitándome la camiseta presionó con fuerza la herida para intentar cortar la hemorragia.

—¡Abre los ojos preciosa! ¡Necesito que te quedes, ahora no me puedes fallar! —le hablo desesperado y sintiéndome culpable de esta maldita situación.

Un sin fin de lágrimas corren por mi cara, no lo puedo evitar porque esto que siento por Alaia es algo que no había sentido nunca antes por nadie. Se ha convertido en alguien muy especial para mí, y ahora que la he encontrado no puedo perderla.

La cojo entre los brazos y apoyo suavemente su cabeza en mi pecho. Tengo miedo, no se mueve y su respiración es casi más débil que la de Ane. “Dios, por favor, por favor... que no se me vaya...” Decidido, salgo corriendo de este horrible lugar mientras hago malabares con el teléfono intentando llamar a la policía para que se lleven a este desgraciado y ayuden a mi hermana. Tengo que conseguir salvarlas a las dos. La gente nos observa según voy corriendo por el pasillo con Alaia entre mis brazos, se apartan y dejan sitio, pero no me ayudan. Esta batalla no es suya y no quieren saber nada. Cuando llego al portal, por fin consigo que alguien hable al teléfono, pero como estoy tan nervioso, la operadora no me entiende.

—Por favor, respire hondo y relájese, si no, no podré ayudarle —dice desde el otro lado de la línea.

—Rápido por favor —suplico—. Necesito una ambulancia y una patrulla de la policía.

Le explico lo más rápido y claro lo que está sucediendo mientras no dejo de correr sin un rumbo fijo. Necesito encontrar un transporte que nos lleve lo antes posible al hospital más cercano. Alaia se está desangrando y cada vez está más débil.

Sus brazos caen inertes sacudiendo el aire que va enfriando cada vez más su preciosa piel. Su linda cara, tapada por ese rojo pelo, rebota contra mi pecho haciéndome sentir culpable por haberla dejado venir conmigo. No me lo voy a perdonar nunca, sabía a la perfección donde nos estábamos metiendo, sabía que podía ser peligroso y sin embargo la he dejado venir conmigo. ¡Soy un verdadero imbécil!

Sigo corriendo, la gente en la calle nos mira y se aparta dejándome paso hasta que por fin, una joven con un pequeño Ibiza blanco se apiada de mí.

—¿Necesitas ayuda? —Gracias a dios, suspiro y asiento intentando que las palabras salgan de mi boca.

—¿Nos llevarías?

Mis ojos se abren como platos y aunque parezca tonto, no puedo dejar de llorar, me parece imposible que por fin alguien se apiade de nosotros. La joven, una menudita de pelo y ojos negros se baja del coche y sin pensárselo dos veces nos abre la puerta trasera para que pueda entrar con Alaia.

—Gracias de verdad.

Me siento lo más rápido que puedo y mientras nos vamos alejando de este detestable barrio oímos las sirenas de la policía que se va acercando. Espero que puedan ayudar a Ane y que me llamen pronto para informarme de su estado o me dará algo, me siento culpable por tener que dejarla allí de esta manera, pero es lo único que he podido hacer para intentar salvarlas a las dos.

—Perdona —dice la chica un tanto confusa—. ¿Tienen algo que ver esas sirenas con vosotros? ¿No estaremos huyendo de ellos verdad?

—Sí y no... —Sus ojos me miran desorbitados a través del retrovisor y aunque se la ve asustada, tengo que agradecerla que siga dirigiéndose hacia el hospital sin dudarlo ni un momento—. No te preocupes, no estás haciendo nada ilegal. Los he llamado yo y saben perfectamente que nos dirigimos al hospital. Ellos dijeron que esperásemos, pero como comprenderás no estoy dispuesto a dejarla morir.

Acaricio despacio la pálida cara de Alaia, su respiración es débil pero constante, así que estoy un poco más tranquilo ya que soy consciente de que estamos muy cerca del hospital.

—Tranquila preciosa, ya estamos. Ya verás cómo va a ser solo un susto —Pego por completo mi cara a la suya y le susurro rozando los labios en los suyos—. ¿Sabes? Necesito que te quedes, necesito poder decirte lo que siento, explicarte lo que le sucede a mi corazón cada vez que tú estás cerca. Contarte las ganas que tengo de acariciar tu piel y empaparme de tu delicioso olor a fresas silvestres. Necesito que sepas que no he dejado de soñar contigo desde la primera vez que te vi, te deseo y necesito que tu sientas lo mismo por mí. Por favor, Alaia... Dame la oportunidad de hacerlo.

Desesperado aprieto mis labios en los suyos, necesito sentirla. Levanto la mirada al darme cuenta de que el coche se ha detenido y veo como la joven no da abasto a quitarse lágrimas de la cara.

—Hemos llegado —consigue decir.

Aún con lágrimas en los ojos se baja del coche y nos ayuda a salir, corre a mi lado y va apartando a todo aquel que va encontrando por el camino. No sé cómo le voy a agradecer todo lo que está haciendo por nosotros, pero sé que no lo voy a olvidar nunca.

Alaia

Siento que no puedo abrir los ojos, tengo el cuerpo como pesado y me duele mucho el vientre. No sé cómo lo ha conseguido, pero creo que al final me he llevado una puñalada. La camiseta se va

humedeciendo poco a poco y mi cuerpo empieza a temblar. No sé por qué, pero tengo frío. Erlantz acaricia mi rostro mientras siento como presiona con fuerza mi vientre. “No, no aprietes más. Me haces daño...” Intento decírselo, pero por algún motivo que no entiendo mis palabras no quieren hacerse oír.

Es una sensación extraña, noto el cuerpo como flotar, creo que mis manos bailan en el aire y la cabeza se apoya en una superficie un tanto dura con un delicioso olor a hierba recién cortada. ¡Ummm! Me encanta porque huele a él.

Estoy cansada, la verdad es que no me apetece seguir pensando, creo que voy a dormirme. Y noto como los pensamientos también se van oscureciendo.



CAPÍTULO 12

Intento abrir los ojos, pero una intensa luz me hace volver a cerrarlos. Giro y un horrible dolor en el abdomen me obliga a quedarme como estoy. Ufff, estoy un poco atontada, pero al conseguir poco a poco abrir los ojos y encontrarme con la triste mirada de Erlantz, lo recuerdo todo. Comienzo a asimilar que estoy en un hospital y al tocarme muy despacio el abdomen con la mano, veo que lo tengo vendado.

—Hola, preciosa... —dice mientras acaricia con cariño mi cara.

—Hola —Intento decirle animadamente ya que me entristece muchísimo comprobar que se siente culpable, pero con la garganta seca solo logro carraspear.

—Lo siento, yo... —Las lágrimas comienzan a correr por su cara y se me parte el corazón. No quiero que se sienta así, él no tuvo la culpa. Aquí solo ha habido una persona culpable y quiero saber qué es lo que ha pasado con él.

—¿Dónde está? ¿Le han cogido?

Niega con la cabeza, moviéndola despacio de un lado a otro y sujeta mi mano para acariciarla mientras intenta contármelo todo.

—Cuando llegó la policía, allí solo estaba Ane. No lo han encontrado todavía...

—¿Y Ane, cómo está?

—Mal, está en coma... no saben si saldrá de esta.

Su voz se ha convertido en un susurro, ¡Lo está pasando tan mal! Me incorporo a pesar de los dolores y rodeándole con los brazos le atraigo hacia mi pecho. No entiendo nada de lo que me está pasando con Erlantz, pero siento la necesidad de abrazarle y hacerle sentir que yo estoy aquí, que estoy para lo que necesite a pesar de ser prácticamente unos desconocidos.

—¿Está en este hospital?

Asiente de forma triste con la cabeza, pero no le da tiempo a contestar ya que la puerta se abre y tras ella aparece un canoso doctor de bata blanca con una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno Alaia, veo que ya estás despierta. Me alegro porque tengo muy buenas noticias para ti. —Erlantz se incorpora y escucha atentamente—. Está todo perfecto, no ha tocado ningún órgano importante y aunque estás un poco débil por la sangre que has perdido, en un par de días estará todo solucionado.

—Entonces, ¿puedo levantarme? ¿Puedo moverme de la cama? —pregunto con una sola idea en la cabeza.

—Sí, sin ningún problema. Si tú te sientes con fuerzas. Y si mañana no te mareas te daremos el alta. Así que hasta mañana guapísima.

—Gracias doctor, hasta mañana. —Separo con las pocas fuerzas que tengo las sabanas e intento incorporarme, pero la fuerte mano de Erlantz me lo impide.

—¡Eh! ¿A dónde te crees que vas?

—¿No has dicho que Ane estaba en este mismo hospital?

—Sí.

—Pues vamos a hacerle una visita. —Intento incorporarme de nuevo, pero Erlantz vuelve a impedírmelo.

—No, necesitas descansar.

—Ya has oído al doctor, puedo hacer lo que quiera... ¿Me ayudas o lo hago sola?

Se queda pensativo durante un instante y por fin consigo que reaccione. Rodea mi cintura con sus fuertes brazos y después me ayuda a incorporarme. Sus ojos se quedan clavados en los míos y somos incapaces de movernos, un delicioso escalofrío recorre todo mi cuerpo al ver como mira mis labios y se muerde indeciso el suyo. Lentamente se va acercando, su agitada respiración choca con la mía hasta que recibo un pequeño mordisquito en el labio que me hace jadear. Enrosco los brazos en su cuello y me dejo llevar por el delicioso sabor de su boca.

—Dios nena... no sabes el miedo que he pasado. No sé quién es, pero lo mataré por hacerte esto —Y oculta su cabeza en el hueco de mi cuello mientras no cesa en su impetuoso abrazo.

—No te preocupes ahora de eso, yo estoy bien y quien importa ahora mismo es Ane y su salud.

Me vuelve a dar un rápido beso en los labios y sujetándome por la cintura caminamos hacia la habitación de Ane. Está dos plantas más arriba que la mía, y se nota en el ambiente del pasillo que los pacientes de esta están mucho más graves que en la que yo estoy. El pasillo se ve mucho más vacío y el rostro de las pocas personas en él, es bastante más serio que las simpáticas sonrisas que hemos visto abajo.

Comenzamos a caminar por el largo pasillo, no podemos ir muy rápidos por las condiciones en las que me encuentro, aunque no me quejo e intento aguantar el máximo posible, el dolor es insoportable. Agarrada al brazo de Erlantz noto como se tensa al ver el gran ajetreo que hay en una de las habitaciones del final.

—¿Qué te pasa?

—Es la habitación de Ane —contesta impotente. Sé que quiere ir, pero no se atreve a dejarme sola.

—Vete, no te preocupes por mí. Ya llegaré.

Me observa con ojos tristes, sé que se siente culpable y que le cuesta, pero le doy un suave empujoncito con el que consigo que se vaya sin mí. Le veo acercarse a la habitación con paso acelerado mientras yo muy poco a poco voy caminando en la misma dirección.

El ruido de las enfermeras corriendo de un lado a otro y de los médicos pidiendo todo tipo de cosas se va haciendo cada vez más cercano...

—¡¡¡Desfibrilador!!! ¡¡¡Carga a 300!! ¡¡¡Fuera!!!

—¡Se nos va... se nos va! Carga...

—Fuera...

Acelero el paso todo lo que puedo, esta agonía me está matando. No sé si es ella o no, lo único que sé es que Erlantz ha entrado en esa habitación y todavía no ha salido. No quiero que esté solo si algo sucede, sé que me necesita a su lado.

Cuatro pasos, solo me quedan cuatro pasos cuando el único sonido que sale de la habitación es un continuo y estridente pitido.

Un fuerte dolor en el pecho indica que mi corazón se está partiendo en pequeños pedacitos. Según afronto la puerta de la habitación, la imagen de Erlantz completamente derrumbado, dándose cabezazos contra la pared mientras se ahoga en un mar de lágrimas, me parte el alma. No puede ser, joder. Cuando por fin la encontramos volvemos a perderla, y esta vez para siempre.

Quiero consolarle, pero no me atrevo, me siento tan culpable. Si no hubiese estado en mi habitación, si hubiese estado más tiempo con ella, a lo mejor. Inspiro con fuerza y me armo de valor.

—Lo siento... —le digo mientras acaricio despacio su brazo, no sé por qué, pero siento un pánico horrible a que me rechace.

—Le he fallado, yo se lo prometí, y le he fallado...

Su enorme cuerpo se derrumba delante mío quedándose de rodillas, ya no puede seguir hablando, la tremenda congoja que tiene no le deja. Su forma de temblar y el dolor que veo en sus ojos me parten el alma, ojalá algún día pueda llegar a quererme a mí de esta manera, sé que es completamente absurdo y egoísta por mi parte sentir en estos momentos un punto de dolor por el amor que él le tiene, ni yo misma lo entiendo; nunca he creído en el amor a primera vista y estoy completamente descolocada por esta sensación extraña que tengo en el pecho. A penas hace unos días que nos conocemos, pero es como si nos conociésemos de toda la vida y me duele en el alma saber que siempre va a ser para ella. Aunque ya no esté.

El grupo de médicos y enfermeras ha desaparecido de la habitación sin decir ni una sola palabra, dejándonos un poco de intimidad ante el gran dolor que supone la pérdida de un ser querido. Lo último que se les ha oído decir:

—Hora de la muerte las 19:35

Y desde ese momento, lo único que rompe el silencio es el desesperado llanto de Erlantz.

Acaricio su cabeza apoyándola en mi cuerpo y poco a poco me dejo caer también de rodillas para ponerme a su altura y poder abrazarlo.

—¿Y ahora qué hago? —dice en un ahogado llanto—. Mi vida sin ella ya no tiene sentido. Era la luz por la que me levantaba cada mañana, mi motivo de luchar por darle una vida mejor. Ya no quiero seguir aquí, la vida sin ella no tiene sentido.

Las lágrimas no dejan de caer por mis mejillas, nunca en la vida me había sentido tan mal y poca cosa como ahora mismo. El dolor que siento en el pecho se acentúa y necesito salir de aquí como sea, pero hay una parte de mí que no me deja. Esa parte que necesita verle bien, esa parte que siente que él es lo más importante del mundo y que piensa que mi dolor es secundario, esa parte que se llama conciencia y que sabe a la perfección que yo diría lo mismo si algo le pasase a él.

—No digas eso, sé que es duro, pero tienes que seguir hacia delante.

—No Alaia, ella era lo único que tenía en esta vida. Era lo único que me quedaba.

—Sé que no es lo mismo, pero yo... —El nudo de mi garganta prácticamente no me deja hablar—. Ahora tienes una gran amiga en quien poder apoyarte, yo voy a estar ahí cada vez que necesites cualquier cosa. —Acaricio su cara e intento secar las lágrimas que no dejan de caer. — Si tú quieres, claro... y sé que ahora no lo ves, pero con el tiempo volverás a tener a alguien de quien enamorarte tanto como lo estabas de ella.

Mi corazón se ha agrietado un poco más con esta última punzada, pero si no lo puedo tener como yo quiero, por lo menos me gustaría poder seguir siendo su amiga.

—Alaia yo... ella no era...

Acariciando mi rostro se levanta del suelo y extiende su mano para ayudarme a hacer lo mismo, se acerca a la cama en la que el pálido cuerpo de Ane se va enfriando poco a poco y coge su delicada mano.

—Era mi niña... —dice en un susurro mientras acaricia su cara.

El silencio se hace con la fría habitación y yo no me atrevo a seguir hablando, realmente no sé qué más debería añadir.



CAPÍTULO 13

Erlantz

No quería dejarla sola por nada del mundo, pero el ajetreo que observo en la habitación de mi pequeña hermanita me está poniendo de los nervios. Sé que todo ese jaleo puede ser por ella ya que no han dado muchas esperanzas, pero no quiero... ¡No podría soportar perderla!

Alaia me empuja para que acelere el paso y no siga preocupándome por ella, la verdad es que es una mujer increíble. Todo lo que le ha sucedido por nuestra culpa y lo único que le inquieta es que yo vea a Ane. Cuando salgamos de aquí los tres, sé que se van a llevar de maravilla y me encantará verlas sonreír a las dos juntas, incluso estoy seguro de que sentirse apoyada por Alaia le va a venir de maravilla para alejarse de toda esta mierda. Acelero el paso por el largo pasillo, bueno, mejor dicho, corro por el pasillo hasta llegar a la habitación de Ane. El corazón se me para al ver la cantidad de gente que rodea a mi hermana, todos hacen y dicen cosas, pero yo no entiendo nada.

—¿Qué pasa? ¿Qué la estáis haciendo?

—Por favor, apártese y déjenos trabajar...

Retrocedo dejándoles hacer su trabajo apoyándome contra la pared, mi cuerpo se ha quedado inerte y no puedo dejar de mirar la pálida y triste cara de la pequeña Ane. Por mi cabeza, comienzan a pasar recuerdos de cuando éramos felices, del último viaje que hicimos con nuestros padres antes del horrible accidente que nos dejó sin ellos. Imágenes del último día en la playa en el que nuestro padre nos perseguía haciéndose pasar por un gran tiburón que nos quería devorar y Ane agarrada de mi cuello huyendo de él. Lo recuerdo como si fuese hoy mismo, y ahora la miro y no puedo creer que ella sea aquella niña de vivos ojos que siempre nos sacaba una sonrisa, la miro y se me parte el alma al ver en lo que he dejado que se convierta. Les he fallado a los tres y no voy a poder perdonármelo nunca...

Los gritos del equipo médico me sacan del pequeño mundo en el que estoy sumergido haciéndome

volver a la dolorosa realidad.

—¡¡¡Desfibrilador!!! ¡Carga a 300...! ¡Fuera!

—¡Se nos va...! ¡Se nos va! Carga...

—Fuera...

Veo su cuerpo moverse por la fuerza de la descarga, pero de nuevo cae inerte sobre la blanca sábana de este maldito hospital. Y ahí, justo en ese preciso momento es donde todo termina para mí. Mi pequeña, la niña de mis ojos, lo único que me quedaba en esta vida acaba de desaparecer dejándome completamente solo.

—Lo siento...

La suave mano de Alaia acaricia mi brazo haciéndome derrumbar por completo. Sé que hablamos algo, pero sinceramente no soy consciente de lo que le digo, solo sé que me abraza con fuerza y que sus lágrimas se unen con las mías. Intento concentrarme en lo que está diciendo, no quiero que ella sufra por mí, y lo que escucho me hace sentir más culpable.

—Sé que no es lo mismo, pero yo... Ahora tienes una gran amiga en quien poder apoyarte, yo voy a estar ahí cada vez que necesites cualquier cosa. Si tú quieres, claro... Y sé que ahora no lo ves, pero con el tiempo volverás a tener a alguien de quien enamorarte tanto como lo estabas de ella.

¡Mierda! Tengo que decirle la verdad, ahora todo da igual.

—Alaia yo... ella no era...

Me cuesta, sé que se va a enfadar, pero necesito explicárselo. Me levanto del suelo y la ayudo a incorporarse tratando que los puntos no le tiren demasiado. No puedo evitar acariciar la pálida mano de Ane, ella iba a ser mi cómplice para enamorar a Alaia, estoy seguro. Siempre hacia lo que yo le pedía, y si se hubiese enterado de que estoy locamente enamorado de esta pelirroja seguro que le hubiera hecho muy feliz.

—Ella no era mi novia, sí, la quería y la quiero con locura Alaia, pero es que Ane es mi hermana. Es lo único que me quedaba...

—Oh Erlantz... Lo siento tanto... —Se abalanza sobre mí rodeándome el cuerpo con sus pequeños brazos y su llanto se hace más intenso—. Lo siento, pero no te preocupes, yo voy a estar para ayudarte. Te prometo que no estarás solo, voy a ser tu sombra hasta que decidas que te has hartado de aguantarme.

Hundo mi rostro en el hueco de su cuello y la abrazo como si fuese la última vez, no sabe cuánto bien me puede hacer.

Lo más horrible que he tenido que hacer en toda mi vida, ha sido tener que dejar sola a mi hermana en aquella habitación. Hemos arreglado todos los papeles y Alaia me ha acompañado a casa, después

de pedir su alta voluntaria y prometerle al médico que no iba a hacer ningún tipo de esfuerzo. Estoy en el salón, sentado en el sofá y mirando a la nada, sintiendo como mi alma vacía termina con lo poco que queda de mi vida. Oigo sus pasos acercarse por detrás, sus manos masajean suavemente mis hombros y siento como deja un delicado beso sobre mi cabeza. No sé qué es lo que hubiese sucedido de no haber estado ella a mi lado. Una horrible sensación de soledad presiona mi pecho al saber que ya no tengo a nadie, hubiese dado mi vida por salvar a Ane.

—He pedido un poco de cena, llegará en veinte minutos ¿te apetece?

—Lo siento, pero no.

—No te preocupes, así lo tienes para cuando te apetezca. ¿Quieres que llame a alguien?

Niego con la cabeza, me avergüenza decirle que el único familiar que tengo “si así se le puede llamar” es el hermano de mi padre, un tío que nos rechazó y echó de su casa cuando descubrió el problema de Ane con las drogas.

—Ya te he dicho que no tengo a nadie...

Sus ojos se ensombrecen y se vuelven a llenar de lágrimas. Me levanto, salgo de la sala y doy un portazo al encerrarme en la habitación. Odio que me tengan lástima, es algo que no puedo soportar, y verlo en sus preciosos ojos, duele más todavía. ¡Joder, no quiero su maldita compasión ni la de nadie! Solo quiero que me dejen llorarla en paz.

Ha respetado mi silencio y aunque estoy mucho más tranquilo, hora y media después de encerrarme como un niño malcriado en la habitación no tengo los cojones suficientes para salir y dar la cara. Y como siempre, ese ángel de pelo rojo y ojos color miel es quien da el paso y se acerca a mí tocando delicadamente con sus nudillos en la puerta.

—Erlantz... —dice con voz suave.

Avergonzado abro la puerta, pero encontrarme con sus hinchados y tristes ojos huyendo de los míos me parte el alma más de lo que ya está.

—Siento molestarte, pero solo quería que supieras que me voy.

Se gira dándome la espalda con intención de marcharse, pero no puedo dejar que lo haga, necesito que se quede conmigo. Agarro su brazo y la retengo, rodeo su pequeño cuerpo con mis brazos tratando de no hacerle daño en la herida y apoyando la frente sobre su coronilla, le suplico:

—¡No te vayas! Por favor, has prometido que siempre estarías a mi lado. —La giro entre mis brazos para poder mirarla de frente—. Perdóname, sé que he sido un imbécil encerrándome en el cuarto, pero no te vayas, no me dejes solo.

Acerco mi boca a la suya consiguiendo soltar ese labio que tiene retenido entre los dientes, un pequeño escalofrío recorre mi cuerpo al notar la suavidad de su piel y siento que el roce de su perfecto cuerpo me hace olvidar los problemas.

—Por favor, te necesito... —consigo decirle mientras acaricio con los labios la suave piel de su

cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja, me siento un egoísta, ella necesita descansar, pero es que—
... Por favor Alaia.

Sus manos rodean mi cuello y se pierden entre los largos mechones de mi pelo.

—Erlantz yo...

—Ssshhh... No digas nada, solo déjame sentirte...



CAPÍTULO 14

Alaia

No puedo dejar de dar vueltas de un sitio para otro, hace hora y media que se ha encerrado en la habitación y no sé nada de él. Lo único que sé, es que no me ha gustado nada la cara que ha puesto antes de irse. Soy consciente de que no está bien, de que acaba de llevarse un duro golpe con todo lo que ha pasado y hay que ser muy fuerte para soportarlo, pero no creo haber dicho nada para ofenderlo y que me deje sola de esta manera.

Estoy agotada después de un día tan duro, los puntos del abdomen me tiran un montón y necesito descansar, tumbarme en mi grande y acolchada cama, taparme con el suave edredón que me regaló mamá. Así que finalmente me decido y toco muy despacito a la puerta con los nudillos, quiero despedirme, pero me da miedo despertarle ya que él necesita descansar tanto como yo.

—Erlantz... —digo casi en un susurro.

Abre la puerta y clava sus preciosos ojos azules en los míos, pero yo necesito apartar la mirada porque no soporto ver el sufrimiento que se refleja en los suyos.

—Siento molestarte, pero solo quería que supieras que me voy.

Me giro rápida para marcharme porque si sigo mirándole no podré resistir la tentación de lanzarme a sus brazos para seguir consolándole. No sé qué es lo que me ha dado con este chico, pero duele verle así. Duele demasiado.

Agarra mi brazo impidiéndome huir de esta incómoda situación, siento sus brazos rodeándome la cintura y rompiendo las pocas defensas que tenía, apoya su frente en la parte alta de mi cabeza, haciendo que todo el vello del cuerpo se encrespe al notar su tibio aliento sobre mi piel.

—¡No te vayas! Por favor, has prometido que siempre estarías a mi lado. —Me gira poniéndome

frente a él—. Perdóname, sé que he sido un imbécil encerrándome en el cuarto. Pero no te vayas, no me dejes solo.

Muerdo mi labio inferior por no lanzarme a por su boca, no estaría bien. Está sufriendo y siento que sería como aprovecharme de él, de su debilidad. Pero es su boca la que se arrima lentamente a la mía, y con sus perfectos dientes me obliga a soltar el labio que tengo retenido. Mis piernas tiemblan como un flan y un delicioso escalofrío recorre mi cuerpo al sentir su cálida lengua sobre el dolorido labio.

—Por favor, te necesito... —dice mientras acaricia con sus dulces labios todo el largo de mi cuello dejándome completamente indefensa—. Por favor, Alaia.

Lo siento, pero ya me es imposible seguir resistiéndome. Mis brazos actúan por voluntad propia y rodean su cuello haciendo que las manos se pierdan entre los largos mechones de su pelo.

—Erlantz yo...

—Ssshhh... No digas nada, solo déjame sentirte.

Lenta y suave, su mano va ascendiendo por mi espalda traspasando levemente el calor de sus dedos a través de la fina camiseta, y no puedo reprimir que un pequeño jadeo salga de mi boca entreabierta al sentir el contacto directo de su piel sobre la nuca.

Me pierdo en su boca, cuando de la forma más delicada que me han tocado nunca, vuelve a rozar su lengua con la comisura de la mía como pidiendo permiso para entrar. Y por fin, mis manos toman vida propia y se deslizan por su perfecto y duro torso haciéndome ver las estrellas. Nunca había tocado un cuerpo tan duro, nunca había tocado el cuerpo de un Dios.

Nuestras lenguas bailan al son de una lenta y maravillosa música imaginaria separándose única y exclusivamente por la necesidad de respirar, volviendo a unirse al segundo siguiente completamente desesperadas. Sin aflojar la presión de su mano sobre mi nuca, acaricia mi nalga con la otra, ayudándome a levantar la pierna y rodeando con ella su estrecha cintura. En un rápido movimiento me empotra contra la pared del salón presionando su pelvis contra la mía y haciéndome notar su dura erección. Nuestra respiración se acelera más si cabe y es en ese momento donde me doy cuenta de que ya estoy perdida por completo.

Sus dedos comienzan a bajar por mi cuello creando un pequeño sendero, que es seguido por esa deliciosa y cruel boca que acaba de abandonar la mía. Mordisqueando con suavidad la clavícula, sigue descendiendo por mi cuerpo hasta llegar al erecto pezón que ya ha acariciado con sus tímidos dedos, creando una fuerte descarga eléctrica que recorre todo mi ser hasta terminar en la entrepierna, haciéndome humedecer por completo.

Enrollando los largos dedos en la parte baja de la camiseta tira de ella y la hace desaparecer, dejando al descubierto mi blanca piel, oculta de una forma delicada por un sencillo sujetador de encaje negro.

—Mmmm... Eres preciosa... —dice con su erótica voz, ronca por la excitación.

Su ávida lengua se pasea torturadora por mi pecho, rozando el borde del sujetador hasta que decide cogerlo con sus dientes y apartarlo por completo. No deberíamos estar haciendo esto, no es el momento para ninguno de los dos y no sé hasta que punto es real, pero clava su mirada en el erguido pezón y sin darle tregua se lanza a por él dejándome indefensa y borrando los únicos pensamientos pensamientos coherentes que han aparecido en mi cabeza.

Lo lame, lo muerde, lo besa, lo estira, me mata.

Con los ojos cerrados apoyo la cabeza en la pared que sujeta mi cuerpo, estoy sin fuerzas, jadeante y temblorosa. Nunca había sentido nada igual, le deseo tanto que duele, sin embargo, estoy muerta de miedo. Nunca he estado con un hombre, nunca he sentido la necesidad que tengo en estos momentos de sentirlo dentro de mí y de que me haga completamente suya.

Decidida, bajo la pierna y le empujo lentamente. Esta vez soy yo quien deshaciéndome de su camiseta y acariciando su exuberante cuerpo, voy descendiendo hasta arrodillarme como puedo ante él. Me deleito acariciando y saboreando sus perfectos abdominales y siento que este viaje es él el que necesita apoyar su cuerpo contra la fría pared. Lo más despacio que puedo, suelto la pequeña fila de botones que sujetan el pantalón a sus caderas y lo oigo jadear haciendo que todos mis músculos vaginales se contraigan de deseo. Desciendo sus pantalones dejando a la vista un abultado bóxer negro de licra. Mis uñas, rozan juguetonas la impresionante erección cubierta por el bóxer y sus dedos se enroscan en mi pelo.

—Alaia...

Un susurro es todo lo que consigue salir de su boca en el momento que me deshago del bóxer y le rozo con mi tímida lengua. Su cuerpo se tensa y noto como sus dedos tiemblan levemente. Le introduzco en mi boca, no muy segura de lo que estoy haciendo por culpa de que mi experiencia en el sexo es del todo nula, sorprendida por la increíble suavidad de su miembro, poco a poco voy jugueteando con mi lengua. Lo noto endurecerse más todavía entre mis labios y me encanta el respingo que da según rozo su delicado prepucio con mis dientes. “En estos momentos me siento poderosa”. Y puedo prometer que hasta el dolor del abdomen prácticamente ha desaparecido

—¡Ohh! Alaia, me estás matando...

Alzo la mirada y veo como una pequeña gota de sudor desciende por su empapado torso, sus ojos apretados me indican que se está reteniendo y que no lo debo de estar haciendo tan mal. Comienzo a acelerar el ritmo introduciéndole más profundo y presionándole un poco más con mis inexpertos labios, los jadeos comienzan a oírse por todo el salón. Sus manos completamente enredadas en mi cabello, acompañan los movimientos de mi cabeza y sus caderas empiezan a moverse con un ritmo abrasador...

—¡Ohh! Dios, preciosa... —Su respiración es entrecortada—. Si no paras... Alaia, no quiero... Ahh...

Sus manos se mueven y cogiéndome de los brazos me hace levantar despacio para no hacerme daño en los puntos. Hunde su boca en la mía, la respiración es agitada y los ojos están tan apretados que casi no aprecio sus largas pestañas.

Como puede, sedeshace de las playeras y de su ropa sin separar un milímetro su cuerpo del mío.

Camina haciéndome retroceder e introduciéndome poco a poco en su dormitorio, hasta que mis piernas chocan con lo que imagino será su cama y una preciosa sonrisa de satisfacción aparece en su deliciosa boca.

—Ahora... —susurra contra mi mandíbula—. Vas a pagar por lo que me acabas de hacer... — Desciende poco a poco por mi cuello saboreándome con su lengua y rozándome delicadamente con los dientes—. Ahora... —Los clava tan suave en la clavícula que mi piel se vuelve a erizar—. Voy a disfrutar de ti y... — Alcanza mi excitado pezón—. Voy a saborear cada pedacito de tu precioso cuerpo... —Lo introduce en su boca moldeándolo a su gusto y provocándome un delicioso temblor por todo mi ser. Sin poder evitarlo, sale de mi garganta un pequeño ronroneo y veo la sonrisa en sus ojos. Conforme y satisfecho con el trabajo realizado en el pequeño pezón, continúa descendiendo por el abdomen y rodea acariciando con cariño el parche que cubre los puntos del navajazo—. ¿Te duele? —Niego con la cabeza, miento ya que no quiero que pare bajo ningún concepto. Satisfecho, continúa descendiendo hasta deshacerse con una habilidad increíble de los ajustados pantalones.

Sus dedos enredan la fina tira del pequeño tanga de encaje y muy despacio comienza a descenderlo por las piernas, sin apartar ni un segundo la mirada de mi entrepierna. Su cálido aliento roza mi monte de Venus erizándome de nuevo la piel y el tímido beso que deja en mi zona más íntima hace que tiemble de anticipación.

—Erlantz yo nunca...

Sus ojos se clavan en los míos al descubrir lo que intento decirle, se incorpora y cogiendo mi nuca se vuelve a perder en mi boca.

—Tranquila, si no quieres lo entenderé. Pero por favor, no te vayas. Me conformo con tenerte entre mis brazos, sentirte cerca...

—¡Pero es que sí quiero! Lo que no quiero es defraudarte... —Su sonrisa se amplía y veo un pequeño brillo de diversión en sus ojos.

—¿Se puede saber qué es lo que encuentras tan divertido?

—Nada... —Y vuelve a sonreír con cariño mientras aparta un pequeño mechón dejándolo suavemente detrás de mi oreja.

—Erlantz...

Sus manos acarician con delicadeza mi cara y el brillo de sus ojos hace que yo también sonría.

—Solo pensaba que con lo que acabas de hacer en el salón... no creo que seas capaz de defraudarme nunca...

Le doy un pequeño puñetazo en su hombro intentando disimular la vergüenza, sus grandes manos rodean mi cara haciéndome levantar la vista y obligándome a mirarle directamente a los ojos.

—Nunca me defraudarías —Besa mis labios y pasa despacio su lengua por ellos—. ¿Me oyes? Pase lo que pase, estoy seguro de que nunca me vas a defraudar.

Profundiza su delicioso beso y sus dedos comienzan a acariciar mi tembloroso cuerpo. Su boca desciende de nuevo por el cuello mientras con las manos va deshaciéndose de la única prenda que separa nuestra piel. Con un único dedo tira eróticamente del fino tirante del sujetador bajándolo despacio por mi brazo, rozando su piel contra la mía y provocando un sin fin de sensaciones. Con su boca repite el camino hecho por el privilegiado dedo mientras que la otra mano hace un camino paralelo y con un ágil movimiento de dedos en la espalda, lo suelta dejándolo caer sin más a nuestros pies; mis manos se enredan en su pelo al notar el roce de sus dientes en el dolorido pezón.

Mimoso, acomoda mi cuerpo sobre la cama, y siento una sensación indescriptible al notar el contraste de la fría colcha bajo mi espalda y el calor de su cuerpo sobre el mío. Sus ojos no abandonan los míos en ningún momento y sus dedos no dejan de acariciar mi erizada piel. Estoy completamente excitada y quiero que me haga suya, ¡ya!

Con un ligero movimiento de sus piernas hace que vaya abriendo poco a poco las mías y se acomoda entre ellas rozando su duro pene con mi entrepierna y haciéndome jadear. Sus manos no se separan de mi cuerpo, acariciando cada pedazo de piel que está a su alcance y moldeando cada curva que se encuentra en su camino.

—Mírame preciosa —solicita al comprobar que mis ojos están cerrados con fuerza—. Alaia, necesito saber que estás conmigo.

Los abro y me sorprendo al ver su pupila tan dilatada que sus ojos parecen negros, sonrío y me regala un tierno beso en los labios mientras siento como poco a poco su gran erección se va acomodando en la cálida entrada hacia mi ser. Lenta, muy lentamente comienza a mover sus caderas, introduciéndose cada vez un poquito más en mí y provocándome un sinfín de desconocidas sensaciones.

—¡Dios mío, Alaia! Eres perfecta, eres... ¡Ahhh! —Gime justo en el momento en él que da una seca y fuerte estocada introduciéndose por completo en mi interior.

—¡¡¡AHH!!! —Grito por el dolor provocado por esa última estocada.

—Ya está. —Su cadera ha dejado de moverse por completo y sus preocupados ojos no se apartan ni un segundo de los míos—. Ya ha pasado... —Cubre mi cara de delicados besos—. Ya no volverá a doler, te lo prometo... ¿Estás bien, preciosa?

Y según asiento un poco avergonzada por lo que acaba de pasar, sus caderas empiezan a moverse de nuevo lentamente y un delicioso escalofrío comienza a recorrer todo mi cuerpo. Los eróticos movimientos, sus dulces besos y las tiernas caricias se van acelerando. La respiración se me entrecorta y ahora soy yo la que comienza a mover las caderas al delicioso ritmo. Provocando que de nuestras bocas salgan cientos de jadeos y sonidos sin sentido que somos incapaces de controlar.

Jadeo sin poder evitar que su nombre salga de mi boca.

—¡Ummm! Nena... necesito... Dios, si te hago daño dímelo.

Y empieza a bombear con fuerza, dentro fuera... dentro fuera... ¡Ohh dios! Siento como su pene se endurece todavía más en mi interior, haciendo que mis músculos comiencen a contraerse a su alrededor y provocando que todas las terminaciones nerviosas se concentren en un mismo punto y

estallen en un delicioso orgasmo. Su cuerpo se tensa por completo al sentir la presión que crean mis músculos en su duro miembro oprimiéndole y succionándole hasta que un segundo después, noto como se deja ir llenándome por completo y soltando un ronco gemido de placer.



CAPÍTULO 15

Erlantz

Los pequeños puntos de luz que atraviesan las rendijas en la persiana de la habitación, comienzan a molestar en mis cansados ojos. Está siendo una de las semanas más duras de toda mi vida, y si no fuese por el apoyo incondicional que he recibido de mi pequeña pelirroja, estaría siendo imposible superarla.

Hace dos días que enterramos a Ane y desde ese preciso momento la policía no ha dejado de acosarme. Por más veces que Alaia les repita lo que pasó, simplemente me tienen en el punto de mira. Me acusan de provocar todo esto para librarme de los cargos del asesinato de Saúl. Son imbéciles, ¿no se dan cuenta de que preferiría morir antes de hacerles daño a las dos personas más importantes de mi vida? Solo necesitan un cabeza de turco para que en sus estadísticas aparezca un caso más solucionado, y lo más fácil para ellos es echarme a mi toda la mierda dándoles exactamente igual si soy culpable o una víctima más.

A regañadientes, me levanto de la cama y comienzo a arreglarme para ir al juzgado, tengo que pasar a firmar una vez a la semana hasta que salga el maldito juicio. Pero lo bueno de todo esto es que sé que allí estará esperándome mi preciosa Alaia. Desde que Ane ya no está, lo único que me motiva a seguir, a levantarme cada mañana y conseguir una mínima sonrisa en mi boca. Es el saber que la voy a ver, que sentiré sus cálidos labios rozando los míos y que sus delicadas manos van a acariciarme la piel haciéndome olvidar la mierda de vida que tengo.

Cojo las llaves de casa, el móvil y el D.N.I. Tengo que salir pitando ya que voy muy mal de tiempo, he estado disfrutando de la imagen que mis pensamientos me regalaban de mi preciosa abogada y los minutos han corrido demasiado para mi gusto. Justo cuando estoy a punto de salir, el estruendoso timbre del portero suena haciendo que todo que llevo en las manos caiga al suelo. “Joder que susto me ha dado”, recojo las cosas y contesto de mala gana.

—¿Sí, quién es?

Tardan unos segundos en contestar, cosa que me cabrea más todavía, no estoy para tonterías.

—Hola, ¿estás listo?

Y me relajo por completo siendo incapaz de retener la sonrisa que se forma en mi boca al escuchar la voz de mi ángel, mentalmente doy una patada en mi estúpido culo por haber contestado al portero como un energúmeno. No es de extrañar que haya tardado en responder, lo que no entiendo es cómo puede sopórtame.

—Sí preciosa, ya bajo.

Noto como el horroroso humor va mejorando según voy bajando las viejas escaleras del edificio y voy acercándome a ella, es increíble el poder que tiene sobre mí haciendo que todo lo demás no importe. Abro la puerta del portal y me quedo completamente hipnotizado en sus preciosos ojos de color miel, su amplia sonrisa me hace abandonarlos y quedarme estático en sus apetitosos labios.

—¿Listo?

—Para ti siempre preciosa.

La cojo entre mis brazos y fundo mi boca en la suya deleitándome con su adictivo sabor, sus brazos rodean mi cuello, y me doy cuenta de que es exactamente así como quiero pasar el resto de mis días.

No pasamos demasiado tiempo en el juzgado. Alaia ha recogido unos documentos mientras yo hacía acto de presencia y firmaba, hemos quedado en la entrada y para cuando he querido salir ella ya estaba esperando.

—¿Qué quieres hacer ahora? —Mi voz es suave e insinuante, estoy deseando volver a sentirla mía, apreciar su aterciopelada piel en mi piel, pasar la lengua por su cuerpo, disfrutando de su delicioso sabor.

Se acerca lentamente y con una pícaro sonrisa roza sus labios con los míos haciendo que mis piernas tiemblen como nunca.

—Mmmmm... eres tentador, pero tenemos que preparar tu defensa. Necesito saber un montón de cosas, así que lo mejor es que vayamos a mi despacho. Nos llevamos algo para desayunar y empezamos con todo ello ¿Te parece?

Si tengo que ser sincero, no tengo muchas ganas de recordar toda esta porquería. Ane era mi niña, lo único bueno que me quedaba en esta vida y revivir todo lo que ha pasado duele demasiado, pero tendré que hacerlo si no quiero tener que volver a pagar por algo que yo no he hecho. Además, es su trabajo y sé que es importante para los dos. Para ella es su primer caso y para mí, es simple y llanamente mi vida, mi libertad.

—De acuerdo... —digo resoplando y sacándole una preciosa sonrisa—. Pero al desayuno invito yo.

—Hecho.

Dándome un rápido beso que casi no puedo saborear, tira de mi mano dirigiéndonos a ambos hacia donde imagino estará su despacho. Paramos en una enorme panadería que nos encontramos de camino y en una degustación en la que ponen cafés para llevar y que según Alaia están riquísimos.

No hay demasiada gente por la calle porque son las once de la mañana de un jueves cualquiera, un día normal, sin importancia. Los niños están en el colegio y la mayor parte de la gente se encuentra en el trabajo. Las pocas personas que nos cruzamos están a lo suyo, realizando compras o dirigiéndose apresuradamente a algún lugar concreto en el que seguro tendrán algo que hacer, pero aun así, tengo una sensación extraña. No sé porque, pero me siento observado y por más que miro no encuentro a nadie fuera de lo normal. Prefiero no darle más vueltas, seguro que son paranoias mías o algún policía intentando descubrir algo nuevo.

—Mira, ya hemos llegado —dice mientras se para a sacar las llaves de su bolso.

Entramos en un moderno edificio de pasillos largos, con un montón de puertas lisas y todas iguales, se ve claramente que es una construcción exclusiva de oficinas. Cogemos el ascensor y tengo que retener mi cuerpo para no sucumbir a el morbo que provocan siempre estos chismes, en el cuarto piso nos bajamos. Me coloco tras ella procurando disfrutar de las esplendidas vistas que ofrece el bamboleo de sus caderas, pero la ilusión dura demasiado poco ya que abre la primera puerta de la derecha y entramos en un pequeño y sobrio despacho de paredes blancas. En la de la izquierda, lo único que se ve son dos diplomas y un alto archivador, en la de la derecha varias baldas sujetan un sinfín de carpetas y libros que imagino serán de derecho, pero lo mejor de este pequeño despacho se encuentra cuando miras al frente. Una bonita mesa de madera en el mismo tono del archivador y las baldas, enmarcada por un inmenso ventanal desde el cual podemos ver el Guggenheim.

—Bonito despacho.

—Gracias, ha sido el regalado mis padres cuando me he licenciado. Ven, siéntate.

Cogiendo un par de carpetas y una grabadora se sienta en la silla que está a mi lado, lo prepara todo tras observarme con ojos tristes.

—Erlantz, yo sé que te va a resultar un poco duro, pero necesito que seas sincero y respondas a todas las preguntas que te haga.

—De acuerdo —respondo un tanto serio—. No te preocupes, lo entiendo.

—Bien, voy a grabar todas nuestras conversaciones. Es solo para poder repasarlo en caso de que yo tenga alguna duda. Nadie las va a escuchar y mucho menos sin tu permiso. —Enciende la grabadora y comienza diciendo la fecha de hoy—. Dieciséis de mayo de 2014. Erlantz, ¿Conocías a Saúl?

Mi cuerpo se tensa por completo, únicamente con escuchar el nombre del desgraciado que metió a mi hermana en toda la mierda de las droga, mi razón se revoluciona. No voy a decir que no me alegre de su muerte, estoy seguro de que tarde o temprano lo hubiese hecho yo. Le odio con toda mi alma y ahora mismo, solo hay a una persona en este mundo que odie más que a ese hijo de puta y es quien mató a mi hermana.

Paso varias horas contándole prácticamente todo sobre la horrible vida que hemos tenido desde que

nuestros padres murieron en un accidente de coche, dejándonos solos puesto que el único familiar que nos queda es un impresentable egocéntrico que solo se quería hacer cargo de nosotros si con ello conseguía un beneficio económico. Y a pesar de las grandes palizas que me dio —motivo por el cual no llevo demasiado bien que me toquen— en el momento que se dio cuenta de que con eso no sacaría tajada y del consecuente problema de Ane con las drogas, nos abandonó a nuestra suerte sin preocuparse lo más mínimo de que ella era menor de edad y yo demasiado joven para hacerme cargo de todo.

Me he desnudado en cuerpo y alma al contar todo esto y eso ha empezado a cambiar mi humor, no me gusta ser tan vulnerable. No me gusta que se apiaden de mí, y por el gesto de Alaia creo que se está empezando a dar cuenta.

Alaia

No puedo creer todo lo que está contando Erlantz, es increíble cómo te puede cambiar la vida en un momento. Pasar de ser una familia feliz, de estar disfrutando del cariño de unos padres que te quieren con locura, a de repente zas... todo tu mundo se va por la borda, convirtiéndolo en un infierno en el que tienes que hacerte cargo de una pequeña que va de depresión en depresión desde la muerte de sus padres.

Siento como el corazón me oprime el pecho y como las lágrimas se amontonan en mis ojos al imaginarme lo mal que lo ha tenido que pasar. Las noches en vela vividas buscando a Ane sin saber realmente si estaba viva o no, han tenido que ser horribles, ha tenido que madurar antes de tiempo sin poder disfrutar de su adolescencia. He visto en sus preciosos ojos el dolor, al contarme la primera vez que encontró a Ane completamente drogada entre los brazos de Saúl, las ganas de matarle que tuvo que contener, mientras el otro desgraciado le contaba entre risas como se había apoderado de la virginidad de su pequeña de tan solo dieciséis años. Le he visto retener las lágrimas al decirme que se sentía un auténtico fracasado, que sabía sin ningún tipo de duda que todo había sido culpa suya por no haber sabido controlarla.

—Yo no le he matado, pero no habrá sido por ganas.

Eso ha sido justo lo último que ha dicho antes de levantarse con los puños fuertemente cerrados y dirigirse hacia el amplio ventanal de mi despacho. Apago la grabadora y me acerco despacio a él. Soy consciente por su forma de actuar que no le gusta que le consuelen, pero lo siento. No estoy segura de si es por él o por mí misma, pero en estos momentos necesito abrazarle y es lo que pienso hacer.

Paso mis brazos por su cintura y le aprieto con fuerza mientras apoyo el rostro sobre su espalda, noto como sus músculos se tensan, pero no pienso soltarle. Si tiene intenciones de llegar a algo conmigo tendrá que acostumbrarse a esto, yo lo necesito y sé que él también.

—¡No necesito la compasión de nadie! —expresa con frialdad.

—¿Y quién te ha dicho que me estoy compadeciendo de ti? ¿Te has parado a pensar que después de todo lo que me has contado a lo mejor soy yo la que necesita un abrazo?

Se gira entre mis brazos y fija su mirada en mis ojos, una pequeña sombra de duda aparece en los suyos y me hace sonreír. No entiende porqué necesito este abrazo, y la verdad es que no me extraña. Lleva demasiados años sin sentir que nadie se preocupe por él.

—No me compadezco de ti y nunca lo haré, solo entiendo que me siento mal. Duele que te sientas así y no poder hacer nada. Estoy triste por todo lo que has pasado, siento tu dolor en mi pecho. Necesito que me abracés y sentirte cerca, necesito abrazarte y que sientas que ya no estás solo. Que estoy aquí para lo que necesi...

No me deja terminar, su boca sella la mía con ansia. Sus dientes muerden delicadamente mi labio inferior haciéndome abrir un pequeño huequecito por el que poco a poco va invadiéndome con su deliciosa lengua. En ese momento dejo de pensar, ya no importa nada, el mundo se para a mí alrededor haciendo que lo único que puedo sentir es su cuerpo. Sus dedos acariciando lentamente mi nuca, sujetándome con firmeza la cintura y apretándome hacia él. Su respiración entre cortada, demostrándome que él siente exactamente lo mismo.

Sus labios, se separan despacio de los míos por la simple necesidad de respirar. Con los ojos cerrados apoya su frente sobre la mía y veo como una única y delicada lágrima va descendiendo tímida por su mejilla.

—Gracias preciosa... ¿Por qué he tardado tanto en encontrarte? No sabes el bien que me haces.

Hunde la cabeza en el hueco de mi cuello. El tiempo pasa lento, no hemos vuelto a decirnos nada y la verdad es que no hace falta. Es un silencio cómodo y es que en estos momentos lo que nos sobran son las palabras, lo único que necesitamos son los abrazos reconfortantes del otro, y es lo que hemos estado haciendo durante la última media hora.

—¿Te apetece que lo dejemos para mañana? Es hora de comer y tengo un hambre que me muero —Le guiño un ojo y él sonríe iluminando su preciosa cara mientras asiente con la cabeza y me aprieta más hacia su duro cuerpo.

—Como quieras. A demás, tengo que ir a recoger mi moto que sigue en aquella maldita calle.

—Bien, pues entonces vamos primero a por la moto y luego te invito a comer, que me toca pagar a mí.

—¿Vas a venir conmigo? —Me dice sorprendido y con un pequeño brillo en sus ojos.

—Por supuesto, no voy a dejar que vuelvas allí tu solo. Y además, así me aseguro de que volvamos a

dar una vuelta en tu preciosa moto. —Le sonrío guiñándole un ojo y me giro para empezar a recogerlo todo—. Cuanto antes nos vayamos antes pasaremos el mal trago.

Salimos más relajados y decididos del despacho, ha sido un día muy duro, pero por fin veo como empieza a salir una pequeña sonrisita en la comisura de su boca. Y me encanta saber que algo estoy haciendo bien.

—¿Qué es esto? —pregunta cogiendo un pequeño sobre que ha aparecido tirado el felpudo de mi oficina.

—No sé.

Extiende su mano y sin darle demasiada importancia me lo da y lo abro decidida. No pone nada por fuera, así que imagino será para convocarnos a una reunión en el edificio. Lo que me extraña es que lo hayan dejado sobre el felpudo y no en los buzones que todos los despachos tenemos en el portal.

Comienzo a leer y me quedo completamente paralizada y sin respiración al descubrir de lo que se trata. Poco a poco mi cuerpo comienza a reaccionar y no puedo dejar de temblar. Esto no puede estar pasando...

"Tú serás la siguiente, no pienses que te he olvidado.

Estoy más cerca de lo que piensas".



CAPÍTULO 16

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo al leer esta terrible nota, las imágenes de ese desgraciado apretando cada vez un poco más su navaja contra el cuello invaden mi cabeza y no puedo controlar los temblores que está provocándome el pánico que siento en estos momentos. Erlantz me observa sin comprender que es lo que está pasando, mi cara debe de ser un poema, sin duda es muy complicado ocultar mis sentimientos, y los que tengo ahora mismo...

Vuelvo a poner la nota en el sobre y lo guardo como puedo en el bolsillo trasero del pantalón. No quiero que Erlantz la vea, ya está siendo un día demasiado duro para él. Quiero que lo que queda de día sea un poco especial, porque, aunque él crea que no lo sé, recuerdo perfectamente que hoy es su cumpleaños y quiero sorprenderle.

Intento respirar hondo y hacer como que no ha pasado nada, le quito toda la importancia que puedo y saco la mejor de mis sonrisas.

—¿Qué es? —pregunta con ojos curiosos.

—Nada importante, una reunión del edificio.

—¿Y por eso te has quedado así de pálida?

—¿Yo? Ha sido un simple escalofrío.

—Alaia... —Su voz es completamente seria y no aparta los ojos de los míos intentando sonsacarme. Así que de la forma más hábil que puedo, desvío la mirada y le cojo de la mano para sacarlo del edificio.

—Vamos que se nos hace tarde.

Sin perder un minuto más salimos a la calle, miro hacia los lados intentando descubrir con disimulo si alguien nos vigila, pero la verdad es que no veo nada fuera de lo normal. Caminamos hacia el metro cogidos de la mano, estamos cómodos en este pequeño silencio que se ha creado desde que la

espeluznante nota ha aparecido en el felpudo. Sé perfectamente que esto no se va a quedar así ya que estoy convencida de que no se ha creído que sea un tema del edificio, pero por suerte de momento no insiste más con el tema.

El viaje en metro se me hace más largo de lo que debería, por culpa del silencio apremiante. Erlantz es una persona con la que me encanta hablar, su profunda voz transmite tanto que en este silencio con el que antes estaba a gusto, se ha alargado tanto que no me siento cómoda y estoy deseando romper el hielo, pero estoy tan nerviosa por culpa de ese hijo de puta que no sé ni de qué hablar.

—¿Estás bien? —pregunta acariciando con cariño mi cara.

—Sí, estaba pensando a ver dónde te puedo llevar comer.

—Yo con una pizza en casa ya me conformo.

—No guapito, de eso nada. No te pienses que te vas a librar de darme un largo paseo con tu preciosa moto.

Sonríe volviéndome loca, me alegro de ser capaz de poder sacar, aunque sea una mínima sonrisa de esa preciosa cara. Ahora soy yo la que pasa mi mano por su rostro y acercándome a él saboreo lentamente sus carnosos labios.

—Me encanta cuando sonríes y aparece ese pequeño hoyuelo —le susurro muy pegadita a su boca y me complace con otra tímida sonrisa.

Salimos del metro unas calles más abajo de donde dejamos la moto el otro día y siento como el cuerpo se va estremeciendo según nos vamos acercando, mi espalda se pone rígida y Erlantz me sujeta más fuerte de la mano tratando de tranquilizarme.

—No tienes que hacerlo. Puedes esperarme aquí.

—¡No! Quiero ir contigo, no te voy a dejar solo.

—¿Estás segura?

Asiento decidida y vuelvo a tirar con fuerza de su mano para seguir caminando y acabar con todo esto lo antes posible. Le oigo inspirar con profundidad y noto como su mano se agarra tan fuerte a mi cintura que pienso que terminaré con negruras en forma de dedos. Está nervioso y lo entiendo.

Hacemos el último cruce de calle y allí está, completamente abandonada. Custodiando la entrada del horrible edificio que nos ha cambiado la vida a los dos. No puedo apartar la vista del mugriento portal, estoy aterrada. Tengo miedo de que en cualquier momento salga por la puerta y vuelva a clavar no solo su oxidada navaja en mí, sino también sus fríos y despiadados ojos. No sé porque, pero cada vez que sus ojos aterrizaban en mí, veía odio en ellos y no llego a entender el motivo.

Cada vez estamos más cerca y ya no puedo controlar los temblores de mi cuerpo, aunque Erlantz intenta tranquilizarme acariciándome el brazo y dándome pequeños besos en el hombro, tengo el cuello rígido como una piedra y no puedo apartar la mirada del portal.

—Relájate preciosa, no va a pasar nada.

Sigo temblando, lo siento, pero no lo puedo controlar. Quiero irme de aquí, pensé que podría con ello, pensé que ayudaría a Erlantz viniendo con él, pero lo único que estoy consiguiendo es ponerle más nervioso y descontrolarme a mí misma. Creo que me está dando un ataque de pánico.

—¡Alaia, mírame! —No puedo, mi respiración se empieza a entrecortar y no consigo separar los ojos del maldito portal—. ¡Alaia que me mires! —Intenta girarme suavemente el rostro hacia el suyo, pero el cuerpo no me responde, solo quiero mirar al portal.

Sin soltarme ni un momento, decide girar a mí alrededor y ponerse delante de mí, tapándome con su fornido cuerpo y su precioso rostro esa horrenda puerta de la que no puedo alejar la mirada. Se agacha a mi altura y conecta perfectamente sus ojos con los míos.

—Cariño, necesito que me mires y que respires hondo.

Coge mi cara entre sus manos y me obliga a centrarme en él mientras sus pulgares acarician con delicadeza mis pómulos, apartando todas las lágrimas que sin darme cuenta había dejado escapar.

—Ya está preciosa... nunca volverá a hacerte daño...

Me besa tan despacio que la suave caricia de sus labios hace que mis ojos se cierren y olvide el maldito portal. Suspira y me abraza al ver que por fin ha logrado algo, nos gira con disimulo poniéndome de espaldas para que no pueda volver a centrarme en ese horrible edificio...

—Ven, cojamos la moto y salgamos de aquí.

Agarro con fuerza su cintura y he de reconocer que la sensación es maravillosa. No veo hacia dónde vamos y la verdad es que me da igual, en estos momentos prefiero ir con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en su ancha espalda mientras siento la velocidad a la que nos dirigimos hacia ningún lugar. Simplemente nos hemos montado en la moto y hemos salido disparados, sin rumbo. Lo importante, era salir de allí y es lo que hemos hecho.

De vez en cuando, su mano acaricia la mía; la presión que ejercen sus dedos me transmite tanta seguridad que me gustaría que este momento no se acabase nunca. Quiero sentirme así eternamente. Pero a mi pesar, la moto va perdiendo velocidad y noto como al final se detiene haciéndome abrir los ojos y dejándome estupefacta al descubrir donde estamos.

—Pero... no me lo puedo creer. ¿Cuánto tiempo hemos estado en la moto?

El precioso paisaje que tengo ante mis ojos hace que en mi cara aparezca una gran sonrisa, me giro hacia Erlantz y veo un brillo que hasta este momento no había visto. No estoy muy segura, pero me da la pequeña sensación de que puede llegar a ser felicidad.

Su sonrisa se ensancha al ver la mía y sus brazos rodean mi cintura tras amarrar bien los cascos a la moto.

—¿Te gusta?

—¿Estás flipando? ¿Pero cómo no me va a gustar San Juan De Gaztelugatxe? Siempre me ha parecido uno de los lugares más bonitos y mágicos de nuestra tierra.

—Ven.

Agarrándome de la mano, nos dirige por un estrecho sendero que creo no conoce mucha gente, ya que está repleto de maleza y su accesibilidad es prácticamente nula. Caminamos unos metros más y una pequeña llanura nos deja ver por completo la preciosa imagen de la ermita custodiando el mar desde el centro del pequeño islote, uniéndose a la costa solo por ese cordón umbilical que es su antiguo puente. La mar embravecida y las blancas nubes que la rodean, hacen de esta una de las imágenes más bonitas que han podido ver mis ojos.

—¡Oh Erlantz! Es precioso...

—Aquí es donde venía a pensar cuando no encontraba a mi Ane, ¿sabes? Me encanta mirar el mar, perderme entre sus olas me relaja y hace que vea las cosas de otra manera.

Se sienta en la verde hierba y sentándome entre sus piernas rodea mi cuerpo con sus fuertes brazos. Y así nos quedamos un buen rato, lo único que hacemos es disfrutar de tan especial paisaje y de nuestra acompañada respiración.

Sus cálidos labios comienzan a acariciar con lentitud mi cuello y siento como la piel se eriza mientras sus ágiles dedos juegan por debajo de la camiseta. Apoyo mi cabeza en su pecho y siento su sonrisa acariciar el lóbulo de mi oreja.

—¿Sabes? Este lugar no lo conoce nadie... —Apresa mi oreja muy despacito entre sus labios—. Y además, está completamente escondido... —Este viaje es su mano la que se mueve descendiendo lenta hasta mi zona más íntima haciéndome jadear.

Con sus fuertes brazos levanta mi cuerpo y sentándome a horcajadas sobre él, su boca asalta violentamente la mía mientras sus manos acarician con avidez toda la piel que se encuentran debajo de la camiseta.

—¡Oh nena! Esto es lo mejor que me podía pasar. Mi rincón favorito y la chica más maravillosa del mundo. Pellízcame por favor, creo que estoy soñando.

Muerdo su labio inferior para demostrarle que no se trata de un sueño, y para aliviar el pequeño dolor que he podido crearle, paso lentamente la lengua por él, pero es más rápido que yo y me atrapa de nuevo entre sus labios, provocando una pequeña guerra de lenguas que nos calienta más de lo que estamos. Me tumba sobre la hierba dejando caer con delicadeza su cuerpo sobre el mío y apretando un poco más con su dura erección sobre mi dolorido clítoris.

—¡Ahh! Erlantz... —No puedo evitar que ese pequeño jadeo salga de mí, estoy excitada al máximo y no sé cuánto más voy a poder aguantar.

Mis uñas acarician su espalda y su cuerpo se tensa volviendo a oprimir su dureza en mi entrepierna. Le deseo, y estoy segura de que no voy a poder parar. Creo que estoy volviéndome loca ya que estoy planteándome hacer el amor con Erlantz en mitad de la calle. Bueno, si tengo que ser sincera, no lo

estoy planeando, estoy convencida de que lo voy a hacer.

Decidida suelto los botones de su pantalón e introduzco la mano acariciando su duro pene y haciendo que de su garganta brote un fuerte rugido que logra excitarme todavía más.

—¡Alaia, pídemme que pare ahora que todavía puedo!

—¿Y si no quiero que pares?

Y creo que en esos momentos dejamos de ser coherentes, la ropa desaparece de nuestros cuerpos haciendo que sintamos nuestras pieles enfrentadas, enredando nuestras lenguas como si el mundo se acabase y diciéndonos con los ojos lo que nuestras bocas aún no se han atrevido a decir.



CAPÍTULO 17

Erlantz

Me niego a abrir los ojos, su aroma y el sonido de las olas rompiendo contra el precioso islote, me hacen pensar que he muerto y estoy en el cielo. Nunca, ni por lo más remoto pude imaginar que lo que acaba de pasar aquí, pudiese hacerse realidad.

Acaricio su cuerpo desnudo y siento como tiembla entre mis dedos, nuestra respiración comienza a normalizarse y siento la necesidad de abrazarla fuerte contra mi cuerpo. Si pudiese inmortalizar este momento, parar el mundo y quedarme así para siempre. Ella no lo sabe, pero me ha regalado el mejor cumpleaños de toda mi vida.

El día estaba siendo muy duro, justo hoy, el día de mi cumpleaños, he tenido que ir a personarme en el juzgado para firmar ya que es uno de los requisitos al estar en libertad bajo fianza. Al salir, Alaia me ha dicho que deberíamos empezar a preparar mi defensa y nos hemos dirigido a su pequeño despacho. Ha sido horrible tener que contarle la peor parte de mi vida, toda la mierda por la que hemos tenido que pasar durante los últimos años. Y lo peor ha sido tener que hacerlo justo hoy, el día que quería olvidarme del mundo y celebrar mi cumpleaños ahogándome en el alcohol para no sentir nada. Justamente hoy, el día que hubiese preferido estar muerto.

Aprieto los ojos intentando retener las lágrimas, continúo repasando todo lo que ha sucedido hoy y la imagen de Alaia tan pálida como una hoja en blando cuando le ha dado el ataque de pánico, golpea mi cabeza y hace que la apriete todavía más fuerte contra mí.

—¿Estás bien?

No contesto, lo único que hago es hundir mi cara en el hueco de su cuello e inhalar su delicioso aroma intentando evitar mis lágrimas.

—Gracias —contesto cuando soy capaz de hacerlo sin que de mi garganta brote un sollozo—.

Gracias por regalarme este momento.

Consigue levantarme la cabeza, observa mis ojos; su mirada es una mezcla de tristeza y felicidad, está llena de sentimientos encontrados entre los cuales una pequeña sonrisa repentina me descoloca un poco.

—Hombre, este no era el regalo de cumpleaños que tenía pensado, pero me alegro de que te haya gustado. —Y empieza a reírse con todas las ganas del mundo.

Me quedo helado, pensaba que ella no tenía ni idea de que hoy era mi cumpleaños puesto que en ningún momento lo hemos comentado. Sus carcajadas se van relajando y acaricia mi mejilla haciéndome cerrar los ojos. No hay nada en el mundo que me guste más que el contacto de su piel en mi piel, es una sensación increíble, una especie de corriente que recorre todo mi cuerpo y paraliza mi corazón. Consigo abrir los ojos y encuentro su alegre mirada clavada en la mía.

—Feliz cumpleaños... —Y me besa como nunca nadie antes lo había hecho.

—¿Pero sabías...?

—Sí claro, solo estaba esperando el momento oportuno para felicitarte, sé que ha sido un día duro, ¿Nos vamos? Ya sé dónde vamos a comer.

Nos vestimos en un cómodo silencio; su continua sonrisa hace que todos mis problemas desaparezcan de momento. Yo también sonrío, hace demasiado tiempo que no me siento tan feliz como en este mismo instante.

Al girarme a recoger mis playeros veo algo en el suelo que llama mi atención, juraría que cuando hemos llegado no estaba ahí, es un papel blanco que destaca sobre el verde intenso de la hierba. Lo recojo mientras Alaia sigue concentrada en adecentar su ropa. Es un sobre blanco doblado al medio, lo abro y en él encuentro una pequeña nota que me deja completamente paralizado al leerla.

Aprieto fuerte mis puños arrugando la nota en el interior de mi mano derecha, siento el dolor de las uñas clavadas en mis manos, pero no lo puedo evitar. No lo entiendo, ¿por qué no ha dicho nada? Mi enfado se acrecienta y la agitada respiración me delata haciendo que Alaia se gire extrañada a mirarme sin entender lo que pasa.

—¿Se puede saber qué cojones es esto? —le grito incapaz de contenerme mientras le tiro la nota arrugada a la cara.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta con una tranquilidad frustrante agachándose a recogerla del suelo—. No tienes derecho a fisgar en mis cosas.

—¡Yo no he fisgado en tus cosas, estaba tirada en el suelo! Y no has contestado a mi pregunta. ¿QUÉ COJONES ES ESTO?

Me mira frustrada porque he descubierto la nota y dolida por mis gritos, se gira dándome la espalda.

—¡Pues lo que ves! ¿No ves tú mismo lo que es? ¿No ves la maldita amenaza?

—No pensabas decírmelo, ¿verdad? No tienes ni puta idea de a que estás jugando, esta no es tu preciosa vida de princesas. Esta es la puta realidad y ese tío va en serio. ¿Es que no te das cuenta?

—No puedo evitar gritarla y agitar sus brazos mientras le giro para que me mire a la cara cuando le hablo.

Su mano aterriza en mi cara dejándome, clavado en el suelo y con los cinco dedos marcados, sus ojos irradian el dolor y la desilusión causado por mis palabras.

—Vete a la mierda.

Se gira rápidamente dándome la espalda y alejándose de mí. Intento sujetar su brazo, pero al notar el simple roce de mis dedos lo separa sin miramientos y acelera su paso.

—Alaia... —No me oye ya que solo consigo susurrarlo.

Mi cuerpo tiembla incapaz de asumir todo lo que ha pasado en un momento. Es increíble cómo pueden cambiar las cosas en un abrir y cerrar de ojos. Pero es que no puedo entender cómo ha sido capaz de ocultarme algo tan importante como esto. Creo que realmente no entiende lo peligroso que es, y os juro que si algo llegase a pasarle. Mi corazón se para con el simple hecho de pensarlo.

Camino con paso acelerado en su busca, necesito tenerla entre mis brazos, necesito protegerla y saber que se encuentra bien. Me acerco hasta la moto convencido de que ella espera a su lado, pero al no verla por ninguna parte, mi corazón se vuelve a acelerar. No sé qué mierda me está pasando, pero necesito tenerla junto a mí para que este dolor desaparezca.

—Alaia —la llamo desesperado—. Mierda, Alaia por favor.

La busco, sé que no se ha podido ir muy lejos porque la única manera de salir de aquí es con la moto. Me giro buscándola entre los árboles y se me rompe el corazón al verla. Allí, al fondo de un pequeño caminito rodeada de enormes robles, encogida y acurrucada entre sus piernas la veo sentada a los pies de uno de ellos. Rodea sus piernas con sus delicados brazos y noto como todo su cuerpo tiembla por culpa de su incontrolable llanto.

Me acerco, no puedo soportar el dolor que siente mi corazón al verla de esta manera; si ella supiera que se me parte el alma, si ella supiera que daría la vida por ver cada día esa maravillosa sonrisa que se crea en sus deliciosos labios. Me arrodillo ante ella, delicadamente levanto su cara con mis manos y consigo que centre su mirada en mis ojos.

—Yo, lo único que quería es que no te preocupases más. Sabía que en cuanto vieses la nota te pondrías hecho una fiera, y solo quería que disfrutases del resto del día. Sabía que era tu cumpleaños y que no me lo ibas a decir, pero ya da igual.

—Lo siento preciosa yo no preten...

—Déjalo Erlantz, ya me has dicho muy claro lo que piensas. Si no te importa quiero irme a casa, a seguir con mi vida de princesas.

Se levanta deshaciéndose de mis manos, acercándose a la moto coge el casco y sin esperar a que yo

la ayude como ha hecho las otras dos veces lo coloca sobre su cabeza, monta en la moto dispuesta a esperar que yo la lleve a casa.



CAPÍTULO 18

Alaia

Me monto en la moto intentando contener estas malditas lágrimas que no dejan de caer por mis mejillas. Veo como poco a poco se va acercando, no me dice nada, su mirada está completamente perdida y tiene una pequeña mezcla entre la ira y la tristeza. Y todo porque le he pillado, no ha podido seguir disimulando que lo único que yo soy para él es la típica niña de papa, salida del patético cuento de princesas a la que puede tirarse hasta que se canse y encuentre otra más tonta. ¡Pues lo siento, yo no soy así! No sé cómo he podido ser tan gilipollas de pensar que podía llegar a sentir algo especial por mí. Pero con lo que ha dicho me ha dejado bastante clarito lo equivocada que estaba.

Monta en la moto y al sentir su roce tenso mi cuerpo, por mucho que me cueste no pienso agarrarme a él. Esta mañana, aunque no he querido utilizarla, he descubierto la cinta que hay entre los dos asientos, así que ahora prefiero agarrarme con todas mis fuerzas a ella ignorando su cuerpo.

—Agárrate a mí.

—Ya estoy agarrada a la cinta, si no te importa déjame en mi despacho.

Sin decir una palabra más, arranca la moto y siento como la brisa creada por la poca velocidad a la que vamos se lleva mis lágrimas. El viaje de vuelta se hace eterno pues no ha sido nada fácil reprimir las ganas de rodear su cintura y apretarle contra mi cuerpo olvidando la última media hora de San Juan De Gaztelugatxe. De vez en cuando, noto como sus fuertes dedos acarician con delicadeza mi rodilla intentando poner un poco de paz, pero yo la separo continuamente. No quiero saber nada, estoy furiosa con él por sus duras palabras que además de dolerme, han dejado las cosas muy claritas.

Llegamos al despacho y bajo de la moto, quitándome el casco lo dejo en sus manos. Sin decir ni una sola palabra doy media vuelta y me dirijo hacia el portal sin mirar hacia atrás. Solo dios sabe lo que esto me está costando, pero por muy enamorada que esté, “que lo estoy”, no pienso dejar que se ría y se aproveche de mí. Cierro la puerta del portal y es únicamente en ese momento en el que me doy la vuelta; siento el alma caer a los pies al ver como se aleja cabizbajo en su preciosa moto.

No sé cuánto tiempo llevo encerrada en el despacho llorando como una magdalena, recuerdo la cantidad de veces que me he metido con mi mejor amiga por este mismo motivo, riéndome de ella y diciéndole que era imposible llorar tanto por un chico, cada vez que la dejaba con alguno de los numerosos novios que ha tenido, que estaba loca. Y ahora sin embargo soy yo quien está en la misma tesitura, en un mar de lágrimas sin consuelo por alguien que no me corresponde.

En un pequeño momento de lucidez, decido llamar a Carlos. Él es un viejo amigo de la familia, casi como un tío para mí. En él es en quien me fijé desde niña y es por él que quise ser abogada. Mi sueño siempre fue ser la mejor defendiendo a los buenos como lo hacía él. He decidido que no puedo seguir con el caso de Erlantz, sería demasiado duro para mí y sé perfectamente que él me va a ayudar. Le cuento el caso y le mando por internet toda la documentación que tengo recopilada. Por último, le pido que me adjudique sus honorarios, al tener claro que Erlantz no los puede pagar; además, le insisto en que no le diga nada y que no se olvide de mantenerme informada de cómo va el proceso.

Cuando terminamos la conversación decido llamar a mi mejor amiga. Sé con seguridad que sabe cómo ayudarme y va a animarme muchísimo estar un rato con ella. Sonrió al recordar que la condenada tiene buena experiencia en este tipo de cosas. Quedamos en una hora, el tiempo justo para pasar por casa a cambiarme de ropa.

Mucho más cómoda que con el traje, voy poco a poco al local donde he quedado con Laura. Los pantalones pitillo y mis nuevas Vans blancas hacen que parezca mucho más joven y aunque he pensado en maquillarme un poquito, al final desecho la idea, aún no he dejado de llorar e iba a ser peor todavía.

Una sensación extraña que me provoca nauseas en el estómago, no sé por qué, pero tengo da la sensación de que algo no va bien. Tengo miedo de que Erlantz haya decidido ir a buscar al desgraciado que me ha amenazado y le haya pasado algo. Mi corazón se acelera por los nervios y decido llamarle por teléfono antes de entrar en el bar a encontrarme con mi amiga. Marco el número y espero ansiosa a que coja el teléfono, no tengo ni idea de cómo voy a explicarle por qué le llamo, pero realmente me da igual.

Un tono, dos, mi respiración se acelera y no llego a escuchar el tercero, ya que siento una sensación de déja vu cuando una horrenda y apestosa mano tapa mi boca. Poco a poco mi mundo se va apagando y lo único que me hace latir el corazón, es el recuerdo de sus preciosos ojos azules. Ya no siento nada, solo mi cuerpo flotar.

Erlantz

El teléfono suena y la verdad es que no puedo decir que me haya despertado, después de dejar a Alaia en su oficina no he podido dejar de dar vueltas buscando a ese desgraciado que la ha amenazado, he recorrido todos los locales de la zona; incluso haciendo un esfuerzo sobre humano, he vuelto a entrar en ese asqueroso edificio en el que mató a mi querida Ane. Pero todo ha sido en vano, no aparece y he buscado mil soluciones con las que poder tener a Alaia a salvo, pero no he encontrado ninguna y menos sabiendo que no quiere tenerme cerca.

Está enfadada conmigo y la verdad es que la entiendo, la frustración hizo que de mi boca salieran palabras que no siento. Sé perfectamente que no es una princesa de cuento. Bueno, para mí sí es Mi princesa, pero tengo miedo a que le pase algo, todo esto es muy peligroso, no sé cómo hacérselo entender, no sé cómo protegerla.

Necesito encontrar a ese hijo de puta y sacarle la piel a tiras mientras le arranco el corazón. Lo peor de todo es que reconozco su cara, pero por más que lo pienso no tengo ni idea de que lo conozco. Aunque pensándolo bien en cuanto lo encuentre me va a dar igual. Pienso matarlo con mis propias manos antes de que vuelva a pensar en rozar tan siquiera un mechón de su precioso pelo rojizo.

—Si ¿quién es? —consigo contestar al insistente teléfono que interrumpe mis pensamientos.

—Hola, buenos días. ¿Hablo con Erlantz López?

—Sí, ¿Quién es?

—Soy Carlos Gutiérrez, soy abogado y la señorita Alaia se puso en contacto conmigo para que me hiciese cargo de su caso. Sintiendo mucho, le ha surgido un pequeño imprevisto y a ella le va a ser imposible.

Mi corazón se para en seco de repente y siento como un inmenso dolor en el pecho. ¡No puede ser, no se puede alejar de mí de esta manera!

—Yo... —No sé por qué, pero no me salen las palabras.

—No se preocupe de nada, ella se ha encargado de pasarme toda la documentación de la que disponía y me ha explicado perfectamente su caso. Si le parece bien deberíamos tener una reunión esta misma mañana para conocernos e ir preparando su defensa.

No quiero seguir hablando con este señor, necesito llamarla, hablar con ella, suplicarle que no me abandone. ¡Necesito pedirle perdón!

Quedamos en un par de horas en mi casa y ni me despido de él, simplemente cuelgo. Estoy ansioso y no tardo ni un segundo en marcar ese número de teléfono que tan bien he aprendido. Parece absurdo, pero necesito oír su voz para poder volver a respirar.



CAPÍTULO 19

La llamo mil y una veces, no puedo evitar que un fuerte grito de frustración salga de mi garganta al tener siempre la misma respuesta, apagado o fuera de cobertura. Busco con desesperación las llaves de la moto mientras intento llamar a ese tal Carlos, quien al parecer se ha convertido en mi nuevo abogado, necesito que se ponga en contacto con ella y asegurarnos de que se encuentra bien. Sé que, aunque lo intente otras mil veces más no me va a coger el teléfono. Sin pensármelo ni un minuto más, salgo de casa lo más rápido que puedo bajando las escaleras de dos en dos, no sé dónde vive, pero me pienso instalar delante de su oficina hasta que pueda hablar con ella. Tarde o temprano tendrá que aparecer por allí. Me monto en la moto justo cuando Carlos responde al teléfono.

—¿Sí?

—Mira, ya sé que no me vas a dar su dirección, pero estoy intentando localizar a Alaia y no puedo.

—Erlantz, ella no...

—Cállate y déjame hablar —le interrumpo un tanto desesperado—. No sé qué es lo que ella te habrá contado, pero necesito localizarla. Está en peligro y no puedo permitir que le pase nada. Se ha enfadado conmigo y al alejarse de mí se está arriesgando mucho, así no puedo protegerla.

—Lo siento, pero si ella no te ha dado su dirección, tienes que entender que yo tampoco lo haga.

—¡¡¡Joder!!! ¿Vas a jugar con su vida por un simple problema de ética? Mierda, Carlos. ¡Es muy importante localizarla!

—¿Pero estás seguro de que...?

—Mira Carlos —vuelvo a no dejarle terminar—, lo único que necesito es que la localices. Hazla entrar en razón y dile que me llame. Por favor, simplemente hazlo por ella.

—Bien, de acuerdo. En cuanto la localice te llamo, pero ten en cuenta que en un par de horas tendrás que contarme todo y con lo que sea, iremos a la policía.

—Como quieras, pero localízala...

Corto la llamada y acelero la moto dejando una espesa nube de humo negra, tan negra como lo veo yo todo en estos momentos. Llamo insistente al timbre de su oficina, y cuando me queda claro que allí no está, me siento en un banco cercano a esperarla a ella o a la llamada de Carlos.

Laura

Estoy empezando a mosquearme, pero de lo lindo, ¡ya estoy harta de que siempre sea la misma historia! ¿Pero es qué esta chica no sabe llegar puntual ni cuando es ella misma la que ha pedido con urgencia que quedemos? Hace más de media hora que debería de estar aquí, y juro por dios que como no esté aquí en diez minutos me doy el piro.

Sabe que la adoro y que haría lo que fuese por ella, pero esto de la impuntualidad, es algo que yo llevo fatal y que a ella se le da de maravilla. La llamo un sinfín de veces, y si tengo que ser sincera, el gran enfado se está convirtiendo en preocupación. No es normal que no conteste. Las primeras tres llamadas me daban señal, pero ahora solo apagado o fuera de cobertura.

Decido salir a fuera para fumarme un cigarro ya que los nervios me están matando. Siempre ha sido impuntual, pero no tanto como hoy. Noto como mi respiración se va agitando y no puedo parar de dar vueltas por delante de la puerta del bar. ¿Dónde coño se habrá metido? Juro que la voy a ma...

Un extraño brillo me saca de mis cavilaciones y hace que la respiración se me corte de golpe. Cerca del bordillo, junto a una pequeña alcantarilla por la que habitualmente se va toda el agua acumulado por las continuas lluvias de esta preciosa tierra, hay un pequeño pendiente que se me hace familiar. Me acerco y con manos temblorosas lo recojo del suelo.

No entiendo que es lo que hace un pendiente de Alaia aquí tirado. Estoy segura de que es suyo, recuerdo perfectamente la cara que puso el día que se los regalé. Son unos pendientes tan especiales que no creo que mucha gente los tenga y mucho menos pensando que los compré en mi viaje a Irlanda.

Mis rodillas se clavan en el suelo convertidas repentinamente en gelatina cuando descubro un poco más adelante el móvil de Alaia, tirado casi debajo de la rueda del coche que está aparcado delante de mí. Las lágrimas empiezan a brotar, estoy segura de que algo la ha pasado y no sé qué hacer. ¿Debería ir a la policía?

Cojo el teléfono del suelo y sin pensármelo dos veces voy directa a la comisaría.

Alaia

Un fuerte olor a rancio se introduce por mis fosas nasales provocándome un escalofrío que recorre todo mi cuerpo, la verdad es que no tengo muy claro porque tengo esta sensación tan extraña. Estoy encogida y me duele todo, como si llevase horas en la misma postura. Intento estirar mis músculos para relajar mi quejoso cuerpo, pero un inmenso dolor en las muñecas me indica que no puedo.

Abro los ojos intentando descubrir el motivo de mi inmovilidad y me quedo muerta al descubrir que estoy encadenada de una extraña manera, tirada en el suelo de lo que parece ser un viejo y húmedo garaje.

—¡¡¡Socorro!!!! Sáquenme de aquí... socorro... por favor sáquenme, tengo frío... por favor...

Mi voz se va apagando poco a poco al comprobar que nadie atiende a mis suplicas. Estoy completamente sola en este siniestro lugar, en el que lo único que alcanzo a ver es una pequeña luz que entra por la estrecha rendija de lo que parece ser una puerta y un sucio ventanuco que apenas deja que entre por él la brillante luz de la luna.

Tengo tanto miedo que el fuerte dolor que siento en el pecho, indica que mi corazón es incapaz de ir más rápido, mis ojos se llenan de lágrimas y la desesperación me convence de que aquí es donde se termina todo. No tengo ni idea de cómo he llegado aquí, lo último que recuerdo es estar llamando a Erlantz desde la puerta del bar en el que había quedado con Laura. Pero lo que sí tengo claro es quién está haciendo esto, y lo peor de todo es que ya le he visto matar una vez.

Un suave silbido me hace estremecer por completo, inspiro profundo intentando relajarme para demostrarle a ese desgraciado que no le tengo miedo. Pero por mucho que lo intento, no lo consigo. Mi cuerpo se va agitando por los nervios que van creciendo según voy oyendo ese silbido cada vez más cerca de mí. Es tal mi tembleque que las cadenas con las que estoy atada tintinean como un gran sonajero.

La puerta se abre y una mirada fría como el hielo se clava en mi atormentado cuerpo.

—¡Hombre! Por fin despertó la putilla durmiente.

—¡Vete a la mierda! —contesto con el mayor desprecio que puedo dar a mis palabras.

¡PLAS! La torta con la que me cruza la cara retumba por todo este andrajoso lugar, las cadenas se clavan de nuevo en las muñecas cuando intento revolverme para devolvérsela y su odiosa risa retumba en mi cabeza como si mil hienas estuviesen gritando frente a mí.

—¿Dónde te piensas que estás pequeña lagarta? Ten un poco más de respeto hacia la persona que te va a dar de comer en tus agónicos y últimos días de existencia.

Escupo hacia sus pies, que es la única parte de su cuerpo a la que estoy segura de llegar. Acto seguido la puntera de sus corroídas camperas se clava en mis costillas provocando que de mi

garganta salga un terrible alarido.

—¡Maldito hijo de puta, mal nacido! —digo como puedo ya que el terrible dolor del costado me corta hasta la respiración—. ¡Nunca! ¿Me oyes? Nunca conseguirás que se fije en ti.

—¡¡¡Cállate zorra!!! —grita abofeteando mi cara de nuevo—. Tú que sabrás, yo he hecho muchas cosas por él, cuando se dé cuenta me lo agradecerá y se quedará conmigo para siempre. Lo único que tengo que hacer es deshacerme de lo que me estorba. Y eso precisamente eres tú.

El brillo de la navaja que saca de la parte trasera de su pantalón deslumbra mis ojos haciéndome cerrarlos.

Ahora sí. Ha llegado el momento, nunca se me pasó por la cabeza que podría terminar mi vida de esta manera. Tirada en el suelo de cualquier garaje abandonado, encadenada cual perro sarnoso suplicando por esta desgraciada vida e intentando mirar a los ojos del despreciable ser que intenta arrebatármela de la manera más cobarde que se puede.

Un suave pero intenso pitido se crea en mis oídos, los ojos se van cerrando poco a poco y una perfecta sensación de paz inunda todo mi cuerpo. Solo espero que mis padres no sufran demasiado, a Erlantz le esperaré en el cielo, si es que es allí donde me dirijo.

Laura

Intento ir lo más rápido que puedo, pero mis temblorosas piernas se han puesto en mi contra y según avanzo dos pasos parece que retrocedo uno. Solo son tres manzanas las que tengo que caminar para acercarme a la comisaría, pero los pocos minutos que tardó en llegar se hacen eternos.

Abro la puerta del moderno edificio y lo primero que encuentro es un amplio mostrador detrás del cual un sonriente y canoso agente me saluda muy educadamente.

—Buenas tardes, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, quería denunciar la desaparición de una persona.

La mano derecha comienza a dolerme y es cuando me doy cuenta de que la llevo apretada como si mi vida fuese en ello, bajo con disimulo mi mirada, confirmo que aun llevo en ella el pendiente y el teléfono de Alaia. Es como si por el simple hecho de llevarlo así contra mi cuerpo fuese a solucionarse todo. Como si la tuviese entre mis manos y el solo el hecho de soltar sus cosas sería como soltarla a ella.

—Y dígame, ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida esa persona?

—Pues habíamos quedado hace hora y media, pero no ha veni...

—Vamos a ver, señorita... —Me interrumpe, pero yo tampoco le dejo continuar.

—¡Ya sé lo que me va a decir pero es...!

—No señorita, da igual lo que me diga, una hora y media no es tiempo suficiente para que venga a poner una denuncia.

—¿PERO ME QUIERE DEJAR HABLAR?

—Señorita, no me grite o me verá obligado a...

—¡ME DA IGUAL A LO QUE SE VEA OBLIGADO! ¡SOLO QUIERO QUE LA BUSQUEN!

—Ya le he dicho que no me...

—¿Qué es este escándalo, Josu?

Giro hacia la potente voz y se me cae la mandíbula al observar al enorme agente que tengo a mis espaldas, aunque tengo que reconocer que nunca he sido chica de uniformes. El típico morbo que les da un hombre uniformado al resto de mis amigas ha sido algo que nunca me ha llamado la atención. Siempre he preferido un buen traje, imaginarme a esos oscuros y fornidos empresarios buenorros y bien trajeados que nos describen últimamente en las novelas eróticas de moda... ¡Ummm! Eso sí que me pone, pero un uniforme, pues va a ser que no. ¡Pero este!

—La señorita no entiende que no pue...

—Entiendo perfectamente lo que me estás diciendo, pero el problema es: ¡QUE NO ME ESCUCHAS!

—Señorita...

—Laura —contesto más indignada que otra cosa.

—Señorita Laura, si no le importa deje de gritar que en esta comisaria no somos sordos. Y ahora si le parece bien, acompáñeme y yo le escucharé encantado. No te preocupes, Josu, yo me encargo —le dice al otro agente sin apartar sus oscuros ojos de mí.

Me regala una pequeña sonrisa de complicidad, con la que creo que acabo de perder las bragas. El pequeño hoyuelo de su barbilla y sus perfectos dientes blancos hacen que parezca tonta al ser incapaz de moverme, de decir una palabra más o simplemente de volver a respirar.

—Laura, ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí perdón. —Su sonrisa se amplía y mis ojos caen en picado hacia el suelo por la vergüenza. Mierda se ha dado cuenta.

—Acompáñeme, por favor.

Le sigo y vuelvo a perderme, pero esta vez en su perfecto y prieto culito, hasta que choco como una verdadera idiota con una de las sillas que hay por el medio. “Mierda Laura, céntrate. ¡No estás pensando en Alaia!”.

Entramos en un pequeño despacho, un escalofrío recorre todo mi cuerpo poniendo mi piel de gallina. Es todo tan frío e impersonal. Entonces vuelvo a ser consciente de porque estoy aquí, la imagen de mi mejor amiga inunda mi cabeza y dejo suavemente las cosas de Alaia sobre la mesa. Me siento en la dura silla sin esperar a que él lo indique, ya no puedo más. Me derrumbo y las lágrimas inundan mi cara de nuevo, yo solo quiero saber dónde está.

—Cuéntemelo.

Respiro profundamente para lograr que las palabras salgan, lo último que quiero es que no me tomen en serio.

—Está bien, pero por favor. Déjeme terminar de contárselo.

—Soy todo oídos.

—Había quedado con mi amiga hace una hora y media en un bar y no ha aparecido. Sí, sí, ya sé que no es tiempo suficiente para denunciar su desaparición —le digo haciéndole un gesto con la mano para que no me interrumpa—. La he llamado un ciento de veces y no ha respondido, y eso sí que no es normal en ella. Las dos últimas llamadas me han dado apagado o fuera de cobertura.

—¿Se ha parado a pensar que igual le ha surgido algo y que simplemente se ha quedado sin batería y no la ha podido avisar?

—Mire agente.

—Aarón, llámeme Aarón.

—Mire Aarón. Lo primero es que ha sido ella quien ha llamado media hora antes para quedar. Estaba preocupada por algo y quería hablar. Así que no creo que le haya surgido nada. Y segundo, cuando he visto que tardaba tanto y no respondía al teléfono me he enfadado y he salido de la cafetería para fumarme un cigarro. Y allí, en la calle, delante de la puerta de la cafetería he encontrado esto tirado en el suelo.

Le señalo el pendiente, lo coge y lo mira con cara de circunstancia ya que no entiende nada.

—¿Y esto es?

—Pues eso es un pendiente que le regalé a Alaia hace un par de años, no creo que los tenga mucha gente de por aquí ya que los compre en Irlanda. Si Alaia no hubiese llegado hasta la cafetería este pendiente no estaría delante de la puerta. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí, pero no es motivo suficiente.

—Ya, pero el problema es que al agacharme a recogerlo he encontrado el teléfono de Alaia tirado en el suelo unos metros más allá. —Lo coge y lo observa atentamente—. ¿Lo entiende ahora? ¿Se da cuenta de que le ha tenido que pasar algo?

—Está bien, Laura, creo que tiene razón. Pero lo siento, no podemos hacer nada.

—¿QUÉ? ¿Me está diciendo que no la van a buscar?

—No, Laura. Te estoy diciendo que tenemos que esperar por lo menos veinticuatro horas. Ha pasado muy poco tiempo y puede ser una simple tontería.

—¡No es una simple tontería! Ella me hubiese llamado.

—Mire Laura, lo mejor es que se marche a casa y espere noticias de ella. Si mañana a estas horas no sabe nada, llámeme a este número.

Extiende su mano y me acerca una tarjeta que cojo con manos temblorosas, no puedo creer que no vayan a hacer nada. Me levanto de la silla y avanzo hacia la puerta.

—Rece porque no la suceda nada, de lo contrario... —Sin decir una palabra más salgo de ese frío despacho pegando un fuerte portazo.

Erlantz

Frustrado, así es exactamente como me siento. Tres horas han pasado desde que me he plantado delante de este enorme edificio. Hombres y mujeres trajeados entran y salen de él sin parar, ejecutivos atareados que no se dan cuenta de mi mísera presencia. Pero ella, la única persona que sería capaz de quitarme este enorme dolor que siento en el pecho, no aparece.

Mi impaciencia hace que pasee de arriba abajo por esta acera que cada vez se hace más pequeña, veo como la dependienta de la pequeña bisutería que se encuentra justo al lado del edificio me mira con cara extraña mientras habla por teléfono, y la verdad es que no me extraña, yo ya habría llamado a la policía hace rato. Vuelvo a coger el teléfono ansioso por recibir la llamada de Carlos, pero nada, compruebo la cobertura, la batería. Está todo perfecto, pero el dichoso teléfono no suena.

—Perdona, ¿Eres Erlantz?

Una fuerte mano agarra mi brazo haciéndome dar un pequeño bote, estaba tan concentrado pensando en Alaia que me he sobresaltado. Giro hacia la potente voz que ha hablado y me encuentro con un hombre de mediana edad y profundos ojos. Su cara de desesperación me hace pensar que se trata de Carlos.

—¿No la has encontrado verdad?

Su expresión es fría, niega con la cabeza y la dureza de su mirada deja completamente claro que me culpa de lo sucedido. Y la verdad es que no hace falta que nadie lo diga. Si tuviese la posibilidad de retroceder en el tiempo. Nunca debí llevarla a ese lugar conmigo, yo tenía muy claro que era peligroso. Y ahora. ¡Mierda, Alaia! ¿Dónde estás?

—¿Qué ha pasado? ¿En qué cojones estás metido? ¡Te juro que como le pase algo!

—¿Estás seguro de que no está? ¿Has ido a su casa? ¿Has hablado con su familia?

—¡Mira niño, no me toques los cojones y dime qué coño ha pasado!

Nuestras miradas se retan, esto es la ley del más fuerte. Entiendo perfectamente su posición, si yo estuviese en su lugar ya me habría partido la cara, pero no le puedo dejar intimidarme. Alaia nos necesita a los dos y yo sé mejor que nadie como está la situación.

—Escucha, Carlos... —le digo despacito, intentando calmar el ambiente.

Su fornido cuerpo se abalanza bruscamente sobre el mío y agarrándose a la camiseta me empuja sobre el escaparate de la bisutería y se inclina sobre mí intentando intimidarme.

—¡Ni escucha ni mierdas, ya estoy perdiendo toda la paciencia! O me dices que es lo que ha pasado con Alaia o te voy a dejar la cara como un puñetero mapa.

Respiro profundamente, no quiero hacerle daño. Por el rabillo del ojo veo como la dependienta vuelve a coger el teléfono y esta vez estoy seguro de que si llamará a la policía. Tengo que tranquilizarle o esto se va a poner peor de lo que ya está.

Agarro sus manos despacio, haciéndole ver que no es con ninguna intención de pelea e intento poner una mirada tranquila mientras le digo con seguridad:

—Carlos, la dependienta está llamando a la policía y te aseguro que es lo último que nos conviene. Suéltame y te prometo que te lo contaré todo mientras vamos a la comisaria a denunciar su desaparición.

Dirige su mirada hacia el interior de la tienda y ve como la dependienta nos mira asustada mientras intenta marcar un número en el teléfono que tiene entre sus manos. Me suelta lentamente y colocando bien la chaqueta de su traje entra en la pequeña tienda. No puedo oír su conversación, pero veo como saca una tarjeta de su cartera y se despide con un suave apretón de manos después de entregársela.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, solo me he disculpado. ¡Vamos!

Aprieta el mando que lleva en la mano y las luces de un bonito Audi azul nos indican que el coche está abierto, me siento en el asiento del copiloto y le cuento un poco por encima todo lo que está pasando mientras voy observando el interior del elegante coche. Me encanta la mezcla que tiene entre deportivo y señorial. Veinte minutos después estamos delante de la puerta de la comisaria.

—¿Y tú crees que ha sido el mismo?

—Es que no le encuentro otra explicación, y encima está la nota que le encontré.

—Tienes que contárselo todo igual que lo has hecho conmigo — va diciendo según abre la puerta para que entremos.

—¡ESTOY HARTA DE QUE SIEMPRE DIGAIS LO MISMO, YO SÉ QUE HA DESAPARECIDO!

Los gritos de una pequeña morena de ojos claros nos hacen detenernos junto a la puerta, no sé qué es lo que le pasa, pero parece una leona defendiendo lo que es suyo. Parecerá una tontería, pero ese mal genio me recuerda a el día que Alaia sacó las uñas para defenderme de el mismo policía al que está gritando esta chica.

—¿Se puede saber qué es lo que está pasando? —pregunta Carlos con la cara completamente desencajada.

—¡Papa! —grita la joven lanzándose a los brazos de este y rompiendo a llorar con desesperación.

—Laura cariño ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —Solloza—. Algo le ha pasado... no la encuentro.

—¿Pero a quién cariño? —La chica levanta la cabeza y fija los ojos en los de su padre.

—Alaia papa, se han llevado a Alaia.

Y la confirmación de la desesperada sospecha hace que el mundo se pare a mí alrededor.

Sin poder moverme ni reaccionar, veo como Carlos intenta tranquilizar a la pequeña morena que tenemos delante. ¿Le ha llamado papa? Sí, creo que lo ha hecho justo antes de decirle que se habían llevado a Alaia. Intento fijarme en su rostro, pero es imposible ya que se encuentra enterrado en el cuello de su padre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice en un tono serio y despectivo el estúpido policía.

—Hemos venido a denunciar la desaparición de mi abogada.

La pequeña morena sale de debajo de los brazos de su padre y me mira con cara de desesperación.

—No te molestes —contesta con lágrimas en los ojos—. No van a hacerte caso.

—Eso lo veremos —responde su padre con voz autoritaria—. Quiero hablar con el responsable de esta comisaria.

—A ver que yo me entere —dice el policía sin ya saber a quién dirigirse—. ¿La tal Alaia a la que se refiere Laura y tu abogada son la misma persona? —Padre e hija asienten enérgicamente—. Está bien, acompáñenme.

Nos dirigimos a la pequeña sala de interrogatorios que ya bien conozco, un pequeño escalofrío recorre mi cuerpo al recordar que en este lugar la he conocido, aquí mismo es donde he rozado su preciosa y delicada piel por primera vez y en el que he descubierto el delicioso sabor de esa boca que me volvió loco desde el primer momento en que la vi.

Laura y su padre se sientan en frente del policía y yo no dejo de dar paseos de un lado para otro. Los nervios me están matando, están tardando demasiado y Alaia sigue en peligro.

—¿Por qué dices que se han llevado a Alaia? ¿Qué es lo que sabes? ¿Has visto algo?

Los ojos de Laura se llenan de lágrimas al escuchar mi tono exigente, pero yo no puedo evitar que todas estas preguntas salgan bruscamente por mi boca. Sé que está asustada y que también lo está pasando mal, pero el tiempo se agota y aquí parece que nadie se da cuenta del peligro al que está expuesta Alaia en estos momentos.

Ese desgraciado ya ha matado a mi hermana, ahora está dispuesto a hacerlo con mi chica. Porque se ponga como se ponga es mi chica y lo seguirá siendo. ¡Dios, necesito tenerla entre mis brazos!

—Erlantz, necesito que os tranquilicéis y me contéis que es lo que ha pasado. La parte de Laura ya la sé, ahora necesito unirla con vuestra versión para ver si podemos hacer algo.

Entre Carlos y yo le contamos todo lo ocurrido, desde el momento que encontramos a Ana en ese destartado edificio hasta que ayer mismo encontré la nota y tuvimos la desafortunada pelea. Aarón asiente y va escribiendo cosas en una pequeña libreta, mientras yo sigo desesperándome.

—¿Y estás seguro de que no le recuerdas de nada?

—La verdad es que su cara se me hace conocida, pero no soy capaz de recordarle —respondo intentando ubicar esa maldita cara.

—Está bien, veré lo que podemos hacer. Nos pondremos a buscarla, pero sin más datos es complicado. Marcharos, y si recordáis algo no dudéis en decírmelo. Erlantz, intenta recordar, busca por tu casa, pregunta a tus amigos. Seguro que hay alguna manera de descubrir de qué te conoce.

Nos da unas tarjetas con su número privado y nos acompaña a la salida prometiendo informarnos de lo que vaya descubriendo.

—Laura. —Sujeta suavemente su brazo haciéndola girarse hacia él—. La encontraremos, te lo prometo.



CAPÍTULO 20

Alaia

Mi cabeza retumba, no estoy muy segura de lo que está pasando, pero en lo único que puedo concentrarme es en el rítmico golpeteo que se escucha no muy lejos del lugar en el que me encuentro. Pun pumpun, pun pumpun, pun pumpun. Sigo su pegadizo ritmo continuamente en mi dolorida cabeza y mis ojos se vuelven a cerrar notando una gran pesadez en los párpados. No quiero dormirme, intento resistirme, pero es inútil.

La perfecta sonrisa de Erlantz aparece frente a mí y hace que me sienta como en una pequeña nube en la que nada malo puede pasar. Sus fuertes manos acarician con cariño mis mejillas y noto como la piel se va erizando al sentirle tan cerca de mí.

—Tranquila preciosa, nunca dejaré que te haga daño.

Me susurra tan cerca del oído que sus labios rozan mi lóbulo provocando que el estómago dé un pequeño vuelco y un delicioso cosquilleo descienda hacia mi zona más íntima.

—Erlantz ayúdame...

Su cálido aliento pasea a lo largo de mi cuello y sus manos tiemblan al sujetar mi nuca acercándose cada vez más a su boca. Fija sus ojos en mis labios, poco a poco va descendiendo hasta que noto el suave roce de sus dientes en el labio inferior.

—¡Mmmnn!

Un pequeño gemido brota de su garganta y automáticamente mi boca se abre dejándose invadir por su ávida y deliciosa lengua.

“Plas” Un fuerte golpe aterriza sobre mi cara obligándome a despertar de este excitante sueño, poco a poco voy elevando los pesados parpados, acostumbrando la vista a la escasa luz que hay en este lugar. Sigo oyendo ese golpeteo acompasado, pero una estridente voz hace que me desconcentre de él.

—Despierta pequeña putilla, ya has descansado demasiado. Ahora me toca divertirme...

Siento las manos pesadas y la espalda me duele a rabiar. Sigo atada con la gruesa cadena de hace unas horas, pero esta vez la diferencia es que me falta la ropa. Tapada solo con la minúscula ropa interior que había elegido especialmente para Erlantz, noto como la humedad de este lugar cala por completo mis huesos y tiemblo por el frío al que estoy expuesta por culpa de este desgraciado.

—¿Tienes frío? —dice con una amplia sonrisa, disfrutando al verme sufrir.

Le miro fijamente a los ojos, pero no le contesto; me niego a seguirle el juego. No estoy dispuesta a que se siga riendo de mí. Tengo muy claro que es lo que pasa por su cabeza, sé que quiere acabar conmigo igual que lo ha hecho con la pobre Ane, pero de lo que estoy segura es que no me verá suplicar. Que me quiere matar ¡Que me mate! Lo va a hacer de todas formas, pero no le voy a dar el gusto de disfrutar mi sufrimiento.

Se acerca demasiado indignado y pegando amenazante su cara a la mía, con su mano tira con fuerza de mi pelo, provocando que una lágrima caiga por mi mejilla a causa del tremendo dolor que me ha provocado.

—Mira pequeña perra, no creas que te voy a permitir que me desafíes. —“Plas”. Otro golpe todavía más fuerte que el anterior aterriza en mi cara—. Cuanto más colabores menos sufrirás. ¿Te he preguntado que si tienes frío?

Mi respuesta es exactamente la misma, no pienso ceder.

—Muy bien, tú lo has querido.

De forma brusca suelta mi pelo y agachándose para encontrarse a la misma altura que yo estoy, saca su oxidada navaja y comienza a cortar la delicada piel de mi brazo derecho. Uno, dos y tres cortes consecutivos. Tres cortes con los que mis uñas se han clavado en la palma de la mano haciéndome hasta sangrar, pero han sido tres cortes con los que he conseguido volver a ganarle. El verme mantener su mirada sin cambiar el gesto, sin soltar un mínimo grito mientras me torturaba, le ha dolido más que cualquier otra cosa. Se levanta agitado y con el revés de la misma mano en la que se encuentra la navaja, me golpea de nuevo la cara haciendo que caiga de lado, que choque la cabeza bruscamente con el encharcado suelo.

Un fuerte pitido vuelve a alejarme de la realidad, mi cuerpo mareado deja de resistirse y los pesados parpados vuelven a cerrarse deseosos de volver a soñar con Erlantz.

Joseba

Maldita perra desgraciada, ¿Qué es lo que se ha creído tratando de desafiarme de esta manera? ¡Nunca volverá a verle! Erlantz es mío, eso es algo que grabaré a fuego en su cuerpo de zorra.

Todas son iguales, lo único que tienen es envidia de no poder lograr un amor tan grande y puro como el nuestro. Ven su cuerpo y lo desean, son todas unas putas que solo piensan en lo mismo; disfrutar de su puro y fuerte cuerpo que está creado única y exclusivamente para mí. Hasta su propia hermana estaba loca por disfrutar de él, se tiraba el día lanzándose a sus brazos, sentándose en su regazo. ¡Fulanas asquerosas! ¡Siempre en contra mía!

Agarro sus asquerosos pelos y tirando fuertemente de ellos la arrastro por toda la nave hasta conseguir dejarla justo al lado de la gigante remachadora automática de esta antigua fábrica. Su continuo traqueteo me vuelve loco, pero no importa. Esta maldita máquina es la que le hará suplicarme, pienso machacar sus dedos uno por uno. No sabe hasta qué punto va a arrepentirse de haberse puesto en mi camino.

¿Todavía no se han enterado de que conmigo no se juega? Me desharé de quien haga falta para que nos dejen vivir en paz, ya lo he hecho otras veces y lo seguiré haciendo hasta que dejen de interponerse en nuestro amor.

Cojo el pequeño cubo de agua que se ha llenado gracias a las goteras que hay por culpa de las viejas tuberías rotas, y lo vacío de golpe en la cara de esta zorra. Sus ojos se abren de golpe y me doy cuenta de que está un poco desubicada.

—No entiendo qué es lo que ha podido ver mi chico en ti. Eres una floja y una blanda.

—¿Tu chico? No me hagas reír, si ni siquiera sabe quién eres.

Paso la mano nerviosa por el pelo echándolo todo hacia atrás, esta maldita bruja quiere sacarme de quicio, pero no lo va a conseguir.

—Claro que sabe quién soy, pero la arpía de su madre y el huevón de su padre se ocuparon de separarle de mí y meterle un montón de tonterías en su cabeza. Le hicieron un lavado de cerebro y por eso me tuve que ocupar de ellos.

—¡Tú mataste a sus padres! —grita con los ojos muy abiertos y la mano en la boca.

—Oh, fíjate... ¡Has descubierto América! Pues claro que los maté, lo mismo que haré contigo y con todos los que se metan por medio. ¿Todavía no os ha quedado claro? ¡ERLANTZ ES MIO! Y no voy a dejar que nadie se interponga entre nosotros otra vez.

Veo como su pequeño cuerpo tiembla, es débil y no tiene nada que hacer con él. Erlantz se merece alguien fuerte como yo, alguien que vele por sus sueños y le defienda a capa y espada, como he estado haciendo durante tanto tiempo. Alguien que sea capaz de hacer cualquier cosa por seguir a su

lado demostrando que se merece su amor.

—Joseba, ¿no entiendes que no puedes obligar a alguien a estar contigo? —dice la zorra.

Mi mano se escapa de nuevo y aterriza fuertemente en la cara de esta desgraciada, la agarro del cuello y voy apretando poco a poco, disfrutando del dolor y el pánico que veo en sus ojos según se va quedando sin aire.

—¿No has entendido nada verdad? Yo no obligo a nadie. Lo único que hago es quitar del medio a los que no le dejáis abrir los ojos.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Todo depende de ti y de cómo quieras morir.



CAPÍTULO 21

Erlantz

Mi cabeza no deja de atormentarme, si no la hubiese dejado venir conmigo no tendríamos que estar pasando por toda esta mierda. Le doy vueltas y vueltas sin conseguir recordar en dónde he visto yo la cara de ese maldito hijo de puta, y la cuestión es que esos ojos se me hacen conocidos.

—Vete a casa e intenta descubrir quién es —dice Carlos apoyando amistosamente su mano en mi hombro.

—Lo siento, pero no puedo estar en casa parado, esperando que se me ilumine la mente mientras Dios sabe qué le estará haciendo ese... ¡Ufff! No puedo, lo siento, pero no puedo.

—No hagas tonterías Erlantz, sabes que estás en una situación muy delicada.

—Te juro que en estos momentos, tres cojones me importa lo que pueda pasarme. Ella no tendría que estar atravesando por esto. Llamadme si sabéis algo nuevo.

Sin decir una palabra más, ni tan siquiera despedirme de la pequeña Laura. Giro mis pasos y completamente decidido me dirijo hacia la moto. ¡Necesito encontrarla!

Sentado sobre la preciosa Harley mi cuerpo se estremece. El recuerdo del contacto de su cuerpo contra el mío, sentir sus delicadas y temblorosas manos aferrándose tan fuerte como le era posible a mi cintura; sus preciosas piernas tensas, presionadas contra mis caderas el primer día que se montó en la moto, hace que el mundo se me venga encima. ¡Necesito encontrarla! Necesito sentir de nuevo el tacto de la delicada piel de su muslo mientras reposo mi mano en ella esperando que cambie el semáforo para poder reanudar el camino; sentir como se estremece cuando la adrenalina sube por su cuerpo al sentir que volamos por la carretera hacia ninguna parte. Necesito rozar sus carnosos labios con mis dientes e introducirme en su boca alimentándome poco a poco de su delicioso sabor.

Necesito... ¡Oh, mierda! La necesito a ella.

Sacudo mi mente intentando deshacerme de todos estos pensamientos que me tienen completamente congelado en mitad de la calle, arranco la moto y sin pensarlo dos veces, voy al único lugar en el que estoy seguro encontraré algo de información.

Una pareja casi follando sobre una de las mesas y tres malditos borrachos es lo que encuentro en esteapestoso local que era tan transitado por mi pequeña Ane. Me acerco a los borrachos y la cara de Alberto palidece según se va dando cuenta de que soy yo el que se acerca directamente a él.

—Bueno chicos, tengo que irme —les dice a sus colegas mientras intenta alejarse lo más rápido que su borrachera y sus pies le permiten.

—No tan deprisa. —Cojo su mugrienta camiseta entre mis puños impidiéndole escapar de mí.

—Joder tío... ¿Por qué siempre yo? Tienes más putos borrachos en esta mierda de sitio, pero no. Tú siempre te tienes que fijar en mí.

—Pero eso es porque te aprecio —le digo dándole una palmada en la espalda.

—Sí, ya...

—Bueno, vale ya de tonterías. ¿Quién es y dónde está? —Mi voz sale más brusca de lo que yo quería, pero no importa cuando le veo estremecerse.

—Se más concreto, no sé de quién hablas.

—¡Del maldito hijo de puta que se cargó a mi Ane! —Mis gritos salen descontrolados. Debería saber de quién estoy hablando.

—No sé... —Tiembla.

Hoy no tengo ni pizca de paciencia y mi cuerpo reacciona empotrando a Alberto en la pared más cercana que encuentro. Su respiración se corta y las piernas le empiezan a temblar dentro de sus pantalones. Sus ojos se desvían al suelo intentando ocultar la vergüenza de ser un completo cobarde, pero muy a su pesar eso ya lo sabíamos todos los que estamos en este antro.

—¡Tú sabes perfectamente quien es! ¡Tú me diste su nombre y su dirección! Y ahora me vas a decir todo lo que sepas de ese desgraciado o no serás capaz de salir de aquí andando.

Le grito descontrolado, mi puño se acerca a su rostro intentando intimidarle un poco más, pero el miedo en sus ojos me hace ver que dirá todo lo que sabe. Retiro el puño y me separo un poco de él dándole un mínimo espacio para pensar sus respuestas.

—¿Y bien?

—A ver, ¿estás diciendo que Ane ha sido asesinada? ¿Y que el culpable es Joseba? Aquí todos pensábamos que había sido una sobredosis.

—Me trae sin cuidado lo que tú hayas pensado. —Mis manos se convierten en puños, el dolor que siento al recordar lo que ese hijo de puta le hizo a mi hermana, es algo que no puedo controlar. Los ojos medio cerrados y sin fuerza de Ane cuando la encontramos en esa apestosa cama, su pálida piel cubierta de rojeces provocadas por los terribles pinchazos que ese desgraciado le regalaba y su tímido aliento luchando por no desaparecer en el tiempo, es algo que me atormenta día y noche desde que encontramos su maltratado cuerpo—. Solo quiero que sueltes por tu sucia boca todo lo que sabes.

—Yo... mira no quiero meterme en problemas tío, pero tengo que reconocer que tu hermana molaba y quiero que encierren a ese...

—¡Ya! Alberto te estás enrollando.

—Lo siento, perdona. Él se presentó aquí hace unos meses enseñando una foto de Ane y preguntando si la conocíamos, nadie contestó y entonces él nos dio un teléfono para avisarle si la veíamos.

—¿¿Qué?! —grito completamente frustrado—. ¿Quién fue? ¿Quién le llamo?

Sus ojos se hunden y sus estrechos hombros se encogen dejándome claro que fue él. Él traicionó a mi pequeña. Me incorporo sobre Alberto y vuelvo a empotrarlo contra la pared incapaz de controlarme.

—No... para, por favor... él nos ofreció mucho, tienes que entenderlo... —Las gotas de sudor caen por su frente.

—¿Cuánto? ¿Por cuánto vendiste a mi hermana?

—Erlantz yo...

—¿¿Qué me lo digas?! —

—Quinientos.

—Diste la vida de mi hermana por quinientos míseros euros —El aire deja de entrar en mis pulmones y comienzo a marearme, es inconcebible que mi hermana haya muerto por quinientos putos euros.

—Lo siento, yo no sabía.

—Cállate, solo cállate y dame ese teléfono.

Salgo del bar con un pequeño trozo de papel arrugado en mi puño, con él puedo encontrarla. Tengo que encontrarla.

Mi cuerpo está dolorido como nunca y tengo mucho frío, intento dejar de temblar para demostrar a este pirado que no le tengo miedo, que soy más fuerte de lo que cree, pero mi cuerpo no responde. Me duelen las manos y mis rodillas se niegan a moverse.

Hace un largo rato que se ha ido y no sé cuánto tiempo llevo aquí encerrada. Lo único que sé es que tengo una terrible presión en la vejiga y que necesito orinar. Estas gruesas cadenas atadas a mis muñecas y enrolladas estratégicamente a lo largo de mi cuerpo, no dan la posibilidad de poder moverme y apartar la pequeña ropa interior para intentar hacerlo con la menor humillación posible. Llevo horas aguantando las ganas y en este último minuto me resulta imposible seguir haciéndolo. Las lágrimas caen por mis mejillas al tiempo que voy notando la humedad descendiendo por las piernas. En estos momentos no soy capaz ni de encogerme para simplemente llorar y ocultar la vergüenza.

Cierro los ojos intentando evadirme de este tormento, busco imágenes en mi cabeza que ayuden a mantenerme cuerda y la perfecta sonrisa de Erlantz aparece dejándome respirar por un momento. El recuerdo de sus fuertes manos acariciando mi piel en San Juan de Gaztelugatxe hace que a mi cuerpo regrese un poco de temperatura consiguiendo con ello que deje de temblar, pero a la vez haciéndome ver lo tonta que he sido al no contarle nada. Tenía toda la razón del mundo en enfadarse conmigo y decir todas esas cosas que tan mal me sentaron. Este no es el mundo en el que yo siempre he vivido protegida de todo lo malo que ocurría a mí alrededor. No, no soy una princesa de cuento como él me ha definido, pero tampoco sé nada de la vida que a él le ha tocado vivir.



CAPÍTULO 22

Un fuerte golpe en el portón principal de esta destartada nave hace que regrese a la cruda realidad, y mis ojos enfocan a una tambaleante figura que se acerca hacia mí. No me puedo creer que esté tan borracho que no sea capaz ni de dar dos pasos seguidos. Esto va a dificultar muchísimo las cosas, estoy segura de que en este estado de embriaguez será capaz de hacer cualquier locura.

—Hola, pequeña zorrita, veo que por una vez no te tengo que despertarrrr... además de puta, dorrmmmilonaaa... —dice alargando algunas letras a cuenta de su borrachera—. ¿Sabes? He estado planeando como hacerrrrlo y la única manera que se me ha ocurrido para acerrrrcarrme a él, ha sido en tu funeral.

Su cuerpo se tambalea de un lado al otro mientras intenta escupirme todas esas palabras a la cara, si tan solo tuviese un mínimo resquicio de fuerza, haría lo posible por empujarle. Estoy segura de que no sería capaz de levantarse y yo podría. ¡Mierda! ¿A quién pretendo engañar? Yo no haría nada, no puedo, ya no tengo fuerzas ni para pensar.

—¡Jajaja! Tendrías que verte... tú que ibas tan digna y estirada a su lado, ahora te ves... ¿Cómo lo diría yo? ¿Apestosa? Pareces una furcia de tercera, completamente sucia y apestando a... jajaja. Me encantaría que te pudiera ver en estos momentos, no sería capaz de volver a arrimarse a ti.

—Maldito hijo de puta... ¡Estás loco! —Mi voz sale solo como un simple susurro, pero él consigue oírme.

—¡¡¡NO TENGAS VALOR!!! ¿Me escuchas? —grita apuntándome muy cerca de la cara con su fino y desagradable dedo—. Ni se te ocuuuurraaa volver a retarrrrrme o te aseguro que tu muerte será lenta y dolorosssssssaaa.

La punta de su bota se clava en mis costillas haciéndome retorcer de dolor. “No voy a gritar, no voy a gritar” aunque me muero de dolor, no pienso darle la satisfacción de oírme gritar.

Su cuerpo inundado en alcohol se tambalea y al intentar colocar el pie con el que me ha golpeado en

el suelo, lo único que consigue es tropezar con la gruesa cadena con la que me tiene atada y caer de bruces justo al lado izquierdo de mis doloridas piernas. Miro hacia el penoso cuerpo que está tirado a mi lado y me quedo sorprendida al descubrir que no se mueve, gracias a Dios está inconsciente.

El suave sonido de su teléfono activa mi mente de nuevo. Buscándolo con la mirada por todo su cuerpo sonrió levemente al descubrir que lo tiene en el bolsillo trasero de su pantalón, cierro los ojos e imagino que soy capaz de cogerlo y de poder decirle a quien esté al otro lado que me saque de aquí, pero vuelvo a la tierra recordando que no puedo ni moverme. La llamada se corta y mis ilusiones desaparecen hasta que vuelvo a escuchar el tímido tono de nuevo.

“Tengo que hacerlo, tengo que conseguirlo”. Mi mente se quiebra intentando mover mí agotado cuerpo, sugestionándome e imagino inclinarme en su dirección, pero frustrada por completo descubro que mi cuerpo no se ha movido ni tan solo un milímetro cuando el maldito teléfono ha dejado otra vez de sonar. ¡Mierda! La ira me invade y sin saber cómo ni de donde, saco fuerzas y avanzo hasta que consigo estar tirada sobre su mal oliente cuerpo.

Mis manos tiemblan demasiado por culpa del enorme esfuerzo que he tenido que hacer para conseguir moverlas. Respiro profundamente e intento relajar mi cuerpo para poder centrarme en conseguir el maldito teléfono, cierro los ojos y mis dedos se desplazan perezosos por su bolsillo hasta que por fin al cuarto intento lo logro y las lágrimas vuelven a caer por mis mejillas viendo por fin un poco de luz al final del túnel.

El teléfono vuelve a sonar con insistencia y me retuerzo como malamente puedo para sacarlo de su bolsillo y lograr ver la pequeña pantalla, quedándome sin aliento al descubrir que en ella aparece en grandes letras negras el nombre de Erlantz.

Me duele el pecho al sentir que se ha reído de mí y que he sido traicionada. Esto no puede estar pasándome, yo creía en él.

Mi respiración se va haciendo más lenta y aprieto fuerte el teléfono entre mis manos, mientras dándome cuenta de que esto es demasiado para mí voy desvaneciéndome poco a poco otra vez.

Erlantz

—¿Quieres coger el puto teléfono? —grito desesperado después de intentarlo diez veces.

No sé por qué no coge el maldito teléfono y esto me está sacando de mis casillas, doy vueltas de un lado al otro de la acera intentando descubrir que hacer mientras intento una nueva llamada, pero el mismo resultado hace que un grito de frustración salga de mi garganta. Así que por fin decido llamar a Carlos.

—Carlos, soy Erlantz.

—¿Tienes algo?

—Sí, su teléfono. He llamado más de diez veces, pero nada, no me coge. Si quieres acercarte he decidido ir a comisaría y llevárselo, a ver si ellos pueden localizarlo o algo.

—Muy bien, en diez minutos estoy allí.

No me despido, cuelgo del tirón y me dirijo a la moto muy seguro de lo que tengo que hacer. En otras circunstancias, no me arrimaría a la comisaría, simplemente intentaría solucionar mis propios problemas por mí mismo. Seguiría buscando a ese desgraciado hasta poder partirle en dos y así poder vengar a mi pequeña. Pero ahora no se trata de mí, ahora la vida de la única persona de este mundo que me importa está en juego, y eso es algo que no puedo permitirme.

Si algo le pasa a Alaia, si ese desgraciado la toca. Juro que lo mato...

Aparco la moto en la misma calle de la comisaría y veo junto a la puerta a Carlos y Laura que están esperándome, su semblante es rígido, serio y se les ve agotados. Sé que lo están pasando tan mal como yo, pero el sentimiento de culpabilidad es completamente mío y está acabando conmigo.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Ya sabes quién es? ¿Sabes algo más?

—¿No te parecen demasiadas preguntas a la vez?

—¡Erlantz, vete a la mierda y dime lo que sabes!

—Mira Carlos —Mis manos se agarran con fuerza a su chaqueta y sin poder evitarlo me acerco a su cara intimidante—. No me toques los cojones y date por contento de que te haya avisado...

—¡Papá, Erlantz! ¿Podéis dejar de hacer el idiota? ¡Hemos venido a intentar salvar a Alaia, no a ver quién la tiene más grande! —Nos grita Laura empujándonos a los dos—. Así que si no os importa vamos a lo que hemos venido.

Entra en la comisaría sin mirar atrás y dejándonos con cara de tontos, tengo que reconocer que esta chica tiene las pelotas bien puestas. Suelto la chaqueta de Carlos y cabizbajos entramos tras ella completamente avergonzados.

—Hola buenas, necesitamos hablar con el agente Aarón —La oigo decirle al agente que hay detrás del mostrador.

—Un segundito señorita ahora mismo le aviso, ¿Quién le digo que le busca? —le pregunta con el teléfono ya en la mano.

—Erlantz —contesto rápido antes de que pueda dar su nombre.

Ella me mira con dureza, demostrándome que está enfadada. Pero la verdad es que me la trae al paio, yo soy el que viene a hablar y solo les he llamado por cortesía. Espero que no me sigan tocando la narices o esta cortesía se termina, pero ya.

—¿Habéis descubierto algo? —Nos pregunta Aarón según aparece a nuestro lado.

—Sí, necesito hablar contigo.

—Ok, pasad a mi despacho.

Entramos a su despacho y él nos sigue con una de las sillas que hay en el pasillo entre sus manos, me doy cuenta de que además de la suya en este pequeño espacio solo hay otras dos situadas frente a su mesa. La coloca muy cerca de la suya e invita a Laura a sentarse a su lado. Desde que hemos llegado no ha apartado los ojos de ella y la verdad es que me está tocando las narices. Me importa una mierda que se la quiera tirar, la verdad es que la chica no está mal del todo, pero lo que realmente tiene que hacer este imbécil es centrarse y dejar de babear, que no tenemos tiempo para tonterías.

Metó la mano en el bolsillo y saco un arrugado papel que le extiendo haciéndole perder el contacto visual con Laura.

—¿Qué es esto? —pregunta según alarga la mano para cogerlo.

—Es su teléfono, el del secuestrador.

—¿Ya sabes quién es? ¿Te has acordado de él? —Repite las mismas preguntas que me ha hecho Carlos encendiendo más mi enfado.

—No.

—¿Entonces?

Le cuento lo más rápido que puedo y sin dar ningún tipo de detalles de cómo he conseguido el número; también le explico que lo he marcado un ciento de veces, pero que siempre he tenido la misma respuesta: Ninguna.

—Bien, intentaremos localizar a quien pertenece, pero lo más seguro que sea un teléfono de esos de prepago y sin contrato.

—¿Y no podemos hacer nada más? —grita Laura fuera de sí.

Aarón se gira y la coge suavemente de la mano, su mirada se vuelve tierna al centrarse en sus ojos y se me revuelve el estómago. Carlos carraspea consiguiendo que el maldito agente se vuelva a centrar en su trabajo.

—Intentaremos llamar y localizar su situación, tengo la esperanza de que no haya contestado porque ha conocido el número. Lo más seguro es que si dice que te conoce lo tenga guardado en la memoria de su teléfono.

—¿Y qué hacemos nosotros mientras tanto?

—Mira Erlantz, yo sé que es difícil, pero lo mejor que podéis hacer es ir a casa e intentar descansar.

—¡Y una mierda! No pienso quedarme en casa mientras a ella...

Me callo, no puedo dejar que salgan por mi boca todas las barbaridades que le puede estar haciendo ese desgraciado.

—Lo siento, pero es todo lo que os puedo decir de momento. Si no os importa me gustaría ponerme en marcha con todo esto, así que si se os ocurre algo más no dudéis en llamarme —Y de una forma muy sutil nos echa del despacho.



CAPÍTULO 23

Alaia

Abro los ojos y siento un fuerte dolor de cabeza, ya me estoy cansando de despertarme de esta manera. No recuerdo muy bien cuál ha sido el motivo de mi desvanecimiento este viaje, pero ya estoy harta.

Intento centrarme y miro a mí alrededor. Esta maldita nave está demasiado tranquila, únicamente el horrible y acompasado ruido de la remachadora interrumpe el angustioso silencio. Tengo que hacer algo, no puedo seguir esperando a que ese desgraciado aparezca otra vez y vuelva a maltratar mi desgastado cuerpo. ¡Pero estas cadenas! ¡Estas malditas cadenas!

Un pequeño tirón me sobresalta al notar algo moviéndose despacio debajo de mí. Entro en pánico y no me atrevo ni a mirar. ¡Por favor, por favor Dios, no me hagas esto! Estoy aterrada y paralizada por el miedo, si miro hacia abajo y encuentro una rata. Respiro profundamente para conseguir un mínimo de fuerza y por fin mirar que es lo que hay, el pánico que le tengo a los roedores supera cualquier cosa, pero no tengo otra opción. Giro la cabeza despacio hasta que por fin consigo ver el inconsciente cuerpo de Joseba tirado bajo el mío.

Hago un pequeño esfuerzo y comienzo a recordar como ayer entró aquí, con su enorme borrachera y con sus despreciables palabras, recuerdo su caída y su fuerte golpe en la cabeza después de intentar patearme y por fin, un vacío enorme inunda mi cuerpo al recordar las llamadas.

Nunca había sentido nada parecido, su imagen, el perfecto rostro sonriente, los penetrantes ojos azules, su boca sensual creada por esos tiernos labios, todo él aparece en mi mente. Sus caricias, los susurros rozando esos deliciosos labios en mi cuello, mi piel erizada por el suave contacto, todo. Todo se rompió en pedacitos al recordar la imagen de su nombre en la pantalla del maldito teléfono. ¿Por qué Erlantz? ¿Por qué estás metido en todo esto?

Joseba se vuelve a mover, busco rápidamente el teléfono y lo cojo intentando separarme de su cuerpo, tengo que alejarme de él y conseguir esconderlo para que no sospeche. Estoy segura de que no se acuerda de nada y que cuando despierte no tendrá ni idea de donde lo ha dejado. Retrocedo lo más lejos posible y justo en el momento en el que escondo el teléfono debajo de mis adoloridas nalgas, Joseba abre los ojos y con un gesto de dolor se agarra la cabeza.

—¡Oh Dios, que dolor!

Se incorpora poco a poco y sus ojos se clavan en los míos. Su mirada es retadora y chulesca, pero lo único que hago este viaje es agachar la cabeza evitando que se centre en mí. Quiero que se vaya, necesito todo el tiempo del mundo para poder hacer una llamada ya que por las condiciones en las que me encuentro, será algo complicado.

—Me da igual que agaches la cabeza zorra. Sé perfectamente que te estás riendo de mí, pero no te preocupes... ¡Quien ríe último ríe mejor!

Me da una fuerte patada en las piernas haciéndome retorcer de dolor y siento unas ganas tremendas de volver a llamarle de todo, pero esta vez me muerdo la lengua y le dejo que se vaya arrastrando su penoso ser.

—Vete rezando, cada vez te queda menos... —Increpa según se va alejando.

Mi dedo corazón se levanta a su espalda y una pequeña sonrisa se crea en la comisura de mi boca. “Lo siento, pero no lo puedo resistir, siempre he sido muy impulsiva”. Oigo un gran portazo y sé que por fin estoy completamente sola, aguanto un minuto más y en cuanto el sonido de un coche alejándose de esta zona se deja de oír, comienzo con el duro trabajo.

Las pesadas cadenas van dejando rozaduras, mientras intento girar los brazos hacia delante, están fuertemente atadas, pero de una forma extraña en la que con paciencia y empeño estoy segura de poder hacerlo, la verdad es que estoy extasiada, no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí, lo único que sé es que en ningún momento me ha dado de comer o de beber y por eso mis fuerzas son tan mínimas.

Poco a poco, voy girando mis doloridos brazos, siento como la piel se va rasgando al rozar continuamente las muñecas contra los rugosos eslabones de la cadena. El dolor es indescriptible, con la respiración entrecortada y temblando, desespero y mi cara se inunda de lágrimas al notar que ya no puedo más. Al cabo de lo que parecen ser horas logro ver mis amoratadas y ensangrentadas manos.

Las lágrimas impiden que vea las teclas del teléfono, intento limpiarlas, pero lo único que consigo es arañarme con la cadena.

—¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Joder!!! Por favor, señor. Ayúdame...

Inspiro intentando superar al dolor y me concentro en mover los dedos para poder hacer la llamada que me sacará de aquí. Lentamente logro apretar uno de los botones y mi llanto surge desesperado al descubrir que necesito un patrón para desbloquearlo.

Erlantz

Esto es desesperante, llevo horas subido en mi moto recorriendo las calles y buscando una mínima pista que me lleve hacia ella. Cada vez que giro en una esquina me parece verla, pero no tengo más que parpadear para darme cuenta de que ese pelo rojizo que estoy viendo no flota como el de ella, o esos altos tacones caminando por la acera no andan tan elegantemente como lo hace ella. Creo que estoy desvariando.

No sé, no entiendo como la gente puede sobrevivir a esto. Nunca he estado enamorado y en estos pocos días he descubierto que puede ser lo mejor y lo peor que te puede pasar en esta vida.

Mi corazón se acelera al recordar lo que se siente al rozar su suave piel, mi boca se seca pensando en el dulce sabor de sus labios y el bajo vientre se estremece al revivir la sensación de estar enterrado en ella. ¡Dios, no hay nada que pueda superar esa sensación! Y, sin embargo, este intenso dolor que siento en mi pecho al saber que está en peligro, la sangre envenenada con ansias de matar al hijo de puta que le está haciendo esto y las ganas de morir al pensar que quizás no vuelva a verla. Estas son las dos caras de la moneda y no sé cómo sobrevivir a ellas.

Miro el teléfono una y otra vez, no sé cuántas veces lo he hecho ya, aunque Aarón ha dejado muy claro que ellos se ocupaban, necesito llamar otra vez. Tengo una corazonada.

Alaia

Lo siento, desisto. Hasta aquí he llegado, no puedo seguir luchando en esta guerra que me he encontrado de la noche a la mañana. Ya no quedan lágrimas, ya no siento el dolor en mi cuerpo, simplemente estoy superada y lo único que quiero es que esto termine de una maldita vez.

—¡Ven! ¡¿Me estas oyendo maldito hijo de puta?! —grito desesperada—. ¡¡¡Ven y termina con esto de una maldita vez!!!

Las últimas lágrimas se pasean lentamente por mi mejilla, cierro los ojos habiéndome dado por vencida y los vuelvo a abrir sobresaltada al notar la vibración del teléfono entre mis manos. Miro la pantalla y ver su nombre en ella hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza.

Sin pensarlo dos veces descuelgo, no hablo, solo escucho.

Erlantz

—¡Maldito hijo de puta! ¿Dónde está? ¿Dónde la tienes? No sé quién cojones eres ni por qué nos estás haciendo esto, pero te juro que como le hayas hecho algo te mato. ¿Me oyes? ¡¡¡Te mato!!!

Mis manos aprietan con fuerza el teléfono a cuenta de toda la adrenalina que recorre mi ser en estos momentos. No esperaba que cogiese, simplemente he marcado el número por inercia, por decirme a mí mismo que estoy haciendo algo por ella. Y en cuanto he sentido que descolgaban.

Me callo intentando escuchar una respuesta desde el otro lado de la línea, pero los fuertes latidos de mi corazón no me dejan. Respiro profundamente para relajarme y lo único que escucho al otro lado de la línea es una especie de respiración entre cortada, tan acelerada como la mía. Sé que me está escuchando.

—¿Dónde está? —consigo decir en un susurro—. Dime dónde está y lo olvidaré todo, pero no le hagas daño por favor.

Mi voz ya no sale, solo quiero encontrarla y rodearla con mis brazos. Sentir que está a salvo y que todo esto ha sido una puta pesadilla de la que nos vamos a despertar.

—Erlantz... —Sollozos es lo único que escucho después de que mi corazón reviente al oír su desgarrada voz.

—¿Alaia, eres tú? ¿Dónde estás? ¿Estás bien? —Sé que tengo que callarme, que la tengo que dejar responder. Pero no puedo, las preguntas salen solas de mi boca sin dejarla contestar a ninguna—. Alaia...

—Sí... no... —No puede dejar de sollozar—. Mierda Erlantz, sácame de aquí por favor.

Cojo aire de nuevo llenando mis pulmones, tengo que conseguir relajarme. Si yo no estoy tranquilo ella no lo estará tampoco y no podrá decirme dónde se encuentra.

—Ya está, preciosa, ya estoy aquí y te voy a encontrar —Mi voz es un susurro, necesito que se sienta segura—. ¿Sabes dónde estás?

—Noooo... por favor... Erlantz, no puedo más...

Mi corazón se parte en dos, escuchar lo destrozada que está me está matando, ¡Dios, daría lo que fuese para cambiarme por ella! Lo voy a matar, ya puede rezar para que le encuentre la policía antes que yo, de lo contrario ya se puede ir olvidando de despedirse de los suyos porque no le voy a dar ni tiempo.

—Tranquila, preciosa, no importa, te voy a encontrar de todas formas. Mira a tu alrededor y dime que es lo que ves.

—No veo nada, solo una maldita máquina que no deja de hacer ruido. Es una nave muy grande y vieja... —Sus palabras salen sin fuerza y entrecortadas, no sé cuánto tiempo más podrá seguir aguantando toda esta mierda—. Erlantz...

—Dime, preciosa...

—Tengo miedo, sé que me va a matar... —No sé por qué, pero ha dejado de llorar, aunque su voz sigue siendo débil.

—No cariño, no lo hará porque yo te voy a encontrar, esto ya ha terminado. Te lo prometo.

No puedo evitar que las lágrimas rueden por mis mejillas, me duele el alma de sentirla tan destrozada y no poderla estrechar entre mis brazos. Necesito reconfortarla y hacerla sentir segura a mi lado. Necesito abrazar su cuerpo, acariciar su piel y saborear sus deliciosos labios, necesito su piel en mi piel.

—Preciosa, necesito que te fijas y me digas cuanta batería le queda al teléfono. ¿Me oyes? —Oigo como separa el teléfono de su oreja para comprobarlo.

—Si, tengo un veinte por ciento.

—Ok, vale de acuerdo preciosa. Vamos a hacer una cosa. Yo estoy camino de la comisaría, ellos van a ayudarme a encontrarte, y cuando llegue voy a tener que colgarte para poder explicarles todo sin que te quedes sin batería.

—Nooo... —Solloza.

—No, cariño, no llores por favor. Escucha, serán solo cinco minutos. Te prometo que en cinco minutos te volvemos a llamar. No te pienso dejar sola. ¿Lo entiendes verdad? —Ya en la puerta de la comisaría espero su respuesta, pero lo único que oigo son sus llantos—. Preciosa, ya he llegado.

—Está bien, no tardes por favor... —Apenas percibo su voz, está tan hundida.

—Alaia... —susurro con el teléfono muy pegado a mi cara.

—¿Qué? —responde con un tono mucho más bajo que el mío.

—Te quiero.

No responde, solo la oigo llorar antes de colgar el teléfono.



CAPÍTULO 24

—¡Mierda! —Doy con mi puño en la pared de la comisaría intentando reducir mi frustración.

—¿Necesitas ayuda? He visto a esa pared tumbar a tipos más grandes que tú... —La sonrisa de Aarón es de comprensión. Posa su mano en mi hombro y me acompaña al interior—. ¿Has comido? Yo vengo de comer en el bar de ahí enfrente, no es un cinco estrellas, pero se com...

—Lo siento Aarón —le corto—, pero no tenemos tiempo para esto. He hablado con Alaia y está fatal.

—¿Cómo que has hablado con ella?

—Sí, ya sé que me dijiste que lo dejase, que no lo haría. Pero lo siento, me sentía inútil y necesitaba ayudar. No pensé que me irían a descolgar, pero cuando lo hicieron. Era ella, Aarón, he hablado con ella.

—A ver, relájate. ¿Te ha dicho dónde está?

—No, no lo sabe. Pero eso ya te lo contaré, ahora no hay tiempo. ¡Tenéis que localizar el teléfono! Vamos, rápido, solo le queda un veinte por ciento de batería.

—Pero...

—¡Mierda, Aarón! ¿Me estás escuchando? Está asustada y le he prometido que la llamábamos en cinco minutos.

—Bien, de acuerdo, ven conmigo.

Caminamos por el estrecho pasillo de la comisaría que en estos días tantas veces he visitado, mientras le voy contando rápidamente lo poco que me ha dicho Alaia. Al fondo, tras una estrecha puerta nos encontramos con un enorme agente rodeado de un montón de aparatos electrónicos que nunca había visto.

—Toma, necesitamos localizar este número —le dice acercándole una hoja con un número de teléfono apuntado.

—Ya sabes que sin la orden del sargen...

—¡Me importa una mierda esa orden! Iban, la vida de una mujer depende de esta llamada y no pienso esperar a que aparezca el sargento. ¡Haz la puta llamada!

Alaia

Mi cuerpo tiembla descontrolado por completo desde que he dejado de escuchar la voz de Erlantz, sé que solo han pasado un par de minutos desde que he cortado la llamada, pero parecen horas y cada vez tengo menos fuerzas. Me esfuerzo, Dios sabe que lo hago, pero las horas, el hambre y el frío van haciendo mella en mí y ya no creo que pueda resistir mucho más. Lo único que me ha ayudado a aguantar un poco, ha sido descubrir que Erlantz no tiene nada que ver con todo esto que está pasando, no sé cómo he podido desconfiar de él aun sabiendo que este desgraciado ha sido el que ha convertido la vida de Erlantz en un maldito infierno.

Mi respiración se agita por la ansiedad, los cinco minutos han pasado. Él me ha prometido que en cinco minutos me llamaba. Me duele el pecho y las lagrimas brotan sin control, seis minutos... no puedo dejar de temblar, el dolor del pecho se agudiza y los oídos pitan de una manera extraña. Por favor Erlantz ¿Por qué no me llamas?

Miro la hora de nuevo y no ha cambiado, sin embargo, parece que han pasado horas desde la última vez que he escuchado su voz, desde que en un suave susurro me ha parecido escucharle decir que... el minutero cambia haciéndome salir de mis pensamientos justo cuando la pantalla se ilumina y por fin hay una llamada entrante.

Número privado, es lo que aparece en la pantalla. ¿Y si es él? ¿Y si el cabrón de Joseba está intentando localizar su teléfono llamando desde otro? ¡Mierda! No sé qué hacer, si me descubre esto habrá terminado para siempre. ¿Pero si es Erlantz y no le cojo? No, Erlantz habría llamado desde su teléfono para que yo supiese que es él. Tengo que esperar su llamada, no puedo agotar la batería ni arriesgarme a que me descubra.

La llamada se corta y lo único que se escucha en esta enorme nave son los fuertes latidos de mi corazón acompasados por el horrible ruido de la remachadora. ¿Por qué no la paran? ¡Por favor que alguien pare ese maldito ruido! No puedo más, lo tengo metido de lleno en mi cabeza. Pun Pumpun, Pun Pumpun, Pun Pumpun... el teléfono vuelve a sonar, pero ya todo me da igual, no puedo seguir con esto. No miro ni la pantalla, directamente aprieto su botón verde.

—Hola preciosa...

La perfecta voz de Erlantz hace que mi cuerpo se relaje, estoy en una especie de nube, prácticamente flotando. No siento el peso, ni el dolor, ni el frío. Solo me dejo envolver por su preciosa voz.

—¿Alaia, estás ahí? Por favor preciosa, dime que estás... un simple sí, algo para que yo sepa que eres tú... después no hace falta que sigas hablando, yo te hablaré, pero... dime algo, por favor...

Su voz es apagada, un simple susurro con el que me hace reaccionar. No quiero que sufra, pero es que ya no puedo más. Mis ojos se cierran lentamente, estoy tan cansada...

—Alaia...

Ese susurro otra vez me recuerda que tengo que contestar.

—Sí, yo...

—Está bien preciosa, no te esfuerces. Solo quería saber que eras tú la que estaba ahí. No hace falta que me hables si no quieres, solo necesitamos que no cuelgues el teléfono. ¿De acuerdo?

—Sí —contesto levemente.

—Bien cariño, ya está. Te estamos llamando desde un teléfono de la policía porque así era más fácil poder localizarte. Tú no te preocupes preciosa, ya pronto estaremos allí. —Baja el tono de su voz, y me habla en un suave susurro que prácticamente parece que le tenga pegado a mí—. No sabes las ganas que tengo de poder abrazarte, tengo tantas cosas que decirte... pero lo importante ahora es que ya casi te tenemos y te vas a poner bien. Yo voy a encargarme de que descanses, sabes que eres mi princesa y a las princesas hay que tratarlas como lo que son. Y eso mismo es lo que pienso hacer.

Sus palabras se van metiendo en mí, poco a poco van fortaleciéndome y en lo único que puedo pensar es en la imagen de mi cuerpo rodeado por sus fuertes brazos y de sus labios dándome pequeños besitos, mientras susurra cosas tan maravillosas como lo está haciendo ahora.

—Gracias —consigo decir.

—No mi vida, yo soy el que te tiene que agradecer a ti tantas cosas...

—¡La tenemos! —Se oye una fuerte voz por detrás de la de Erlantz.

—¿Lo has oído preciosa? Ya vamos a por ti. Espera un segundo. ¿No tendré que cortar la llamada verdad? —Le oigo preguntar.

—No, no te preocupes. Te puedes quedar aquí hablando con ella hasta que nosotros lleguemos.

—¿Cómo?! No, de eso nada. Yo voy con vosotros.

—No puedes venir, es peligroso.

—¡Me importa una puta mierda! ¡Yo voy a ir donde ella esté!

—Erlantz he dicho...

—Mira Aarón, no me toques más los cojones estamos perdiendo el tiempo —escucho como se enfada e intento intervenir, pero no me da tiempo.

—Está bien tráete el teléfono, pero no te mueves del coche hasta que la saquemos de allí.

—De acuerdo. ¿Has oído preciosa? Ya vamos de camino.

—¿Cuánto falta? ¿Dónde estoy? —pregunto intentando saber cuánto más durará mi agonía.

Los oigo correr y el fuerte golpe de las puertas al cerrarse. Parece mentira, pero es increíble cómo se agudizan los sentidos en cierto tipo de situaciones. Entre la mezcla de ruidos oigo como Erlantz le pregunta a Aarón cuánto tardarán.

—Entre cinco y diez minutos —le responde.

—¿Lo has escuchado preciosa? En cinco minutos estoy contigo, ya no queda nada. Un último esfuerzo y te tendré entre mis brazos. Ya está preciosa.

—Sí, ya está —respondo lo más convencida que puedo.

—¡Maldita perra desagradecida! Y yo buscando el puto teléfono...

Los rápidos pasos de Joseba se acercan a mí, y una fuerte bofetada me hace voltear la cara. Grito de dolor y los ojos se me inyectan en sangre del odio que le tengo.

—¿Con quién estás hablando? —me pregunta a la vez que coge el teléfono y lo estrella contra el suelo haciéndolo mil pedazos.

—¡¡¡Vete a la puta mierda!!! —le chillo completamente histérica y acto seguido siento una fuerte patada en las costillas que me deja sin respiración.

Su mano agarra mis pelos y tira sin miramientos de ellos arrastrándome por el suelo, arañando mi agotado cuerpo contra el cemento hasta dejarme muy pegada a la maldita máquina. De su espalda saca una pequeña pistola negra y apunta sin ningún tipo de duda a la cabeza.

—Ha llegado tu momento...

Erlantz

Mi corazón se acelera al máximo en cuanto oigo su desagradable voz gritándola.

—¡Maldita perra desagradecida! Y yo buscando el puto teléfono...

—¡No la toques! ¿Me oyes maldito desgraciado? Como se te ocurra ponerle una mano encima te juro

que te mato... —le grito impotente desde el otro lado del teléfono, pero parece ser que no me oye nadie.

—¿Con quién estás hablando? —Es lo último que se oye, a partir de ahí nada. Simplemente silencio.

—¡¡¡Alaia!!! ¡¡¡Alaia!!! —La llamo desesperado, pero es inútil, la línea se ha cortado.

Mi respiración se agita más al notar como Aarón pisa a fondo el acelerador del coche sin necesidad de decirle nada, ha comprendido tan bien como yo que el tiempo se agota y es evidente lo que va a suceder como no lleguemos pronto.

Sus preciosos ojos, su avergonzada y tímida mirada centrada en mis manos, mientras muy lentamente le iba quitando cada prenda que me tapaba su escultural cuerpo, la comisura de su boca subiendo poco a poco para crear una fantástica sonrisa cuando mis dedos acariciaban su piel desnuda y el rubor de sus mejillas al escuchar el susurro de mi boca diciéndole todo lo que tenía intención de hacerle, son imágenes que vienen a mi cabeza y me hacen sonreír. Pero saber lo enfadada que estaba según se bajó de la moto, alejándose de mi sin despedirse, sin tan siquiera echarme una última mirada. ¡No la puede pasar nada! Dios, necesito pedirle perdón y volver a tenerla entre mis brazos, necesito ver su sonrisa de nuevo.

Un fuerte frenazo hace que mi cabeza pegue contra la luna delantera del coche sacándome de mis pensamientos.

—¡No te muevas de aquí! —grita Aarón bajando a toda prisa del coche mientras saca su arma y se dirige corriendo a la gran fábrica abandonada que tenemos frente a nosotros.

—¡Y una mierda! —Contesto saliendo acelerado tras sus pasos.

No pienso quedarme aquí parado mientras Dios sabe qué demonios le estará haciendo ese hijo de puta a Alaia. Necesito cogerla entre mis brazos, asegurarme que está bien, y sé perfectamente que ella también lo va a necesitar.

Los fuertes latidos de mi corazón no me dejan oír nada, pero, aunque estoy aturdido y muerto de miedo sigo los pasos de Aarón lo más rápido que puedo hasta conseguir entrar por la puerta de la gran nave en la que se supone que está ella.

Los cristales, opacos por la cantidad de porquería que tienen no dejan entrar ni una pizca de luz, manteniendo la nave completamente en tinieblas, provocando que choque contra Aarón y haciendo que su pistola apunte justo al centro de mi cabeza.

—¿Estás idiota? ¡He estado a punto de matarte! —dice en un susurro—. Te dije que te quedases en el coche.

—¡Bueno, pues no lo he hecho! ¿Piensas ponerte a discutir o podemos ir a por el hijo de puta?

Aprieta los puños y creo que si no fuese por la oscuridad vería el humo de la mala leche saliendo por sus orejas.

—Quédate siempre detrás de mí, no quiero tener que repetírtelo y... ya hablaremos de esto cuando todo termine.

Asiento con mi cabeza no demasiado convencido, pero no quiero que siga perdiendo el tiempo conmigo mientras Alaia sigue en manos de ese perturbado.

Avanzamos poco a poco por el desigual y destrozado suelo de esta fábrica, la fría oscuridad y el olor a humedad que inunda mi cuerpo me hace darme cuenta de lo que ha tenido que estar pasando Alaia en estos dos días. Su voz desesperada vuelve a mi cabeza recordando la llamada de esta mañana y mis puños se aprietan fuertemente deseando destrozarse la cara del desalmado que es capaz de hacerle esto a un ser tan indefenso como es ella.

Un acompasado golpeteo llega hasta nuestros oídos ocultando lo que parece un pequeño llanto, nuestros pies se siguen arrastrando, intentando hacer el menor ruido posible hasta que por fin, esa desagradable voz llega hasta nosotros.

—¡Arrodíllate puta!

Esa horrible frase hace que mi cuerpo se tense y mi corazón resucite. ¡Sí! ¡Está viva! Hemos llegado a tiempo y no pienso dejar que le pase nada, intento acelerar el paso y un cabreado Aarón me agarra fuerte del cuello de la camiseta.

—¿Estás loco? ¿Quieres que la mate? —susurra completamente enfadado—. ¡Mira!

Aparta su cuerpo dejando un pequeño hueco para que pueda ver lo mismo que él estaba viendo. Mis músculos ya no se pueden tensar más y el aire que entra en mis pulmones es mínimo.

Una destrozada Alaia aparece ante mis ojos cubierta tan solo por su diminuta ropa interior. Su sucio y amoratado cuerpo, los ojos completamente hinchados y el enorme morado de su pómulo demuestran lo que ha sufrido. El dolor en mi pecho se agudiza al ver la pistola apretada en su sien y solo soy consciente de haberme incorporado hacia ellos cuando la mano de Aarón me retiene con fuerza y dice:

—¡No! No te dará tiempo.

—¡He dicho que te arrodilles! —le grita cada vez más nervioso.

—¡Hazlo hijo de puta! Aprieta el gatillo de una puta vez porque no me pienso arrodillar ante ti.

Histérico y con gesto desencajado por la ira agarra su cabello sin miramientos retirando la pistola por un momento de su cabeza y asestándole un fuerte golpe en su delicada cara. Con un rápido movimiento Aarón desaparece de mi lado y un ensordecedor disparo retumba por toda la fábrica.

Con el corazón a cien, corro detrás de Aarón intentando descubrir que es lo que ha pasado, necesito verla. Necesito asegurarme de que ese disparo no la ha tocado, necesito ver a ese desgraciado desangrándose en el suelo y abrazar a mi pequeña.

Mi cuerpo se paraliza ante la imagen que tengo justo frente a mí.

—¡Policía, suelta el arma!

Los ojos de Alaia se cierran dejando caer por sus pómulos enormes lágrimas, está agotada. Completamente destrozada los va abriendo poco a poco hasta que consigue centrar la mirada y su cara se vuelve de terror al verme.

Sus labios se mueven, pero su voz no sale, asustada niega con la cabeza.

—¡No! Escóndete por favor —dice en silencio.

Pero me niego, no pienso esconderme mientras ella está en peligro y se lo hago saber con un rotundo movimiento de cabeza.

—¡Suéltala! —Le repite Aarón.

—¡Nunca! Tiene que morir, no se puede seguir interponiendo.

—Sabes perfectamente que esto ha terminado. Si aprietas ese gatillo morirás antes de saber si lo has logrado o no.

—¿Por qué haces esto? —Le pregunto intentando distraerle de Alaia, quiero que se centre en mí y así darle tiempo al policía a hacer algo.

—Erlantz... ¡¿Has venido?! —Susurra Joseba con lo que parece admiración en su voz.

—¡Claro que he venido! ¿Acaso lo dudabas? ¿Quién eres y por qué haces esto?

—¿Todavía no lo sabes? ¿Todavía no te has dado cuenta después de todo lo que he hecho por ti?

La pistola se aleja de la cabeza de Alaia y se centra en mi cuerpo, apuntándome con manos temblorosas. Me relajo, importa una mierda lo que me pueda pasar. Tan solo el hecho de ver que le ha soltado, que ya ni siquiera la mira, me hace respirar con total normalidad.

—¿¿Quién coño eres?!

No le da tiempo a contestar, las sirenas de los refuerzos inundan de estruendosos ruidos la fábrica, los nervios se apoderan del momento y las pistolas comienzan a dispararse. Dos, tres, cuatro disparos retumban en mis oídos y el aterrador grito de Alaia es lo último que escucho.



CAPÍTULO 25

Alaia

El dolor en mi pecho se agudiza más si cabe al abrir los ojos y encontrarme su desesperada mirada en mis ojos. Él no tenía que estar aquí, se suponía que se tenía que quedar en la comisaria, por lo menos, así sucede en las películas. En estas situaciones no permiten que los civiles se acerquen, es incomprensible que le pongan en peligro de esta manera.

Quiero que se vaya e intento convencerle, si Joseba le ve se centrará en él y esto puede acabar peor. Lo último que quiero es que le pase algo a Erlantz, no podría soportar perderle de esta manera.

—¡No! Escóndete por favor —le digo sin que mi voz se oiga para que Joseba no le vea.

Mis lágrimas se vuelven a acumular en los ojos al ver como niega con su cabeza, sus puños tiemblan por la fuerza con la que los aprieta y no sé si será capaz de seguir manteniéndose en las sombras.

Joseba y el policía se hablan, se gritan, pero la verdad es que no he sido capaz de escuchar lo que se dicen. El dolor en el rostro de Erlantz me tiene hipnotizada y lo único que quiero en estos momentos es abrazarlo para que deje de sufrir. Quiero perderme entre sus brazos y pedirle perdón por haber sido una idiota, si no le hubiese ocultado la nota, si no me hubiese enfadado con él todo esto no habría pasado. Él tenía razón, esto era la vida real y no el cuento de hadas en el que he vivido toda la vida protegida por los brazos de mi familia.

—¿Por qué haces esto? —Le oigo preguntar haciéndome volver al mundo y sacándome de mis pensamientos.

—Erlantz... ¡¿Has venido?!

—¡Claro que he venido! ¿Acaso lo dudabas? ¿Quién eres y por qué haces esto?

La pistola se separa lentamente de mi cabeza, pero en vez de relajarme me tenso más al comprobar que mis temores se han hecho realidad. Con pulso tembloroso apunta hacia el gran y perfecto cuerpo de Erlantz. A partir de ese momento todo sucede tan rápido que cuesta asimilarlo.

Luces y sirenas invaden nuestros sentidos, movimientos rápidos, gente gritando y corriendo. Disparos, un sinfín de disparos y mi garganta desgarrarse en un tremendo grito al ver el cuerpo de Erlantz desplomarse en el suelo.

—Si no eres para mí no serás para nadie... —Es lo último que oigo decir a Joseba antes de caer sangrando y sin fuerzas a mi lado.

Siento una completa flacidez en mí cuerpo, las fuerzas han llegado a su límite, por más que quiero arrastrarme y acortar la distancia entre su inerte cuerpo y el mío, no lo consigo. Intento gritar, decirle a una de tantas personas que están alrededor que me ayuden, que nos acerquen y me dejen disfrutar del contacto con su cuerpo.

Es todo lo que necesito, tocarle, sentir el reconfortante calor de su piel, las suaves yemas de sus fuertes dedos acariciando mi espalda, asegurándome de que todo ha terminado, que ya estamos a salvo. Pero no puedo, lo único que consigo es que las lágrimas sigan cayendo por mi cara y los ojos se nieguen a abrirse por el terrible cansancio.

—¿Cómo está? —pregunta una voz que poco a poco se va haciendo más lejana.

—Se está desmayando, todo esto ha sido demasiado duro. Pero se recuperará —responde una dulce y gruesa voz a la vez que noto sus dedos tomando el pulso de mi cuello.

A partir de ese momento es todo silencio y oscuridad, una relajante paz inunda mi cuerpo y siento que estoy flotando. El dolor ha desaparecido por completo, soy tremendamente feliz dejándome llevar por los mejores momentos de mi vida.

Siento su dedo descender muy despacio por todo el largo del cuello mientras sus dientes se quedan castigando deliciosamente el lóbulo de mi oreja. Su respiración entrecortada me hace jadear deseando su próximo movimiento, y este no se hace esperar. Agarra mi mandíbula mientras que, con la otra mano, enredada por completo en mi cabello tira fuerte de él, haciéndome girar hacia su boca y devorándome a un ritmo abrasador. Gimo en una mezcla de placer y necesidad, muevo mi cuerpo en un intento de satisfacerme con el roce de su dura erección, pero lo único que consigo es acelerar todavía más mi pulso.

—Sí, preciosa... —Jadea entre mis labios—. Me encanta saber que necesitas lo mismo que yo.

Su mano desciende desde mi mandíbula en un tortuoso y lento camino, el roce de esos dedos en mis necesitados pezones, un pequeño pellizco seguido por su lengua abrasadora intentando aplacar el dolor. Me siento ardiendo en el infierno, pero sé que estoy en el cielo.

Continúa el descenso creando un pequeño sendero de placer por donde va acariciando mi cuerpo con su húmeda lengua, sus dedos se entretienen en el elástico de la diminuta tanga partiéndola en dos, con

un seguro y rápido movimiento que hace temblar de anticipación a mi entropierna humedeciéndola por completo. Mis manos se enredan en su pelo haciendo la fuerza suficiente para enterrarle entre mis piernas y la vibración de su pequeña risa me hace jadear de placer.

—¡Ahhh! Erlantz, por favor... yo...ummmn...

Dos dedos asaltan mi cuerpo introduciéndose sin ningún tipo de compasión, dentro, fuera, dentro, fuera. A un ritmo demoledor, se curvan buscando mi punto de placer, mientras una ávida boca succiona mi inflamado clítoris haciendo que todos mis músculos se contraigan anticipando el enorme estallido de mi cuerpo. El cual se convulsiona y la respiración agitada me obliga a abrir los ojos bruscamente dejándome desubicada por completo.

Los cables y agujas de mis brazos, el pitido incesante de las máquinas y el intenso olor a desinfectante hacen que mi corazón se acelere al ver que estoy en un hospital. Pero mi cabeza es bombardeada por una sola pregunta.

—¿Dónde está Erlantz?

Me incorporo desesperada intentando descubrir dónde está, pero el inmenso dolor que cubre mi cuerpo me obliga a retroceder provocando que mis lágrimas caigan por la impotencia.

—¿Estás loca? —dice una voz que yo conozco a la perfección y por supuesto adoro.

Giro mi cabeza hacia el lado del que proviene la voz de mi amiga y me encuentro con los llorosos ojos de Laura. Está demacrada, las ojeras le llegan casi hasta el pómulo y la falta de su habitual maquillaje deja ver que está más pálida de lo habitual.

—Laura... —Extiendo la mano para poder agarrar la suya y apoyarnos mutuamente.

—Alaia... —Acaricia mi cara mientras una lagrima resbala por la suya—. No te muevas cariño, no debes moverte.

—¿Dónde está?

—Escucha cariño, tienes que descansar. Has sufrido un duro golpe y tienes el cuerpo completamente magullado.

—Laura ¡Necesito saber cómo está!

—¡No! Ahora voy a buscar al médico para que sepa que por fin has despertado y vean cómo estás.
—Se encamina hacia la puerta dejándome atrás—. Lo demás puede esperar.

—¡Un momento! ¿Cómo que por fin he despertado? ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Tres días —responde en un susurro y seguido abandona la habitación dejándome con la boca abierta.

Tres días, tres días sin saber cómo ni donde está. Siento como el pulso se me acelera y el pitido de la máquina que tengo a mi lado empieza a ser más fuerte y continuo.

Laura no ha querido decirme nada, no ha querido alterarme y eso solo puede tener un porqué. Está intentando protegerme, no quiere decirme la verdad para que no lo pase mal. Pero si él estuviera bien lo hubiese dicho, si estuviera vivo, me hubiese dicho que no me preocupase, que todo saldrá bien.

O, por favor esto no puede estar pasando. Mi respiración agitada hace que las costillas duelan más y que la maquina pite con más fuerza por la presión que siento en el pecho, pero me da igual, no puedo seguir con esta angustia y poco a poco consigo sacar las piernas de la cama. Necesito saber cómo sea que es lo que está pasando. Necesito que me digan la verdad y me lleven a su lado.

Un hombre de bata blanca —seguido de Laura— entra rápidamente en la habitación justo en el momento que mis pies logran tocar el suelo, ellos impiden que me ponga de pie y me ayudan a recostarme de nuevo.

—¡Señorita Etxebarria, no haga tonterías! ¡Su estado es demasiado delicado como para que se ande levantando y mucho menos si usted se encuentra sola!

—¡Bueno pues ya no estoy sola! —le increpo completamente enfadada, volviendo a destaparme y haciendo un gran esfuerzo para intentar levantarme.

—Alaia, deja que te hagan las pruebas para ver cómo estás y luego ya...

—¡Luego ya qué! —grito a mi amiga con lágrimas en los ojos—. ¿Luego ya me dirás que no está? ¿Qué se ha ido para siempre y que todo esto no ha servido para nada? O simplemente dejareis que pasen los días para decirme que el desgraciado de Joseba lo logró y consiguió separarnos, que su última frase la convirtió en realidad al decir que si no era para él no sería para nadie... ¡Luego ya qué Laura!... ¡Luego ya qué!... —Mi voz termina siendo un suave susurro apenas perceptible.

—No cariño... Yo solo quiero asegurarme de que estás bien. Pero si lo que más te preocupa es eso... —Suspira y su suspiro no me gusta nada, la conozco demasiado bien como para saber que lo que me va a decir no me va a gustar—. Alaia, Erlantz está vivo. —Suspira de nuevo.

—¿Pero? —La miro buscando una respuesta, pero ella lo único que hace es negar con la cabeza.

—No, señorita Etxebarria, usted estaba preocupada por si le ocultábamos que el Señor López hubiese fallecido y su amiga ya le ha dicho que no, que está vivo. Así que ahora me va a dejar hacer mi trabajo y nos vamos a asegurar de que todo está bien.

Aparta a Laura suavemente y con manos delicadas comienza a hacerme un exhaustivo chequeo en el que los minutos parecen horas. Su cara de conformidad va relajando el rostro de mi amiga, pero no se dan cuenta de que todo esto a mí me da igual. Lo único que quiero es que me digan lo que le pasa a Erlantz y que me lleven a su lado.

—Muy bien señorita, a pesar de sus varios traumatismos y sus dos costillas rotas se encuentra usted en perfecto estado. El scanner que le hicimos al ver que no despertaba está perfecto, así que la única causa de su inconsciencia ha sido el estrés. Según veamos cómo evolucionan los traumatismos decidiremos cuando darle el alta. Ahora lo único que tiene que hacer es descansar.

Tras desenchufarme de las ruidosas maquinas a las que estoy conectada desaparece de la habitación

sin decir nada más, dejándome con la mirada clavada en mi amiga mientras espero una respuesta.

Erlantz

Una brillante y poderosa luz me rodea, es increíble como a pesar de ser tan potente hace que me sienta completamente relajado y en una paz que hace muchísimo tiempo que no encontraba.

Oigo voces lejanas que me llaman, no sé por qué, pero lo único que me dicen es que no me vaya, que me quede con ellos. A mí no me importa, solo quiero seguir a esta luz que tanta paz transmite.

El dolor de mi pecho ha desaparecido, el peso que llevaba mi alma ya no existe y la tristeza que habitaba en mis ojos se ha evaporado. No entiendo nada, pero quiero que esta paz no acabe nunca.

Un bombardeo de imágenes pasa por mi cabeza, recuerdos maravillosos de mi familia. Días felices jugando con mi padre, tirándonos bolas de nieve cuando yo no contaba más que con dos añitos, la felicidad en mis ojos de niño al ver por primera vez a mi pequeña Ane y la promesa a mi madre de que siempre sería un buen hermano y cuidaría de ella pasase lo que pasase.

Mi cuerpo se mueve, prácticamente floto en el aire mientras unas fuertes manos presionan mi pecho a la vez que esa lejana voz sigue insistiendo en que me quede, que no me vaya. No sé a dónde voy, ni en donde me tengo que quedar, lo único que sé es que ahora mismo me encuentro en un lugar especial del que no quiero moverme.

La preciosa sonrisa de Ane me hace volver a mi submundo, sus caricias a lo largo de los años, sus delicados brazos intentando rodear mi cuerpo. El viaje a París los cuatro juntos, por fin vuelvo a ser feliz. Veo sus caras sonrientes disfrutando del gran amor que nos teníamos, disfrutando de la gran felicidad que se nos truncó el día que los perdí.

Mis padres sonríen al fondo de la fantástica luz, extienden sus manos intentando abrazarme y me quiero ir. Me quiero ir con ellos, los hecho tanto de menos que veo mi cuerpo avanzar y rozar con la punta de mis dedos el precioso rostro de mi madre, del que hace tanto que no puedo disfrutar.

—Erlantz no has terminado, yo todavía estoy aquí.

Miro hacia atrás y el recuerdo de mi Ane extiende los brazos separándome de mis padres.

—Dijiste que me cuidarías.

—Lo intenté mi niña... te juro que lo intenté...

Y a pesar de la paz en la que me encuentro las imágenes del dolor de Ane se acumulan en mi cabeza,

pero esta vez es un dolor efímero porque sé que a pesar de todo ella se encuentra bien. Ahora ella es feliz, sé que ha dejado de sufrir. Sus días perdidos, su alma rota, su cuerpo desnudo sobre las sabanas del primero que le ofreciese volar y las agujas clavadas en su piel para olvidar, han desaparecido; todo eso ha desaparecido creando una felicidad infinita en su rostro mientras la veo rodearse por los brazos de mi padre.

Yo también quiero esa felicidad, poco a poco me voy arrimando a ellos. Sus brazos rodean mi cuerpo y en estos momentos creo ser el hombre más feliz del mundo. Agarrados de las manos seguimos la luz, esa luz que ha cambiado nuestras vidas.

Mi cuerpo se vuelve a mover y siento golpes de presión sobre el pecho, las voces lejanas se repiten. “No, otra vez no muchacho, no te vayas”.

Un último recuerdo invade mi mente y mi cuerpo se frena en seco. No tengo muy claro que es, pero me retiene fuertemente. Una imagen, un precioso rostro que me observa con sus ojos del color de la miel. Unos ojos que me hacen vibrar y a los que creo no poder abandonar.

—Esperar, no puedo... algo me falta...

—No te preocupes —dice mi padre con una gran sonrisa en su rostro—. Vive tus recuerdos.

Me vuelvo a alejar de ellos intentando descubrir qué es eso tan importante que me retiene, pero no lo consigo y simplemente espero a que ese recuerdo llegue.



CAPÍTULO 26

Alaia

Mis ojos se clavan en los preciosos ojos de Laura, la siento nerviosa. Sabe perfectamente que es lo que va a pasar ahora, pero, aunque no me guste verla así, saber cómo está Erlantz es mucho más importante.

—¿Y bien? —pregunto con una leve sonrisa que me ha costado la vida conseguir, pero es que no quiero que lo pase mal.

—Pues eso, ya has oído al doctor. Tienes que descansar. —Se gira un tanto nerviosa dándome la espalda y dirigiéndose a la puerta. Se quiere ir y la verdad es que la entiendo.

—¡Muy bien! Tú misma —digo mientras vuelvo a quitar las sabanas de mi cuerpo.

—¿A dónde te crees que vas?

—Pues a buscarle por mí misma. Solo hay dos opciones: Que me ayudes y consigas una silla de ruedas para llevarme hasta él, o que lo haga por mi cuenta. Pero quiero que te quede claro que sea como sea voy a encontrarlo.

—Alaia, el médico...

—El médico me ha dicho que estoy perfectamente, que lo único que tengo que hacer es descansar. Y no encuentro mejor manera de descansar que estando a su lado y comprobando como está.

Sus ojos me miran enfadados, pero sé que la he convencido. Laura tiene un corazón de oro y no es capaz de obligarme a que me quede en la cama.

—Está bien, espérame aquí. —Sus ojos se iluminan y por fin veo una pequeña sonrisa en su cara.

Unos minutos más tarde aparece con mi ansiada silla de ruedas y tras unos momentos de dolor en los que me cuesta la vida salir de la cama, nos dirigimos en busca de Erlantz. Salimos del ascensor dos pisos más arriba y mi corazón se va acelerando al saber que cada vez estoy más cerca.

El número de habitación es 517, paramos frente a ella, sé que detrás de esta puerta cerrada se encuentra él. Laura suelta la silla y se agacha a mi lado mirándome nerviosa directamente a los ojos.

—Antes de entrar tienes que saber algo... —Asiento, no soy capaz de decir nada—. Él sufrió un disparo en el pecho. —Ella suspira intentando encontrar la forma de darme las noticias y yo comienzo a temblar convulsivamente—. Pero, tienes que saber que eso no es el problema, ya que consiguieron sacar la bala. El problema es que, al caer, su cabeza golpeó fuertemente contra el cemento. —Vuelve a detenerse y las lágrimas caen por mi cara, por más que intento controlarme no lo consigo—. Le han tenido que operar dos veces y las dos veces casi lo pierden, por fin han conseguido estabilizarlo, pero no están seguros de que se vuelva a despertar.

Seco mi cara como puedo e inspirando profundamente decido que ya ha llegado la hora. Él está ahí y me necesita.

—Ábreme la puerta por favor.

—¿Estás segura? Puedes dejarlo para cuando estés más fuerte.

—Abre la puerta por favor —repito convencida de lo que estoy haciendo.

Se incorpora y sin decirme nada más, abre la puerta dejándome el hueco suficiente para que pueda pasar con la silla.

Es una habitación amplia ocupada solo por su cama, el pequeño armario y un par de sillas típicas de hospital. Avanzo despacio, estoy muerta de miedo, pero necesito hacerlo. Sé perfectamente que me necesita y en estos momentos eso puede más que todos mis miedos. Giro la silla en su dirección y se me parte el alma.

La venda en su cabeza, el tubo en la boca y su cuerpo inerte, son tres de los motivos por los que en estos momentos mi mundo está a punto de partirse en mil pedazos. Cojo con fuerza su mano y lo único que puedo hacer es llorar.

Es increíble como las pequeñas cosas que nos suceden, cosas que pasan desapercibidas en el día a día puedan convertirse en algo esencial en nuestras vidas. Un simple roce o una discreta mirada a la que por lo general no le prestamos atención, pueden llegar a ser completamente necesarias para el simple hecho de poder seguir respirando. Y eso, es exactamente lo que me está sucediendo desde hace cuatro días.

El pecho me oprime y el simple gesto de respirar se hace imposible, el sentimiento de culpa alojado continuamente en mi cabeza y la necesidad de volver a ver esos preciosos ojos abiertos hacen que me quiera bajar de este mundo y no volver a subirme si no es con él.

Los minutos se convierten en horas, las horas en días y los días... Los días son el mayor tormento que me va desgastando poco a poco. Laura me dice que me tengo que mover, que ya llevo cuatro días aquí encerrada sin separarme de su lado. Insiste continuamente en que dé pequeños paseos a su lado, quiere sacarme de su habitación, quiere que vea la luz del día y que sienta el frescor de la brisa en mi rostro. Pero yo, la única luz que quiero ver es la luz de sus ojos y el único aire que quiero sentir es el de su aliento rozando mi boca. Quiere que siga hacia delante, pero ¿Cómo se puede seguir hacia delante si tu corazón ha dejado de latir?

—Hola preciosa.

La voz de Laura me saca de mi ensoñación, levanto la cabeza que ya ha encontrado un sitio fijo sobre el hombro de Erlantz y sin soltar su mano giro hacia mi amiga.

—Hola cariño. —Sonrío, pero soy consciente de que la sonrisa no llega hasta mis ojos.

—¿Cómo está? ¿Algún cambio?

—No, lo de siempre... —Suspiro y mi mano acaricia delicadamente su rostro—. Parece tan tranquilo...

—Alaia, te he traído algo de ropa para que podamos salir un poco a la ca...

—No.

—Pero es que...

—¡No sigas insistiendo! Te he dicho ya un ciento de veces que no me pienso mover de su lado. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si despierta y yo no estoy aquí? Lo siento, pero todo esto ha sido culpa mía y no me voy a arriesgar de nuevo.

—¡Ya estoy harta! ¡Estás diciendo tonterías, sabes perfectamente que tú no tienes culpa de nada y que no te puedes quedar aquí para siempre! ¡Si ni siquiera le conoces, Joder!

La puerta de la habitación se abre interrumpiendo nuestra discusión y tras ella aparece el oficial que lleva el caso, no recuerdo muy bien, pero me parece que se llamaba Aarón. Sus ojos se iluminan al ver a Laura, pero cuando me mira su rostro se vuelve serio de nuevo.

—¿Qué está pasando? Se os oye discutir desde el pasillo.

—¡Díselo Aarón, dile que no puede hipotecar su vida, que necesita salir de aquí! —Su voz es desesperada, pero sinceramente no me importa. No le voy a abandonar, él tampoco lo hizo.

—Si te vas a poner de su parte —digo con la voz más fría que ha salido nunca de mi cuerpo—, os agradecería que os marchaseis los dos.

Los ojos de Laura se cierran y por su mejilla desciende una pequeña lágrima, sé que la he hecho daño, pero en estos momentos mi prioridad es Erlantz y veo que ella no lo entiende.

—Está bien, pero no esperes que vuelva. Porque el único motivo que tendría para volver sería para abrirte los ojos y sacarte de aquí.

—Entonces prefiero que no vuelvas...

Su cuerpo se tensa, sin decir una palabra más se gira y abandona la habitación. Aarón me mira con los puños completamente apretados y en sus ojos veo un pequeño toque de ira. Su dedo índice se levanta apuntando en mi dirección.

—¡No te voy a permitir que la vuelvas...! —Pasa las manos nerviosas por su pelo haciéndome ver lo ofuscado que está—. Mierda, Alaia... Te estás equivocando, a ella la has tenido, la tienes y la tendrás siempre ahí, pero a Erlantz... ¿Te has parado a pensar que igual no se despierta?

—¡No vuelvas a decir eso nunca más! ¡¿Me oyes?! ¡Ni se te ocurra, él sí va a despertar y os dará una patada en el culo a todos por querer separarme de él! ¡Vete, aquí no pintas nada!

El portazo me hace estremecer y mi cuerpo tiembla de impotencia, no sé qué les ha pasado hoy, no sé por qué me hablan así. Pero están completamente equivocados, sé que va a despertar, tiene que hacerlo.

Me acerco de nuevo a su cama y mi cuerpo se acopla a él como los cuatro últimos días, cierro los ojos y vuelvo a soñar que vuelo a gran velocidad agarrada a su cintura y a acelerando su preciosa Harley.



CAPÍTULO 27

Erlantz

Pequeños destellos ocupan mi mente, esos preciosos ojos aparecen una vez más en mi recuerdo y me esfuerzo por descubrir a quién pertenecen. Necesito saber cuál es mi camino, a dónde tengo que dirigirme.

Sé que mi familia me espera, pero esos ojos hacen que continúe flotando y tiran con fuerza de mí, quieren separarme de esta inmensa paz que me rodea. Quieren llevarme a su territorio y no estoy muy seguro, pero hay algo dentro de mí que me dice que no los debo abandonar, así que decido seguirlos y ver qué es lo que tienen que mostrarme.

Las manos de mi familia sueltan las mías dejándome atrás, mientras siguen su camino. Me miran, los veo alejarse, pero la felicidad no se borra de sus caras.

—Quédate y se feliz —dice mi madre mientras esa maravillosa luz que ha estado rodeándonos se apaga lentamente hasta convertirse en una un poco más tenue y tímida. Tras ella aparece un delicado y precioso rostro sonriente, rodeado de un rojizo y esponjoso cabello que la hace parecer un verdadero ángel. Y en ese momento siento como el corazón vuelve a latirme al recordar su nombre, su cara, su tacto. Sí, ahora estoy seguro. Alaia está aquí y con ella es con quien me tengo que quedar.

“Sí chaval, bien hecho”. Me animan unas voces lejanas, son las mismas voces que decían que no me fuera. “Lo tenemos, lo ha conseguido”. Suenan alegres y eso hace que mi corazón tenga más fuerza, siempre es reconfortante saber que le importas a alguien. Me apetece levantarme y abrazarles, siento tanta felicidad como ellos, pero la verdad es que en estos momentos no tengo fuerzas para hacerlo. Lo único que quiero es dormir así que poco a poco me dejo abrazar por los brazos de Morfeo y llevo conmigo la imagen de mi preciosa Alaia.

Unas pequeñas caricias sobre mi mano hacen que mi cuerpo comience a despertar, quiero moverme, abrir los ojos y ver a quién pertenece esa delicada mano, pero estoy tan aletargado que soy incapaz y mi cuerpo vuelve a dormirse.

Un susurro y unas cosquillitas en el lóbulo de mi oreja. “No importa cuando despiertes, yo seguiré aquí” Intento abrir los ojos, pero no puedo, pesan demasiado. Inspiro con impotencia y su perfume me inunda. ¡Si! Es ella. Quiero abrazarla, rozar sus labios y decirle que ya he vuelto y no me pienso volver a marchar; pero la oscuridad me rodea de nuevo y vuelvo a dormirme.

Los gritos alrededor me sacan del pequeño trance en el que me encuentro, no sé qué es lo que pasa, pero alguien solloza mientras una voz femenina increpa demasiado enfadada.

—¡Ya estoy harta! ¡Estás diciendo tonterías, sabes perfectamente que tú no tienes culpa de nada y que no te puedes quedar aquí eternamente! ¡Si ni siquiera le conoces, Joder!

¿Pero qué es lo que pasa? ¿Con quién habla? ¿De quién hablan? Mi corazón se acelera al intentar abrir los ojos y no lograrlo. ¡Mierda! ¡Esto es una puta mierda! ¡Quiero saber qué es lo que está pasando!

—¿Qué está pasando? Se os oye discutir desde el pasillo.

Bien, alguien que quiere saber lo mismo que yo. Fuerzo mi cabeza y encuentro el recuerdo de esa voz, es Aarón, el agente de policía que me estaba ayudando a busca a... ¡Alaia! Dios mío, las imágenes inundan mi cabeza. Alaia secuestrada, su teléfono, su pendiente, Joseba, la nave, su cuerpo amoratado, la pistola... Quiero saber dónde está, necesito saber si está bien. ¡Oh por favor! Alaia.

—¡Díselo Aarón, dile que no puede hipotecar su vida, que necesita salir de aquí!

—Si te vas a poner de su parte, os agradecería que os marchaseis los dos.

Y mi corazón tiembla al escuchar su voz, nunca la he escuchado tan fría y apagada, pero sé perfectamente que es ella. Necesito tocarla, rodearla con mis brazos y verla sonreír de nuevo. Mis ojos vuelven a pesar demasiado, pero esta vez no les pienso dejar ganar la batalla. Reúno las pocas fuerzas que tengo y me concentro de nuevo en la conversación, necesito saber qué es lo que está pasando.

—Está bien, pero no esperes que vuelva. Porque el único motivo que tendría para volver sería para abrirte los ojos y sacarte de aquí.

—Entonces prefiero que no vuelvas...

¿Por qué la habla así, no se da cuenta de que lo que necesita es un abrazo? Obligo a mi cuerpo a moverse, pero lo único que consigo es apretar levemente las sabanas que se encuentran bajo mi cuerpo.

—¡No te voy a permitir que la vuelvas! Mierda Alaia... te estás equivocando, a ella la has tenido, la tienes y la tendrás siempre ahí, pero a Erlantz... ¿Te has parado a pensar que igual no se despierta?

—¡No vuelvas a decir eso nunca más! ¡¿Me oyes?! ¡Ni se te ocurra, él sí va a despertar y os dará una

patada en el culo a todos por querer separarme de él! ¡Vete, aquí no pintas nada!

Sigo sin entender la extraña conversación que han tenido, y lo peor es que estaban hablando de mí. ¿Qué a lo mejor no despierto? ¡Pero de qué mierda me tengo que despertar, si yo estoy completamente despierto! ¿Pero no se dan cuenta? Estoy empezando a pensar que están todos como verdaderas cabras.

Los sollozos de Alaia me vuelven de nuevo a la tierra, si ella supiese lo que daría por poder consolarla, meterla entre mi brazos y susurrarle todas las palabras que pasan ahora mismo por mi mente. ¿Cómo le explicas a alguien que lo que sientes por ella en tu corazón no es amor? ¿Cómo le dices que no existe la palabra que lo defina porque la palabra amor se me ha quedado pequeña?

Su mano acaricia la mía haciendo pequeños círculos sobre la palma, creando una electricidad que poco a poco va recorriendo todo mi cuerpo. Su cabeza se apoya sobre mi hombro y mi pecho se ensancha de satisfacción. No hay nada en este mundo como sentir el contacto de mi pequeña. Quisiera poder despertar así cada mañana, con su delicado aliento rozando mi cuello y el delicioso olor de su cabello envolviéndome por completo. Eso sí que sería alcanzar la felicidad, una felicidad que durante tantos años se me ha negado.

Mis ojos comienzan a abrirse poco a poco, la tenue luz de la habitación hace el trabajo un poco más fácil al no hacerme demasiado daño y muy despacito consigo enfocar la vista.

Una habitación sencilla, de colores claros, un pequeño armario y dos butacones me indican que estamos en un hospital. Pero sinceramente en estos momentos eso es lo que menos me interesa, giro mi mirada buscando su cuerpo y ver su precioso pelo rojo me hace volver a la vida por completo. Despacio consigo levantar mi mano y acaricio suavemente su mejilla borrando el resto de sus lágrimas y haciéndola abrir los ojos sobresaltada.

Su mirada se clava en la mía y me regala la sonrisa más bonita del mundo.

—Gracias. —Es lo único que puedo decir antes de que asalte mi boca con sus deliciosos labios.

Alaia

Mi cuerpo se estremece y mi piel se eriza por completo al notar el simple roce de sus dedos en la mejilla, no me lo puedo creer. Giro con lentitud la cabeza con un miedo terrible a que todo haya sido producto de mi imaginación, pero por fin, encuentro esos maravillosos ojos mirándome desconcertados.

Mis lágrimas continúan cayendo, desbordándose mientras mi garganta se niega a hablar. Soy incapaz de decir una sola palabra.

—Gracias —dice con una voz tan rasposa que casi no se entiende.

Pero yo no puedo resistirme y me lanzo como loca a por sus deliciosos labios. Ha sido demasiado lo que hemos pasado en estos días, el verle desvalido, sin conocimiento, el no saber si iba a volver a despertar y pensar que ya no le tendría a mi lado nunca más ha estado a punto de volverme loca.

Un inapreciable quejido por su parte hace que me separe de su cuerpo y me sienta un poco culpable por no haber pensado en sus heridas. La comisura de su boca se eleva regalándome entre gestos de dolor una pequeña sonrisa, mientras vuelve a pasar lentamente sus largos dedos por mi mejilla.

—No llores preciosa, tú y yo podemos con esto y con más.

—¿Cómo estás? —susurro, pues mi voz no quiere salir.

—Ahora que te tengo entre mis brazos, mucho mejor.

—Erlantz yo... lo siento, ha sido todo culpa mía. Tenía que haberte escuchado, pero siempre he sido muy cabezona y ahora por no hacerte caso casi te pier...

Posa con cariño su mano en mi boca, evitando que termine la frase con la que tan aceleradamente intento disculparme. Con esfuerzo vuelve a sonreír y veo como se le cierran los ojos por su estado de agotamiento.

—Voy a buscar a un médico, tienen que saber que te has despertado.

—¡No! Espera por favor... —Me detengo insegura, es importante que le vean—. Dame dos minutos, déjame abrazarte dos minutos más por favor...

Sus pucheritos me hacen sonreír y me abrazo muy despacito a él, intentando no hacerle daño en sus delicadas heridas. Le daré dos minutos o la vida entera, lo que él prefiera.

Su mano acaricia mi espalda haciendo que mi cuerpo poco a poco se vaya relajando, sus labios dan pequeños besitos en mi sien y siento como va apretándome hacia su pecho haciéndome sentir hasta el fuerte latido de su corazón.

—No sabes lo mal que lo he pasado —dice con un pequeño susurro y acercándose todavía más a su cuerpo—. Cuando no te encontré y me di cuenta de lo que podía estar pasando. Pensé que te tenía ese hijo de puta y que te podía hacer cualquier cosa. Creí que te había perdido.

Enterrando la nariz entre mi pelo, inhala profundamente intentando retener el llanto. Pero es imposible, demasiadas emociones en muy poco tiempo. Acaricio su vientre y voy girando poco a poco para poder ver de nuevo sus ojos, pero aparta la mirada avergonzado por sus lágrimas.

—Iré a buscar al médico, necesitas descansar.

No contesta, esta vez solo asiente y yo me marcho intentando darle su espacio. Un pequeño tiempo de intimidad en el que pueda desahogarse y aclarar un poco toda la información que de repente ha saturado su cabeza. Y eso que aún no lo sabe todo.

Con paso acelerado recorro parte del solitario pasillo en busca de un médico, pero al pasar junto a

una de las salas de espera el llanto de una mujer llama mi atención y me paro en seco. Entro algo avergonzada sabiendo perfectamente a quien pertenece y sin pensarlo dos veces, rodeo su cintura con mis temblorosos brazos y me aprieto contra su espalda sin poder evitar llorar con ella.

—No te enfades. Por favor, perdóname, pero es que... —No puedo seguir, Laura es demasiado importante para mí.

Se gira y me abraza tan fuerte como puede, enterrando su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Lo siento cariño, yo te entiendo, pero... —Inspira para poder continuar—. Te quiero demasiado, y ver cómo te vas apagando poco a poco...

—Se ha despertado.

—¿Qué? —Separa su cuerpo del mío y me mira con los ojos tan abiertos que parece se le podrían salir de su bonita cara.

—Erlantz se ha despertado. —Sonrío, sonrío como hacía días que no era capaz de hacer y el rostro de mi amiga se ilumina al ver mi felicidad.



CAPÍTULO 28

Dos semanas han pasado desde que por fin Erlantz ha abierto los ojos iluminando de nuevo mi vida con su tierna mirada, han sido días largos en los que nos han hecho cientos de pruebas, volviéndonos locos mientras nos llevaban de un lugar a otro y negándonos el alta hasta que no se han cerciorado de que estaba todo perfecto. He pasado todas las horas del mundo sentada junto a él, disfrutando de su compañía y escuchando las pequeñas historias de su vida que ha querido compartir conmigo, hasta que por fin los médicos han dicho que mis costillas están prácticamente soldadas y solo queda un pequeño color amarillento en el sitio donde antes se encontraban los horribles moratones. Así que por fin hoy es el día en el que podré recoger mis cosas y descansar en mi camita. Mañana después de las últimas pruebas, dejarán que me lleve a este pedazo de cabezón, ha sido increíble lo que me ha costado convencerle para que pase unos días conmigo en mi casa. Y si, ya sé que es muy precipitado, pero él todavía necesita cuidados y yo necesito tenerle cerca.

Tengo miedo, cierro los ojos y todas esas malditas imágenes inundan mi cabeza haciéndome temblar, sé que no debería de ser así ya que me consta que Joseba sigue recuperándose en alguna habitación bien custodiada de otro hospital y ya no podrá hacerme daño, pero las continuas pesadillas que han impedido que concilie el sueño todas estas noches, hacen que me tiemble el pulso con la simple idea de volver a mi vida normal.

—¿Qué te pasa preciosa? Estás demasiado tensa. —Intento mantener el pulso firme para que no note nada al agarrar mi mano, pero no lo consigo.

—No sé, será la emoción de volver a la vida real.

—Alaia...

—¿Qué?

—No tienes por qué irte, te puedes quedar aquí conmigo hasta mañana. —Niego con la cabeza.

—Estaré bien, lo prometo.

Resopla ofuscado, sabe que tengo que hacerlo, que no puedo esconderme para siempre bajo mis miedos. Si no lo hago ahora no sé cuándo lo lograré.

—Dile a Laura que duerma contigo.

—¡No! Ya lo hemos hablado, necesito ir a mi casa y rehacer mi vida.

—¡No tienes porque hacerlo sola, yo estoy aquí, joder! Espérame, iremos juntos.

—Lo siento Erlantz, pero es algo que debo hacer.

—Ven aquí. —Me rodea con sus brazos y por un momento siento que estoy en el cielo. Esto es lo que necesito, esto es lo que quiero, pero tengo que ser fuerte y pensar que solo es una noche—. Prométeme que me llamarás.

—Lo prometo.

—Alaia, mírame a los ojos y prométeme que vas a llamar a cualquier hora si me necesitas. —Agarra mi barbilla y levanta mi cabeza haciéndome mirar a sus preciosos ojos azules.

—Lo pro-me-to —le voy diciendo mientras me voy acercando despacito a su boca. Muerdo su labio inferior y el jadeo que sale de su garganta hace que todo mi cuerpo se estremezca de excitación—. Tengo que irme cielo, Laura me espera en el coche. Mañana a primera hora vendré a por ti. —Y con un tímido beso me despido.

La noche se hace eterna y las imágenes de Joseba golpeando mi cuerpo aparecen como fogonazos en mi cabeza. El frío metal de la pistola apoyada con fuerza en mi sien, el dolor en mis maltrechas costillas mientras me daba las fuertes patadas y mi pelo arrancado tras ser arrastrada por el duro cemento, son una pequeña parte de las imágenes que me han hecho estremecer esta noche. Cientos de veces he tenido el teléfono en la mano con la intención de llamarle, con la necesidad de escuchar su voz y sentirme un poco tranquila, sin embargo, la razón ha vuelto a mi cabeza y no lo he hecho. Erlantz necesita descansar y soy consciente de que lo único que hubiese logrado es agobiarle con mis miedos. Pero gracias a Dios, el sol comienza a despertar y la mañana se ilumina poco a poco dándome la mayor de las disculpas para poder abandonar mi suplicio.

—¡Lo prometiste! —me increpa súper enfadado según entro por la puerta de su habitación.

Está perfectamente vestido y aunque en estas semanas ha perdido un poco de peso, sigue teniendo un cuerpo espectacular en el que pierdo la mirada y no me doy cuenta de que se ha acercado a mí hasta que siento sus dedos levantando mi barbilla.

—¡Dios, Alaia! Pero mírate, no has dormido nada en toda la noche.

—¡Muchas gracias, tú también estás muy guapo! —Sonrío intentando demostrar que estoy bien.

—A mí no me hace gracia, me lo prometiste.

—Está bien, lo siento. Pero es que no quería molestarte, tú necesitas descansar y lo único que hubiese hecho es agobiarle e impedir que durmieras a gusto.

—¿Y tú te crees que he dormido algo sin tener noticias tuyas?

—Lo siento —repito acariciando su cara en un vano intento de tranquilizarle.

—¡A la mierda! —Coge su bolsa y tirando de mi mano nos saca de la habitación—. Nos vamos.

—¿Pero ya te han dado el alta? —Intento retenerle.

—No, y me importa una mierda. Necesitas dormir y es lo que vas a hacer ahora mismo.

—No puedes...

—¡Ya vas a ver si puedo o no! Vámonos.

Las enfermeras nos miran extrañadas sin entender lo que pasa, saben que el médico todavía no ha firmado el alta. Pero con la cara de enfado que lleva, ninguna se atreve a decirle nada, aunque a mí se me vea una radiante sonrisa.

—Las llaves —pide extendiendo la mano cuando llegamos al aparcamiento.

—Pero...

—Las llaves.

Su gesto es duro e intimidante, sin embargo, a mí se me amplía todavía más la sonrisa mientras obedezco y le doy las llaves, la verdad es que no lo puedo evitar. “Se pone tan sexi que me encanta”.

El pequeño trayecto hasta mi casa lo realizamos en completo silencio, él con la mirada fija en el camino y yo sin poder apartar la mía de su relajado, pero serio rostro. El camino se hace corto y me sorprende al ver que ya estamos en mi calle, aparcando justo delante de mi portal.

—Te dije que te había buscado por todas partes —dice mientras una pequeña sonrisa brota en su cara.

Sin ninguna explicación más, salimos del coche y agarra de nuevo mi mano dirigiéndonos hacia el portal. No me mira, solo tira de mí haciéndome subir las escaleras prácticamente corriendo y parándome en seco delante de mi puerta. Su rostro vuelve a estar serio y la verdad es que no llego a comprender porque está tan enfadado, ya le he pedido perdón y le he explicado que no he llamado por no molestarle. Es algo comprensible y no creo que sea para tanto.

Su actitud me está empezando a molestar así que abro la puerta, ya sin apenas poder sonreír. Con gesto serio me hago a un lado para que pueda pasar, pero él empuja con prisa mi cuerpo hacia dentro, cierra de golpe y sin darme tiempo a encender las luces me empotra contra la pared y hunde su boca en la mía haciéndome ver las estrellas. Sus manos descienden lentamente por mis brazos erizando mi piel y al entrelazar sus dedos con los míos levanta nuestras manos sobre mi cabeza sujetando las mías con una de las suyas, mientras la otra atormenta mi cuerpo en su descenso.

—No sabes la noche que me has hecho pasar —susurra dejando pequeños mordisquitos sobre el lóbulo de la oreja—. Toda la noche esperando tu llamada sin saber cómo estabas.

Su mano derecha continúa deslizándose por mi cuerpo, deshaciéndose poco a poco de los botones que va encontrando en el camino, con la boca sigue el rastro de sus dedos saboreando cada pedazo de piel que queda al descubierto, haciéndome necesitar más, mucho más.

Rodeo su cintura con mis piernas provocando que su dura erección presione mí excitado clítoris y muevo mi cuerpo buscando un poco de alivio. Poco a poco mis prendas van cayendo y rodeando nuestros agitados cuerpos, aislándonos del resto del mundo.

—Toda la noche sin dormir, imaginando tu cuerpo desnudo sobre las frías sabanas de tu cama.

—Yo... Mmmnn...

Tiemblo de nuevo al sentir el roce de sus dientes sobre mi duro pezón, su ávida lengua me lame aliviando el excitante dolor y provocando que me humedezca por completo para él. Me muero de deseo mientras su mano sigue descendiendo de una manera tortuosa, acariciando mi cuerpo y empachándose de él.

Baja mis pies al suelo liberando su cuerpo; arrodillándose ante mí, se deshace de las dos únicas prendas que me quedan.

—No puedes imaginar cómo he deseado esto, cómo te he echado de menos.

Enredo mis manos en su pelo intentando mantener el equilibrio que mis piernas de gelatina comienzan a perder, su boca repasa los pequeños lunares de mi piel pasando de uno a otro sin separarse de mi cuerpo, lamiendo todos y cada uno de mis poros. Haciendo que su tacto me pierda en el tiempo y que lo desee cada vez más.

Poco a poco comienza un tortuoso ascenso en el que mágicamente su ropa desaparece, su piel, como cálida seda rodea mi cuerpo y su lengua se enreda con la mía haciéndome degustar el placer de los dioses. ¡Dios, creo que he muerto y estoy en el cielo!

De un único envite me llena haciendo que mi respiración se corte por completo y que de lo más profundo de mi garganta brote un escandaloso gemido de placer.

—¡¡¡Dios!!! ¡¡¡Sí!!! No sabes cuánto te necesitaba.

Su ritmo es lento, una deliciosa tortura de la que no quiero escapar. Sale por completo y vuelve a llenarme empujándome contra la pared. Una vez más, y otra, y otra, acelerando su ritmo y devorando mí boca con pasión hasta que nuestros cuerpos se convierten en uno solo y estallamos en un perfecto orgasmo con el que nuestro epicentro se derrumba y el mundo vuelve a desaparecer.

Sus brazos rodean mi cuerpo de una forma tan delicada que creo flotar y apoyada en el hueco de su cuello me dejo llevar. Acomodados en el sofá, la cálida manta nos acoge entregándonos por completo a los dulces brazos de Morfeo.

Los días pasan tranquilos, poco a poco vamos recuperando fuerzas en la paz de mi hogar, llevamos cinco días sin salir de aquí, trasladándonos de la cama al sofá y del sofá a la cama sin nada mejor que hacer que cuidarnos mutuamente y disfrutar de los mimos y caricias más reconfortantes del

mundo.

La mágica voz de Adele desgañitándose en mi teléfono rompe el maravilloso momento, froto mis dormidos ojos intentando centrarme y al fijarme en el reloj que hay sobre el mueble del salón me doy cuenta de que ya son las tres de la tarde. Miro la pantalla y un número desconocido parpadea incesantemente.

—¿Sí? —Erlantz me mira curioso intentando descubrir quién nos ha despertado—. Ah, hola Aarón. Sí, está aquí conmigo. —Mi cuerpo se paraliza por completo, Aarón continúa hablando y yo no puedo creer lo que estoy oyendo...



CAPÍTULO 29

Erlantz

Veo como Alaia va palideciendo poco a poco hasta que se desploma y cae de rodillas al suelo a la vez que las lágrimas inundan su cara. No tengo ni la más mínima idea de con quién está hablando, pero lo que está claro es que las noticias no son nada buenas. Me levanto rápido del sofá en el que tan felices estábamos hasta hace un momento y voy hacia ella, arrodillándome a su lado sujeto su barbilla y la hago mirarme a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

Sus brazos me rodean, hundiendo la cabeza en mi pecho llora como si no lo hubiera hecho nunca, su cuerpo tiembla y yo estoy completamente desconcertado. No sé qué es lo que está pasando, pero ha tenido que ser algo muy gordo viendo en la situación en la que se encuentra.

—Ya mi amor, tranquilízate.

Acaricio su mejilla intentando reconfortarla, pero es inútil. Ella no es capaz de articular palabra, y yo cada vez estoy más nervioso. Necesito saber que sucede, qué es eso que le está haciendo sufrir de esta manera. No soporto verla así, hemos pasado demasiado durante las últimas semanas y ahora lo único que necesitamos es descansar e intentar olvidarlo todo.

—Por favor cariño, necesito saber que está pasando —Agarro su barbilla y elevándola hago que me mire, limpio sus mejillas con mis pulgares y centro la mirada en sus preciosos ojos.

—Era Aarón —Mi corazón se para en ese mismo instante al ver el miedo en sus ojos. Llena sus pulmones de aire y con un susurro continúa—. Hace una hora Joseba ha matado al policía que vigilaba su puerta y ha escapado.

Me quedo estático, mi cuerpo es incapaz de reaccionar a semejante noticia. No me puedo creer que volvamos a estar como al principio, en peligro y sin saber quién coño es este maniaco que se ha obsesionado conmigo.

—No te preocupes preciosa, te juro que esta vez no le dejaré que te haga daño, no me pienso separar de tu lado. Estarás a salvo, lo prometo.

La acerco a mi cuerpo y acaricio con cariño su precioso pelo rojizo haciendo todo lo posible por tranquilizarla. Cierro los ojos y las imágenes de Alaia encadenada y completamente maltratada bombardean mi cabeza haciendo que esta vez el que tiemble sea yo.

—Tenemos que ir a la comisaria, Aarón quiere hablar con nosotros.

—Está bien preciosa —La beso y me levanto del suelo sujetando sus manos para ayudarla a ella, vuelvo a rodearla con mis brazos y se me parte el alma al sentir como es incapaz de controlar el temblor de su cuerpo. Todo esto es culpa mía y no me lo perdonaré si algo malo vuelve a sucederle.

No tardamos demasiado en llegar, el pequeño recorrido en moto nos ha dado un poco de tiempo para medio poner nuestros pensamientos en orden y darle alguna que otra vuelta a la cabeza mientras nuestros cuerpos no han perdido en ningún momento el contacto que en estos momentos necesito de ella.

—Hola chicos —saluda Aarón según entramos en la comisaría—. Seguidme, necesitamos hablar.

Sus ojos nos estudian intentando descubrir nuestro estado de ánimo, y cuando se fija en Alaia suspira y acaricia su espalda en un intento de tranquilizarla. Mis manos se convierten en puños de forma automática y sin pensarlo dos veces la acerco a mi cuerpo rodeándola con mis brazos. No quiero que la toque.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —exijo sin pensármelo dos veces según nos vamos sentando en las sillas de la fría sala.

—No estamos seguros, pero aproveché las horas en las que solo tenía un vigilante. El agente que le custodiaba era totalmente experimentado y no entendemos como Joseba fue capaz de hacerse con su arma. Lo que está claro es que le hemos subestimado y es bastante más listo de lo que creíamos.

—¿Y qué es lo que va a pasar ahora? ¿Nadie lo vio salir? —pregunta Alaia con voz temblorosa y sin poder dejar de llorar.

Mis manos aprietan las suyas. Quiero tranquilizarla, demostrarle que estoy a su lado y que nada le va a volver a pasar.

—No te preocupes Alaia, no dejaremos que se acerque a vosotros. Os asignaré dos agentes que os tendrán vigilados las veinticuatro horas del día.

—¡Yo no quiero niñeras, no es a mi a quien tienen que vigilar!

—Lo sé, pero hasta que le encontremos es la única manera de teneros a salvo.

—¡No! —grito ofuscado—. Yo cuidaré de ella. A esos dos agentes únelos al grupo que le está buscando, seguro que les hará más falta.

—Erlantz por favor... —Esta vez son sus manos las que aprietan las mías.

Miro a sus ojos y la ira hace que me levante de golpe dándoles la espalda a los dos. Lo siento, pero no soporto verla sufrir de esta manera. Está aterrorizada y eso hace que mi corazón se resquebraje, sobre todo al ser consciente de que todo esto es culpa mía.

—Lo siento cariño, pero es que no me fio —la digo volviendo a ponerme a su lado—. Yo puedo protegerte, te aseguro que no te tocará. Antes tendrá que matarme.

Noto su suave mano acariciando mi espalda, trata de relajarme con su contacto y me odio por no ser yo el que la tranquiliza a ella. Me giro y al mirarla directamente descubro que el miedo de sus ojos ha sido sustituido por una simple suplica. Las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas y aunque estemos delante de Aarón no me puedo resistir a tomarla entre mis brazos.

—Eso es precisamente lo que no quiero.

—No te preocupes, todo saldrá bien —susurro apoyando mi frente en la suya.

—Por favor, deja que lo hagan. Deja que nos protejan. Tú no has estado con él, no sabes de lo que es capaz ni lo obsesionado que está. Hay cosas que todavía no sabes y que me da demasiado miedo contarte, pero... —Mi cuerpo se tensa al imaginar todo lo que ese desgraciado ha podido hacerle.

—¡Que! ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha tocado? ¡¡¡Maldito hijo de puta!!! Te juro que lo mataré.

—No, Erlantz. —Sus manos sujetan mis mejillas obligándome a mirarla a los ojos—. No es lo que piensas, ojalá fuese eso...

—¿Cómo puedes decir que ojalá fuese eso? ¿Qué puede ser peor que ese desgraciado te haya podido ultrajar de alguna manera?

—Erlantz escucha necesitamos contarte algo.

La voz de Aarón hace que quite la mirada de mi preciosa Alaia, no sé qué es lo que está pasando ni lo que me tienen que contar. Pero esto cada vez me gusta menos y siento como mi corazón comienza a acelerar su ritmo, no soporto que me miren con compasión y esto es precisamente lo que está sucediendo. Alaia acaricia mis manos intentando que esta vez sea yo quien se relaje y veo como coge aire antes de comenzar a hablar.

—Lo siento Erlantz, no sabes cómo lo siento. —Me centro en sus ojos tratando de no alterarme más al ver la compasión en ellos e intentando descubrir que es lo que está pasando.

—Alaia, ¿qué pasa?

Estoy simplemente aterrada, y no me refiero solo al hecho de que Joseba haya desaparecido y en estos momentos estemos de nuevo en peligro. Lo que tengo que contarle a Erlantz me está matando por dentro, no soporto la idea de hacerle más daño del que ha sufrido durante años. Estas últimas semanas han sido especialmente duras y no estoy muy segura de que su mente pueda soportar más, pero por mucho que duela, tengo que hacerlo.

Preferiría no tener que decirle nada, poder irnos a mi casa seguidos de los agentes que velaran por nuestra seguridad y acurrucarme entre sus brazos hasta que toda esta maldita pesadilla llegase a su fin, pero creo que, aunque le duela, tiene todo el derecho del mundo a saber la verdad. Si yo estuviese en su lugar, me gustaría saberlo y no sé si sería capaz de perdonarme si llega a enterarse de que le habían ocultado algo así.

Aprieto sus manos dándome fuerza a mí misma y vuelvo a suspirar antes de comenzar a contarle todo. Miro sus ojos y sé que no puedo retrasar más este momento.

—En el tiempo que pasé encerrada en esa nave, hubo momentos en los que me encontraba sola, pero en los ratos que Joseba pasaba por allí, no se dedicaba en exclusiva a maltratarme físicamente.

—¿Qué quieres decir? —me interroga con una voz tan fría como el hielo.

—Pues que había veces que llegaba a mi lado con ganas de hablar y contarme cosas que yo hubiese preferido no escuchar. Algunas de las cosas con las que me martirizaba era la manera en la que trató a Ane, todo lo que le hizo y por qué. Se regocijaba en sí mismo, disfrutaba cada palabra.

Paro un instante para poder coger un poco de aire y comprobar que Erlantz lo está llevando bien, sus ojos me miran inexpresivos, tratando de ocultar sus sentimientos, pero sus manos tiemblan intentando contener su ira.

—¿Por qué lo hizo? ¿Qué tenía contra Ane? —Su voz quebrada eriza mi piel.

—Erlantz, intenta recordar. Tienes que saber quién es —le dice Aarón sin intervenir más en la conversación.

—Me dijo, que todo lo hacía por ti. Que hacía muchos años que estaba enamorado de ti y Ane siempre se metía en medio, que no podías verle porque ella te seducía deseosa de meterse en tu cama. Después aparecí yo y él me vio como otro obstáculo en su camino, gritaba que era otra zorra más y que lo único que quería de ti era lo mismo que todas. Estaba completamente decidido a terminar conmigo —Cojo aire y continuo—. Decía que si me comportaba y no le daba demasiada guerra —trago saliva—, sería piadoso conmigo y lo haría de una forma rápida e indolora.

—¡Lo mataré! Juro por Dios que como sea yo el que lo encuentre.

—Uno de los viajes, estaba tan cabreado que...

—Déjalo Alaia... —Sus lágrimas descienden rápidas, enseñándome la imagen de un Erlantz

completamente destrozado y destrozándome a mí más de lo que ya estoy—. No quiero saber más...

Sin pensármelo dos veces me lanzo a su cuello y le abrazo con toda la fuerza de la que soy capaz, me siento impotente, pero mi corazón se reafirma un poco al sentir sus fuertes brazos rodear mi cuerpo y ver que soy capaz de darle un pequeño consuelo.

—Lo siento —dice tan bajo que casi no le oigo—. No tenías que haber pasado por nada de esto. Ha sido todo culpa mía, yo era el que tenía que haber estado allí.

—No, tú no sabías que esto pasaría. Si ni siquiera sabes quién es...

—Chicos, ir a casa y descansad. No os preocupéis de nada, os mantendré informados de todo lo que averigüemos.

Asiento de una manera casi inapreciable y tiro con seguridad de la mano de Erlantz, él me sigue cabizbajo y con la mirada perdida por completo. Tenía claro que le iba a afectar, pero no pensé que hasta este punto. Y lo peor es que no lo sabe todo, solo me ha dado opción de contarle algo de lo que él ya tenía una pequeña idea y le ha superado. No sé cómo reaccionará el día que se entere del resto.

—¿Estás bien? Si quieres podemos dejar aquí la moto e ir dando un paseo. Nos sentará bien.

No contesta, solo me resguarda entre sus brazos y caminamos despacio hacia la casa.

Joseba

Miro mi cuerpo en el espejo sorprendido que después de todo lo que he pasado la desmejora haya sido mínima. Unas cuantas negruras y un disparo en la pierna no van a poder conmigo.

Ese idiota policía ha sido demasiado fácil para mí, lo único que he tenido que hacer ha sido observar y estudiar sus movimientos durante unos días. ¡Jajaja! ¿Cuándo se darán cuenta que los humanos somos animales de costumbres? Tres días, solo he necesitado tres días para ver que siempre se quedaba solo a la misma hora y que aprovechaba ese momento para llamar a su estúpida mujer. ¿Serán huevones? Algún día verán que son todas iguales, unas malditas zorras que lo único que quieren de ellos es su dinero y lo que tienen entre sus piernas. Pero bueno, ese ingenuo ya no tendrá opción de descubrirlo.

No me bastaron más que cinco minutos detrás de la puerta esperando el momento adecuado, hasta que justo en el mismo momento en el que se giró a discutir con su zorrilla. “PLAS”... Codazo en su sien y dos segundos después ya tenía su arma en mi poder.

Es increíble la sensación de la adrenalina corriendo por tu cuerpo, la satisfacción del poder que se siente al ver sus ojos aterrados con la seguridad de que va a morir. Y luego... BANG. Tu cuerpo se siente en una nube, es el sumun del poder.

Espero ansioso el día de poder sentir esa misma satisfacción viendo de nuevo el terror en esos ojos color miel que tanto aborrezco, esos ojos que se empeñan en robar lo que es mío. Sí, este viaje has salido ganadora. Disfruta pequeña zorra, disfruta de lo poco que te queda. Porque ya sé dónde vives e iré a por ti.



CAPÍTULO 30

Alaia

Los días siguen pasando y nuestras heridas cicatrizan lentamente, es increíble cómo nos hemos amoldado el uno al otro creando una perfecta convivencia. No hay nada que disfrute más que ese momento de intimidad en el que me ocupo de curar con cuidado los últimos resquicios de su herida de bala. “Bueno, sí tengo que ser sincera, si hay algo que me guste más que eso, pero no creo que haga falta decir de que se trata, ¿verdad?” Poder ocuparme de él y cuidar su perfecto cuerpo de Adonis me encanta y hace que por unos minutos pueda borrar de mi cabeza la situación en la que nos encontramos. Tenerle a mi lado noche tras noche, acariciando mi mejilla y rodeándome con sus fuertes brazos ha hecho que mis pesadillas se conviertan en la mitad y por fin pueda descansar un poco.

Mis costillas están prácticamente curadas y ya lo tengo todo preparado puesto que mañana me darán el alta definitiva, en un par de días me incorporo al trabajo. Creo que me han asignado un par de casos nuevos, pero aun así he decidido que no voy a desvincularme del caso de Erlantz. Estoy decidida a ayudar a Carlos en todo lo que pueda, es una gran oportunidad para mí poder trabajar a su lado, aunque no tendremos que hacer demasiado ya que después de todos los acontecimientos está claro que es inocente.

Un leve movimiento a mi derecha hace que vuelva a la tierra dejando mis pensamientos apartados, el perfecto cuerpo que trastea por la cocina llama mi atención por completo haciendo que mis ojos brillen de deseo. Es increíble como mi corazón comienza a palpar de una forma incontrolada y mis dedos se estiran por la simple necesidad de tocarlo. Sentir el suave tacto de su piel, la dureza de sus músculos y el calor de su cuerpo se ha convertido en una droga, una excitante y deliciosa droga.

Mis ojos descienden por su desnudo torso entreteniéndose descarada en esas perfectas y delineadas

abdominales que me vuelven loca, mi boca se seca y siento la necesidad de lamer mis labios al continuar el descenso por su cuerpo y encontrarme con el pecado hecho realidad en esa masculina uve que me indica el camino al paraíso. Los oscuros vaqueros caídos en sus caderas gracias al descarado botón desabrochado, me hacen sumergirme en un erótico sueño al descubrir que esa es la única prenda que cubre su delicioso cuerpo. Y de mi garganta, inconscientemente sale un desesperado gemido.

—¿Disfrutando de las vistas?

Su voz hace que la piel se me erice y escuchar esa frase que tantas veces he leído en los libros, que las mejillas se me sonrojen. Me ha pillado en plena degustación y lo único que soy capaz de hacer en estos momentos es avergonzarme, bajando mis ojos para no descubrir más mi estado de excitación.

—Ey nena... ¿Qué pasa?

Siento su cuerpo acercarse lentamente, mi piel se eriza todavía más al notar el roce de sus dedos bajo mi barbilla. Trago saliva intentando pasar el nudo de mi garganta y voy levantando mi cabeza muy despacito disfrutando de nuevo de las vistas hasta que me encuentro con dos preciosos mares que son sus ojos.

—Nunca te avergüences de mirarme, te prometo que no hay cosa que me caliente más que ver tu mirada disfrutando por mi cuerpo —Se acerca colocando su mano tras mi nuca, haciendo pequeños círculos en ella y consiguiendo que mis piernas se conviertan en gelatina—. Erizar tu piel y notar como tu respiración se va haciendo más pesada, hace que la polla me quiera reventar entre los pantalones. —susurra haciendo que su cálido aliento vaya acariciando la piel de mi cuello mientras va ascendiendo por él muy, muy despacio. —Saber que soy capaz de crear las mismas sensaciones que tú creas en mí, es algo que me vuelve completamente loco.

Sus dientes muerden mi labio inferior obligándome a abrir la boca en busca de un mínimo fragmento de oxígeno, y tras acariciarlo delicadamente con su dulce y descarada lengua devora mi boca como si no hubiese un mañana.

Sus manos descienden descaradas por la espalda hasta quedar ancladas en mi culo, presiona haciendo que nuestros cuerpos queden tan pegados que es imposible ignorar su enorme erección en la parte baja de mi estómago. Y provocando que de la garganta salga de nuevo un desesperado gemido que no puedo controlar.

—¿Ves lo que provocas tú en mí? Y te aseguro que es así desde que despierto hasta que me duermo. ¿Qué digo? Si hasta en mis sueños apareces y sigo estando duro.

El sonido del teléfono rompe nuestro momento poniéndome tensa por completo. Desde que Aarón nos llamó contándonos lo que había sucedido con Joseba es algo que no puedo evitar y cada vez que suena, mi cuerpo se bloquea impidiéndome hacer ningún movimiento hasta que su estridente sonido cesa.

Erlantz consciente de ello acaricia mi cara y con un delicado beso se aleja de mí para poder responder.

—¿Sí? —Un silencio y mi pulso se acelera—. Hola, ¿qué tal? Sí, mejor gracias. —Le miro intensamente, como si así fuese capaz de atravesar el teléfono y descubrir quién es y lo que quiere—. Ok, no te preocupes allí estaremos. —Y sin una palabra más cuelga el teléfono.

Un pequeño dolor en el pecho me recuerda que debo de volver a respirar, y poco a poco voy cogiendo ese aire tan necesario, mientras miro ansiosa a Erlantz deseando descubrir quién era.

—Erlantz ¿Quién...?

—Alaia, tienes que relajarte. No te puedes poner así cada vez que suena el teléfono.

—¿Qué te crees que a mí me gusta? ¿Qué es algo que yo busco? —le grito desquiciada porque aún no me ha desvelado lo que le han dicho por teléfono.

—Relájate...

—¡No me digas que me relaje, joder! ¡Dime quien era y que quería y ya está! Pero no me digas que me relaje.

Aprieto los puños impotente e intentando disimular el temblor de mis manos. Es increíble lo que ese desgraciado ha hecho conmigo, alterando mi vida hasta el punto de acabar de los nervios por una simple llamada.

Su mano se alarga hacia mí intentando acariciar mi rostro, pero me retiro con un gesto brusco, no quiero que me tranquilice. Solo quiero que conteste para poder salir de esta maldita agonía.

—Alaia...

—¡Dímelo!

—No hasta que te tranquilices.

—¡Vete a la mierda! —le vuelvo a gritar mientras me doy la vuelta y con un fuerte portazo entro en la habitación.

Doy vueltas sin poder controlarme, esto está superándome por momentos y soy consciente de que no puedo seguir así. Lo tengo que arreglar, siempre he sido una persona muy cabal que no ha dejado que las cosas le afecten de esta manera, aunque sé que lo que he estado pasando estas semanas es algo que afectaría a cualquiera, tengo que ser fuerte y solucionarlo.

Erlantz

El cuerpo me pide que la siga, que traspase esa puerta que ha puesto por medio, la estreche entre mis brazos y no la suelte hasta que se relaje. Ver su precioso cuerpo temblando y esos maravillosos ojos

que me hipnotizan tan aterrados, me mata poco a poco. Daría mi vida, haría lo que fuese por poder borrar de su cabeza todos esos horribles recuerdos que se han creado por mi maldita culpa. Si tan solo no me hubiese acercado a ella, si nunca la hubiese dejado ser mi abogada o simplemente no la hubiese involucrado en mi vida pidiéndole ayuda para buscar a Ane, todo esto no estaría pasando y ella seguiría siendo una inocente y preciosa abogada recién salida de su cuento de princesas.

Diez minutos, lo siento, pero es todo lo que aguanto. Toco despacito con mis nudillos en la puerta y espero un momento, no estoy muy seguro de su estado de ánimo, aunque espero que se haya tranquilizado un poco.

—Alaia, ¿puedo entrar?

Espero una respuesta, pero al no obtenerla abro la puerta intentando no hacer demasiado ruido por si está dormida. La verdad es que lo necesita, todo esto está siendo demasiado duro para ella y no descansa lo que su cuerpo necesita. Entro despacio mirando hacia la cama buscando ese precioso cuerpo de piernas largas tan fascinante, pero me extraño al no verla tumbada. Dirijo la mirada hacia el cuarto de baño, pero la puerta abierta y la luz apagada hacen que mi cuerpo se tense no entendiendo nada.

¿Cómo es posible que no esté? No lo entiendo, si ha entrado delante de mis narices. Busco por la habitación intentando descubrir algo, pero la verdad es que no estoy seguro de lo que busco. Todo esto es surrealista pienso que estoy volviéndome majara hasta que me fijo bien y encima de la almohada encuentro una pequeña nota.

“Querido Erlantz, sé que no lo vas a entender y por eso lo he hecho de esta manera. Necesito superar todo esto, arreglarlo para que todo vuelva a ser como antes. No soporto vivir insegura y aterrada, lo siento, pero es algo que me supera ya que mi padre antes de morir me enseñó que la vida hay que vivirla de cara y no agachar la cabeza ante las adversidades.

No te preocupes por mí, aunque no lo creas no he salido de un cuento de princesas como tú decías y soy mucho más fuerte de lo que crees. Por favor, confía en mí y déjame hacer esto a mi manera. No soportaría que nada te ocurriese.

Te quiero.”

Mierda, mierda, mierda. Esto no puede estar pasando. ¿Pero se ha vuelto loca? Una pequeña ráfaga de aire mueve las cortinas descubriéndome por donde ha salido esta maldita loca. No solo se está jugando la vida metiéndose en la boca del lobo, sino que encima se le ha ocurrido la brillante idea de salir por la ventana. “Espero que no le pase nada porque en cuanto la encuentre, quiero ser yo mismo el que tenga la satisfacción de matarla con mis propias manos.”

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a Aarón, tenemos que darnos prisa, no podemos permitir que encuentre a Joseba. O lo que es peor, que él la encuentre a ella.

—Dime Erlantz —contesta directamente al segundo tono.

—¿Tenéis algo?

—Aún no, ¿Ha pasado algo?

—Alaia se ha ido —le respondo con un enorme nudo en la garganta.

—¿Cómo que se ha ido? ¿De qué estás hablando?

—Ha dejado una nota diciendo que no podía soportarlo más y que necesitaba solucionarlo a su manera. Ha ido a buscarle, Aarón, ha ido a buscarle y si la encuentra esta vez no correrá la misma suerte. La matará directamente para que no se le vuelva a escapar como la otra vez.

De mi garganta ya no sale más que un leve susurro, la vida se desvanece poco a poco ante mis ojos y yo no me había dado cuenta de todo esto hasta ahora mismo. Cada vez que toco algo lo destruyo, cada vez que alguien está en mi vida desaparece. Y lo peor es que lo hace de una manera cruel y dolorosa.

Recuerdo que cuando iba a primaria tenía una amiga especial, no nos separábamos nunca. Éramos como uña y carne, todos los compañeros decían que éramos novios, y nada más lejos de la realidad. Simplemente éramos los mejores amigos del mundo, prácticamente almas gemelas. Hasta que un horrible día, yo no pude ir con ella al patio, estaba castigado en el aula y ella decidió esperarme en los columpios. Al parecer, cuando estaba en lo más alto, uno de nuestros compañeros se tropezó y la empujó sin querer. Su pequeña cabecita quedó aplastada contra el duro cemento del suelo. No me dejaron despedirme de ella. Andrea fue mi primera gran pérdida. Dios, como odié a ese niño que me arrebató lo que yo más quería.

—Erlantz ¿Me has escuchado? —dice Aarón sacándome de mi ensoñación—. Necesito saber hace cuanto tiempo que se ha marchado.

—No lo sé, pero no más de diez minutos.

—Está bien, no te preocupes la encontraremos. Tú no te muevas de allí por si regresa.

—Sabes que no lo haré, no pienso quedarme aquí sin hacer nada.

—¡Erlantz! —me grita con soberbia, intentando imponerse ante mí. Pero lo siento, esta es mi guerra y esta vez no pienso permitir que me arrebaten a lo que más quiero.

No le contesto, cuelgo el teléfono y salgo de casa decidido a encontrarla.

Estoy desesperado, mi cabeza no hace más que dar vueltas y no sé por dónde empezar a buscarla. No tengo ni idea de a donde ha podido ir, ni dónde piensa ella que le puede encontrar. Estoy seguro de que no lo hará porque todo esto no tiene nada que ver con su vida y no sabrá por cuales zonas se suele mover este tipo de gentuza o a que personas preguntar. Lo que más me preocupa es que él la

encuentre al ella, que se la vuelva a llevar. Como le he dicho a Aarón, me da miedo que esta vez no pierda el tiempo entreteniéndose en su venganza y se deshaga de ella según la encuentre, sin darnos una mínima oportunidad de rescatarla y de matarlo con mis propias manos dura y lentamente. ¡Maldito hijo de puta! Me da miedo que acabe de un golpe con su vida, que me quite la felicidad que empezaba a rozar con la punta de mis temblorosos dedos.

Cojo la moto y comienzo a dar vueltas por la ciudad, el primer sitio que me viene a la cabeza es ese maldito edificio en el que todo comenzó. Pero no lo tengo muy claro porque la última vez que pasamos cerca, ella estaba aterrorizada. No creo, o mejor dicho, espero que no se haya atrevido a acercarse por allí. Aun así, me decido y girando por la derecha, acelero sin saber si deseo encontrarla allí o no.

Las horribles escaleras vuelven a darme una oscura y mal oliente bienvenida y al contrario que aquella primera vez, hoy está todo en completo silencio, las puertas están cerradas y el ruido del gentío por los pasillos ha desaparecido como si nunca hubiese estado. Llamo con los nudillos a las puertas, pero nada, aquí no hay nadie. Vuelvo a probar suerte en la siguiente puerta, el resultado es el mismo; no entiendo que es lo que ha pasado para que esto se haya convertido en un auténtico cementerio. Inspiro tratando de tranquilizarme ya que siento una gran decepción, porque, aunque no quería por nada del mundo que ella estuviese aquí, me hubiese gustado poder hallar alguna pista de dónde poder encontrar a ese desgraciado. Última puerta y la misma respuesta, nada.

Acelero, la desesperación hace que mi mano derecha gire completamente ofuscada sobre el acelerador de mi preciosa máquina. Mi mente se diluye y ya no sé dónde puedo ir, llevo horas buscando por todos los rincones más oscuros de esta ciudad, pero parece que se los haya tragado la tierra.

Mi dulce princesa, mi gatita de ojos color miel ¿Dónde estás? Tengo que encontrarte; no puedo, no pienso, ni quiero volver a casa sin ti. Lo siento, pero esta vez no.

Alaia

Me duele el tobillo y las costillas están matándome. Al final no ha sido buena la idea de salir por la ventana, ya que en el último tramo no tenía de donde sujetarme y la ostia ha sido considerable. Pero bueno, ha sido la única manera de poder hacer esto. Si hubiese intentado salir por la puerta, como las personas normales, estoy completamente convencida de que Erlantz no me hubiese dejado. Así que, a lo hecho pecho.

Llevo más de dos horas dando vueltas, tanto a la ciudad como a la cabeza, sé lo que quiero y sé cómo lo tengo que hacer. Porque, aunque Erlantz esté convencido de que he salido de un cuento de princesas, en el que todo eran algodones y flores, no se ha dado cuenta de que soy una princesita de lo más inteligente y que solo con buscar en internet puedes saber dónde encontrar lo que quieres.

Ya es la hora, entro en el primer sitio, es un bar oscuro y denigrante. El olor a licor barato y porros me tira para atrás, pero hago de tripas corazón y busco con la mirada. No tardo demasiado en decidirme y opto por acercarme a uno de los pocos tíos que hay aquí dentro. No es demasiado alto y su destartalado y delgado cuerpo hace que me sienta un poco más segura y no me impresione tanto.

—Hola —le digo tragando saliva e intentando que parezca algo natural. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y se me eriza la piel simplemente por el repelús que me está dando. Dios, es asqueroso.

—Hola, preciosa. —Su horrible sonrisa deja al descubierto unos amarillentos dientes y yo tengo que hacer un gran esfuerzo por sonreírle.

—¿Si te invito a un trago me hechas una mano?

—Si quieres te hecho las dos, muñeca —Sonrío de nuevo a la vez que el estómago me da un pequeño vuelco.

—¿Seguro? Mira que estoy muy necesitada... —Ajito las pestañas fingiendo una coquetería innecesaria y muriéndome de asco por dentro.

—¡Alejandro! —grita mientras golpea la barra con la mano—. Pon dos garimbas aquí, que la nena y yo estamos de celebración.

El tal Alejandro, se acerca con desgana hacia nosotros con las cervezas y antes de soltarlas nos pide la pasta, al parecer mi nuevo amigo no debe de ser un buen pagador.

—Chica, yo que tú, me lo pensaría dos veces antes de arrimarme a este desgraciado.

—Gilipollas —le dice el otro con cara de enfado—. Pírate y no me cortes el rollo. No te preocupes preciosa, lo pasaremos genial. —Y su dedo índice comienza a deslizarse muy despacio por mi brazo derecho. Haciéndome estremecer de asco, otra vez.

Cojo la cerveza y le doy un gran trago preparándome para la mejor interpretación que haya hecho en toda mi vida.

—Sí, mi vida —digo con voz melosa y volviendo a aletear mis pestañas—. ¿Pero sabes lo que pasa? Es que estoy un poco mal y necesito arreglar una cosita primero —Pongo cara de compungida y sigo con el teatro—. Resulta que yo había quedado con alguien para que me trajese algo muy importante para mí y no se ha presentado.

—Si son condones, nena no te preocupes, yo tengo.

—Oh no, cariño eso yo no lo uso. Yo te lo hago a pelo —le susurro sabiendo que con eso le convenceré del todo y veo como sus ojos se salen de las órbitas mientras intento ocultar mi cara de asco.

—Sí nena. Tú sí que sabes lo que es bueno. ¿Y qué es eso tan importante que necesitas? Díselo a papi, que papi lo consigue todo.

—Es... No sé —Me hago un poco de rogar—. No creo que tú tengas.

—Nena, tú no sabes lo que soy capaz de conseguir por echar un buen polvo calentito enterrado entre tus pliegues —dice medio babeando y yo me muero de asco—. Anda no seas tímida y dímelo.

—Pues la verdad, es que necesito una pistola. —Sus ojos se vuelven a abrir como platos y lo duda un poco—. Es que hay una cerda a la que le tengo que dar un pequeño susto y claro.

—Quieta, quieta... no me lo cuentes.

—Bueno, que si no puedes no pasa nada. Me voy y lo busco en otro sitio, porque te aseguro que es muy importante para mí.

Repasa de nuevo todo mi cuerpo y con una sonrisa petulante asiente; coge un bolígrafo de la barra y en una servilleta apunta una dirección y un nombre.

—Tienes que ir a este sitio —dice señalándome la dirección que ha apuntado—, preguntar por este tío y decirle que vas de parte del Ruko. Ah, no se te olvide llevar pasta, porque a este con un buen polvo no lo convences.

—Gracias. —Cojo el papel y enérgicamente doy la vuelta para irme, pero sus largos dedos aprisionan mi muñeca impidiéndome marchar.

—Ehhh, nena. ¿Dónde vas? Tú y yo tenemos un trato.

—Sí, claro. —Le pongo cara de buena otra vez—. Te dije que primero tenía que conseguirlo, no te preocupes y espérame aquí. En cuanto lo tenga vengo y te lo agradezco como te mereces —Acaricio su cara y su sonrisa se ensancha, enseñándome sus asquerosos dientes y revolviéndome aún más el estómago.

—No tardes, te esperaré ansioso. —Y su mano se incrusta en mi culo según me doy la vuelta.

Acelero mi paso y salgo con ganas de este estercolero, no creo que hubiese aguantado cinco minutos más sin echar la pota. Mi espalda se apoya contra la fría pared y comienzo a coger aire rápidamente, intentando relajarme. Aunque haya sido un asco me he acercado mucho a lo que estaba buscando. Un paso más, solo uno y podré ir en su busca.

Voy caminando distraída después de buscar en el G.P.S del teléfono. Ya sé dónde está el otro antro donde encontraré al tipo que me conseguirá la pistola. A lo lejos, entre el fluir del tráfico llama mi atención el acelerar de una moto, y en esos momentos pienso en Erlantz. Hasta ahora, había estado muy estresada interpretando mi papel con ese baboso, pero ahora, al sentir el sonido cada vez más cerca; pienso en él y en lo que estará haciendo. No quiero ni pensar en el cabreo que se habrá cogido al descubrir mi nota sobre la cama. ¿Habrá llamado a Aarón? Que pregunta más tonta, estoy segura de que estarán buscándome como locos.

Trato de olvidarme de eso o la conciencia y la preocupación por él no me dejarán continuar. Una pequeña sonrisa aparece en mi rostro al imaginar la cara de Erlantz si me viese con estas pintas, seguro que no me reconoce. Una minifalda súper corta, unas botas demasiado altas y una horrible

peluca rubia hacen de mí una persona completamente distinta, es el atuendo que he elegido para hoy.



CAPÍTULO 31

El ruido de la moto se va acercando cada vez más, hasta que por fin se deja ver en la entrada de la misma calle que estoy recorriendo. El precioso granate y el brillante cromado de su carrocería bajo el cuerpo de un impresionante rubio de gesto desesperado, hace que mi cuerpo vuelva a temblar, pero esta vez no de asco sino todo lo contrario.

Giro dándole la espalda cuando pasa a mi lado, sabiendo perfectamente que con estas pintas no va a reconocirme. Sigue de largo y vuelvo a mirarle.

—Erlantz... —susurro inconsciente.

Continúo el camino hacia mi objetivo. Media hora es lo que tardo en encontrarme delante del local, el olor a tabaco y oscuridad atraviesa la puerta sin necesidad de abrirla y aunque estoy nerviosa, busco en mi interior y encuentro la fuerza necesaria para colarme dentro.

La luz es más baja que en el sitio anterior, el humo del tabaco se concentra bajo las pequeñas lámparas en forma de campana creando un ambiente demasiado íntimo. Música country a un volumen no demasiado alto, una chica bailando completamente sola y agarrada a su cerveza es lo primero que llama mi atención.

Mis ojos continúan recorriendo el resto del bar, media docena de hombres babean sin apartar su mirada lasciva de la chica que baila para ellos, dos parejas se comen el morro al final de la barra y un solitario hombre fuma con pinta de prepotente y sin apartar sus ojos de mi cuerpo.

Me acerco despacio y acojonada hacia la barra, escrutando para identificar quien puede ayudarme a descubrir quién de todos estos es la persona a la que estoy buscando. Una pequeña camarera se acerca, observándome con mirada divertida.

—¿Te has perdido, cariño?

—No, pero estoy buscando a alguien. Una cerveza por favor. —Sacala cerveza e inclina su cuerpo hacia mí.

—¿Y a quien buscas exactamente?

—A Julen.

El cuerpo del prepotente solitario se acerca despacio con una perfecta sonrisa, giro hacia él al notarlo demasiado cerca y mis ojos se abren cuando descubro su perfecto rostro.

—¿Y para que le estás buscando exactamente?

Su erótica voz hace que mis piernas tiemblen como gelatina y tengo que tragar saliva para deshacerme del enorme nudo que se me ha creado en la garganta.

—Eso es algo que tendremos que tratar entre él y yo —respondo más segura de mi misma de lo que creí que podría estar.

—¿Y si él no quiere verte?

—Pues él se lo pierde, vengo por negocios. —Vuelvo a girar hacia la camarera que me observa con cara divertida—. ¿Por favor, me puedes decir quién es? —Sus brillantes ojos se clavan en el perfecto cuerpo del prepotente y después de darle un largo repaso contesta:

—Pues mira, guapa, estás de suerte y lo tienes justamente a tu lado.

Miro a mí alrededor hasta que caigo en la cuenta de que el único que está a mi lado es el prepotente. Pongo los ojos en blanco y vuelvo la mirada hacia él, diciendo:

—¿Y has decidido ya si quieres verme o no?

—Ummm... pues querer, querer... no sé, a ver date una vueltecita a ver si merece la pena.

—Mira tío paso, ya buscaré a otro que tenga más ganas de hacer negocios que tú —Irritada, pero tirándome un farol, doy media vuelta haciendo intención de marcharme hasta que una suave y fuerte mano sujeta mi muñeca haciendo que mi cuerpo gire y me empotre contra su marmolado pecho. Inspira profundamente el olor de mi pelo y noto como su dura erección se va formando a la altura de mi vientre.

—¿Qué es lo que quieres? —susurra en mi oído haciendo que toda mi piel se enerve.

—Aquí no, en privado.

—Ummm... esto se pone serio.

—¡Dios que asco! ¿Por qué todos tenéis que pensar siempre en lo mismo? —Suelta una enorme carcajada que retumba por todo el local y rodea mi cintura cortando mi respiración para salir de allí.

—Adiós, preciosa —le dice a la diminuta camarera sin mirar tan siquiera hacia ella—. Apunta su birra en mi cuenta.

Y sin más, ni más salimos de allí.

—¿Te importa soltarme?

—Sí —responde serio—. A nadie le importa si tú y yo vamos a hacer negocios. Así que es preferible que piensen que vamos a follar. Dime qué es lo que necesitas y cómo me has encontrado.

—Necesito una pistola y sé de ti porque vengo de parte del Ruko.

Se frena en seco y con ojos sorprendidos me vuelve a dar un repaso.

—¿Con el Ruko? ¿Y qué hace alguien como tú con ese desecho humano? Porque por mucha pintilla de puta barata que te hayas puesto a mí no me engañas. Tú no tienes nada que ver con esta vida de mierda y menos con la del Ruko. —Me sorprende, ¿tan mal lo he hecho esta vez que me ha pillado a la primera? —. Mira tía, no me quiero meter en tu vida, pero me caes bien porque has demostrado tener un par de cojones al presentarte sola por estos barrios buscando una pistola, pero te aconsejo que lo olvides y vuelvas a tu vida normal. Todo esto es una mierda.

—¿Y tú, por qué estás en esta mierda?

—Ese no es el caso, yo sé lo que me hago.

—Y yo lo que necesito.

—Muy bien tú misma, pero luego no digas que no te lo advertí. ¿Traes pasta?

—Sí.

—¿Cuánta?

—¿Cuanta necesitas? Dime tu precio y por lo demás no te preocupes.

—Ochocientos euros.

—Ok, ¿Cuándo me la puedes dar?

—Cuando tú quieras.

—Pues la quiero ya —respondo decidida.

Asiente y me hace caminar más deprisa y muy pegada a su cuerpo. El sonido de una moto vuelve a inundar mis oídos, la busco disimuladamente hasta que la tenemos casi encima y me bloqueo al ver que es él de nuevo. “Mierda, ¿pero es que no se va a cansar?”

Intento girar tirando de su cuerpo para que no nos vea, pero él no me deja.

—Quieta gatita, que quiero saludar a un viejo amigo.

—¿Al de la moto? —pregunto aterrorizada al ver que levanta la mano para pararle.

—Sí.

—No —contesto rápidamente y sin darle casi tiempo a reaccionar.

—Mira guapa, es mi amigo y tengo...

—No por favor, Erlantz no puede verme.

Ahora es él el que se queda paralizado al darse cuenta de que yo también conozco a su amigo. Y sin darse cuenta deja que pase por nuestro lado sin llamar su atención

—¿De qué conoces a Erlantz? —Me clava con una dura y fría mirada—. No espera... La pistola... ¿No querrás hacerle nada a él verdad? Porque si es así te juro que...

—No, todo lo contrario. La quiero para protegerme a mí y sobre todo a él.

—¿Qué? ¿Pero quién narices eres?

En un primer momento dudo en contestarle, pero luego pensándolo bien. Si es amigo de Erlantz no tiene que ser mala persona.

—Soy su abogada y algo parecido a su... No sé, la verdad es que no sé cómo definirlo. Dejémoslo en amiga.

Me mira de nuevo analizándome de arriba abajo, para finalmente asentir.

—Joder, que suerte tiene el cabronazo. Ya era hora de que le saliese algo bien. Ven vamos a mi casa a por el material mientras me cuentas que está pasando. A lo mejor os puedo echar una mano.

Y me vuelve a arrimar a su cuerpo rodeándome esta vez con más sutileza por la cintura. Decido contarle todo lo que está pasando ya que es su amigo, pero primero le hago prometer que no le dirá nada a Erlantz de lo que estoy haciendo ni de donde estoy.

Llegamos a su casa y me sorprende al ver un pequeño piso de soltero perfectamente acomodado a todas sus necesidades. Huele a limpio y los modernos muebles me descolocan un poco. No entiendo como alguien como él, viviendo de una forma acomodada termine rodeándose de gente como el Ruko y frecuentando antros como en el que le he encontrado. Aunque pensándolo bien, me doy cuenta de que a lo mejor es ese tipo de trapicheos el que le proporciona el dinero suficiente para vivir en una casa como esta. Me siento en el sofá sin darle más vueltas a algo que solo es su problema y saco el fajo de billetes, mientras él se va en busca de la pequeña pistola. Me ha dicho que así es mucho mejor para alguien como yo que no tiene ningún tipo de experiencia con las armas.

—Guarda el dinero —me dice con gesto serio—. Si eres la chica de Erlantz es como si fueras de mi familia.

Y sin decir una palabra más, pone una pequeña pero fría pistola sobre mis manos. Mi cuerpo comienza a temblar de una forma incontrolada ante el recuerdo de otra pistola, una un poco más grande, apoyada sobre mi sien mientras me moría de miedo y retorció de dolor.

Joseba

Estoy deseando que llegue el momento, disfruto de cada segundo al imaginar el rostro de esa pequeña zorra sufriendo entre mis manos. Esta vez no pienso dudarle, ni alargar el proceso. No me puedo

permitir el lujo de que vuelvan a encontrarme y perder la satisfacción de la dulce venganza.

Toda una vida luchando por conseguir mi propósito, deshaciéndome de todo aquel que se interponía entre nosotros y por fin, cuando soy capaz de apartar del camino a la caliente pollas de su hermana, el último eslabón de esa apestosa familia. Justo en ese momento tiene que aparecer una nueva arpía y volverle loco, cerrándome de nuevo la pequeña brecha por la que acercarme a él.

Cada vez que pienso en sus pequeñas manos acariciando el cuerpo que debería estar entre las mías, cada vez que imagino su viciosa boca saboreando el dulce sabor de sus labios y disfrutando de lo que llevo añorando toda mi vida.

La odio y juro que esta vez no habrá clemencia.

Disfrutaré al sentir como se le va escapando la vida entre mis dedos, mientras voy apretando poco a poco su pequeño cuello. Será un nuevo impulso y un gran baño de placer, ver el pánico en sus ojos cuando realmente sea consciente de que hasta aquí ha llegado, que lo ha perdido todo y yo vuelvo a ser el flamante ganador.

Salgo decidido de casa. No necesito más que la pistola para ella, porque mi gran deseo es matarla con mis propias manos, pero cabe una pequeña posibilidad de que no lo consiga; y el bote de cloroformo que será el mejor aliado para conseguir traer a Erlantz sin problemas a mi guarida.

No pienso tardar demasiado, ya que cuanto antes lo consiga, antes le podré tener entre mis brazos y hacerle entender que nos pertenecemos el uno al otro. Sé que no será fácil, que se resistirá y en un principio me odiará. Pero lo tengo todo planeado y sé perfectamente que el tiempo lo puede todo y que cuando se acostumbre a convivir conmigo, se volverá tan loco por mí como yo lo estoy de él.

Sí, tantos años deseando esto y por fin, en unas pocas horas lo tendré entre mis brazos. ¡Dios, Erlantz, no sabes cuánto te quiero!



CAPÍTULO 32

Alaia

Sin darme casi cuenta, veo que han pasado dos horas desde que Julen y yo nos hemos sentado a hablar. Le he contado todo lo que sé sobre Joseba, todas las horribles confesiones que me hizo completamente convencido de que acabaría conmigo en ese momento y nadie más se enteraría de nada. Se lo he descrito, y aunque hace años que conoce a Erlantz y son íntimos, dice que no le suena de nada y que nunca han tenido la sensación de que alguien les observase.

—A ver Alaia... pero es que esto no lo puedes hacer tu sola. No quiero ofenderte, pero tienes que entender que es muy peligroso y tú no estás acostumbrada a moverte por este tipo de sitios. Eres demasiado vulnerable.

—Me da igual, lo que no pienso consentir es que le siga haciendo daño. Y tampoco quiero estar toda la vida aterrada pensando que estoy en peligro, prefiero acabar con ello lo antes posible.

—No sé qué pensar. No puedo permitir que hagas esto sola.

—¡Pero no te queda más remedio! Tú eres su amigo y estás de acuerdo conmigo en que ya ha sufrido demasiado. Solo te pido que no le digas donde estoy. Ya tiene demasiados problemas y no quiero que se ponga en peligro por mi culpa.

Pasa las manos una y otra vez por su pelo demostrándome que está nervioso e indeciso. Yo le entiendo, pero espero que él también me entienda, y piense un poco en la seguridad de su amigo. A fin de cuentas, yo para él no soy nadie y lo que me pase le debería de dar igual. Desesperado frota su cara y levanta su mirada hacia la mía. Sus ojos brillan y en ellos veo la determinación de haber tomado ya su decisión.

—Está bien, aún a riesgo de meterme en un problema con Erlantz, yo no le digo nada, pero a cambio me dejarás ayudarte. No te quedarás sola en ningún momento y me contarás todo lo que pase por tu linda cabecita.

—¡No! No pienso meter a nadie más en todo esto. Solo mantente al margen.

—Lo siento, pero así no hay trato. O te ayudo, o ahora mismo llamo a Erlantz y le cuento todo.

—¡Mierda! Joder ¿Es que no lo entiendes? ¡No te quiero poner en peligro!

—No te preocupes por mí, ya soy mayorcito y sé cómo mantener mi culo a salvo. Cosa que no estoy seguro de que tú seas capaz de hacer.

Me levanto del sofá completamente ofuscada, y aunque estoy segura de que su ayuda me vendría de maravilla, no puedo permitir que le pase nada y Erlantz vuelva a perder a alguien importante de su vida. Estoy segura de que en estos momentos somos lo único que le queda y no lo pienso arriesgar.

Doy mil vueltas por el pequeño salón intentando descubrir una manera de engañarle y deshacerme de él como lo hice con Erlantz. Su cuerpo se relaja reclinándose hacia atrás en el moderno sofá y me observa entre cerrando los ojos y con una pequeña sonrisa que le hace todavía más atractivo.

—Ni lo pienses.

—¿Qué? —contesto sorprendida, ya que no tengo ni idea de lo que me habla.

—Que no te creas que me vas a engañar como lo has hecho con él, no te pienso quitar los ojos de encima. Cuéntame lo que tienes pensado y entre los dos crearemos un buen plan.

Lo pienso, estrujo mi cabeza mientras sigo paseándome por el salón. Pero me da la sensación de que este viaje no tengo escapatoria, es demasiado listo y sabe que, si ya lo he hecho una vez, lo normal es que lo intente de nuevo. Resoplo y desplomándome en el sofá con las lágrimas a punto de desbordarse de mis ojos.

—No lo entiendes... —Le encaro sin poder reprimir un sollozo—. No entiendes nada.

Acercándose me rodea con sus brazos, dejando mi cabeza apoyada sobre su musculoso cuerpo. Su mano acaricia con cariño mi pelo intentando tranquilizarme y demostrar que puedo confiar en él. Hace unas horas parecía el tío más prepotente que había visto nunca, pero después de todo esto, he visto que es una persona fantástica y leal.

—Tranquila, pequeña —me susurra sin dejar de acariciar mi pelo—. Sí que lo entiendo, sé que no estás tranquila poniendo a nadie más en peligro. Pero ahora ponte tú en mi situación. Piensa en que posición me dejaría todo esto con Erlantz, y conmigo mismo si te sucediese algo. No puedo permitir que te pierda y mucho menos después de haberte conocido y ver lo maravillosa que eres. No hay demasiada gente dispuesta a hacer lo que tú estás haciendo por él, poniendo tu propia vida en peligro; estoy de acuerdo contigo en que ya ha sufrido demasiado por ese maldito hijo de puta. ¡Como para también perderte a ti! —Separa mi cabeza de su cuerpo y sujetando mi cara hace que le mire directamente a los ojos—. Déjame ayudarte, te prometo que no interferiré en nada, que lo único

que quiero es protegerte y asegurarme de que ese desgraciado no vuelve a ver la luz del día.

—Está bien, pero prométeme que no te pondrás en peligro.

—Prometido —dice con un profundo suspiro y apoyando su frente sobre la mía—. ¡Dios! Si no fueses la chica de Erlantz, haría cualquier cosa por qué fueras mía.

Y besa mis labios tan tiernamente que mi estómago da un pequeño vuelco. Más por el asombro que por cualquier otra cosa. Me retiro un tanto brusca y su sonrisa se ensancha llegando por primera vez hasta sus preciosos ojos.

—Lo siento, no se lo digas a Erlantz o me matará. Solo quería saber lo que me voy a perder el resto de mi vida —Me da un cariñoso beso en la sien y se levanta decidido del sofá—. Bien, ahora cuéntame que es lo que tenías planeado. —Vuelve a sentarse a mi lado ofreciéndome una de las dos cervezas que trae en la mano.

—Lo único que he pensado es en ir por los garitos preguntando por él, estoy segura de que, si no lo encuentro yo, tarde o temprano llegará a sus oídos que le estoy buscando y será él quien me encuentre. Y una vez que estemos cara a cara.

—Bueno, es demasiado sencillo, pero es justo lo que necesitamos para localizar pronto al objetivo. Lo bueno es que con mi ayuda lo localizarás antes ya que sé por dónde moverme y ten por seguro que, a partir de este momento, yo me convertiré en tu sombra y no estarás sola ante esa escoria. ¿Preparada?

Asiento y sin más demora cogemos nuestras armas y nos dirigimos a la calle en su busca. Los nervios me invaden por completo, meto las manos en los bolsillos intentando ocultar los temblores y procurando que Julen no sea consciente de mi estado. En un principio, pensé que no me afectaría, que sería de lo más sencillo, llegar y con todo el odio que me invade apretar el gatillo sin más. Pero según se va acercando el momento, siento como me falta el aire y cada vez estoy menos convencida de poder lograrlo, no es tan fácil matar a alguien y creo que estoy empezando a arrepentirme.

—¿Estás bien? —pregunta sujetando mi brazo y reteniéndome antes de entrar en el primer local—. No tienes por qué hacerlo, yo me puedo ocupar de todo.

—¡No! Estoy bien, solo dame un minuto. —Lleno mis pulmones de aire intentando relajarme y me convengo de que todo esto es necesario para mantener a Erlantz a salvo—. De acuerdo, estoy preparada.

—Sé que en este sitio lo vieron alguna vez con Ane, así que mantén los ojos bien abiertos y no hables con nadie. Yo me ocuparé de eso.

Conforme puesto que ya habíamos hablado sobre cómo actuar, entro sin dudarle en el mugriento bar. Tres mesas ocupadas al fondo del local y media docena de tíos jugando a los dados, es toda la clientela que nos encontramos. Julen se acerca a la barra con paso firme y yo me dirijo a los aseos. Intentando descubrir si alguno de los que se encuentran entre los grupos de las mesas es nuestro objetivo.

Paso segura entre ellos mirándolos descaradamente a la cara, estoy tranquila porque sé que con estas pintas de fulana que llevo no será capaz de reconocerme. Los tipos de las mesas sonrían y babeaban sobre sus cervezas echándome algún que otro piropo, que más que alagarme me asquean; los esquivo como puedo hasta que uno de ellos decide que tengo que sentarme en su regazo quiera o no.

—¡Suéltame! —le digo intentando no armar demasiado jaleo.

—No nena, ¿dónde vas a estar mejor que entre mis piernas? —Y me sujeta fuerte por la cintura para que no pueda levantarme.

—¡He dicho que me sueltes!

—Ven tonta, que solo quiero que pases un buen rato...

Echo la mano a la parte trasera de mi falda y saco la pistola apuntando directamente a su entrepierna.

—¿Estás seguro de que te lo quieres pasar bien conmigo? Yo que tú me lo pensarías un poco más — Veo como su cara palidece y su respiración se va volviendo pesada, afloja su agarre y deja que me levante sin volver a ponerme ni un dedo encima—. Creo que nos vamos entendiendo.

Guardo la pistola en su sitio y sonrío al escuchar las carcajadas que sueltan los chicos riéndose de su amigo, al que poco le ha faltado para mojar sus pantalones.

—Veo que sabes defenderte —dice Julen cuando llego a la barra y me coloco a su lado.

—Se hace lo que se puede. —Cojo la cerveza que ha pedido y la bebo de un trago intentando controlar los nervios por todo lo que acaba de pasar—. ¿Has conseguido algo?

—No, dicen que la última vez que lo vieron por aquí fue antes de morir Ane, y no quieren saber nada del tema.

—Bien, pues vámonos.

Agarro su mano y lo saco del local sin tan siquiera mirar atrás, no puedo permitirme el lujo de andar perdiendo el tiempo. Quedan demasiados sitios por los cuales buscar y demasiada gente a la que preguntar, para andar entreteniéndonos a terminar las cervezas.

Seguimos preguntando sin dejarnos ningún bar, pero en todos obtenemos las mismas respuestas negativas, no quieren saber nada y no se mojan por nadie. Les da completamente igual lo que pase, ellos cierran los ojos y que cada uno se apañe con sus problemas; esta sociedad en la que vivimos es una puta mierda, llena de egoístas y egocéntricos que lo único que saben hacer es mirar su propio ombligo.

Los bares se terminan y mi grado de desesperación ha llegado a su límite, no sé dónde más puedo buscar. Pensé que todo esto sería más sencillo. Le busco, le encuentro y me deshago de él. Así de sencillo era mi plan, y no sé porque no ha salido.

—Estás agotada... —dice Julen acariciando mi rostro y deslizando un mechón de mi horrenda peluca detrás de mi oreja. Sonrío débilmente ya que no tengo fuerzas ni para responder—. Espérame aquí,

siéntate en ese banco y descansa mientras pregunto en esa lonja de ahí. Después nos iremos a casa a descansar y ya seguiremos buscando mañana.

Me dejo caer pesadamente sobre el banco, viendo como el esbelto cuerpo de Julen desaparece poco a poco entre los coches, hasta que se introduce en una vieja lonja llena de gente. Levanto la mirada hacia el cielo y un nudo se pone en mi garganta cuando la imagen de Erlantz llena mi cabeza. Pobre, estoy segura de que estará desesperado intentando encontrarme. Sus ojos angustiados, me penetran implorándome que vuelva a su lado y me acurruque entre sus cálidos brazos, en la seguridad de su cuerpo. Pero no puedo ceder, tengo que acabar con esto.

Haciendo un gran esfuerzo borro su imagen y observo las preciosas estrellas que han decidido iluminar nuestro cielo esta noche, no es algo habitual ver un cielo tan despejado en Bilbao. Imagino que Erlantz las está observando al mismo tiempo que yo mientras piensa en mí.

—Dicen que estás buscándome.

Mi cuerpo se tensa al escuchar esa desagradable voz, de la que estoy segura no me podré olvidar en la vida, siento como mis piernas comienzan a temblar impidiendo que me ponga de pies y le enfrente cara a cara. Inspiro profundamente y comienzo a expulsar el aire muy lento intentando normalizar el pulso, para dar una apariencia de tranquilidad.

Logro levantarme con mi mano a la espalda y sujetando temblorosa la pequeña pistola. Me giro para enfrentarle, quiero que vea con sus propios ojos que ya no le tengo miedo y que esto termina aquí. El mismo ha escrito su final.

—¡Tú! —grita con odio al tiempo que saco la pistola y apunto directamente a su cabeza.

Mis manos tiemblan como nunca antes lo habían hecho y mi respiración se agita provocándome un pequeño dolor en el pecho. ¡No quiero esto, no quiero matar a nadie! Estoy convencida de que será una carga que llevaré a rastras toda mi vida y no estoy segura de poder vivir con ello. Pero la imagen del cuerpo sin vida de Ane, el recuerdo de su pistola en mi sien, tras los maltratos tanto físicos como psicológicos y el terror en los preciosos ojos de Erlantz al vivir todo este horror, hacen que mi decisión sea todavía más fuerte dándome igual las consecuencias.

Con una falsa sonrisa intentando aparentar tranquilidad, sus manos se van moviendo poco a poco hacía su espalda intentando localizar la pistola que imagino llevará escondida en la cinturilla de su pantalón.

—¡Ni se te ocurra, no muevas las manos ni un milímetro más!

—¿O qué? ¿Vas a dispararme? Una puta niñata como tú no tiene lo que hay que tener para hacerlo. ¡No eres nadie! No eres más que una zorra que quiere quitarme lo que es mío.

Mi cuerpo se tensa más aún y mi dedo comienza a presionar poco a poco el gatillo. Es una sensación extraña, como tener el cerebro dividido, en el que una parte dice que lo haga, pero la otra se niega por completo. Son unos segundos que se hacen eternos, tanto que parece que el tiempo se ha detenido y miles de cosas pasan por tu cabeza. Segundos en los que sabes que estás a punto de tirar tu vida por la borda, pero te das cuenta de que realmente no te importa, porque el sacrificio merece la pena.

Erlantz merece la pena.

—¡Mierda!

La voz desesperada de Julen me descentra y aparto instintivamente la mirada para dirigirla hacía él, y entonces en un abrir y cerrar de ojos todos mis planes se van a la mierda.

Julen corre hacía mi intentando sacar su pistola, por el rabillo del ojo puedo ver como Joseba se mueve con rapidez para sacar la suya, y yo lo único que puedo hacer es apretar el gatillo; sin tener ni puta idea de lo que estoy haciendo, ya que mis ojos se cierran al escuchar el estruendo del disparo.

El sonido de otro disparo que no sé ni de donde viene, hace que me estremezca y tire al suelo tapándome los oídos sin poder evitar los sollozos. Mierda, mierda y mierda. Esto no es lo que yo quería, no es lo que yo tenía planeado...

El repiquetear de unos pasos acelerados se va acercando a mí, haciendo que el pánico inunde mi cuerpo y no pueda dejar de temblar. Cierro los ojos con fuerza, al sentir como unas manos aprietan mis brazos zarandeándome. ¡No quiero, Dios, por favor ayúdame! No quiero volver a pasar otra vez por lo mismo, sé que no lo podré resistir otra vez, esta vez acabará conmigo.



CAPÍTULO 33

Erlantz

Esto no me puede estar pasando de nuevo, el cuerpo me duele de la tensión y mi corazón está a punto de pararse. Llevo horas montado en la moto buscando a Alaia por todas partes y no tengo ni la más remota idea de por dónde seguir buscando. He pasado mil veces por los mismos sitios, preguntado a decenas de personas, pero parece que se la haya tragado la tierra. Y lo peor de todo, es que tampoco he sido capaz de localizar a Joseba. ¿Y si la tiene él? ¿Y si la está machacando de nuevo? O peor todavía ¿Y si la ha matado?

La angustia está matándome, no sé qué será de mí sin ella. Alaia ha sido como un soplo de aire fresco después de la mierda de vida que me ha tocado vivir. Estaba vacío, simplemente aguantando el tirón. La muerte de mis padres, la drogadicción de mi hermana, una mínima familia que lo único que quiso fue aprovecharse de nuestro dolor y un sinfín de mierda más durante un montón de años. Todo esto había terminado con mis ganas de vivir, pero de repente apareció ella. Con su dulce sonrisa, su preciosa cara y un enorme corazón que dio la vuelta a mi mundo. Haciéndome desear que los días amanezcan y que el tiempo se detenga cada vez que estoy a su lado.

Dicen que existe algo ahí arriba, dicen que se llama Dios y que es bueno, que nos quiere a todos por igual y que cuida de nosotros. Pero sinceramente pienso que de mí se ha olvidado, que no prestó demasiada atención a mis ruegos durante todos estos años y que lo único que ha hecho ha sido hacerme sufrir. Pues bien, si realmente existe, este es el momento... ¡Dios, demuéstreme que estás ahí! ¡Me lo debes! Dame un respiro y devuélvemela. Por favor, Dios, no dejes que también ella desaparezca de mi vida.

La vibración del teléfono me devuelve a la tierra, pero la moto en un hueco que encuentro y veo que es Aarón quien llama. Descuelgo sin tardar un segundo, necesito que me diga que la ha encontrado y

que está bien.

—¡Dime que la has encontrado!

—Lo siento tío, no sabemos nada...

—¡Joder! —Paso las manos por mi pelo completamente desesperado.

—Llamaba para ver si tú has descubierto algo.

—Nada, llevo todo el día dando vueltas, pero no sé dónde coño se ha metido. No lo entiendo porque ella no sabe moverse por estos sitios. Me da miedo que haya sido él el que la haya encontrado...

—¿Has pasado por casa? A lo mejor estás tan ofuscado buscándola por ahí y simplemente la tienes en casa.

—Ufff... No lo creo, me hubiese llamado.

—O no, a lo mejor está avergonzada por lo que ha hecho.

—No lo creo, no sabes el carácter que tiene... —Sonrío recordando lo bonita que se pone cuando tuerce su gesto con carita de enfadada—. Está bien, doy una última vuelta y voy hasta casa.

—Llámame si sabes algo.

—Ok. Lo mismo te digo.

Reanudo la marcha sin saber muy bien lo que hacer, estoy prácticamente seguro de que Alaia no ha vuelto a casa, pero aun así no pierdo nada por mirar. Haré lo que le he dicho a Aarón, una última vuelta y me aseguraré de que no está allí. Conduzco de nuevo por San Francisco deseando no encontrarla por aquí, esta es una de las peores zonas de la ciudad, la droga, el alcohol y las putas invaden estas calles, haciéndoles la vida imposible a sus vecinos. O sea, que no quiero ni pensar que es lo que le podría pasar a una preciosa mujer que no sabe dónde se está metiendo, alguien que no sabría defenderse de todo este infierno.

Recorro las calles sin ningún éxito, esto es para desesperar a cualquiera. Detengo la moto y froto mi frente exasperado, intentando descubrir un nuevo sitio en el que no haya mirado. Me froto la cara con las manos, exigiéndome una respuesta y un ensordecedor ruido hace que salte en la moto provocando que nos vayamos los dos al suelo.

—¿Qué coño ha sido eso? —digo levantándome.

Pero un par de segundos después, vuelvo a escuchar otro sacándome de dudas y acelerándome el corazón a punto del infarto. Salgo corriendo en dirección a los disparos, olvidando por completo la preciosa Harley tirada en el suelo. Me importa una mierda, lo único que quiero es que Alaia no tenga nada que ver con esos dos disparos y no esté ni cerca.

Alaia

Me niego, no quiero abrir los ojos, lo único que quiero es que esto acabe de una maldita vez, de una manera o de otra, pero que acabe. Todo esto está superándome y esta vez ya no tengo fuerzas de luchar contra él. Quiere matarme, pues que lo haga; no pienso mirarle mientras acaba conmigo, no pienso darle la satisfacción de ver de nuevo el pánico en mis ojos, mientras él se siente feliz por pensar que ha ganado. Pero si algo tengo claro es que nunca conseguirá el amor de Erlantz, le podrá obligar a muchas cosas, pero nunca tendrá su corazón.

—¡Alaia! —Vuelven a zarandearme, pero esta vez más despacio—. Alaia, abre los ojos, tenemos que salir de aquí.

La voz de Julen hace que reaccione y sea capaz de abrirlos dirigiendo la mirada hacia los suyos. Sus manos tiemblan en mis brazos y en su perfecto rostro puedo ver una mezcla entre el alivio y el miedo. La comisura de su boca se eleva levemente y sus brazos me rodean con fuerza, aprisionándome la cabeza contra su pecho. Parecerá una tontería, pero tengo que reconocer que, aunque no sean los brazos y el pecho entre los que desearía estar en estos momentos, este pequeño gesto de afecto sienta genial y hace que me descomponga por completo y no pueda dejar de llorar.

—Joder que susto me he llevado. ¿Estás bien? —Asiento ya que el nudo que tengo en la garganta no me deja hablar—. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Me levanto y antes de salir de este espantoso sitio, miro directamente hacia el cuerpo desparramado de Joseba. En el suelo y en una postura de lo más extraña, lo veo rodeado por un gran charco de sangre, que no sé ni me importa de que parte de su cuerpo brota, sus ojos están cerrados y sigue sosteniendo la pistola en su mano izquierda.

—¿Está muerto? —pregunto sin poder apartar la mirada de su cuerpo.

—No lo sé. Vamos, tenemos que salir de aquí antes de que nos vea alguien.

—¡No! Necesito saber que está muerto, es de la única manera que estaré segura de que Erlantz ya no está en peligro.

Giro sobre mis pasos dispuesta a confirmar lo que quiero, pero Julen agarra mi mano y tira rápidamente de mí hacia la zona más oscura de la calle, en la que nos ocultamos tras un contenedor de basuras. El olor a rancio y a heces hace que el estómago se revuelva y las arcadas inunden mi boca, cojo unos pocos metros de distancia Julen al ver que estoy a punto de vomitar. Pero cuando oigo la conversación que comienza a tener por teléfono se me corta hasta la respiración.

—Erlantz, necesito que vengas a San Francisco. —Un momento de silencio mientras escucha lo que Erlantz le tiene que decir—. Sí, ya lo sé por eso te llamo. Está conmigo. —Otro silencio—. Es largo de contar, estamos en la misma calle San Francisco, por detrás de los contenedores del callejón. Por cierto, que no te vea nadie.

—¿Estás loco? Erlantz no tiene que acercarse por aquí, si le ven pensarán que ha sido él y todo se irá a la mierda —grito desesperada y sin creer lo que acaba de hacer.

—Sssh... no grites, nos pueden ver.

—Me da igual, prefiero que me pillen a mí y no que crean que ha sido él. ¿No te das cuenta de que está en libertad bajo fianza? El simple hecho de que le vean cerca de un cadáver ya casi le condena.

—Relájate, no le van a pillar. Sabe moverse sin problema por estos sitios pasando desapercibido. Escúchame, esperaremos aquí vigilando que no se levante y se vaya hasta que llegue la policía. En el momento que le tengan nos vamos. Ya nos enteraremos de si ha muerto o no.

Según termina la frase una enorme sombra se aproxima hacia nosotros haciéndome temblar, Julen me empuja tras su espalda, ocultándome de quien quiera que sea el que se acerca de forma acelerada y yo agarro su camiseta con fuerza apretándome contra él muerta de miedo. No pensé que podría llegar a ser tan cobarde, pero tampoco imaginé nunca estar en una situación como esta. Acabamos de disparar a un hombre y no sabemos en la situación que se encuentra, puede que esté muerto y que yo misma haya sido la causante de ello. Lo peor de todo, es que mientras estoy aquí ocultándome de la policía en un callejón oscuro lleno de mierda. No me arrepiento de lo que he hecho, aunque no sé si seré capaz de vivir con ello.

—¿Dónde está?

La masculina voz de Erlantz llega hasta mi haciendo que mis piernas se aflojen por completo y esté a punto de caer al suelo. Sé que no he caído porque me siento en el cielo al notar sus brazos rodearme y su boca pegarse violentamente a la mía.

—¡Por fin! Dios, he estado a punto de volverme loco —Y me aprieta contra su pecho dejándome inhalar su olor y haciéndome sentir en casa—. ¿Estás bien? —Asiento pues soy incapaz de decir una sola palabra—. Bien, ahora necesito que estéis en silencio. —Me aparto un poco de su pecho sin entender porque lo dice y veo como saca el teléfono, mientras Julen sigue vigilando—. Aarón tenías razón, no sé cómo he podido ser tan tonto. Lleva toda la tarde en casa. Si, se lo diré. Hasta mañana. —Cuelga el teléfono y vuelve a apretarme contra su cuerpo.

—Chicos tenemos que irnos. La policía acaba de llegar.

El silencio está matándome, estrujo la peluca rubia entre las manos, incapaz de hacer otra cosa. La mirada perdida y el frío rostro de Erlantz están acabando conmigo y no sé qué hacer. Necesito tocarle, abrazar su cuerpo y que sus fuertes brazos rodeen el mío, casi hasta dejarme sin aliento. Y, sin embargo, lo único que ha hecho desde que hemos entrado por la puerta de casa, ha sido alejarse de mí y perder su preciosa mirada a través de los ventanales de la sala.

Me acerco y tímidamente estiro la mano para tocarle, para notar su calor y sentirme de nuevo en casa. Pero su cuerpo se tensa al ver mi gesto y retengo la mano antes de conseguirlo. La vista se me nubla por las lágrimas que se agolpan en mis ojos y el dolor que siento en el pecho hace que respirar sea casi imposible.

—Me voy a la ducha —Es lo único que soy capaz de decir antes de darme la vuelta y que las lágrimas comiencen a rodar por mis mejillas.

El agua quema mi piel, pero mi cuerpo sigue temblando. Las piernas ceden por completo incapaces de seguir manteniendo el peso de mi cuerpo y termino acurrucada, rodeándome las piernas con los brazos bajo el caliente chorro de agua. Oigo cerrarse de golpe la puerta de casa y no puedo reprimir el sollozo que sale de mi garganta al darme cuenta de que Erlantz se ha ido. Me siento tan vacía; no estoy segura de poder vivir con la culpabilidad de haber matado a una persona, pero de lo que sí estoy segura es de que no podré hacerlo si Erlantz me rechaza y abandona. Es que no lo entiendo, cuando nos encontró en ese callejón, me abrazó como si la vida le fuese en ello. Y sin embargo ahora... Cierro los ojos intentando que el agua se lo lleve todo, el dolor, el miedo, el frío, pero sin poder evitarlo, sigo temblando.

Erlantz

Mi cuerpo sigue sin reaccionar, estoy tan enfadado con ella que no puedo ni mirarla. ¡Dios, han estado a punto de matarla! Se ha puesto en peligro a pesar de que le dije que no lo hiciera. ¿Es que no entiende que ella es mi vida? ¿Qué me moriría si le pasase algo?

La veo acercarse a través del cristal y me tenso al observar su mano temblorosa dispuesta a tocarme. Se nota que le ha dolido, pero no sé cómo voy a reaccionar si llega a tocarme. No respondo de mi propio cuerpo, ya que es tal la necesidad que tengo de ella, de demostrarle lo que significa para mí. Que no me creo capaz de ser delicado, necesito relajarme para poder demostrárselo.

Entra en la ducha, pero ni el ruido del agua cayendo amortigua el sonido de sus sollozos. ¡Mierda! No puedo soportarlo, el corazón se rompe, pero sé que si entro...

Recojo toda la ropa que ha utilizado Alaia para disfrazarse y la meto en una bolsa, junto a la horrenda peluca. Tengo que deshacerme de todo, estoy seguro de que Aarón no tardará en venir a asegurarse de que ella ha estado en casa todo el tiempo y no quiero que encuentre ninguna prueba. Salgo de casa cerrando la puerta tras de mí, pienso tirar todo esto a algún contenedor lejos de su casa y de paso aprovechar el paseo para relajar un poco toda la tensión que tengo acumulada.

Doy mil vueltas a la situación en mi cabeza, asegurándome de que lo hemos dejado todo perfectamente atado. Julen se encargará de deshacerse de las pistolas y volverá a ir preguntando a ver si alguien ha visto a Joseba por los bares, intentando tener testigos de que después del tiroteo él seguía buscándole ajeno a todo lo ocurrido. Por mi parte, me he librado de toda la ropa que llevaba la rubia que le acompañaba y he llamado a Aarón antes de que la policía se enterase del tiroteo. Así que espero que no se nos escape nada y tengamos la coartada perfecta.

El teléfono vibra en mi bolsillo, lo saco y respiro intentando calmarme antes de descolgar, sabiendo perfectamente de quien se trata.

—Hola —le digo a Aarón con tono cansado.

—¿Estáis en casa? —pregunta directamente sin saludar.

—Sí, ¿Pues?

—Voy para allá, necesito hablar con vosotros.

—¿Has descubierto algo? ¿Lo habéis encontrado?

—En veinte minutos estoy allí.

No dice nada más, pero su tono serio es el que me indica que ya se ha enterado de que Joseba está muerto o herido. Cuelga dejándome con la palabra en la boca y yo acelero el paso intentando llegar lo antes posible a casa de Alaia, quiero avisarla, tenemos que permanecer tranquilos y la verdad es que los diez minutos de paseo que he dado entre ida y vuelta han ayudado bastante.

Entro decidido en casa y me sorprende escuchar todavía el ruido de la ducha.

—Alaia... —La llamo a la vez que toco con los nudillos en la puerta, pero ella no responde y esto no me gusta—. Alaia ¿Estás bien?

Sigue sin responder y me pongo nervioso, decido abrir la puerta sin esperar un segundo más y la imagen que encuentro hace que el corazón se pare por completo.

—¡Dios, Alaia!

Entro en la bañera completamente vestido, cayendo de rodillas ante ella y rodeo su tembloroso cuerpo con los brazos. Mierda, no tenía que haberme marchado, joder. Soy un completo imbécil. Cuando ella más me necesitaba le doy la espalda por miedo a mi propia reacción y ahora está... rota.

—Cariño, por favor... perdóname... —La abrazo más fuerte si cabe—. He sido un imbécil, perdóname. Pero es que he pasado tanto miedo, no sabes las cosas que han llegado a pasar por mi cabeza, pensé que te perdía. Que ese maldito hijo de puta acababa con lo único importante que queda en mi vida —Levanto despacio su cabeza y el dolor que veo en sus ojos hace que el mundo se venga abajo. Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos y el pecho a dolerme como nunca. No puedo, lo siento, pero no puedo verla así.

Su mano se eleva temblorosa y muy despacito acaricia mi rostro haciendo que mi cara se gire hacia ella buscando un contacto más continuo.

—Yo... me has rechazado... —dice en un pequeño susurro.

—No cariño... no digas eso, yo nunca podría... —Cojo su cara entre las manos y apoyo suavemente la frente sobre la suya—. Estaba enfadado contigo, pero a la vez necesitaba tenerte, demostrarte lo que eres para mí. Mi amor, lo necesitaba tanto que si me llegas a tocar no hubiese sido capaz de controlarme y me daba miedo hacerte daño —Su pequeña sonrisa hace que por fin pueda entrar un mínimo de aire en mis pulmones—. Te quiero preciosa y nunca, ¿me oyes? Nunca pienses que yo sería capaz de rechazarte.

Sus brazos rodean mi cuello al mismo tiempo que sus perfectos labios rozan los míos, haciendo que me relaje por completo y por fin pueda respirar.

—Te quiero —consigue decir sin separar su boca de la mía.

Cierro el grifo y la saco de la bañera cubriendo su cuerpo con la toalla que ella tenía preparada, la voy secando muy despacio, a la vez que la voy llenando de pequeños besos que la hacen reír.

—Escúchame preciosa —Sujeto su cara haciendo que su mirada se centre en la mía. Sé que lo que le voy a decir no le va a gustar, pero quiero que entienda que yo estoy a su lado y no dejaré que le pase nada—. No sé por qué se habrá retrasado, pero me ha llamado Aarón y no tardará en venir. Me dijo que unos veinte minutos y estoy seguro de que ya han pasado.

—¿Aarón? No, pero ¿qué quiere? ¿Nos han descubierto?

—No, cariño, necesito que estés tranquila. Tú solo tienes que tener claro que: Después de marcharte de casa diste un pequeño paseo, te relajaste y tras pensar bien lo que estabas haciendo, regresaste más o menos al mediodía. Si te pregunta por qué no contestaste o llamaste al ver que yo no venía, simplemente le dices: Porque estabas muy enfadada conmigo.

—Erlantz yo no sé si voy a po... —El timbre de la puerta corta su frase y se queda completamente pálida—. Erlantz, yo no... ¡Hay Dios mío, que van a pillarme!

—¡Alaia! Relájate. ¡No va a pasar nada!

—No, no, Erlantz yo no puedo...

—A ver amor, respira. —No puedo dejar de sonreír, es tan bonita e inocente—. Escucha, vete a la habitación y metete en la cama —El sonido del timbre la vuelve a hacer temblar—. No te preocupes, le diré que estás durmiendo.

Me da un pequeño beso y sale corriendo al dormitorio, mientras yo me dirijo a contestar al portero.

—Aarón sube. —Le abro el portal y corro a quitarme la ropa mojada, me envuelvo en una toalla justo a tiempo para abrirle la puerta—. Lo siento, pero me has pillado en la ducha.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Ponte cómodo, voy a vestirme.

Le dejo solo en el salón mientras me dirijo al dormitorio donde tengo toda la ropa, Alaia ya se ha metido en la cama y sonrío al ver que se ha tapado hasta la cabeza. Me visto y antes de salir me acerco y le doy un suave beso en su linda cabecita.

—Te quiero, preciosa. —No le doy tiempo a responder, salgo directamente a encontrarme de nuevo con Aarón—. ¿Una copa? —pregunto según entro en el salón.

—Gracias, me sentará bien. Ha sido un día duro y ya no estoy de servicio.

—¿Y bien? Tú dirás.

—Cuándo me has llamado para decirme que Alaia estaba en casa. ¿Dónde estabas?

—En casa, Ya te dije que vendría a comprobarlo. ¿Por qué?

—Entonces, estás seguro de que estaba en casa.

—Claro, estaba sentada a mi lado.

—Y ¿Conoces a un tal Julen Goikoa?

—Sí claro, es mi mejor amigo ¿Pero no me has dicho que no estabas de servicio? Esto parece más un interrogatorio que otra cosa —Sonrío levemente intentando quitarle hierro al asunto.

—Sí, no te preocupes. Solo intento descartar algunas cosas que se me han pasado por la cabeza. Todo esto es extraoficial.

—¿Y qué pasa con Julen?

—Pues que me consta que ha estado preguntando por Joseba durante toda la tarde.

—Lógico, ya te he dicho que Julen es mi mejor amigo y le pedí ayuda para encontrarlos.

Asiente, pero veo como su cabeza sigue trabajando. Dándole vueltas a toda la información que tiene. Me siento justo en frente suyo intentando aparentar una tranquilidad que no tengo, la verdad es que estoy seguro de que no tiene nada y le va a ser imposible descubrirnos. Pero el miedo siempre estará presente.

—¿Y Alaia?

—Se ha acostado, hemos vuelto a discutir.

—¿Estás seguro de que está en casa?

—¡Pues claro que estoy seguro! ¿Se puede saber qué coño es lo que pasa y por qué estás haciéndome todas estas preguntas? Alaia está en la habitación, y si no me crees pasa tú mismo y lo compruebas

—Poco a poco voy subiendo el tono de mi voz, demostrándole que no me gusta lo que está tratando de insinuar—. ¿Por qué debería mentir en una tontería como esa? ¿Tú crees que si ella no estuviese en casa yo estaría tan tranquilo sabiendo a lo que nos enfrentamos?

—Erlantz, hemos encontrado a Joseba.

—¿Qué? ¡Oh Dios, eso es estupendo! —digo poniéndome de pies y con una gran sonrisa en la cara—. Por fin ella está a salvo. Tengo que ir a decírselo. —Girándome hago el amago de ir a despertar a Alaia. La verdad es que creo que en estos momentos merezco un Oscar, mi actuación es tan perfecta que hasta yo me la creo.

—Erlantz espera. Siéntate.

—¿Qué pasa? —pregunto cambiando totalmente el gesto.

—Le han disparado.

—¿Qué? ¿Está muerto? —Niega levemente con la cabeza sin apartar los ojos de mí.

—Tiene dos disparos. Uno en una pierna y otro en el pecho. No tenemos claro que salga de esta, de hecho, está en coma.

—Te diría que lo siento, pero... realmente lo que siento es que no esté muerto, con todo lo que hemos pasado y lo que nos ha hecho sufrir. ¿Quién ha sido?

—No lo sabemos, lo encontraron en San Francisco, pocos minutos después de tu llamada.

—¿Y crees que Alaia...? —Asiente—. Pero eso es absurdo, ya te he dicho que estaba en casa.

—No lo sé, Erlantz, necesito hablar con ella, así que mañana al mediodía os espero en el despacho

—Se levanta y extiende la mano despidiéndose de mí—. No faltéis, os invitaré a comer, todo esto son solo suposiciones y por supuesto sigue siendo extraoficial.

Me acerco a ella intentando no hacer mucho ruido, ha sido un día demasiado largo y su pálido rostro demuestra que necesita descansar. Entro bajo las sabanas y no puedo resistir la tentación de rodear su delicado cuerpo con el mío. Mis piernas se entrelazan con las suyas y un leve suspiro sale de sus preciosos labios entreabiertos.

Dios, es tan bonita que no puedo retener a mis ávidos dedos deseosos de recorrer cada ápice de su piel, de surcar sus curvas y deleitarse con su delicioso tacto. Mi pulso se acelera poco a poco y la cabeza se hunde en el hueco de su cuello inhalando su perfecto olor a almendras dulces.

—¡Oh nena, no sabes lo que me has hecho pasar! —Mueve su cuerpo girándose hacia mí y una preciosa sonrisa ilumina su rostro adormilado.

—Te quiero —susurra invadiéndome la boca con la suya y haciendo que mi cuerpo se vuelva completamente loco por demostrarle mi amor.



CAPÍTULO 34

Alaia

Después de una larga y apasionada noche en la que las horas de sueño han sido más bien escasas, la mañana llega demasiado pronto, volviendo a llenarme de un terrible nerviosismo.

No puedo creerme lo que ha cambiado mi vida en tan solo unas semanas. Mi existencia era de lo más normal, soy una chica sencilla que se había dedicado a centrarse en sus estudios, en sus amigas y en ir de vez en cuando al gimnasio, sin llamar demasiado la atención. Mis padres siempre se han sentido orgullosos y han confiado en mí de una forma incondicional. ¿Qué pensaría mi padre si levantase la cabeza en estos momentos? Voy caminando de la mano de un impresionante chico, dirección de una comisaría, a prestar una declaración de la que, si no soy capaz de engañar al agente encargado del caso, seguramente terminaré acusada de intento de asesinato. Y lo peor de todo, es que sería una justa acusación. ¿Cómo voy a ser capaz de mirar a mi madre a la cara, sabiendo lo que he hecho? No me arrepiento de nada, es algo que tenía que hacer; ya que no estaba dispuesta a seguir viviendo con miedo hasta que la policía lo atrapase, si es que lo atrapaban antes de que él acabase conmigo.

Esta mañana, he llamado a Carlos y le he contado todo lo que ha ocurrido en estos dos últimos días. Además de ser el padre de mi mejor amiga y un buen amigo de la familia, al que prácticamente lo considero como un tío, es uno de los mejores abogados que existen y sé que me va a ser de mucha ayuda tanto emocional como legalmente.

Siento la mano de Erlantz apretar con cariño la mía, intentando transmitirme tranquilidad, pero mi corazón no deja de palpar de una forma incontrolada.

—No te preocupes preciosa, no va a pasar nada.

—Lo siento, pero es que no lo puedo remediar. Estoy demasiado nerviosa.

—¿Qué te ha dicho Carlos?

—Quería venir, pero le he convencido de que sería peor. Si Aarón lo interpreta más como abogado que como amigo puede pensar cualquier cosa.

—Ha sido buena idea, lo que me parece raro es que le hayas convencido tan fácilmente.

—Ah, no. No ha sido así de fácil. De hecho, he tenido que aceptar que Laura venga a comer con nosotros. Así estará seguro de enterarse de todo lo que hablemos durante la comida.

—Un buen punto por su parte, veo que a Carlos no se le pasa una.

—¿Qué? No te entiendo.

—No me digas que no te has dado cuenta —dice con una gran sonrisa en la cara.

—Erlantz, ¿de qué estás hablando?

—¡Ainss... mi pequeña inocente! —No puedo creer que en estos momentos se esté burlando de mí. Mis nervios poco a poco se van convirtiendo en enfado y estoy a punto de morderle—. ¿Pero no te has dado cuenta de cómo mira Aarón a Laura? Estoy seguro de que Carlos ha pensado que Laura será buena para mantenerle algo distraído de la conversación.

Abro los ojos como platos. ¿Qué Aarón mira a Laura? Hombre, la verdad es que es preciosa y no me extrañaría, pero de ahí a decir que va a ser una distracción. No sé, no lo tengo yo muy claro. Laura siempre es sincera con su padre y yo creo que ese ha sido el principal motivo de que él haya querido que esté presente.

—¡Ojalá fuese todo tan sencillo!

—¿Quieres apostar? —pregunta ampliando aún más su sonrisa y parándome casi delante de la comisaría.

—¿Estás tonto? Esto no es un juego —Intento que mi cara se quede lo más seria posible, pero sus ojillos de pillo hacen que mi sonrisa pueda más que los nervios.

—Anda, valiente... si tan segura estás. ¿Por qué no apuestas? —Sus manos rodean mi cintura y el cuerpo se estremece al notar la deliciosa cercanía del suyo—. ¿Tienes miedo a perder? —susurra tan cerca del oído que el roce de sus labios hace que mi piel se erice por completo.

Dejo bolar la imaginación y veo en mi cabeza todas y cada una de las cosas que sería capaz de hacerle si gano la apuesta que está proponiendo, y como de hecho estoy segura de ganar, porque es imposible que Aarón pierda los papeles por la simple presencia de Laura, estoy dispuesta a aceptar.

—Está bien. ¿Y qué propones? —Esta vez soy yo la que pone cara de pícara. ¡Dios, Sí... como lo voy a disfrutar!

Su carcajada suena por toda la calle, es increíble lo guapo que está con esa preciosa sonrisa en la cara. Daría lo que fuese por poder seguir viéndola y provocándola el resto de mi vida.

Sus manos ascienden poco a poco por mi cuerpo, acariciándome los brazos y rozando despacio los hombros hasta terminar apoyadas a cada lado de mi cara. Sus ojos abandonan los míos única y exclusivamente para perderse en mis labios y hacer que el corazón estalle de pasión.

—Creo —hace una pausa y se muerde excitadamente el labio inferior—, que los dos estamos pensando en el mismo tipo de apuesta —Roza sus labios con los míos de una forma tan suave y delicada que mis piernas tiemblan como cada vez que lo hace y siento la necesidad de sujetarme a sus perfectos brazos—. Así que... que gane el mejor.

Laura nos espera en la puerta de la comisaría, los nervios y las ojeras de su preciosa cara, me dicen que Carlos le ha contado algo de lo sucedido. Aunque no sé hasta dónde está enterada, no me preocupa mucho, porque confío por completo en ella y su discreción. Sé que es prudente y que nunca me pondría en un apuro, es bastante más rápida que yo a la hora de inventar una excusa o dar una respuesta y para muestra están todas esas veces que nos hemos librado de castigos gracias a su brillante cabecita.

—Hola bichito. ¿Cómo estás? —pregunto abrazándome a su pequeño cuerpo.

—¿Que cómo estoy? —susurra con los dientes apretados demostrándome su enorme enfado—. ¿Cómo cojones se te ocurre hacer una cosa así? ¿Pero es que te has vuelto loca? ¿No entiendes que...?

—Chssss... ¡Te quieres callar! Como te escuche alguien estoy perdida.

—¡Perdida vas a estar de todas formas! Te aseguro que de esta no te libras, porque, aunque me tenga que callar ahora, te aseguro que ya te pillaré y...

—Hola buenos días.

La masculina voz de Aarón nos sorprende en mitad del rapapolvo obligando a Laura a morderse la lengua y haciendo que su cara se comience a poner completamente roja del cabreo. Los ojos de Aarón se abren como platos al verla, y por primera vez me doy cuenta de que Erlantz tenía razón. Una pequeña sonrisa eleva la comisura de sus finos labios, el lento y descarado paseo de sus ojos por el cuerpo de mi amiga le termina de delatar por completo.

—Que sorpresa, no sabía que nos acompañarías —dice sin apartar la mirada de ella.

—Sí... yo... es que... —Jajaja, no me lo puedo creer. Laura sin palabras. Ahora es a mi a la que se le escapa la sonrisa. Vaya dos.

—¿Nos vamos, chicos? —Interrumpo a los tortolos—. Si no os importa es que ya me han dado el alta y esta tarde empiezo con un nuevo caso, además del de Erlantz. No me gustaría llegar tarde el primer día.

—Vamos, aquí cerca hay un buen sitio —responde Aarón cediéndole el paso a Laura para que vaya a su lado.

El restaurante no está más que a dos manzanas de la comisaría, tiene un pequeño comedor en el que

no hay demasiada gente y nos da la privacidad perfecta para poder hablar. El menú es variado y el olor que sale de la cocina es tan bueno que mis tripas han comenzado a rugir sin previo aviso. Tras pedir cada uno nuestros platos se crea un silencio incomodo del que nos saca Aarón con una pregunta directa.

—¿Quién de los tres fue?

—¿Qué? —preguntamos Erlantz y yo a la vez, completamente desconcertados.

—A ver... —Continúa juntando sus manos y apoyando la barbilla sobre ellas—. Ya os he dicho que esta reunión es extraoficial. Pero espero que entendáis que es mucha casualidad todo lo que ha pasado, y aunque estoy de vuestro lado y haré la vista gorda, no quiero que me toméis por tonto.

—No sé de qué estás hablando —le contesta Erlantz con gesto serio.

—¿Alaia?

Mi cabeza da mil vueltas y los nervios hacen que la pierna me empiece a bailar debajo de la mesa. Sabía que esto iba a pasar, no podía ser todo tan sencillo. Mierda, Dios, me van a meter en la cárcel por un maldito hijo de puta que lo único que ha hecho ha sido destrozar la vida de Erlantz. Mierda, mierda...

—Creo que no te entiendo —contesto casi sin aliento.

—Alaia, no me entiendes o no quieres entenderme.

—Pues sinceramente no lo sé. Esta mañana, me ha dicho Erlantz que anoche viniste a casa para asegurarte de que yo estaba allí. Por lo que tengo entendido a Joseba lo encontraron herido después de mediodía, para entonces yo estaba en la casa y eso tú ya lo sabes.

—¿Puedes demostrarlo? —Me quedo fría, esto se me está yendo de las manos,

—¿No decías que esto era extraoficial? Pues por el camino que llevas tiene más pinta de una acusación. Así que lo siento —digo poniéndome en pie—. La próxima vez que quieras hablar conmigo tendrá que ser con mi abogado delante.

—Estás sacando las cosas de quicio...

—Estaba conmigo —dice Laura de repente.

—¡No! No hagas esto Laura. —No puedo permitir que se involucre.

—Lo único que pasa es que Alaia no quería que yo estuviese en medio de todo esto y por eso no ha querido decirlo. Pero cuando salió de casa nos encontramos en la calle por casualidad, y al ver su estado de nervios me quedé con ella hasta que se relajó.

Los ojos de Aarón se clavan en los de Laura con una mezcla entre la devoción y la frustración, sus preciosos iris brillan intensamente intentando analizar todo lo que acaba de decir. Y sinceramente espero que no la crea...

—No sabes dónde te estás metiendo, y no voy a permitir que lo hagas —Acaricia su rostro sin poder apartar la mirada de los ojos de mi amiga.

—Me da igual lo que tú digas, yo sé que estaba con ella. Y si tú no lo crees tendrás que demostrarlo, pero eso sí, en un juzgado —Aparta bruscamente su cara y se pone en pie a mi lado—. Vámonos, aquí ya no hay más que hablar.

Y nos damos media vuelta dirigiéndonos sin titubear a la salida el restaurante, no nos despedimos, ni tan siquiera le volvemos a mirar. Lo único que hago es echar una pequeña ojeada intentando descubrir si Erlantz se levanta y viene tras nosotras. Pero veo que ahora es él el que habla.

El silencio, es lo único que nos acompaña a Laura y a mí. Tantas palabras por decirnos en estos momentos, que ninguna de las dos sabe por dónde empezar. Rozo su mano con mis dedos temblorosos, sé que está muy enfadada conmigo y que me va a caer una bronca tremenda. Lo tengo merecido y lo sé, pero no podría soportar que se alejase de mí. Es mi alma gemela, mi hermana, y siempre necesitaré un poco de ella.

Siento como sus dedos rodean mi mano y la aprietan firmemente, dándome todo su apoyo y haciendo que mi corazón vuelva a palpar de nuevo. En estos momentos me da igual todo porque sé que Erlantz y Laura estarán conmigo, pase lo que pase.

Giro la cabeza buscando a Erlantz. Aunque sé que estará bien y que no tendrá ningún problema con Aarón, lo necesito a mi lado. Quiero llegar a casa y sentirme arropada por dos de las personas más importantes de mi vida, necesito un momento de paz, y la siento justo en el momento que sus brazos rodean mi cuerpo nada más abrir la puerta del portal.

—Ya estoy aquí preciosa —Siento como la tensión de su cuerpo se relaja al tenerme entre sus brazos, pero veo la preocupación en sus ojos.

—¿Qué te ha dicho?

—Mejor lo hablamos en casa.

Asiento e intentando disimular mi malestar, me dirijo al buzón para sacar las cartas a las que no tengo ganas de prestarle demasiada atención. Pero lo único que encuentro es un papel medio arrugado y con una letra bastante penosa que me cuesta descifrar. Mi respiración se corta y tapándome la boca intento silenciar el sollozo, no puede ser. ¿Es que esto no va a terminar nunca? Mi cuerpo se tambalea y siento como Erlantz me rodea entre sus brazos, mientras Laura arranca el papel de mis manos.

“NO PIENSES QUE TE HAS LIBRADO. YO SÉ QUE HAS SIDO TÚ”.

Esto es increíble, no solo tenemos a Aarón detrás asegurando que, aunque sea extraoficialmente, sabe

que hemos sido nosotros los que hemos disparado. Sino que hay alguien que lo afirma y lo peor es que no tenemos ni idea de quién puede ser. Lo que está claro, es que no ha podido ser Joseba quién está detrás de todo esto, riéndose de nosotros una vez más. Él se encuentra en coma y bien custodiado en una de las habitaciones individuales del hospital. Y sé que en esta ocasión no van a quitarle la vista de encima ni por lo más mínimo.

Si tengo que ser sincera, no tengo muy claro si quiero que se muera y arda en el infierno o prefiero que despierte y le encierren en la cárcel eternamente. Sé que se supone que soy abogada y que tengo que luchar por la justicia, pero este viaje... creo que no me conviene demasiado, si se despierta, lo más seguro es que yo también pueda terminar entre rejas, porque si de algo estoy segura es que lo primero que hará será decir que lo hice yo, y a ver quién es el chulo que demuestra que lo hice en defensa propia.

Subimos a casa cabizbajos y sin decir una sola palabra, casi puedo escuchar cómo trabajan las cabezas de mi chico y de mi amiga buscando una solución a todo esto. Laura me sorprende con su fortaleza, siempre pensé que de las dos yo era la más dura, la que podía con todo. Pero verla entrar en la cocina de mi casa, sin vacilar, sin dudas, mientras yo estoy tan destrozada me hace ver lo equivocada que estaba.

—Prepararé unos tragos, creo que todos lo necesitamos. —Y desaparece tras la puerta.

—¡No me lo puedo creer! ¿Quién cojones os ha visto? Piénsalo Alaia, tienes que saber quién es —dice Erlantz dejándose caer en el sofá.

—No tengo ni idea...

—¡No me digas que no tienes ni idea, joder! ¡Piensa un poco, alguien habría o con alguien habrías hablado! ¡Piensa, joder, piensa! —grita y sus manos se mueven con fuertes aspavientos demostrando lo enfadado que está—. ¡Haz un puto esfuerzo para intentar sacar tu culo de todo esto!

No puedo creer lo que estoy escuchando, está haciéndome tanto daño que mi cuerpo no puede más y me derrumbo de rodillas en el suelo, esto es demasiado y lo único que quiero es que termine de una maldita vez.

Erlantz, desolado se deja caer del sofá arrodillándose a mi lado y acariciándome el rostro con ternura, abrazándome con fuerza, prácticamente hasta dejarme sin respiración y hundo la cabeza en el hueco de su cuello rompiendo a llorar sin consuelo.

—Lo siento, lo siento... perdóname por favor... —Me aprieta más fuerte todavía, haciendo que de mi garganta salga un leve quejido. Afloja su agarre al darse cuenta de que me hace daño y levanta mi cara rodeándola con sus manos para que le mire directamente a los ojos—. Lo siento preciosa, no he querido gritarte así, pero es que todo esto se me está yendo de las manos y en un momento he visto que te perdía a ti también. Y no te puedo perder, a ti no... lo entiendes ¿verdad? Si esa persona te delata...

La tristeza en sus ojos me parte el alma, ya ha pasado por demasiado y no se merece seguir sufriendo. Alzo la mano deshaciéndome de la triste lágrima que cae por su mejilla, mientras acerco muy despacio mis labios a los suyos.



CAPÍTULO 35

Erlantz

Las horas van pasando muy lentas y no encontramos manera de solucionar todo este lío. Alaia se ha acostado un rato, tras llamar a su trabajo para avisar que no se encuentra bien. Laura ha decidido ir a hablar con su padre, para tenerle informado de todo lo que está pasando. Y yo, tras dar más de mil vueltas al pequeño salón y mandar un WhatsApp a Julen diciéndole que tiene que venir urgentemente, decido ir a acostarme con mi pequeña. Necesito su contacto, necesito sentir el calor de su cuerpo en el mío, necesito su aliento en mi cara rozando mi piel y haciéndome saber que está aquí y que nadie va a arrebátarmela.

Me acuesto a su lado y acaricio su precioso pelo rojizo, los tímidos rayos de sol que entran por la persiana mal bajada se reflejan en él, haciendo que brille más que de costumbre. Acercó mi cuerpo al suyo y escondiendo la cara entre su pelo, inhalo profundamente, dejándome envolver por su delicioso aroma. Los ojos se me van cerrando poco a poco, sumido en este mínimo tiempo de tranquilidad hasta que dos fuertes golpes en la puerta me alejan de esa pequeña estancia en el paraíso.

Abro la puerta esperando encontrarme a Julen, pero lo único que encuentro es otra hoja arrugada en el felpudo de la casa.

“ME IMPORTA UNA MIERDA LO QUE LE PASE A ESE CABRÓN, SOLO QUIERO QUE CUMPLAS TU PROMESA.

TIENES CUARENTA Y OCHO HORAS. SI NO CUMPLES IRÉ A LA POLICÍA”.

Me quedo perplejo. ¿Cumplir su promesa? No tengo ni idea de que va todo esto, pero como no lo descubramos pronto, estamos jodidos.

Vuelven a sonar golpes en la puerta y corro decidido a descubrir quién es el cabrón que está detrás de todo esto, pero este viaje es a Julen a quien encuentro frente a mí.

—Esto no es buena idea, se supone que no deberíamos estar en contacto en unas semanas.

—Lo sé, pero la situación ha cambiado.

—¿Qué pasa?

—¿Te has cruzado con alguien mientras subías?

—No, me he asegurado de que nadie me viese. —responde con completa seguridad.

—¿Y has visto a alguien saliendo del portal?

—No, ¿Pero puedes decirme qué coño está pasando? Y ¿Vas a dejarme entrar o vamos a seguir manteniendo esta conversación en la puerta?

Le dejo entrar y tras cerrar la puerta me dirijo a la cocina a por dos cervezas, le entrego la suya y me siento en el sillón justo en frente de él.

—Ufff... mierda tío, esto se nos está yendo de las manos...

—¿Dónde está Alaia? ¿Está bien?

—Bueno, está descansando. —Paso las manos por el pelo completamente frustrado—. La verdad es que lo necesita, esto está siendo demasiado para ella. No está acostumbrada a esta mierda tío... Y toda la culpa es mía... si no la hubiese dejado ser mi abogada nada de esto habría sucedido

—A ver, a ver. ¿Me quieres contar de una puta vez que es lo que está pasando?

Me pongo en pie y comienzo a dar de nuevo pequeños paseos por el salón. Lo siento, pero es que no lo puedo remediar. Son tantas cosas las que están pasando y tan pocas las soluciones que prácticamente me estoy volviendo loco.

—Esta mañana hemos estado con Aarón, es el oficial que está llevando nuestro caso.

—Bien, es lógico. Si ya tienen a Joseba, es normal que os tengan que informar.

—No lo entiendes. Era una cita extraoficial.

—¿Y? Joder tío ¡Quieres soltarlo ya!

—¡Que sabe que hemos sido nosotros! Sabe perfectamente que tú estuviste buscando a Joseba y no se ha creído que Alaia estuviese en casa cuando le llamé.

—¿Y todo eso de dónde lo ha sacado?

—Qué más da, la cuestión es que lo sabe...

—Vale, es una putada. Pero te dije que era extraoficial, ósea que no os piensa denunciar.

—Me ha dicho que a pesar de no estar de acuerdo con lo que ha pasado, está seguro de que él hubiese hecho lo mismo y está seguro de que fue Alaia la que apretó el gatillo. No tiene pruebas y ha asegurado que no va a hacer ningún tipo de esfuerzo para encontrarlas, pero tampoco va a ocultar nada.

—Entonces no sé dónde está todo el problema, nos hemos cubierto bien las espaldas. No van a encontrar nada.

Cojo los papeles arrugados de la mesa y sentándome a su lado le entrego el primero.

—Cuando hemos llegado a casa, esto estaba en el buzón. —Coge la nota y tras leerla un par de veces se pone en pie y esta vez es él quien no puede dejar de dar vueltas al salón.

—Hijo de puta... no sé quién coño es, pero te puedo asegurar que allí no había nadie. Tiene que ser alguien al que preguntamos. Tu chica es demasiado llamativa con esa melena rubia y esa ropa tan sexi. La verdad es que se podía haber camuflado un poco.

Mis ojos se abren como platos y la verdad es que no puedo evitar que una pequeña carcajada salga de mi boca. No puedo creer que después de haber pasado un día entero con ella no se haya dado cuenta.

—Sí, tienes razón —Decido no sacarle de su error, ya lo descubrirá él solito cuando Alaia se despierte—. Pero no pienso que eso haya sido el motivo —continúo entregándole la segunda hoja.

—¿Una promesa? ¿Quién piensa Alaia que puede ser? Mientras estuvo conmigo te aseguro que no le prometió nada a nadie.

—No lo sabe, todavía no la ha visto.

—¿Qué es lo que no he visto? —dice Alaia con la voz un poco ronca por el sueño y apareciendo por el salón mientras estira su precioso cuerpo.

Reacciono de forma automática, voy hacia ella y envuelvo su cuerpo entre mis brazos disfrutando del placer y la paz que me da el tenerla tan cerca.

—¿Qué tal estás, has podido descansar algo?

—Bueno, un poco.

Giro para dirigirme hacia el sofá con mi chica entre los brazos y no puedo evitar reírme al descubrir a Julen con los ojos casi tan abiertos como la boca e incapaz de decir una sola palabra.

—Julen ¿Estás bien? —Le pregunta Alaia sin entender que le pasa.

—Tú... —Y la señala incapaz de decir nada más.

—Julen me decía... —digo cuando consigo deja de reírme—. Que te podías haber camuflado un poco, que eres demasiado llamativa con tu pelo rubio y tu ropa sexi... —Y sin poder evitarlo empiezo a reír de nuevo.

—Y por su cara, veo que no le has sacado de su error —Le mira tímidamente y estira su mano para que él la coja a modo de presentación—. Hola soy Alaia, y como puedes ver —se señala—, ni rubia, ni sexi. Y ahora que ya lo hemos aclarado, podéis decirme que es lo que yo no he visto.

Julen le extiende la hoja arrugada que es exactamente igual que la que encontró en el buzón. Veo como las manos le tiemblan y duda un momento antes de cogerla.

—¿Dónde estaba?

—Llamaron a la puerta y la encontré en el felpudo.

La lee y nos mira sin entender nada, cierra sus ojos y casi escucho los engranajes de su cabeza girando mientras le da vueltas, imagino que pensando a quien le ha prometido algo.

—Alaia —Julen llama su atención agarrando sus manos y acariciándolas en un intento de tranquilizarla mientras mis puños se tensan por los celos—. Tienes que pensar quien puede ser, no puede haber mucha gente a la que le hayas prometido algo y que esté relacionada con toda esta mierda.

—¡Pero es que yo no le he prometido nada a nadie!

—Sé que mientras estuviste conmigo no, ¿pero antes? Tienes que pensar todo lo que hiciste hasta encontrarte conmigo.

Vuelve a centrarse tratando de recordar, de adivinar quién coño puede ser el que nos esté fastidiando ahora, la agarro de la cintura separándola de las manos de Julen y sentándola sobre mi regazo. Subo mis manos por sus brazos, notando como su piel se va erizando a mi paso y las dejo sobre sus hombros comenzando a masajearla suavemente.

—Cierra los ojos y relájate. Lo único que tienes que hacer es visualizar todo lo que hiciste desde que saliste de casa. Que, por cierto, ya me contarás como lo hiciste —Gira su cabeza y me mira con ojos risueños.

—Creo que preferirás no saberlo —Y me da un casto beso en la mejilla.

—Bueno chicos, yo creo que debería de irme ya. Piénsalo preciosa, y cuando sepáis algo nuevo hablamos. Yo intentaré averiguar algo por la calle.

Y sin decir una palabra más, se va cerrando la puerta tras él. Mis manos siguen masajearlo a mi pequeña princesa y ella deja caer su cabeza sobre mi pecho.

—No quiero que te fuerces, solo relájate...

Acaricio de nuevo sus brazos, pero esta vez descendiendo en pequeños círculos disfrutando de cada milímetro de su preciosa piel. Noto como su respiración empieza a entrecortarse según voy metiendo lentamente los juguetones dedos por la parte baja de su camiseta y la suavidad de su terso estomago hace que mi pulso comience a acelerarse.

Subo la camiseta provocando un pequeño jadeo que brota de su garganta, eriza mi piel y hace que los dedos tiemblen de anticipación. Poco a poco va elevando sus brazos y yo me deshago de su camiseta dejando ante mis ojos la imagen más perfecta que hayan podido ver nunca. Su pelo, su cuello, su piel...

La giro entre los brazos y mis labios se pierden en su boca saboreando el delicioso elixir, bailando lentamente con nuestras lenguas y venerando su calidez, mientras sus dedos se enredan en mi pelo acercándome a ella aún más si cabe. Dejo descender la boca por su estilizado cuello, dibujando un pequeño sendero de besos que es perseguido tímidamente por mis dedos aún temblorosos.

—Te quiero.

Susurro, acariciando su piel con mis labios mientras la tumbo suavemente sobre el sofá y continúo el delicioso descenso adorando cada centímetro de mi diosa. Inhalo su perfecto olor y la lengua se entretiene surcando cada curva de su cuerpo, al tiempo que me deshago ágilmente de su molesto pantalón.

Mis ojos se pasean por su cuerpo, disfrutando de la perfecta imagen que tengo ante mí, grabando en la retina cada milímetro de piel y enamorándome aún más de ella. Si pudiese parar el tiempo, si pudiésemos elegir un momento de nuestra vidas del que no movernos jamás, este sería sin duda mi momento.

Sus manos comienzan a moverse acariciándome el rostro, los dedos temblorosos delinean mis facciones con adoración y cuando se siente satisfecha descienden por mi cuello erizándome aún más la piel. El corazón se acelera al sentir el cosquilleo creado por su roce y sentir la delicadeza de sus manos por mi pecho, hace que la excitación aumente.

Lamo el precioso pezón que hipnotiza mis ojos, lo saboreo y succiono mientras su espalda se arquea ofreciéndome su placer. Lo muerdo con delicadeza, provocando que de su garganta brote un gemido tan erótico que mi erección está a punto de estallar. Necesito su roce, su calor. Sin poder evitarlo, sigo descendiendo y deshaciéndome de su pequeño pantalón, mi boca se hace agua al descubrir un diminuto tanga de encaje. Paso la lengua sobre él, rozando el perfecto botón de su placer y mis manos se enredan a su tira arrancándola sin miramientos y dejando tan ansiado tesoro expuesto ante mis ojos.

Rozo con adoración sus pliegues y vuelvo a inhalar el delicioso elixir de su cuerpo, provocando que mi ansiosa lengua no se pueda resistir a degustar su sabor. Retuerce su cuerpo entregándose a las caricias enredando sus dedos en mi pelo acercándome aún más, presionando mi boca ante su deseo y gimiendo de placer, volviéndome loco.

Mi cordura desaparece al mismo tiempo que la ropa y sin poder apartar mis ojos de su preciosa mirada, la hago mía lentamente, memorizando cada centímetro, cada poro de su piel. Sintiendo el

calor de su cuerpo mientras nuestras almas se funden para tocar el cielo como nunca antes.



CAPÍTULO 36

Alaia

Los rayos de sol que entran por la ventana provocan que tenga que abrir los ojos muy despacio y la imagen que aparece ante mí, hace que mis labios se curven hacia arriba creando una de las pocas sonrisas que soy capaz de tener últimamente.

Erlantz duerme a pierna suelta a mi lado, su perfecto y relajado cuerpo, llena mi cama haciéndola parecer más pequeña. Los músculos perfilados de su brazo rodeándome con firmeza la cintura haciendo casi imposible que pueda mover, aunque la preciosa sonrisa que aparece en su apetitosa boca es la que realmente me tiene atada a la cama.

Hemos pasado una noche increíble, después de hacer el amor en la sala, Erlantz me trajo entre sus brazos y dejándome suavemente sobre la cama realizándome el mejor masaje que me haya podido hacer nunca. Sus manos se deslizaban delicadas por mí, presionando en los lugares exactos y haciéndome olvidar nuestros problemas por una noche. Su cuerpo cálido sobre el mío, su húmeda boca recorriendo las curvas y sus dedos bailando sobre mi piel terminaron en una noche apoteósica.

Pero como es habitual últimamente en mi vida, la felicidad dura lo mismo que un suspiro y el recuerdo de las malditas notas llega hasta mi cabeza como un jarro de agua fría. Alguien sabe lo que he hecho, alguien al que se supone hice una promesa y que no tengo la más mínima idea de quién puede ser.

Cierro los ojos para concentrarme y retroceder en el tiempo. Las imágenes de todo por lo que hemos pasado en estos días van pasando poco a poco, hasta que... de repente mi cuerpo se tensa al recordar cierto momento en el que le hice algo parecido a una promesa a alguien.

—¿Qué te pasa? Te has puesto tensa de repente —dice Erlantz con la voz demasiado ronca por el sueño.

—Creo que sé quién es.

—Que sabes quién es ¿Quién?

—Ya sé quién ha mandado las notas, lo que no entiendo es como me ha localizado —respondo mientras cambio de postura sentándome en la cama. Sus ojos se abren como platos y al darse cuenta de lo que estoy hablando de un bote se sienta frente a mí agarrándome de las manos.

—¿Quién es?

—Pues el día que me fui, después de darle muchas vueltas decidí entrar en un... —El teléfono suena cortando mi respuesta. Giro para cogerlo de la mesilla y se lo entrego a Erlantz con manos temblorosas al descubrir que es Aarón.

—Buenos días, Aarón —responde apretándome la mano en un intento de tranquilizarme—. Sí, no te preocupes —Se calla y sigue escuchando lo que Aarón le va diciendo—. Ufff... pues no lo tengo muy claro, déjame que lo piense —Otro silencio y mi corazón se va acelerando al ver como la cara de Erlantz se va poniendo cada vez más pálida—. Está bien, en un ratito te llamo y te digo algo.

Le veo colgar el teléfono, pasa las manos desesperadas por su pelo y sus ojos nerviosos se centran en los míos sin saber cómo contarme lo que Aarón le haya dicho.

—Sin paños húmedos, por favor.

—Joseba se ha despertado.

El corazón se para de repente, no puede ser. Las lágrimas invaden mis ojos al descubrir que esto es el final de todo. Mi trabajo, mis sueños de tener una vida plena, rodeada de todo lo que te hace disfrutar de una existencia llena de emociones y amor. Todo, absolutamente todo se ha ido a la mierda, porque estoy segura de que lo primero que hará Joseba será decir quién fue el causante del disparo. Y por fin habrá conseguido separarme de Erlantz y hundirme la vida, más que si hubiese apretado el gatillo el día que tuvo la oportunidad de hacerlo.

—¿Cuándo? —Es lo único que soy capaz de decir.

—Hace una hora —Acaricia mi rostro llevándose las lágrimas que han comenzado a descender por él—. Dicen que no creen que pase de esta noche, le han intentado interrogar, pero se ha negado a decir nada. Ha dicho que no hablará a no ser... —Cierra los ojos y apoya su frente en la mía haciéndome sentir todavía más cerca de él, desde aquí puedo sentir su corazón acelerado y notar lo nervioso que está.

—A no ser ¿qué? —pregunto impaciente casi ya sin aire en los pulmones.

—A no ser que yo esté presente.

—¿Qué? ¡NO! ¡Eso no puede ser, no puedes hacer eso! ¡Es de locos!

—Alaia, relájate. Solo me lo estoy pensando, no pueden obligarme.

—¡Es que el simple hecho de que te lo pienses, ya es una locura! ¡Es que no lo ves! Esa será la última oportunidad de hacerte daño que tendrá. ¿No os dais cuenta de que ya no tiene nada que perder?

—No lo sé Alaia, necesito verle. Necesito saber quién es realmente y por qué está haciéndome todo esto. Lo entiendes, ¿verdad?

—Y tú entiendes que si solo piensa hablar cuando estés, cabe la posibilidad de que, si muere sin que hayas ido, nadie más que el sujeto de las notas sabrá quién le ha disparado.

Veo como su cabeza trabaja dando vueltas y más vueltas. Su mandíbula se aprieta y sus ojos escapan de los míos demostrándome que ya ha tomado una decisión. Una decisión que sé perfectamente que no va a gustarme.

—Alaia, tú sabes que te quiero. Te quiero con toda mi alma y nunca haría nada que te pusiese en peligro, pero entiéndeme, necesito saber porque yo, y además si quisiese delatarte ya lo habría hecho. Tendría que demostrarlo y sé que no lo podrá hacer.

—¿Y tú? ¿Y si es otra trampa de las suyas? Seguro que tiene algo planeado, ese hijo de puta no se morirá sin intentar llevarte con él. ¿No lo entiendes?

—¿Pero por qué? —grita completamente frustrado—. ¿Por qué yo?

—Porque está enamorado de ti —susurro ya sin fuerzas.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¡No sabes lo que estás diciendo!

Con el cuerpo tenso y la mirada fría sale de la habitación dando un portazo. Creo que esta conversación la teníamos que haber tenido antes, debí contarle todo lo que sé, pero me consta que el médico les aconsejó no preguntarme nada sobre el secuestro y después han ido surgiendo tantas cosas, que nos han hecho no tener tiempo para hablar de todo esto.

No sé si algún día podremos tener esta conversación o será Joseba directamente el que le confiese toda la verdad, pero ¿cómo puedo decirle que todo ha sido por amor? No sabría cómo explicarle que sus padres murieron por un amor envenenado, por un amor loco y egoísta. Un amor sin corazón.

Oigo correr el agua de la ducha y sin pensármelo dos veces entro en el baño dispuesta a abrazarme a su espalda, mientras la fuerza del agua relaja nuestros cuerpos, llevándose todas las malas vibraciones de la mañana.

—Lo siento pequeña. No quería gritarte, pero es que...

—Shussss... déjalo, los dos estamos demasiado nerviosos.

—Lo sé cariño, pero es que no entiendo porque has dicho eso —dice mientras se gira y me acerca a

su pecho envolviéndome entre sus brazos.

—Hay muchas cosas que yo sé y tú no, cosas que él dijo cuándo me llevó a aquella fábrica y que por circunstancias no hemos tenido oportunidad de hablar.

—¿Te dijo por qué hacía esto? —Asiento.

—Ya te he dicho que está enamorado de ti.

—¿Pero cómo puede ser? Si ni siquiera le conozco...

—Pues parece que él a ti sí. Y desde hace demasiado tiempo.

—¿Cómo que demasiado tiempo? ¿Por qué lo sabes, que más te contó? —Inspiro profundamente intentando encontrar alguna fuerza interior que me ayude a contarle todo lo que sé. Pero justo cuando voy a empezar me interrumpe—. No, espera. No digas nada. Quiero oírlo de su propia boca.

Sale decidido de la ducha no sin darme antes un rápido beso, envuelve la pequeña toalla a su cintura y dejándome con la boca abierta me guiña uno de sus preciosos ojos.

—En cuanto sepa algo te llamo.

—¡No, espera! Quiero ir contigo —Cierro el grifo y salgo lo más rápido que puedo de la ducha dirigiendo mis pasos hacia él.

—Ni lo sueñes preciosa. Una cosa es que me arriesgue yo, pero a ti no te quiero ni a un kilómetro de él.

—Pero yo...

—Lo siento, pero no vienes —Y sin darme opción a replica termina la conversación dejándome sola en el baño.

Le persigo por la casa mientras se viste, intentando convencerle de que no vaya o por lo menos que me deje contárselo para que esté preparado ante semejante desequilibrado. Pero lo impide y no tarda ni diez minutos en salir de casa sin darme opción a nada. “Si piensa que voy a quedarme aquí encerrada mordiéndome las uñas y sin hacer nada, mientras él se enfrenta al desgraciado de Joseba, va listo”.

Cojo el móvil y rápidamente le mando unos WhatsApp a Laura pidiéndole todas las cosas que necesito, el resto, ya se lo contaré cuando llegue con ellas. No tengo muy claro cómo lo voy a hacer, pero mientras Erlantz se enfrenta a sus problemas, yo me enfrentaré a los míos e intentaré descubrir si el autor de las notas es la persona que yo creo.

Solo espero que Laura me apoye en esto, no quiero meterla en ningún lio, pero es la única manera que encuentro de poder seguir adelante, llamaría a Julen porque sería más seguro llevarle a él conmigo; aunque estoy segura de que lo primero que haría sería llamar a Erlantz, contarle mis planes y ponerse los dos de acuerdo para no dejarme hacerlo.

Por fin, el timbre de la puerta suena y abro decidida. Estoy deseando poder salir de casa tras planear con Laura todo los pasos que daremos para que salga a la perfección, pero me quedo paralizada al encontrarme el enorme cuerpo de Julen al otro lado.

—Hola preciosa.

—Hola —consigo decir sin apartarme de la puerta—. Erlantz no está.

—¿Y por ese motivo no me vas a dejar entrar? —Y una enorme sonrisa aparece en su cara.

—Yo... lo siento, pero es que esperaba a otra persona y me has descolocado.

No puedo dejarle entrar, Laura está a punto de llegar y si Julen se da cuenta de todo lo que trae, sabrá lo que tengo intención de hacer y todos los planes se irán a la mierda.

—Alaia, ¿qué está pasando? —Mis ojos nerviosos se desvían de su mirada interrogante.

—Nada. Solo es que estoy esperando a mi amiga para salir y como no te esperaba, me ha sorprendido encontrarte en la puerta. Eso es todo.

Avanza y delicadamente me aparta de la puerta, abriéndose el paso que hasta ahora yo no le he cedido.

—A ver pequeña, no sé con qué tipo de gente estás acostumbrada a tratar, pero te aseguro que a mí no vas a engañarme tan fácilmente. Tus ojos te delatan preciosa.

—No sé de qué estás hablando —le digo siguiéndole por la sala hasta que por fin se sienta en el sofá.

—Cuéntamelo.

—¿El qué?

—Lo que estés planeando.

—No sé de qué hablas.

—¿Te has acordado, verdad? Ya sabes quién es.

—No, Julen, deja de inventar. Solo estoy esperando a mi amiga —Le doy la espalda tratando de que no descubra la mentira en mis ojos.

—Muy bien, pues llamaré a Erlantz y le contaré lo que pienso —Su sonrisa se vuelve a ampliar sabiendo que me ha pillado. “Será capullo”.

—¡No! —suplico a la vez que el timbre vuelve a sonar—. Te lo cuento si prometes que no llamarás a Erlantz —Él asiente y me dirijo a abrir la puerta encontrándome este viaje, el rostro preocupado de mi amiga.

—¿Me puedes contar que es lo que estás planeando esta vez? —pregunta muy acelerada mientras

entra en casa sin percatarse de la presencia de Julen—. Upss... lo siento, no sabía que estuvieses acompañada.

—No te preocupes, si al final os lo voy a tener que contar a los dos de todas formas. Laura este es Julen, un amigo de Erlantz y quien me ayudo con... bueno, da igual. Julen esta es Laura, mi mejor amiga.

Los ojos de Julen descienden lentamente por el cuerpo de mi amiga, a la vez que se pone de pies y se acerca a ella, dándole dos suaves besos en sus sonrojadas mejillas.

—Es un verdadero placer.

—Igualmente —Y se sienta en el sofá más alejado que encuentra de él.

—Bueno, pues viendo que estáis tan interesados en saber mis planes y que hasta que os los cuente no dormiréis tranquilos, lo voy a hacer. Pero, tenéis que prometer que no le vais a ir con el cuento a Erlantz, ya que no quiero meterle en otro problema —Los dos asienten y no demasiado convencida, comienzo a contarles mi medio preparado plan.

—¿Y qué piensas hacer cuando le tengas delante? —pregunta Laura nada convencida del plan—. ¿Cómo vas a saber que es él quien te está amenazando?

—¡No sé! ¡Joder, dame una tregua! O una idea, me da igual... ¡Es que tiene que ser él, es al único que le prometí algo!

Julen se levanta y acuclillándose delante de mí, sujeta mis manos acariciándolas con sus pulgares.

—No queremos presionarte, lo único que queremos es que te des cuenta, en dónde te quieres meter de nuevo, y que veas que no es tan fácil. No te puedes ir enfrentando a la gente así sin más.

—¡No me estoy enfrentando sin más! —Suelto sus manos y cubro mi cara desesperada—. Sabía que no tenía que contároslo, que os pondríais en mi contra.

Noto como Laura se sienta a mi lado y rodearme con sus pequeños brazos me da fuerzas como siempre. No tengo hermanos ni primos, pero la verdad es que nunca me han hecho falta. Laura se instaló en mi vida cuando tan solo teníamos cinco años, apareció un día de repente con su preciosa sonrisa y sus traviosos ojillos del color del mar. Su padre y el mío se hicieron socios e íntimos amigos, dándonos de esta manera la oportunidad de ser algo más que amigas, incluso diría que hasta más que hermanas. Somos simplemente, dos almas gemelas que se han encontrado y han unido sus corazones creando un vínculo irrompible, sea cual sea la circunstancia.

—Nadie está en tu contra, lo que pasa es que creemos que hay que perfeccionar este plan.

Poco a poco, voy levantando la cabeza sorprendida de lo que acabo de oír, la verdad es que esperaba un gran discurso en el que el mundo estaba en mi contra, impidiéndome hacer lo que necesito para acabar con todo esto. Esperaba gritos de enfado llamándome loca y amenazándome con contarle todo a Erlantz y acabando por completo con mis planes, pero no. Mi preciosa amiga vuelve

a sorprenderme, y por lo que veo también a Julen, que la mira con los ojos muy abiertos y desconcertados.

—A ver, a ver, a ver... —dice sin poder ni pestañear—. ¿Cómo que hay que perfeccionar el plan? ¿Os habéis vuelto locas? No hay que perfeccionarlo, lo que hay que hacer es olvidarlo. Esto es una locura.

—Sí, es una locura en la que tienes dos opciones —le dice Laura muy seria—. O nos ayudas y creamos un plan perfecto en el que Alaia pueda salir intacta o te vas ahora mismo por esa puerta y, por supuesto te olvidas de todo esto, sobre todo de llamar a tu amiguito para contarle nada.

—Mira canija, a mí no te me pongas chulita porque...

—¿¡Porque qué!?! —le responde poniéndose de pies y sacando pecho muy amenazante.

Los ojos de Julen se pasean despacio por el cuerpo exaltado de mi amiga, haciendo que esta se enfurezca aún más y su pequeña mano se estampe sonora en la mejilla, soltándole tal ostia que Julen no puede evitar caer de culo, ya que seguía acuclillado a mi lado.

Me quedo pálida ante la reacción de mi amiga, nunca la había visto así. Laura siempre ha sido guerrera, nunca ha dejado que la mangoneasen, ni pasasen sobre ella; pero en la vida la había visto pegar a nadie.

Las risas de Julen logran sacarme de mi conmoción y veo como acaricia la mejilla enrojecida.

—¡Joder, canija! Creo que hay otras formas de convencer a la gente.

—Sabes perfectamente que no ha sido por eso. ¡Y no me vuelvas a llamar canija, si no quieres recibir otra!

—Vale, vale, tigresa. —Retrocede sonriente y con las manos en alto pidiendo paz.

Laura aprieta sus puños y reprimiéndose para no darle otra torta, sale casi corriendo del salón y se encierra con un portazo en el baño.

—Te la estás jugando y no sabes cómo —le aviso con una pequeña sonrisa y ayudándole a levantarse del suelo.

—Pues no sé por qué —Su sonrisa se amplía y veo como hasta sus ojos se iluminan.

—¿Quieres centrarte por favor? Julen, necesito que me ayudes. Yo sé que el plan no es bueno, ni está elaborado, pero entre los tres podremos hacerlo.

—¿También sabes que si Erlantz se entera me matará?

—Bueno, eso déjalo de mi mano.

—Está bien, pero como se entere pienso decirle que me has amenazado.

Vemos como Laura sale del baño y se nos une algo más relajada.

—Julen ha aceptado ayudarnos —Le informo intentando que olvide todo lo ocurrido.

—Me parece bien. ¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Solo necesitamos saber si de verdad es él, en el momento que te lo confirme yo me encargo. Le conozco hace demasiado tiempo y sé perfectamente como convencerle.

—¿Estás seguro? Una cosa es que me ayudes y otra que te metas en problemas.

—No te preocupes, ese bicho no será ningún problema para mí.

Diez minutos después, Laura y yo, muertas de la risa y completamente caracterizadas, nos reunimos con un paciente Julen que nos espera en el salón. Sus ojos se abren como platos, creo que está a punto de llevarse otra torta al no poderlos apartar del perfecto cuerpo de mi amiga. Y es que no me extraña, el apretadísimo pantalón de cuero y el corpiño negro de encajes, hacen que sus curvas se realcen todavía más haciéndola parecer una preciosa diosa del sexo. La larga peluca roja hace de sus facciones se endurezcan y que a Julen le cueste hasta tragar saliva.



CAPÍTULO 37

Erlantz

Giro la muñeca haciendo que mi princesa vuele como el viento, sentir el aire en la cara y ver cómo voy dejando atrás las casas, los árboles y el tiempo, es lo único que consigue apaciguar este nudo que tengo en el estómago. Dejar a Alaia sola en casa después de la noche que hemos tenido, me ha costado un mundo. Separarme de su cuerpo, de su cálido aliento rozando mi piel y abandonar el suave tacto de sus dedos sobre mi cuerpo calentando cada centímetro que toca, no ha sido nada fácil. Pero si quiero poder seguir disfrutando de ella, de esa maravillosa sensación que recorre mi ser al introducirme en el suyo y sentir como oprime llevándome al séptimo cielo al conseguir su clímax, tengo que arreglar toda la mierda que ese desgraciado ha introducido en mi vida. Y la única manera que tengo de hacerlo es enfrentándolo.

Sé que le he dicho a Alaia que me iría directamente al hospital a enfrentarme con la rata que se ha llevado la vida de mi niña y ha intentado arrebatarme lo que más quiero en este mundo. Pero la verdad es que no tengo el valor suficiente. Necesito pensar, ver las cosas de distinta manera e intentar asumir que es lo que voy a encontrarme.

Acelero más y más, perdiendo la noción del tiempo, sin un rumbo fijo; la única imagen que aparece en mi cabeza y hace que todo lo demás no importe, dándome la paz que necesito para ser la persona que tengo que ser, vuelve a ser su precioso rostro. Sé que quería venir y estar a mi lado en este momento tan difícil, pero no podía arriesgarme. Estoy seguro de que ese desgraciado tiene algo planeado y sé que no se va a ir al otro mundo sin intentar su obra maestra. Por mi parte, no se lo pienso poner fácil, puede acabar conmigo si quiere, pero no pienso dejar que ella esté ni tan siquiera en el mismo edificio que ese hijo de puta.

Inconscientemente, aparezco en la puerta del hospital donde enfrentaré por última vez al desgraciado

de Joseba. No tengo idea de quién es, ni por qué me está haciendo todo esto. Si he aceptado a encontrarme con él, ha sido para descubrirlo y poder borrarle de mi mente para siempre. Así que lleno los pulmones de aire intentando tranquilizarme y adentrándome en el edificio donde por fin todo terminará.

—Ya te ha costado —dice una voz que en el último tiempo oigo más de lo que me gustaría.

Giro la cabeza y encuentro al agente Aarón sentado en uno de los sillones de espera.

—Si, la verdad es que lo he tenido que pensar.

—¿Y ya lo tienes claro?

—Pues no demasiado. Solo espero que sirva para algo.

—Estoy seguro —dice dándome una pequeña palmada en la espalda a la vez que me acompaña por el pasillo—. Tenemos que tomar algunas medidas, después de todo lo que ha hecho no nos fiamos demasiado de él.

—¿Y de qué se trata?

—Bien, en ningún momento te quedarás a solas con él, no le tocarás, ni te acercaras a menos de dos metros, estamos seguros de que tiene algo planeado y hay que estar con mil ojos.

— De acuerdo.

—Y por supuesto, tienes que ser consciente de que toda la conversación será grabada, así que piensa muy bien lo que vas a decir en todo momento. Ya te dije en su día que no voy a ocultar pruebas.

Su sonrisa se expande pues los dos sabemos perfectamente de lo que está hablando, y lo único que yo puedo esperar es que en ningún momento Joseba diga que reconoció a Alaia cuando le disparó.

—Entendido, ¿alguna cosa más que necesite saber?

—Solo recuerda, te diga lo que te diga. No puedes tocarle, no olvides que su peor agonía es saber que solo le quedan horas de vida.

Asiento y mi cuerpo comienza a temblar al ver que nos paramos justo al lado de una puerta custodiada por dos enormes policías. Aarón inclina la cabeza invitándome a entrar, pero mis pies se niegan a moverse. Lo siento, no puedo enfrentarme a todo esto.

—Erlantz, sé que es difícil. Pero la única manera que tenemos de demostrar que tú eres inocente en el asesinato de tu hermana y de Saúl es esta. Tienes que sacar fuerzas por ti y sobre todo por tu nueva vida con Alaia, lejos de todo lo que has pasado durante estos años.

Paso las manos por mi cara, intentando sacar fuerzas de algún lado y sin saber cómo la imagen de la preciosa sonrisa de Ane, rodeada de los brazos de mis padres aparece en mi cabeza, dándome el último impulso que necesito para traspasar la pesada puerta que me separa de la cruda realidad sobre mi vida.

El bip de las maquinas hace que toda mi piel se erice, creando un extraño sentimiento hacia ese cuerpo medio inerte que encuentro en la fría habitación. Poco a poco, voy acercándome, intentando descubrir el rostro de la persona que tanto daño me ha hecho. Mis puños se cierran con fuerza hasta clavarme las uñas, reprimiendo las ganas de lanzarme a por él y acabar con su vida, poco a poco, como él hizo con mi Ane. “Dios, mi pequeña Ane”. Quiero saber porque, quiero que por fin me mire a los ojos y diga que le he hecho, quién es y de que mierda me conoce.

—Suficiente Erlantz, no puedes acercarte más —dice Aarón sacándome de mis pensamientos.

Las sábanas se mueven y mi corazón rebota tan fuerte en el pecho que tengo la sensación de que hasta Aarón es capaz de oírlo. Su mano se mueve intentando acomodarse y mi respiración se entrecorta, no pudiendo soportar más esta puta agonía.

—¿Por qué? —digo en el susurro más alto que soy capaz de exhalar.

Y su cabeza se levanta clavando unos pequeños e inexpresivos ojos marrones en los míos.

—Y después de lo que he hecho por ti... Sigues sin saber quién soy...

Alaia

Mi mente divaga mientras vamos andando, hace horas que no sé nada de Erlantz y la verdad es que eso me preocupa un poco. Hoy por fin se va a enterar de cosas horribles que yo le debería de haber dicho y no sé a dónde nos va a llevar todo esto, pero, aunque dolería demasiado perderle, ahora mismo lo importante es él y saber que se encuentra bien. Aprovechando que Laura y Julen están demasiado entretenidos discutiendo el uno con el otro, saco el teléfono e intento hablar con él. Un tono, dos, tres, pero no obtengo respuesta. ¿Se habrá enterado ya de todo? ¿Sabrá ya que yo lo sabía y no se lo dije? Dios ¿Por qué no me coge? Solo necesito hablar con él.

Nos detenemos en la puerta del bar, en el que se supone que hice la gran promesa que me ha metido en este nuevo lio. Se supone que debo de entrar sola y en un par de minutos entrarán ellos dos, como si fuesen una pareja más. Solo tengo que hablar con él, únicamente tengo que descubrir si ha sido él quien ha escrito esas notas; si es así hacerle un gesto a Julen y desaparecer junto a Laura, dejándole a él encargarse de todo. Es fácil y sencillo, pero aun así estoy muerta de miedo.

Cojo las pocas fuerzas que me quedan y entro decidida, pero me quedo paralizada ante el intenso escrutinio de los horribles ojos que estábamos buscando.

Respiro intentando que mi ritmo cardiaco se normalice, no sé por qué, pero tengo un mal presentimiento y me da la pequeña sensación de que esto no va a ser tan fácil como habíamos creído. La asquerosa sonrisa que aparece en su boca demuestra que ya no tenemos que buscar más y que estaba en lo cierto al pensar que era el Ruko quien estaba detrás de todo esto.

Comienzo a mover mis pies despacio hacia él, creo que resulta más asqueroso que el día que le conocí y me ayudó a localizar a Julen. Sus ropas harapientas y su olor a cerveza rancia hacen que mi estómago de un pequeño vuelco justo en el momento que llego a su lado. Sus ojos se deslizan sin vergüenza por todo mi cuerpo y el vello de los brazos se pone de punta solo de pensar en lo que se imagina al verme.

—Hola preciosa —dice rodeándome la cintura con su delgado brazo—. Pensé que te habías olvidado de mí.

—Por supuesto que no, yo siempre cumplo mis promesas —Mi sonrisa sale un poco forzada, pero consigo ampliarla al ver entrar por la puerta a Julen rodeando muy cariñoso el cuerpecillo de mi Laura—. ¿Vas a ser un caballero y me vas a invitar a una copa?

—La verdad es que preferiría que nos fuéramos. No sabes las ganas que tengo de probarte...

—Pero si para eso tenemos toda la noche, o quién sabe a lo mejor el resto de nuestras vidas —Saco el morrito haciendo un pequeño mohín, a la vez que agito las pestañas lo más sensual que soy capaz ante este personaje.

—Dos garimbas —grita golpeando el mostrador exactamente igual que el día que lo conocí—. Pero no pienses que tardaremos mucho, llevo demasiado tiempo soñando con esto.

Sus dedos rodean mi nuca y sin previo aviso tira de mi cuello, acercándose la boca a la suya y dejándome ver todavía más cerca esos amarillentos dientes que está seguro pasarán por todo mi cuerpo. Cierro los ojos ya que soy incapaz de seguir viendo lo que está a punto de pasar, su boca cada vez más cerca de la mía, su olor infiltrándose por mis fosas nasales, sus asquerosos dedos rozándome la piel...

—¡Perdón, amigo! —Oigo que dice Julen, justo después de notar como el cuerpo del Ruko se aleja de mí tras un fuerte empujón—. Lo siento tío, joder que susto, casi me pego la gran ostia. Menos mal que estabas ahí que sino ya me veo siendo el hazmerreír de todo el bar.

El Ruko abre los ojos de par en par al descubrir quién es el idiota que le ha jodido su momento de éxito y acto seguido vuelve a clavar su mirada en mí.

—¡Eres una puta bastarda! —grita agarrándome con fuerza del brazo y poniendo una afilada navaja en mi cuello—. ¿Crees que no sé para qué le has traído?

—¡No sé de qué estás hablando! ¡Yo no he traído a nadie!

—¡Cállate, zorra! Si piensas que te vas a librar de tu promesa estás muy equivocada.

Veo cómo Laura se tensa e intenta venir hacia mí para ayudarme, pero Julen la agarra poniéndola detrás de su enorme cuerpo.

—Joder, Ruko. No sé qué te habrá echo tu zorrita, pero esa no me parece manera de tratarla.

—No juegues conmigo, Julen, sé que habéis venido juntos, sé que vais a intentar joderme, pero te aseguro que primero la rajo.

—Mira tío, haz lo que quieras. Yo a esa tía no la conozco de nada, solo la he visto una vez en mi vida y ha sido porque tú me la mandaste. Tú sabrás con que zorras te rodeas.

Y dejándome petrificada le veo darse la vuelta y forcejear con Laura para que no se meta. No me lo puedo creer, se ha lavado las manos y me ha dejado con la navaja del Ruko en el cuello sin tan siquiera pestañear. ¡Maldito cabrón! Yo había puesto toda mi confianza en él, y en el momento que ha visto un mínimo problema se ha rajado como un auténtico gallina.

—No entiendo porque tendríamos que joderte, yo te hice una promesa y lo único que he hecho es venir a cumplirla.

—Sabes bien que soy yo el que te ha enviado esas notas y lo único que queréis es deshaceros de las pruebas, pero no lo voy a consentir. Estoy harto de que me toméis por tonto. ¿Qué pensabas que te iba a ayudar y dejarte ir sin una garantía de cobrar? No zorrita, no. Te seguí durante todo el día y vi lo que hicisteis —Mis piernas comienzan a temblar al descubrir que no nos vamos a librar de todo esto tan fácil como creía—. Solo tuve que esperar un despiste, y después de que le disparasteis salisteis tan rápido de allí que se te olvido coger el pequeño bolso en el que tenías toda la documentación. ¡Principiante de mierda!

—¡Vale está bien, imaginaba que eras tú el de las notas! Pero te aseguro que no hemos venido juntos. Yo solo he venido a pagarte mi deuda y que nos olvidemos de todo esto.

No sé cómo me voy a librar, lo único que sé es que prefiero estar muerta antes de que este desgraciado vuelva a poner sus apestosas manos en mi cuerpo. Vuelvo a coquetear con él agitando mis pestañas y sacando la mejor sonrisa que soy capaz en estos momentos, pero sus fríos ojos me demuestran una determinación que me hace temblar de pánico al ver que este viaje no voy a engatusarlo.

—Muy bien, pues si es así, vamos a saldar tu deuda de una vez por todas y acabar con esto. ¡Alejandro, las garimbas se las cobras a Julen que hoy invita él!

Y sin más tira de mi cuerpo hacia la calle, dejándole una auténtica mirada de amenaza a Julen cuando pasamos por su lado. Laura se gira hacia mí intentando retenerme, pero Julen que es mucho más rápido que ella la atrapa entre sus brazos y veo como le susurra cosas mientras le da pequeños besitos en la sien.

La calle está en silencio y lo único que se escucha es el repiquetear de los tacones de mis altas botas, los nervios me invaden y en lo único que puedo pensar en este momento es en mi querido Erlantz.

No puedo imaginar todo lo que pasará por su cabeza en el momento que se entere de toda esta

mierda. No volveré a sentir el maravilloso tacto de sus manos sobre mi piel, acariciando mi cuerpo como si la vida dependiese de ello. No volveré a notar sus carnosos labios saboreando cada pedazo de piel que se va quedando al descubierto mientras, poco a poco, se va deshaciendo de toda la ropa sin poder apartar sus preciosos ojos de mí. Sé que no soportaré tocarme cuando se entere que las asquerosas manos de este desgraciado han vejado mi cuerpo. Sé que esto será el final de todo.

—Mira, Ruko, estás en lo cierto al decir que él me ayudó, pero te aseguro que yo no sabía que hoy vendría aquí. Te juro que yo no se lo he dicho a nadie, ha sido casualidad...

—Sí, lo que tú quieras... te aseguro que todo esto me la trae floja, lo único que quiero es cobrar. Y es lo que voy a hacer ahora mismo.

Tirando de mi brazo me mete en un sucio callejón por el que estoy segura de que no pasará nadie. Mi cuerpo choca contra la pared y siento como su cuerpo se va frotando contra mí, aplastando su escuálido pecho contra mi espalda y dejando un repugnante reguero de saliva mientras va saboreando el largo de mi cuello.

—Mmmnn... sí... sabía que serías así de suave...



CAPÍTULO 38

Erlantz

Mis ojos se centran en los suyos intentando descubrir qué es lo que hay detrás de este hombre que tanto odio me profesa. No entiendo que es lo que tiene conmigo, dice que nos conocemos y por más que le miro no llego a adivinar de qué.

Sonríe y hace que mi vello se erice, no sé cómo alguien con tanta maldad en el cuerpo es capaz de sonreír de esta manera. Sabe que le quedan unas simples horas de vida, sin embargo, su mirada es tranquila e incluso diría que feliz.

—Sé lo que estás pensando, y te aseguro que te lo contaré todo. Solo déjame disfrutar un momento de las vistas.

—¿De las vistas? No sé de qué coño estás hablando, lo único que quiero es terminar con esto de una maldita vez.

—¿Todavía no lo has entendido? Siempre te tuve por un hombre inteligente, no hagas que me vaya de aquí pensando lo contrario.

—¿Qué coño quieres de mí?

—No lo entiendes, ¿verdad? No es lo que quiero de ti. Simplemente es que te quiero a ti.

Mis ojos se abren sin llegar a entender qué es lo que está diciendo este loco. ¿Que me quiere a mí? ¿Pero por qué? No lo entiendo, no sé quién es y dudo mucho que nos conozcamos de algo. ¿Cómo es posible que me quiera?

No soy homofóbico, ni nunca lo he sido, la verdad es que soy de la opinión de que cada uno con su vida puede hacer lo que le de la real gana, no soy nadie para juzgar los gustos de cada persona. Pero

saber que este desgraciado tiene estos sentimientos por mí, es algo que me revuelve el estómago. Creo que no es del agrado de nadie que una persona como está tenga sentimientos por ti y menos sabiendo lo que le ha hecho a mi pequeña Ane.

—Erlantz, llevo toda mi vida intentando ser alguien para ti. Pero siempre había alguien que me eclipsaba, que se ponía delante de ti impidiéndote ver el resto del mundo, el resto de los seres que vivíamos a tu lado intentando ser parte de tu vida.

—Te puedo asegurar que no sé de qué me hablas, yo a ti no te he visto en mi vida.

—Eso es exactamente lo que intento decirte, yo siempre he estado a tu lado, pero tú nunca me has visto. Recuerdo hasta como la señorita Sandra te llamaba siempre a su lado haciendo que la ayudases cuando realmente deberías de estar sentado conmigo haciendo los deberes del día siguiente.

—¿La señorita Sandra? ¿Sentado a tu lado? —Le veo agitar la cabeza de forma afirmativa, mientras sonrío al recordar todo lo que está contándome—. Entonces es cierto que tú y yo nos conocemos desde hace años.

—Y tanto que sí. Bueno, yo más bien diría que yo te conozco hace años. En aquella época tenías una amiguita especial, una niña que no te dejaba a sol, ni a sombra. No te puedes imaginar cuanto la odiaba, yo solo quería acercarme a ti, ser tu amigo, estar a tu lado, pero ella lo ocupaba todo. Estabas deseando salir de clase para ir en su busca y compartir con ella esos pequeños ratitos que yo añoraba a tu lado.

—Sí, pero no me duró mucho... ella... —La recuerdo con un gran dolor en mi pecho.

—Lo sé... no te puedes imaginar lo que me costó hacerlo. Te puedo asegurar que la primera vez es la más difícil.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que fuiste tú quien la empujó? —Veo como vuelve a asentir con la cabeza sin perder su estúpida sonrisa. Mis manos se cierran en fuertes puños y mi respiración se agita por la presión que tengo que ejercer en mi cuerpo para retenerme y no lanzarme hacia él y matarlo con mis propias manos—No era más que una niña... ¡Nunca le hizo mal a nadie!

—En eso te equivocas, a mí me lo hacía a diario y yo también era un niño.

Siento como una lágrima cae lentamente por mi rostro, esto es lo último que esperaba escuchar en este lugar, de esta persona. Siempre creímos que fue un accidente y que, aunque un niño la empujó, nunca lo hizo con intención de matarla.

—He pasado muchos años a tu sombra, sentándome en el último pupitre de la clase. Observando todos tus movimientos y eligiendo los mismos grupos, las mismas asignaturas que tú elegías solo por estar a tu lado. Pero tú nunca me veías.

—¿No hubiese sido más fácil acercarte a mí? Solo tenías que decir: Hola soy Joseba y quiero ser tu amigo.

—Lo intenté, te puedo asegurar que lo intenté. Pero tus padres se interpusieron cuando te hicieron

cambiar de amistades, cuando te comieron la cabeza diciéndote que no éramos buena compañía y que lo único que harías a nuestro lado sería arruinar tu futuro. ¿Te acuerdas de eso? ¿Te acuerdas las noches de botellón en la plaza con toda la cuadrilla? No sabes lo que me costó que me admitiesen, para que en un par de semanas tus padres lo arruinasen todo. Te volvieron a alejar de mí y por eso me tuve que deshacer de ellos.

Mi cuerpo no lo resiste más, me lanzo como un loco a por su cuello y veo como su sonrisa se amplía al ver como su vida se va poco a poco entre mis manos. ¡Ha matado a mis padres! El odio que siento en mi interior es insuperable, inconsciente aprieto más y más mis dedos en su cuello deseando poder dejar de sentir el latido de su corazón entre ellos.

Alguien tira de mí con fuerza, consiguiendo alejarme del cuerpo del mismísimo demonio, mis huesos chocan contra la pared y los gritos del agente Aarón hacen que salga de mi ensimismamiento.

—¡Te dije que no podías tocarle! Está confesándolo todo y has estado a punto de arruinarlo.

—¡Me da igual! ¿Pero es que no le estás escuchando? ¡Ha matado a mis padres, ha matado a mi hermana! Maldito hijo de puta has arruinado toda mi vida —grito mirando hacia él, sacando lo peor de mí mismo.

—Sal un rato de aquí y relájate. Necesitamos que siga confesando.

Irritado a más no poder, salgo dando un portazo de la habitación. Necesito respirar, necesito relajarme o estoy seguro de que Aarón no me podrá volver a retener y al final será peor para mí.

Saco el teléfono de mi bolsillo y sin pensármelo llamo a Alaia, necesito oír su voz y sentirla cerca, necesito saber que aún queda algo en mi vida por lo que luchar. Y sé que en estos momentos es lo único que puede relajarme.

Un tono, dos, tres tonos... Pero Alaia no contesta...

Alaia

Las náuseas comienzan a ascender por mi estómago al mismo ritmo que sus manos descienden por mi cuerpo. Intento resistirme, soltarme de su agarre, pero la presión de su cuerpo cada vez es más fuerte.

—No preciosa, no te pienses que te vas a librar tan fácilmente.

—¡No entiendo por qué lo estás haciendo así, te he dicho que lo haría y me estás haciendo daño!

—Mmmnn... Es que así me pone más, preciosa... —dice jadeante muy cerca de mi oído—. Ver cómo te resistes hace que se me ponga tan dura que hasta me duele.

Sus manos siguen descendiendo hasta el límite de mi minúscula falda e introduciendo sus asquerosos dedos por ella comienza a ascender rozando mi piel y haciendo que quiera morir en este mismo momento.

—Pero si vamos a otro sitio, a un lugar más cómodo, yo también te podré hacer cosas a ti y así disfrutarás el doble —Intento convencerle y ganar tiempo, estoy convencida de en cuanto se relaje un poco, podré escaparme de él sin ningún problema.

—Yo no quiero que tú me hagas nada, para eso tengo a cualquier zorra de las de siempre. Hoy voy a disfrutar de un manjar especial, no todos los días se puede tener entre las manos una preciosidad como tú.

Sus dedos alcanzan el borde de mi pequeño tanga y con un fuerte tirón se deshace de él dejando mi cadera magullada. Su mano libre se pasea ávidamente por mis pechos, apretándolos y pellizcándolos sin ningún tipo de compasión, obligando a que de mi garganta salgan gritos de dolor.

—Síííí... Grita zorrita, que no sabes cómo me pone eso...—Y aprieta más si cabe su cuerpo al mío, oprimiendo su dura erección en la parte baja de mi espalda y haciendo que las arcadas vuelvan a aparecer.

Las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas y la imagen de Erlantz aparece en mi cabeza deteniendo el tiempo por completo. Su mirada decepcionada, indicando lo cansado que está de que haga las cosas a mi manera sin contar con nadie, hace que mi cuerpo se estremezca.

“Lo siento mi amor, no sabes cuánto lo siento. Yo no quería que nada de esto sucediese. Sé que te he decepcionado, pero solo lo he hecho por ti, porque te quiero y no quiero que te veas envuelto en más problemas. Quería quitarte un pequeño peso de encima y lo único que he hecho ha sido empeorarlo otra vez.”

Cierro los ojos y le veo girarse y alejarse de mí sin mirar atrás, me derrumbo por completo. No puedo soportar que se aleje de mí de esta manera, aunque sinceramente, yo solita lo he buscado metiendo la pata, una vez tras otra.

Regreso a la vida real saliendo de mis tristes pensamientos cuando oigo el espeluznante ruido que hace la cremallera de su pantalón al descender.

—¡No! Por favor, Ruko, no lo hagas —consigo decir entre sollozos.

—Lo siento cariño, ya no hay marcha atrás. Es tu deuda y pienso cobrarla.

—Yo pagaré su deuda.

La fuerte voz de Julen detrás de nosotros nos sobresalta y hace que el Ruko vuelva a sujetar mi cuello con fuerza. La navaja se acomoda de nuevo junto a mi yugular y la respiración se me entrecorta por la presión que está ejerciendo.

—¡No, no! ¡Tú no te tienes que meter en esto! ¡Márchate si no quieres que la raje!

—No puedo y lo sabes.

—No es tu problema. ¡Vete de una puta vez! —Su voz tiembla y siento como cada vez se va poniendo más nervioso.

El Ruko va retrocediendo poco a poco, y sin soltarse de mi cuello se adentra cada vez más en la oscuridad del callejón, mientras Julen avanza muy despacio hacia nosotros sin quitar la vista de sus ojos.

—Suéltala y me olvidaré de todo.

—¡Es mía!

—No, no lo es.

Sus pasos son más largos que los nuestros y cada vez está más cerca, Ruko comienza a temblar y el continuo movimiento de su mano hace que la navaja cree un pequeño corte en mi cuello por el cual una pequeña gota de sangre comienza a descender por él, recordándome el día que Joseba hizo exactamente lo mismo.

—Puedo darte lo que quieras, solo tienes que pedirlo —suplico intentando que esto termine de una maldita vez.

Ruko me mira, y ese es justo el momento en el que Julen decide saltar a por él propinándole un fuerte empujón. La navaja se desliza por mi cuello y la sangre comienza a fluir libremente, mis piernas tiemblan como hojas una vez más y aunque no pierdo la consciencia, soy incapaz de sujetar mi cuerpo por más tiempo y caigo de rodillas justo al lado de la maraña de puños y piernas en la que se han convertido los cuerpos de Julen y el Ruko.

Golpes y más golpes invaden mis oídos. Quejidos, puñetazos y el ruido ensordecedor de botellas rotas a mí alrededor hacen que mi corazón se acelere, provocando que la sangre de mi cuello salga con más fuerza y comience a marearme, no sé si por la sangre o porque ya no soporto más toda esta mierda.

—¡Oh Dios, Alaia! —grita Laura corriendo hacia mí por el callejón, quitando el pañuelo de su cuello y sujetándolo en el mío. —¡Estás herida! ¡Julen, Alaia está sangrando mucho! Tranquila mi vida, estarás bien te lo prometo.

Un último golpe suena a nuestro lado y la agotada voz de Julen rompe el momentáneo silencio que se ha creado.

—No te vuelvas a acercar a ella, olvídate de dónde vive y sobre todo olvídate de la policía. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí... —consigue decir el Ruko con un lastimero quejido.

—No quiero tener que recordártelo, la próxima vez acabaré contigo y tú mismo has visto que no

serás el primero —Le siento acercarse y acariciar mi cabeza suavemente—. Vamos preciosa, curaremos ese corte y verás que no es nada.

Levantándome entre sus brazos, abandonamos el callejón dejando tirado el cuerpo inmóvil de la única persona que sabe toda la verdad.



CAPÍTULO 39

Erlantz

En vez de tranquilizarme, mi pulso se acelera cada vez más. No sé cuántas veces he podido llamar a Alaia y siempre recibo la misma respuesta. Nada. Lo intento de nuevo, pero recibir el mismo resultado hace que en mi cuerpo se cree una sensación extraña que dice que algo no va bien.

Desesperado y sin saber qué hacer, lo intento con Laura y con Julen, pero el resultado es el mismo y mi pulso comienza a temblar.

—¿Estás más tranquilo? —La voz de Aarón me sobresalta haciendo que mi teléfono caiga al suelo y se parta la pantalla.

—¡Mierda! Sí, no... no sé, joder... —En lo único que puedo pensar ahora mismo es que necesito localizar a Alaia, necesito oír su voz y saber que está bien. Solo espero que no haya hecho otra locura de las tuyas.

—Erlantz, tienes que...

—Mira, Aarón, yo lo siento —le digo sin dejarle terminar—. Pero creo que no puedo seguir con esto. Creo que si vuelvo a entrar ahí... lo mataré con mis propias manos.

—¡Y estoy contigo, yo mismo mataría a ese hijo de puta si pudiese! Pero necesitamos oír toda la confesión, y créeme cuando te digo que a ti es a quien le interesa más que a nadie. Te recuerdo que estás acusado del asesinato de tu hermana. Y estoy seguro de que será una de las cosas que te querrá contar.

Inspiro profundamente dejando mi mente en blanco e intentando relajarme, lo que más me jode es que

encima tiene razón, no me quedan más pelotas que volver a entrar a enfrentarme con ese desgraciado. ¿Cuánta mierda más habrá echado sobre mi vida? No lo sé, pero lo que está claro es que quiera o no, hoy me terminaré enterando de todo.

Giro mis talones y sin decir una palabra más vuelvo a entrar en la maldita habitación, únicamente rezando para que toda esta mierda termine pronto y pueda ir a descubrir qué es lo que está pasando con Alaia.

—Me alegro de que estés de vuelta —dice Joseba ya casi sin fuerzas—. Sabía que no me decepcionarías. Siempre he sabido que eras especial, no te puedes ni imaginar las noches que he soñado con esto. Las veces que he imaginado tenerte a mi lado y tan solo poder compartir contigo, aunque fuese el mismo aire —se detiene unos segundos pensando que más decirme—. Sé que todo esto te parecerá una locura, que en estos momentos lo único que quieres es que me muera y desaparezca de tu vida, pero tengo demasiadas cosas que contarte antes de irme —Su voz se corta de nuevo y veo como cada vez le cuesta más respirar—. Quiero que sepas que todo lo que he hecho ha sido por ti, porque te quiero desde el primer día que apareciste por clase de primaria, con aquella sonrisilla burlona que enamoraba hasta las profesoras más duras del colegio. Porque mi vida sin ti a mi lado ha sido una autentica agonía, con la que he tenido que lidiar día y noche. Porque me moría por sentirte cerca, por respirar el mismo aire que tú. Y quiero que sepas que solo por el hecho de compartir los últimos momentos de mi vida a tu lado, ha merecido la pena.

Cierro los ojos intentando asumir todo lo que está saliendo por la boca de este desgraciado, y por más vueltas que le doy, no consigo recordarle en ningún momento de mi vida. ¿Cómo puede estar enamorado de mí si realmente no me conoce? Nunca hemos compartido nada, no sabe lo que me gusta o lo que me desagrada. Solo me conoce de lejos.

—Después de que tus padres no fueran un estorbo, intenté volver a reunirme contigo. Pero abandonaste los estudios, te centraste en salvar la vida de una niña caprichosa que lo único que quería, era ser el centro de tu mundo y meterse entre tus sabanas como todas las zorras que te han rodeado durante toda tu vida. Te vi sufrir por ella, lo único que quise fue aliviar tu dolor, estuviste a punto de manchar tus manos con la sangre de la única persona que estaba ayudando a deshacerme de ella. Y para que no lo hicieses lo hice yo por ti.

—¡Tú mataste a Saúl! ¡Me han encerrado por tu culpa, he tenido que pasar noches en el calabozo volviéndome loco y sin saber dónde estaba mi hermana! —Doy un paso hacia él completamente frustrado, pero la mano de Aarón me vuelve a retener.

—Estabas tirando tu vida a la mierda.

—¡No! ¡Estaba cuidando de la única familia que me habías dejado! ¡Si no hubieses matado a mis padres ella no...! —Ya no puedo seguir, el recuerdo de mi hermana matándose poco a poco hace que mi voz se quiebre.

—¿Ella no qué? ¡Ella era una drogadicta que se prostituía por una dosis de heroína, una zorra que estaba hipotecando tu vida y que se estaba aprovechando de lo que era mío!

—¡Noooo! —Me lanzo sobre él, apretando en mis puños la fina tela del camisón y oprimiendo su

cuerpo contra el colchón de su cama—. ¡No! No vuelvas a hablar así de mi hermana. ¡Tú hiciste eso, tú la convertiste en eso!

—Pero de lo que más me alegro... —dice en un simple susurro, aprovechando el último suspiro de su apestosa vida—. Es poder... llevarte... conmigo... para siempre...

Aparto la mirada de su cuerpo al notar una pequeña punzada en mi pecho. Su mano ensangrentada se va separando de mí, dejando a la vista el pequeño bisturí que me ha clavado.

La luz se va apagando poco a poco, el tiempo se ha detenido y siento como mi cuerpo pierde fuerza convirtiéndome en una gran marioneta. Los ruidos de la gente corriendo a mi alrededor se han convertido en un simple eco, que solo es amortiguado por el continuo pitido de un monitor, indicándonos que Joseba por fin se va a pudrir en el infierno.

Una luz, un silencio y una paz que yo ya conocía invaden mi cuerpo, interrumpiéndose únicamente para dejarme escuchar los gritos desgarrados de quien será por siempre el gran amor de mi vida.

—¡NOOOOO, ERLANTZZZZZZZ!!!!!!!



EPÍLOGO

Abro la puerta y lo primero que veo es el cuerpo de Erlantz caer completamente ensangrentado, el resto de la habitación es incierto ante mis ojos y el absoluto silencio que estoy segura de que no existe, es roto por mis gritos desesperados.

Corro hacia él y presiono fuerte la herida por la que, poco a poco, se le va escapando la vida, pero sus ojos se cierran y su respiración se va haciendo cada vez más débil, hasta el punto de que ya no la siento.

—¡Erlantz! —vuelvo a gritar inconsciente de lo que estoy haciendo—. ¡Noooo! ¡Erlantz por favor! ¡Abre los ojos, no te vayas! ¡Por favor!

Mis gritos se oyen por toda la planta, pero la verdad es que no me importa. Lo único que quiero es que mi chico habrá los ojos, que me deje perderme en ellos, solo quiero que se levante del suelo agarrado de mi mano y diga que ya está, que todo ha terminado y nos podamos ir a casa a olvidarnos de todo. Solo quiero continuar con mi vida, compartirla con él.

Acaricio su cara con mi mano, temblorosa, manchada de su propia sangre, pero su cuerpo no reacciona y sus ojos no me miran. Beso sus labios buscando una respuesta desesperada, deseando sentir el calor de su boca, el cosquilleo de su lengua jugando con la mía. Y es entonces, al no obtener respuesta, cuando me doy cuenta de que ya no está. Lo he perdido... su vida se me ha escapado entre los dedos dejando la mía completamente vacía.

Lloro desesperada, abrazo su cuerpo intentando traerle de nuevo a la vida, pero una leve risita obliga a que mis ojos se aparten de su cuerpo inerte, alzo la vista y la horrible sonrisa de Joseba hace que mi cuerpo tiemble de ira.

—Te dije que sería mío...

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Maldito hijo de puta! ¡Te odio! ¡Te odio! —grito completamente fuera de mí.

Siento como mi cuerpo se agita y no entiendo nada, hasta que una cálida mano acaricia mi rostro, a la vez que, a lo lejos, una voz me llama una y otra vez.

—Alaia, Alaia cariño —No sé lo que pasa, pero esa voz tan familiar me ayuda a relajarme y dejar de gritar—. Preciosa, despierta, es una pesadilla mi amor, es solo otra pesadilla.

Abro los ojos y encuentro la mirada preocupada de mi chico, me abalanzo hacia su cuerpo apretándolo lo más fuerte que puedo contra el mío, porque es en estos momentos cuando más necesito de su presencia, su calor, sus caricias y sobre todo sus palabras de amor.

Ha pasado más de un año desde que, después de deshacernos del Ruko y curar el corte de mi cuello, decidimos ir hasta el hospital en busca de Erlantz. Estábamos contentos, porque sabíamos que después de lo que había pasado, Ruko no nos molestaría más. Y, de hecho, no hemos vuelto a saber de él. Pero nuestra felicidad se vio truncada en el momento que vimos como médicos y enfermeras corrían acelerados entrando y saliendo de la habitación en la que se suponía estaba Erlantz enfrentándose a su pasado.

Aprovechando el despiste creado por la curiosidad de los dos policías de la puerta, logré colarme entre el gentío y encontrarme frente a un Erlantz inconsciente y ensangrentado al que intentaban salvarle la vida.

Mis gritos se escucharon por toda la planta, no me podía creer que todo terminase así. Ese maldito hijo de puta se estaba saliendo con la suya, se lo iba a llevar con él, lejos de mí como había dicho, consiguiendo eso por lo que había luchado toda su vida. Destrozando una familia por completo, llevándose por delante la vida y los sueños de unos padres que solo luchaban por el futuro de sus hijos. Arrancando de cuajo la adolescencia de una pequeña, que tan solo buscó refugio en el sitio equivocado, hasta que terminó con ella para siempre ultrajando su cuerpo de la peor forma posible. Y después de toda la mierda creada durante tantos años, lo iba a lograr.

Los médicos seguían corriendo de un lado para otro, intentando salvarle la vida mientras Aarón y el resto de los policías nos obligaban a abandonar la habitación. Nunca olvidaré las horas, las horribles, largas y lentas horas que transcurrieron hasta que Aarón pudo acercarse a nosotros e informarnos de que Erlantz había entrado en coma de nuevo.

En un principio no me derrumbé, saqué fuerzas pensando que mientras siguiese vivo había esperanza. Pero los días pasaron convirtiéndose en semanas, las semanas se alargaron dando lugar a los meses y mi desesperación se hacía cada vez más grande. Su cuerpo seguía inerte, ni un gesto, ni una simple mirada que me ayudase a no ir apagándome, poco a poco, a su lado. Sabía que tenía que estar ahí, día a día acompañé su profundo sueño sintiéndome orgullosa de poder estar a su lado y odiando cada día un poco más al maldito bastardo, que aún después de muerto seguía arrebatándome el placer de disfrutar de la preciosa sonrisa de mi chico.

Pero hoy nada de eso importa, porque dos meses, tres semanas y un día después, sus ojos volvieron a iluminar mi vida abriéndose de par en par. Puedo asegurar que, desde entonces, no he podido borrar la sonrisa de mi cara. Ha habido días buenos y malos. Su rehabilitación y mis pesadillas han hecho que no podamos olvidarnos de todo aquello, pero el poder despertarme cada día a su lado y refugiarme entre sus fuertes brazos hace que todo sea más fácil.

—¿Estás bien? —pregunta con unos ojos tan preocupados que lo único que consiguen es que poco a poco una pequeña sonrisa se vaya creando en mi cara.

—Sí, tranquilo.

—Alaia, no puedes seguir así.

—No te preocupes, estoy convencida de que a partir de mañana las pesadillas desaparecerán para siempre.

Esta vez es su sonrisa la que aparece iluminando su cara, y una picara mirada me hace reír a carcajadas, sabiendo que en estos momentos me encuentro en peligro. Un maravilloso peligro del que no querré escapar en la vida.

—Mmmn... ¿Sí? ¿Estás segura de que quieres que llegue mañana? —dice tumbándome bajo su cuerpo y dando pequeños mordisquitos en mi cuello, a la vez que va formulando la frase.

—Sí, señor López, lo estoy deseando.

—¿Y estás segura de que tenemos que hacerle caso a tu madre? —Los mordisquitos van descendiendo por mi cuerpo hasta alcanzar los ya erizados pezones que ansían su contacto.

—¡Por supuesto que hay que hacerle caso! Sabes que es una tradición y el no cumplirla nos podría traer mala suerte, además de un infarto a mi madre.

—¡Jooooo! —Protesta mientras sus dientes rodean mi pezón y tiran de él, haciéndome dar un pequeño bote sobre el colchón—. Pero es que yo no puedo pasar una noche entera sin ti.

—Anda, no seas tonto. Si pasarás tus últimas horas de soltero con Julen.

—Ya pero no me gusta lo que él me hace en la cama... —Su carcajada hace que mi cuerpo vibre por completo deseando más y más de él.

Sus ágiles dedos se deshacen con una inmensa habilidad de mi minúscula ropa interior, mientras su lengua juguetona va descendiendo poco a poco hasta encontrarse con el centro de mi placer.

—Tampoco me gusta su sabor, siempre preferiré el tuyo.

Y yo ya no puedo responder, sus dedos acarician mi cuerpo, deteniéndose en esas zonas tan especiales que él ya se conoce a la perfección y sabe, que con un solo toque suyo me hace ver las estrellas. Su lengua juguetea con mi pequeño botón que sin mucho esfuerzo, ha reconocido el toque de su dueño y se vuelve cada vez más sensible, deseando poder hacerme estallar.

—¡No sé si podré soportar toda una noche sin ti! Hace demasiado tiempo que no dormimos separados —susurra, mientras su boca abandona lentamente mi sexo y va acariciando con ella mi cuerpo hasta alcanzar la mía, que lo devora sin perder un solo segundo—. No quiero pasar un solo minuto de mi vida sin ti. Quiero sentirte así el resto de mis días, hasta que nos hagamos viejitos y muramos de amor el uno por el otro.

Con un erótico jadeo introduce su dura erección en mi interior. Se mueve despacio, girando su cadera con una perfecta precisión que me vuelve loca al rozar todos y cada uno de mis puntos de placer, convirtiéndome en mantequilla comienza su pequeño baile sin apartar sus preciosos ojos de los míos.

—Te quiero preciosa y no hay nada en este mundo que me haga más feliz y desee más, que seas mi mujer y así poder sentir eternamente...

TU PIEL EN MI PIEL.



Fin...



Alazne González, nació un 23 de agosto de hace unos cuantos años en Vizcaya. Rubia de ojos azules y madre de dos chicos guapísimos. Es una persona alegre y fiel a sus amigos. Le encanta leer romance adulto y ver películas de miedo cuando el trabajo se lo permite.

Aunque siempre le ha gustado escribir, de joven no le dedicó demasiado tiempo quedándose únicamente en un inicio de novela romántica que quedó en el olvido y una carta con la que ganó el primer premio en un concurso del instituto en el que estudiaba.

El paso de los años le ha hecho retomar este placer con mucha más fuerza y ganas, dando el resultado de que en estos momentos está escribiendo su cuarta novela. Siendo “He vuelto a soñar contigo” su primera niña, y con la que ha descubierto todo lo que es capaz de expresar gracias a las palabras escritas.

Su segunda novela “Tu piel en mi piel”, nació gracias a Wattpad y allí fue donde descubrió la satisfacción que se siente al poder compartir su trabajo con los demás, que lean lo que escribe y que sean capaces de emocionarse con ello.

“Siempre”, es el título de su tercera novela, siendo esta la secuela de “He vuelto a soñar contigo” y por supuesto, no podíamos dejar en el olvido a “Doble tentación”, una inesperada historia que tanto le han pedido sus fieles seguidores y que ahora mismo tiene entre sus manos.

En el medio impreso, consta con dos micro relatos publicados en las antologías eróticas de la editorial Diversidad literaria, siendo uno de ellos finalista entre los más de mil novecientos relatos participantes.